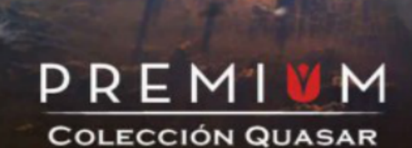
LAS EDADES DE ITNIS

SALVADOR BAYARRI



Contents

LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
LENE
MICH
DOREA
MICH
LENE

LAS EDADES DE ITNIS

SALVADOR BAYARRI



Colección Quasar

www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.
Diseño cubierta: Premium Editorial.
Imagen cubierta: Juan Miguel Aguilera

I.S.B.N.: 978-84-123052-4-1

«No nos está destinado todo el universo,
no todo cuanto existe nos pertenece».

El Invencible, STANISLAW LEM

«De ser dioses encarnados en la orilla
de un nuevo mundo,
una isla paradisiaca donde crearíamos
una esplendorosa civilización,
nos hemos convertido en náufragos a la deriva
en un océano inhóspito».

LLEGADA

MICH

Mi piel se quema. El fuego surge de lo profundo de las entrañas y abrasa la carne que se despierta, encogida de dolor. Durante unos segundos eternos solo siento la quemazón, que luego se disuelve en un escozor más soportable.

No existen sueños durante la congelación, aunque los primeros momentos de consciencia son tan confusos y desgarradores como los de una pesadilla. Pero, poco a poco, el espectro de la nada regresa a su limbo y recuerdos tenues de quién soy toman su lugar; retazos, imágenes perdidas, momentos desconectados que trato de hilar como las notas de una canción que se me resiste. Por fin, la espesa niebla de mi mente se aclara y comienzo a discernir qué hace mi cuerpo desnudo tumbado sobre un frío molde metálico, asaeteado por un millar de finas agujas.

¿De verdad hemos llegado ya? No tengo noción del tiempo que he pasado en hibernación. Podría ser un solo día, doscientos años, o quizás doscientos mil, a juzgar por la torturada resaca de mis músculos.

Un chorro de aire cálido sopla en mi rostro. La cápsula se ha abierto. A pesar de la visión aún borrosa, reconozco las líneas de luz sobre mí, las mismas que he visto al cerrarse la campana. Sigo en el nicho de congelación de la Argo.

—Buenos días, dormilón.

El saludo de Lene resuena en mi cabeza como la voz de mis propios pensamientos. Al fin y al cabo, ella es lo más parecido que tengo a una consciencia, aunque se comunique conmigo por los microauriculares.

—Buenos días, Lene. ¿Cómo te sientes?

—Fresca como una lechuga. Anda, ven al puente. Dorea ya está aquí.

Así que soy el último. No creo que lo hayan hecho a propósito. Simplemente, lleva más tiempo descongelar mis ochenta y siete kilos. Lucho para levantar toda esa masa contra la precaria gravedad de la rueda, sintiendo los huesos frígidos en mi interior. Cuando salto al siguiente vagón del corredor temo que se rompan cual témpanos de hielo y mi cuerpo se desparrame por el pasadizo

como un suflé mal preparado.

Para compensar el mareo me apoyo en los asideros repartidos por el anillo. Compruebo instintivamente los paneles de información. Todo parece en orden. El reloj señala las diez de la mañana. Eran las nueve cuando nos metimos en las cabinas, las nueve de la noche. Y el año ha cambiado, bastante. Un rápido cálculo me da la diferencia: ciento noventa y cuatro años en el marco de referencia de la nave. Dos siglos de viaje. Una cifra más pequeña del panel indica el tiempo transcurrido en Silenia: mil ochocientos cincuenta y tres años. Todos los que conocimos allí están ahora muertos, si es que *ahora* tiene un sentido a noventa y ocho años luz de distancia. La dilatación relativista y la congelación nos han enviado de una patada al futuro. En fin, ya sabíamos dónde nos metíamos, pero despertarnos solos en el vacío, tan alejados de otros seres humanos… Es una sensación extraña y no debo pensar demasiado en ella. Tenemos mucho que hacer.

Como han insistido mil y una vez durante el entrenamiento, me atendré a las rutinas del protocolo. Compruebo que el cerebro informático de la nave sigue intacto y no hay alarmas activas, tan solo una previsión de pérdida de la cobertura de espuma en los próximos meses debido al aumento de radiación exterior. También hay un mensaje de alta prioridad desde Silenia. Resulta irónico calificar de alta prioridad a una grabación enviada hace al menos noventa y ocho años. Será un saludo formal, una solemne y aburrida charla de bienvenida a nuestro destino.

Camino más erguido, acostumbrándome a mi propio peso, y me fijo en la orientación de los vagones que forman el anillo. Las pasarelas del suelo miran en la misma dirección, así que la falsa gravedad que nos sujeta no está provocada por la rotación centrífuga, sino por la deceleración de la nave.

Estamos frenando.

Más sobrio, leo de nuevo los indicadores. El aumento de la radiación exterior es otra prueba de que, tras un largo viaje a través de la intemperie cósmica, nos acercamos a un sistema solar. Estamos sumergidos en el viento de partículas que emiten las reacciones nucleares de la estrella.

No parece una simulación.

DOREA

Los románticos aún se refieren al área de control como «el puente». Lo cierto es que las terminales nos permiten gobernar la Argo desde cualquier rincón del anillo, pero este hueco es el único lugar donde podemos estar los tres de pie con cierta holgura.

Espero ver llegar a Mich con una barba sin afeitar y cara de sueño, como cuando nos despertamos en nuestro cubículo de la base. Sin embargo, su rostro aniñado es el mismo que se despidió de mí hace doscientos años. «Se conserva bien», me rio.

El corpachón del recién llegado rodea a Lene, besa sus carnosos labios y luego los míos, más finos. Nos quedamos con ganas de más, pero no es el momento ni el sitio más adecuado.

—¿Todo en orden? —pregunto, en mi papel de piloto.

—Los motores han funcionado en régimen normal durante el trayecto —informa Lene tras consultar los diagnósticos—. Pasamos por una zona de relativo vacío, pero el reactor operó con las reservas hasta alcanzar otro tramo rico en hidrógeno interestelar. Ahora disponemos de media tonelada en los tanques, incluyendo trescientos gramos de deuterio y veinte de tritio.

—¿Y el soporte vital?

—Se activó hace diez horas —añade Lene—. Los niveles son nominales y las copias y embriones siguen en buen estado de congelación, con un grado de exposición aceptable.

—Pues hay algo que huele a rata muerta —interrumpe Mich, arrugando su ancha nariz.

—A veces se quedan bichos encerrados en las naves y se descomponen —pienso en voz alta—. ¿Estado de la estructura? —cambio de asunto.

—Sin problemas. Ha aguantado bien. —Mich golpea el mamparo con los nudillos.

—Entonces va siendo hora de que echemos un vistazo ahí fuera —sugiero—. ¿Sacamos el periscopio?

—Mejor comemos algo antes —protesta—. Tanto frío me ha dado hambre.

Su apetito es siempre robusto y nuestros cuerpos están consumiendo energía para recuperarse de la congelación.

—Quizás deberíamos escuchar ese mensaje pendiente —recuerda Lene, a quien nunca se le escapa ni una coma de los procedimientos.

—¿No podemos verlo mientras desayunamos? —solicita el más hambriento de los tres—. Seguro que es una grabación protocolaria.

Me encojo de hombros. No es necesario invocar la Regla de Tres para cuestiones triviales. Tiramos de las asas disimuladas en el suelo y desplegamos los taburetes minimalistas que nos permiten sentarnos. Es la máxima comodidad que nos ofrece el mobiliario.

Lene vuelve del rincón que sirve de cocina con un par de bolsas de sopa. El sabor no es gran cosa, pero el líquido caliente borra los últimos vestigios del frío que nos atenazaba y nos proporciona nutrientes que serán necesarios en las próximas horas. Incluso con el avanzado sistema de reciclaje de la Argo, nuestras reservas de comida y agua son considerables. Si las estimaciones son correctas, nos quedarán aún muchos días de viaje hasta Itnis Cinco, y trascurrirán varios meses antes de que seamos capaces de subsistir con productos cultivados en el planeta. Mientras tanto dependemos de los alimentos reprocesados y los comestibles que hemos traído de Silenia.

—Bien. Veamos qué cuentan desde la base. —Hago una seña a Lene—. Quizás haya noticias interesantes. Al fin y al cabo, allí han pasado ya mil ochocientos años desde nuestra partida.

De repente, sin ninguna razón en particular, temo que algo haya ido mal en Silenia. Las simulaciones nos han entrenado para cualquier imprevisto, pero ¿y si una catástrofe termina con el sistema madre, si se rompe la débil conexión que nos une con la red de colonias humanas? Sé que es un sentimiento absurdo e inútil. Sea como sea, estamos solos aquí en Itnis. Cualquier señal que emitamos tardará casi un siglo en llegar a Silenia y bastante más tiempo hasta otros asentamientos. Pero de momento sigue siendo nuestro hogar, donde crecimos, nos conocimos y vivimos antes de subir a la base. Perder ese apoyo sería un golpe a la moral del trío.

Debo desechar mis miedos irracionales. La Corporación tiene un historial prácticamente inmaculado. Los métodos y procedimientos de la colonización se han comprobado y ajustado progresivamente en cientos de mundos. Su éxito ha permitido a la red humana extenderse imparable por el brazo de Orión, avanzando sin pausa hacia el de Sagitario. Solo la rápida expansión robótica de Minerías Jovianas es capaz de hacer sombra al apabullante dominio de la Corporación.

LENE

Cuaderno de notas. Es el quince de diciembre del año 23.518 PM, desde la Primera Misión. Como dicta la costumbre, con la descongelación da comienzo el calendario local. Ahora contaremos nuestros propios días, meses y años estándar. Por tanto, este es el primer día del primer año y tenemos por delante la colonización de Itnis Cinco, un planeta cuyo nombre definitivo asignaremos tras el descenso, cuando pisemos su superficie y observemos los paisajes vírgenes que nos aguardan.

Al despertar, apenas he sentido una desorientación momentánea y un ligero hormigueo en las piernas y los brazos. No es sorprendente. Una de las razones para la creación de personalidades humanoides fue mejorar el porcentaje de supervivencia al viaje interestelar. A priori, mi organismo es más resistente que los de Dorea y Mich. En realidad, la mejora progresiva de la tecnología ha reducido las probabilidades de que sufran daño, pero me alegro de que se encuentren en buen estado, deseosos de comenzar la aproximación. Los tres hemos soñado con este momento desde que nos unimos cuatro años antes de la partida.

A pesar de mi entrenamiento en mecánica y química, mi papel en la misión siempre me ha parecido segundario. Aunque velar por la estabilidad emocional del grupo es importante, por supuesto. Mi personalidad humanoide ha sido moldeada para ello. Me resulta natural amarlos y disfruto con la intimidad de nuestros cuerpos. Ser capaz de adoptar cualquier combinación de rasgos sexuales me permite mil formas placenteras de descargar la tensión que los humanos acumulan con facilidad.

Al igual que cada trío, hemos creado un lenguaje propio. Dorea se dirige a mí como hombre, aunque en momentos de gran excitación recurre a epítetos femeninos. Quizás por llevarle la contraria, Mich me habla como si yo fuera una mujer, salvo en las contadas ocasiones en que se enfada. ¿Y yo? Mi naturaleza me hace relativizar lo referido al género. No tengo preferencias. Suelo adaptarme inconscientemente a ellos.

Tras la breve comida, necesaria para alimentar los componentes orgánicos de mi cuerpo, nos disponemos a visualizar en el puente el

vídeo de bienvenida. En la pantalla aparece una oficial uniformada de la Corporación, como muchas otras que conocimos en la Academia y la base espacial. Según el texto que acompaña a la transmisión, se trata de la supervisora Roberta Auschi.

Me intranquiliza ver la preocupación de su rostro.

—Este es un mensaje para la tripulación de la Argo. Se grabó y emitió desde la base de la Corporación en Silenia Siete, quinientos treinta y dos años después de la partida de su nave, en tiempo estelar. Lamentamos tener que comunicarles que la misión ha encontrado dificultades imprevistas, unos inconvenientes que nos han obligado a modificar el protocolo establecido.

Intento adivinar lo sucedido. Mi mente es así, siempre elaborando hipótesis. Nuestros datos confirman que la Argo no tiene problemas; por tanto, los inconvenientes deben tener otra causa. ¿Habrá un cambio en las directrices? Es improbable. ¿Un fallo crítico en la primera fase? De ser así, la Corporación habría hecho que la Argo regresara a Silenia.

La duda hace temblar la mandíbula triangular de la supervisora. Las noticias van a ser desagradables.

—Los robots autónomos de la primera oleada llegaron a Itnis Cinco según las previsiones y descendieron con éxito a la superficie, donde comenzaron el proceso de multiplicación y transformación del medio ambiente. Su trabajo continuó sin obstáculos durante cuatrocientos años. Fue entonces cuando comenzamos a recibir mensajes de alerta. Algunas unidades sufrían fallos inexplicables. Y, de repente, perdimos todo contacto con los enlaces automáticos. A día de hoy, a pesar de repetidos intentos, no hemos conseguido restablecer la comunicación.

Percibo la mirada de estupor de mis compañeros. Sus mentes se hacen tantas preguntas como la mía. Mich no tarda en formular una.

—Entonces, ¿estamos de regreso en Silenia? ¿Hemos hecho el viaje para nada?

—Calla —se enfada Dorea—. Escuchemos.

La supervisora se ha detenido, como si adivinara que íbamos a necesitar tiempo para asimilar las noticias. Luego continúa su discurso, esforzándose en ofrecer un atisbo de esperanza.

—Es posible que se trate de un fallo temporal. Evaluaremos la situación dentro de un tiempo y les enviaremos informes de actualización. Mientras tanto, buena suerte.

—¿Eso es todo? —protesta Mich—. ¿Hay más mensajes, Lene?

Reviso los enlaces. Hay cinco grabaciones posteriores, recibidas en intervalos de cincuenta años. A medida que los escuchamos, nuestras expectativas se tornan más y más grises. Unos supervisores

tras otros repiten lo mismo: no han vuelto a recibir señales de los robots enviados como avanzadilla y la terraformación parece haberse estancado en el veinticinco por ciento de los objetivos previstos. Los análisis atmosféricos desde Silenia indican que el nivel de oxígeno permanece por debajo del mínimo necesario para la supervivencia de la colonia.

Un hombre ajado recita el último mensaje, impasible, como si la mala fortuna de nuestra misión se hubiera convertido en un hecho histórico, asumido e inamovible.

—Ante esta situación sin precedentes, y tras una cuidadosa deliberación, el Consejo ha decidido que la misión de la Argo debe seguir hasta llegar a su destino.

Mich se contiene a duras penas para no interrumpir.

—Aunque es muy probable —prosiguen los labios flemáticos— que la colonización no se pueda desarrollar en las condiciones previstas, consideramos prioritario investigar las circunstancias del fallo masivo de la primera oleada, circunstancias que no hemos podido determinar desde Silenia. Debemos aprender de lo sucedido, y ello redundará en beneficio de la Corporación y del futuro de la humanidad. La Argo dispone de recursos para un largo período, y pueden volver a la congelación en el caso de que se haga imposible establecer un protocolo de colonización alternativo. Aguardaremos la llegada de sus informes, dentro de las limitaciones impuestas por la distancia.

Las recias arrugas del supervisor se tensan, por fin, en un rictus de emoción.

—Les deseamos suerte. No olviden que son orgullosos representantes de la tradición terrestre y nuestra vanguardia hacia el brazo de Sagitario. Confiamos en ustedes. ¡Auge a la Corporación!

Cuando se apaga el eco de la despedida, mi voz suena hueca en la sala de control.

—No hay más mensajes.

Dorea golpea el mamparo con su puño.

—¡Hijos de puta!

MICH

Los burócratas de Silenia también me han enfurecido. No es ninguna novedad en mí, me quejo constantemente. Sin embargo, Dorea suele aguantar el tipo y tira hacia adelante contra viento y marea. Así que ver en primera línea su frustración me hace temblar. No me gustaría perder el palo mayor del barco en mitad de la tormenta.

Lene, siempre atenta a los desvaríos emocionales de los humanos, se acerca a ella, pero le advierto con una mirada. No es momento de abrazos. Como el fuego del fósforo blanco, la única forma de apagar la ira de Dorea es dejar que se consuma.

—¡Somos colonos, no ratas de laboratorio! —ruge a la pantalla vacía—. ¿Qué pasa con nuestras reservas y con los miles de embriones congelados? ¡Tendrían que habernos hecho regresar enseguida! ¿Para qué quieren que sigamos con una misión suicida? Pueden meterse su estúpida investigación por donde les quepa.

A pesar de todo, Lene intenta apaciguarla.

—Ya que estamos aquí, podemos echar un vistazo al planeta. Será una experiencia interesante. Vemos qué sucedió a los robots y luego programamos el regreso. Con la hibernación, estaremos de vuelta antes de darnos cuenta.

Por un momento creo que Dorea va a estallar otra vez, pero la tensión de su cuello se relaja tras las palabras de Lene.

—Otros mil ochocientos años de salto al futuro —dice, exasperada—. Volveremos tres milenios y medio después de haber salido de Silenia. Apenas reconoceremos el planeta.

—Lo más seguro es que nos asignen una nueva misión —considero—. Hay cientos de objetivos por colonizar.

—La tecnología cambia muy rápido —se queja Dorea—. Tendremos que aprender los nuevos sistemas, entrenarnos para trabajar en un destino diferente, pasar otra vez las malditas simulaciones…

Bien. Su enfado ha dado paso a la aceptación reticente. Hago un guiño a Lene. Es el momento de atacarla con un cariñoso abrazo.

Mi tamaño me impide unirme a ellas. La estrechez de la Argo me aprisiona, una sensación para la que no me ha preparado la realidad

virtual. Tampoco me acostumbro a la idea de encontrarme a cien años luz de otros seres humanos, a millones de kilómetros del suelo firme, vagando por el vacío sin fin como una mota de polvo. Y ahora nos han arrebatado de un plumazo la meta por la que tanto habíamos luchado. De ser dioses encarnados en la orilla de un nuevo mundo, una isla paradisiaca donde crearíamos una esplendorosa civilización, nos hemos convertido en náufragos a la deriva en un océano inhóspito.

—Bien, suficiente drama por hoy —zanja Dorea, retomando su papel de capitana *in pectore*—. Antes que nada, tenemos que confirmar la situación de la Argo y ajustar la trayectoria. Si el control de navegación no ha fallado, Itnis Cinco debe estar cerca. De ser así, haremos un intento de contacto con la terminal automática.

—Desplegaré los sensores —confirma Lene.

Hasta ahora, los instrumentos han estado protegidos por la gruesa capa de espuma absorbente que rodea el tronco de la Argo, de forma que la radiación cósmica no los afectara durante el trayecto. Ahora el periscopio atravesará el entramado poroso como un taladro y emergerá para observar el espacio que nos rodea.

Mientras escuchamos el zumbido de la perforación, analizo los exiguos datos que revelan los mensajes de la Corporación. Los robots autorreplicantes trabajaron en Itnis durante cuatrocientos años antes de averiarse. De hecho, en esos cuatro siglos la terraformación avanzó a buen ritmo, cambiando la atmósfera del planeta. Teniendo en cuenta la curva de gasificación esperada, el porcentaje de oxígeno debería haber alcanzado al menos un ocho por ciento, quizás un diez, casi la mitad de lo que el cuerpo humano requiere para su funcionamiento óptimo.

Reduciendo al mínimo la actividad, una persona aguanta durante un tiempo con una concentración del quince por ciento, aunque su capacidad mental se resiente con rapidez. Cuando baja a un ocho o un diez por ciento ya no sobrevive más de unas horas. Eso sin tener en cuenta la presencia de otros gases dañinos como el amoníaco y el exceso de dióxido de carbono. Lo cierto es que no aguantaríamos la atmósfera de Itnis Cinco más de un rato, pero quizás sea posible generar el oxígeno que nos permita subsistir en un habitáculo cerrado. Con las mascarillas podríamos salir a la intemperie. No sería nuestro soñado paraíso virginal, pero…

—Está ya fuera —anuncia Lene—. Voy a observar con todo el espectro.

La pantalla se divide en cuatro imágenes con sus correspondientes histogramas. Al principio no distinguimos nada. Lene toca los controles y, unos segundos después, un punto brillante

se desliza hacia el centro en cada rectángulo.

—Ahí está. Itnis Cinco —confirma.

Miramos con interés mientras el círculo se amplía con lentitud hasta formar una borrosa media luna pintada con tonos diferentes en cada imagen. La IA trata de perfilar los detalles, pero estamos en el límite de resolución de los sensores.

—No hay señales —afirma Lene.

—¿Es posible confirmar la composición atmosférica? —pregunto, impaciente.

—La estimaremos con precisión, usando las líneas de absorción cuando el sol se encuentre al otro lado —explica—. A juzgar por el balance infrarrojo-ultravioleta, diría que contiene densas nubes de vapor de agua y polvo en suspensión, entre un seis y un ocho por ciento de oxígeno y un dos por ciento de CO2… El resto debe ser nitrógeno, con trazas de metano.

Como había supuesto, la oxidación no ha conseguido llegar ni siquiera a la mitad del nivel programado. El aire de Itnis es incapaz de sostenernos durante mucho tiempo. La buena noticia es que debe existir agua líquida, así que es posible que algunos cultivos sobrevivieran, si dispusieran de protección. Una tenue esperanza, si rechazamos el regreso a Silenia.

Los ojos almendrados de Dorea permanecen fijos en la pantalla, sin reaccionar.

—¿Qué buscas? —pregunto con cautela.

—El ascensor —contesta, sin apartar la vista—. Los robots lo utilizaron para bajar a la superficie. Tiene que estar todavía ahí.

DOREA

No me gusta perder el control. Odio que me vean así, gritando como una histérica. Es cierto que la misión carece de líder formal y las decisiones se toman entre todos, aplicando la Regla de Tres. El trío fue escogido como configuración óptima por la Corporación porque posee estabilidad y adaptabilidad, permite considerar varias opiniones y al mismo tiempo alcanzar consensos. Pero sé que Lene y Mich confían en mi sangre fría cuando las cosas se tuercen. Ha sucedido en muchas ocasiones durante la convivencia preparatoria, los cuatro años de vida en común que certificaron la compatibilidad y el equilibrio de nuestro grupo. Sin embargo, las malas noticias de Silenia me han pillado por sorpresa, a contracorriente de las ilusiones que había creado en mi mente. Superamos los ejercicios de preparación, enfrentándonos juntos a una miríada de problemas técnicos y estratégicos, situaciones complejas planteadas en cada fase de la colonización y la reproducción. Pero siempre partimos del supuesto de que los robots habían hecho su trabajo.

Si pretendían que continuáramos tras un fallo de la primera fase, deberían haber añadido simulaciones que consideraran un desastre previo a la llegada. De todas formas, ya no nos servirá ninguna simulación. Tenemos que lidiar con la más compleja de todas: la realidad, llena de variables imprevistas.

Nos acercamos a Itnis Cinco con lentitud exasperante. Pasado el choque del primer momento, la aburrida rutina de a bordo y la angostura del espacio hacen difícil huir del pesimismo. Como consuelo tenemos la mutua compañía de nuestros cuerpos, siempre hambrientos de caricias y del abandono del sexo. Reconozco que la calma, el cariño y el conocimiento que Lene tiene de las emociones humanas son el pegamento que nos mantiene unidos, la pata sin la cual el taburete del trío se vendría abajo. ¿Cómo fue posible la exploración espacial antes de los humanoides de sexo fluido? No puedo imaginar la soledad y las tensiones que sufrirían los primeros colonos.

Por algún motivo, las austeras comidas de abordo son el momento escogido para discutir alternativas al regreso, ideas tan absurdas que nosotros mismos nos reímos de ellas. Por ejemplo,

durante la cena Lene ha propuesto que nos olvidemos de la colonización de Itnis y pongamos en marcha la fase de reproducción hacia otro sistema estelar, que saquemos del almacén los robots de minería y metalurgia para que comiencen la construcción de una nueva oleada mientras nosotros permanecemos congelados.

El problema de esta alternativa, o cualquier otra que nos mantenga en el sistema sin bajar a un planeta, es que la fuerte radiación solar debilitará la espuma protectora de la Argo y las partículas de alta energía dañarán al cargamento de embriones. En unos años, las mutaciones y malformaciones harán inviables a los óvulos fecundados.

Por esta razón Mich defiende otro programa: implantarnos en la superficie con una infraestructura mínima de soporte. El objetivo sería encontrar los robots, repararlos y reiniciar la terraformación mientras la colonia sobrevive bajo mínimos. El ascensor nos permitiría bajar un par de hábitats autocontenidos, los embriones y los úteros artificiales para su crianza. El ritmo reproductivo del asentamiento no sería elevado, pero al menos nos mantendríamos vivos.

Cualquier estrategia que incluya el descenso a la superficie pasa por localizar el tubo del elevador y liberar el cono de captura de la Argo para poder anclarnos a la terminal geoestacionaria. Pero por ahora no hemos visto el ascensor. El planeta está cubierto de nubes y rodeado por un denso cinturón de partículas. Al observarlo contra la luz del sol, Lene ha confirmado las estimaciones previas sobre la atmósfera, la anómala cantidad de aerosoles en suspensión y la presencia de un anillo en el plano ecuatorial. Así que el fino tubo es la proverbial aguja del pajar. Resulta tan invisible como un cabello humano a un kilómetro de distancia. Sin embargo, el cuerpo de la terminal con la nave originaria y los módulos de fabricación deberían ser más fáciles de localizar.

—¿Y las señales de telemetría de la baliza? —pregunta Mich—. ¿Seguro que has escuchado en esa frecuencia?

—Te he dicho mil veces que sí —responde Lene, obediente—, pero voy a intentarlo otra vez.

No tengo dudas de que él siente emociones como nosotros. Ningún filósofo de tres al cuarto o fanático humanista me convencerá de que su conciencia, sustentada por neuronas artificiales, no sufre y se alegra igual que las nuestras, de que las sutiles expresiones de su cara aterciopelada y el temblor de sus ojos no reflejan una humanidad auténtica. Ningún ser haría el amor con el ansia desgarradora de Lene sin tener una profunda vida interior. Si contiene sus pensamientos es por la misma razón que controlo los míos, porque tenemos un papel que cumplir. Pero, como le sucede a

cualquier ser biológico, a él también le resulta imposible ocultar del todo los sentimientos.

—¿Qué te preocupa? —le interrogo cuando Mich ocupa el excusado.

Me devuelve la mirada con vergüenza.

—No encuentro la señal de la baliza.

—Es posible que el anillo de polvo la enmascare.

—Es posible —contesta sin convicción.

—Los robots tuvieron que bajar por él. No puede haber desaparecido.

—Si me lo permites, te diré lo que me preocupa.

¿De verdad quiero que me lo diga?

—Sea lo que sea, lo afrontaremos —contesto.

Se fuerza a sonreír y me muestra un gráfico espectral en la pantalla.

—Estimaciones del tamaño de las partículas en suspensión. La densidad es elevada —señala—. No pueden haber estado ahí desde hace mucho tiempo porque habrían caído a la superficie.

—Algo las produce —concluyo—. ¿Volcanes?

—No lo creo. La composición de la atmósfera sería diferente con erupciones masivas. Podría haber sido una ola de incendios en la superficie, quizás favorecidos por el aumento en la concentración de oxígeno.

¿Incendios? ¿Qué podía quemarse en un planeta sin vida? Las masas de líquenes y bacterias usadas en la terraformación no eran suficientes.

—Los análisis remotos no detectaron actividad fotosintética —recuerdo a Lene—. No existían plantas ni árboles.

—No creo que hayan sido incendios.

—Deja de hacerte el interesante. ¿Qué es lo que *sí* crees?

—No tengo suficientes datos —replica, taimado.

Odio su cautela. Sospecho que tiene datos de sobra, pero teme decirnos la verdad, llevarnos a la desesperación.

LENE

Cuaderno de notas. Es el día siete y cada vez veo más probable que la colonización de Itnis Cinco no llegue a producirse. La información que voy obteniendo durante la aproximación me preocupa más de lo que admito a mis compañeros. Odio ocultarles mis pensamientos. No obstante, estoy convencida de que mi deber es callar hasta poder darles una teoría completa. Los humanos sufren de ansiedad cuando se enfrentan a algo que no controlan y, a solo cien mil kilómetros del planeta cubierto por las nubes, es evidente que algo no anda bien en este mundo.

Pero, mientras tanto, la vida tiene que continuar en la Argo. Sugiero a Dorea y Mich aprovechar la gravedad artificial que nos proporcionan las últimas horas de frenado para revisar el compartimento de carga. Eso los mantendrá ocupados.

Uno tras otro reptamos por el estrecho pasaje que lleva al cilindro de servicio, en el centro del anillo. Rodeando los depósitos de combustible, bajamos hasta la bodega donde se apiñan los bultos destinados a la superficie. Allí, disfrutando de la relativa amplitud, examinamos los contenedores que guardan los hábitats hinchables, los congeladores con las muestras de las tres mil especies del ecosistema básico y una miríada de máquinas imprescindibles para el desarrollo de los asentamientos, desde comunicadores remotos hasta cocinas solares. Todo parece estar en su sitio, preparado para el momento de la siembra. Tras doscientos años de trayecto, es sorprendente que la bodega siga inmaculada, libre del polvo que acumula cualquier nave tripulada por los microscópicos desperdicios de la biología humana.

Mich golpea un contenedor con su manaza, como si deseara reconfortar al metal cansado por siglos de trayecto. Es triste pensar que estos equipos, cuidadosamente fabricados, ensamblados y empaquetados, semillas diseñadas para propagar la herencia de la antigua civilización terrestre, quizás no lleguen a ser plantadas.

Bajamos al siguiente nivel, más cerca de la sección de popa que aloja los motores de fusión iónica. Panales hexagonales albergan a los robots mineros y constructores, protegidos por capas de espuma ultradensa. El destino de esta maquinaria no es la superficie.

Permanecerán en el espacio hasta que la colonia esté asentada y comience a producir nuevas generaciones de humanos e híbridos. En ese momento, comenzará la fase reproductiva. Como si de un organismo gigante se tratara, la reciente colonia creará semillas que serán enviadas hacia otros sistemas estelares. El material recogido por los robots mineros se utilizará para construir otras naves como la Argo, modelos actualizados con las instrucciones llegadas de Silenia, cargadas con tripulaciones criadas y entrenadas en Itnis, con nuevas reservas y nuevos robots manufacturados bajo las patentes de la Corporación.

Y así el dominio del conglomerado industrial se extiende lentamente por la Galaxia, alimentándose de las vidas y recursos de cientos de mundos. Nuestra única competencia son las misiones robóticas de Minerías Jovianas. Las naves de MINJOV carecen de tripulación y pueden superar las aceleraciones que aplastarían los cuerpos humanos. Tampoco necesitan transportar embriones, planteles, comida o agua, así que sus colonias mecánicas se reproducen con rapidez y consiguen mayores recursos para sus mundos matriz. Por otro lado, si las noticias de la Corporación son ciertas, sus expediciones también sufren una mayor tasa de fallos. Solo el tiempo dirá qué estrategia es la ganadora.

Mientras tanto, los sistemas solares capturados por cada empresa forman inmensos árboles que se ramifican por el brazo de la Galaxia, entrecruzándose vorazmente como si engulleran el vacío que los separa. ¿Por qué esta avaricia desenfrenada? La carrera por las estrellas comenzó cuando los minerales del sistema Sol se agotaron. Varias compañías rivales pugnaron por llegar a otros mundos, plantar sus banderas y cosechar valiosos elementos que enviar de vuelta a casa, dejando destacamentos de guardia para vigilar las operaciones. La Corporación y Minerías Jovianas se hicieron con el liderazgo del mercado al conseguir que sus colonias fueran autosuficientes y capaces de replicarse. Crearon una doble reacción en cadena, un crecimiento exponencial cuyas hojas no paraban de multiplicarse, alimentando a los ricos planetas que recibían los beneficios en los antiguos troncos del árbol.

Vuelvo mi atención al presente. Dorea está examinando con mimo las cápsulas que contienen los robots disgregadores, sofisticados autómatas que separan el mineral rico en hierro y carbono presente en los asteroides. Otras cajas, diminutas, guardan las simientes de las criobacterias encargadas de filtrar y acumular las tierras raras, las joyas de la minería espacial. Al fondo están dispuestas las piezas más grandes, necesarias para montar los enormes robots de transporte y construcción, cuya misión es fabricar las grandes estructuras, incluyendo las naves de la siguiente

oleada.

De repente, veo a Mich y Dorea plantados delante de mí. Sin miramientos, me arrinconan contra un panel divisor. Por un momento creo que se trata de un juego, pero sus rostros son demasiado serios. No me resulta difícil identificar sus emociones. Están enfadados.

Apoyado en la pared, el musculado brazo de Mich crea una barrera infranqueable.

—He leído tus análisis, Lene —confiesa, sin disculparse. Como administrador del sistema informático, se cree el dueño de todos sus contenidos—. ¿Por qué nos has ocultado los resultados? Es obvio que el ascensor ya no existe.

—Se lo dije a Dorea. —Imploro con la mirada—. No hay datos concluyentes.

—Danos un cálculo de probabilidades —contesta ella.

—Menos del uno por ciento, diría —respondo, un tanto molesto.

Mich da rienda suelta a su ira, presionando un conducto como si fuera a estrangularlo.

—¡Tendría que estar ahí! ¿Qué ha pasado?

Dorea lo calma, colocando una mano sobre su pecho desbocado.

—Desde luego no han sido incendios ni tampoco volcanes —afirma ella—. Es imposible que sus efectos lleguen a la órbita estacionaria donde estaba la terminal. ¿Habrá sido una colisión con las partículas del anillo?

Ya que no me dejan otra opción, venzo mi resistencia y les explico lo que creo que debió suceder.

—Fue un cuerpo voluminoso que llegó del espacio. El anillo parece formado por los restos de una colisión, reciente en tiempo astronómico, el choque de una luna o un asteroide. Muchos de los fragmentos cayeron a la superficie, pero otros quedaron dando vueltas en la órbita, sobre la atmósfera. Probablemente, esas rocas golpearon la terminal. Quizás cayo al planeta, arrastrando con ella el tubo del ascensor.

Mich se queda pasmado durante un segundo.

—¿Quieres decir que esa lluvia de asteroides, o lo que fuera, destrozó también a los robots que llevaban a cabo la terraformación? No puedo creer que barriera a todos ellos de la superficie.

—Fue el polvo —interviene Dorea con voz gélida.

—Están diseñados a prueba de suciedad —objeta Mich, que siente devoción paternal hacia cualquier aparato—. Sus articulaciones origami…

—Los robots se alimentan con energía solar —le contesta Dorea —. El impacto tuvo que oscurecer el cielo del planeta durante años.

Sin la energía de la radiación solar, las baterías de las máquinas se agotaron y la capa de polvo depositada sobre los paneles impidió que se recargaran.

La calmada pose de la capitana flaquea.

Mich expresa nuestros pensamientos con palabras precisas.

—Pues sin ascensor estamos jodidos.

MICH

No vamos a marcharnos de Itnis Cinco sin echar un vistazo, no porque la Corporación haya ordenado investigarlo, sino porque quiero mirar al planeta a la cara y preguntarle con qué derecho nos ha hecho esto. Si pudiera abrir la portilla de la Argo y salir al espacio sin casco, sería capaz de escupirle. Aunque solo conseguiría añadir otro desecho helado a la nube que rodea este mundo inhóspito como una mortaja.

Dado el peligro que supone cruzar el plano ecuatorial, minado con los restos del supuesto impacto, seguiremos una trayectoria inclinada, a través del hueco entre el borde inferior del anillo y la atmósfera. Espero que los sensores no se equivoquen. Si chocamos con un pedrusco del tamaño de una pastilla, será el fin de la misión. La protección de la Argo no fue diseñada para proyectiles cinéticos de ese calibre.

Observamos cómo la imagen de Itnis Cinco se agranda a medida que nos dejamos llevar por su gravedad. Las nubes de polvo esconden su superficie bajo una pesada manta de tonos pardos y grisáceos, una masa que se agita con las lentas turbulencias de las corrientes de convección y los remolinos de Coriolis alimentados por la rotación del planeta.

El hipnótico espectáculo nos reserva una sorpresa. Al llegar al periapsis, a pocos kilómetros sobre la atmósfera, cuando cruzamos los dedos mentalmente para ahuyentar a los fragmentos rocosos de nuestro camino, justo en el punto en que vamos a iniciar el alejamiento, las cortinas de la atmósfera se abren y nos ofrecen una vista de sus profundidades. Bajo el vapor polvoriento veo limpias capas de nubes brillando como lienzos blancos, tenues jirones llevados por un viento transparente que muestra con timidez la superficie. Allá abajo hay un terreno hecho de manchas desteñidas, una pintura de llanuras oscuras circundadas por montañas salpicadas de ocre y marrón.

Tres pares de pupilas observamos por primera vez la intimidad del mundo alienígena, la superficie virgen que tras millones de años de soledad sufrió la breve compañía de los robots terraformadores, hormigueando y horadando su piel. Desde el comienzo de la

aventura espacial, la humanidad soñó con encontrar vida en otros mundos, quizás incluso razas inteligentes. Sin embargo, la sobria realidad es que hasta ahora ninguna expedición ha hallado organismos más sofisticados que una bacteria, simples burbujas de moléculas que se replican con torpeza absorbiendo materiales del entorno.

Me pregunto si observaríamos signos de vida inteligente al sobrevolar Silenia u otra colonia de la Corporación. Quizás la delatara el verdor brillante de los arrecifes artificiales, las formas geométricas en las zonas de cultivo o las tramas de luces en las escasas áreas urbanas. En lo que respecta a Itnis Cinco, solo vemos un páramo estéril.

De repente, un resplandor borra los rasgos insulsos de la superficie y los sustituye por colores inverosímiles. El sensor compensa automáticamente el aumento del brillo y distingo una extensión que arde como un cohete de plasma. Luego el resplandor desaparece, dejando atrás la textura de un espejo ligeramente curvo.

Un instante después, las nubes cubren la visión del planeta.

—¿Qué ha sido ese fenómeno? —pregunta Lene, admirada.

—Un océano —explica Dorea—. Reflejaba los rayos de sol que han atravesado la atmósfera.

Permanecemos en silencio. No sé lo que ellas piensan, pero yo me veo saltando entre esas montañas parduzcas, construyendo quizás una embarcación para explorar el mar que llena los bajíos del relieve.

Itnis Cinco iba a ser nuestro hogar. Le daríamos un nombre a su medida y después lo convertiríamos en un edén, un paraíso en el que un puñado de humanos serían felices y se multiplicarían. Ahora que he contemplado la superficie, por penoso que sea su estado, siento la miel que me roza los labios y resulta duro dejarla escapar. Dorea me lo ha dicho más de una vez. Soy como un niño. Basta con que me digan que no puedo tener algo para desearlo aún más.

Pero el sueño se aleja. Sobrepasado el punto de máxima aproximación, pasamos al hemisferio nocturno, donde vemos destellos entre las nubes. Las chispas eléctricas de las tormentas. Con tanto vapor de agua, deben existir precipitaciones.

—No es imposible —dicen mis labios, sin permiso.

—¿El qué? —pregunta Dorea, aún embobada con el espectáculo atmosférico.

—Colonizarlo —le digo, inseguro—. Podríamos intentarlo. La atmósfera irá clareando con el tiempo y habrá más energía solar.

—¿Sin el ascensor? —interviene la racionalidad de Lene.

—Bajamos con un equipo de supervivencia mínimo —aventuro

ante las miradas escépticas—, encontramos algunos de los robots y de las máquinas reproductoras y les limpiamos el polvo para que se recarguen las baterías. Ellos harán el resto. Continuarán la terraformación.

Dorea tuerce el gesto.

—Tardarían décadas en multiplicarse hasta conseguir una nueva masa crítica, volver a sembrar las bacterias, reiniciar las excavaciones masivas… Pasarían siglos antes de que el planeta fuera habitable. ¿Qué haríamos todo ese tiempo en medio de los desechos?

—Y los embriones no aguantarían tanto en el espacio —añade Lene—. En pocos meses la radiación solar atravesará la espuma y comenzarán a sufrir daños.

Los embriones. El verdadero tesoro de la Argo, la diversidad genética de la nueva colonia.

—Podemos aparcar la nave en un lugar protegido —sugiero.

—La única protección permanente que se me ocurre es la sombra de un planeta cercano a la estrella, uno que siempre mire hacia ella —replica Dorea—. Primero tendríamos que encontrarlo, comprobar su rotación sincrónica y aterrizar en él soportando fuertes dosis de viento solar…

—Entonces —deduzco— sería mejor bajar los embriones a la superficie.

Reconozco la mueca de displicencia. Dorea sabe cuándo me tiene acorralado y se burla de mis intentos por escabullirme a través de resquicios ilógicos.

—También me gustaría darme un chapuzón en ese océano, pero el descenso sería un suicidio —sentencia.

No soy tan tonto como ella piensa. Loco puede ser. Tonto, no.

—Quizás no sobrevivamos al descenso, es verdad. Al menos los embriones quedarán protegidos por la atmósfera, y cuando la terraformación se complete en unos cientos de años las reservas se activarán y podrán criarlos.

Las reservas. No nos gusta hablar de ellas. Once copias perfectas de nuestros cuerpos, réplicas moleculares sintetizadas tras la congelación, once tríos con las mismas memorias, las mismas capacidades y el mismo derecho a la vida. De hecho, no tenemos forma de saber si nosotros somos los originales. El azar ha escogido a los primeros en despertar.

DOREA

¿Intentar bajar sin ascensor? ¿Colonizar un páramo estéril cubierto por nubes eternas? Me encanta la iniciativa que tiene Mich, pero ojalá se detuviera a pensar un poco antes de proponer sus ideas. No podemos arriesgar la misión de la Argo lanzando nuestros preciosos contenedores desde la órbita como si fueran bolsas de basura y esperar que los delicados equipos y los embriones lleguen sanos y salvos a la superficie por arte de magia. ¿Y qué hay de nosotros? Sin cápsulas de descenso nos calcinaremos en la atmósfera, convertidos en estrellas fugaces, efímeras líneas brillantes a través del polvo. Y nadie vería el espectáculo. Claro que quedaban las reservas, pero no tenía sentido desperdiciar nuestras vidas para nada.

Además, por el momento no corremos ningún peligro, rodeando a Itnis Cinco en una alargada órbita elíptica. Lo primero es pensar en los embriones. No me gusta la idea de acercarnos a un planeta interior donde nos expondremos a altas temperaturas. Les explico a Mich y Lene dos posibles alternativas. Una es escondernos tras un gran planeta gaseoso, de los que existen en cualquier sistema de clase G. Si seguimos la estela de su magnetosfera alrededor del sol estaremos protegidos de las partículas solares. El problema es que la gravedad del gigante nos obligaría a dar vueltas a su alrededor y no podríamos permanecer por mucho tiempo dentro de la estela.

La otra solución es localizar un asteroide mediano. Su baja gravedad nos permitiría seguir su sombra alrededor de la estrella sin tener que orbitarlo. Así evitaríamos el baño de radiación sin agotar el combustible. Una vez los embriones estén protegidos, tendremos tiempo para pensar con calma. Ahora que sabemos la causa del fallo de la primera fase, enviaremos un informe de la situación a Silenia y quizás esperaremos congelados doscientos años hasta que llegue la respuesta.

—Yo voto por buscar un asteroide —replica Mich—, pero no creo que la Argo pueda seguirlo durante mucho tiempo sin supervisión. El interior de un sistema planetario es diferente al espacio interestelar; hay rocas por todas partes, perturbaciones magnéticas, llamaradas solares…

—Podemos acoplar la Argo al asteroide —propongo—, y ocultarla bajo una capa de materiales que la proteja durante las horas de sol.

—Para eso tendríamos que soltar el embudo de captura —objeta Mich, que comienza a exasperarme con sus críticas.

—Lo dejaremos en una órbita segura y lo recogeremos si nos hace falta para viajar a un nuevo destino.

—En doscientos años pueden pasar muchas cosas —apunta Mich, implacable—. Quién sabe si los motores seguirán operativos después de estar apagados tanto tiempo, o si el embudo habrá sido inutilizado por una tormenta solar. Su pantalla es muy delicada cuando no está protegida por los láseres y el campo…

No puedo contenerme más.

—¿Qué otra alternativa tenemos? ¡No podemos aterrizar en Itnis Cinco! ¡Ni estar despiertos durante doscientos años!

Me vuelvo hacia Lene, buscando una opinión objetiva, un apoyo contra el pensamiento mágico. Pero mi querido humanoide está ocupado en la terminal. Me apuesto un baño caliente a que nos dirá que necesita más datos.

Busco la complicidad emocional de Mich, ya que la lógica no es su fuerte. Le señalo la empequeñecida esfera gris de la pantalla.

—¿De verdad quieres arriesgarte por un mundo fracasado? Los protocolos de colonización requieren suelo fértil, aire puro, espacio virgen donde construir una sociedad libre y feliz. Nos prometieron un paraíso, ¿recuerdas? Seríamos como los Tres Fundadores de Silenia, adorados por generaciones de pobladores. Dijeron que nuestros relatos serían como las Crónicas del Nuevo Orden, que lo que contáramos se convertiría en la historia del planeta, en leyendas que se leerían en las escuelas igual que nosotros leíamos las narraciones de los Fundadores. Soñaba con que, cuando un lejano día viniera de visita el embajador de la Corporación, vería que la inversión de la empresa habría dado un buen fruto, y el agradecimiento de la humanidad sería eterno. Es lo que quiero, Mich, una vida con sentido. Si no es posible en Itnis, en cualquier otro sistema que sea terraformado de forma adecuada.

—A mí este no me parece tan malo.

¿Es eso todo lo que se le ocurre?

—En lugar de esperar doscientos años a que me golpee un trozo de un cometa perdido, prefiero intentar algo que no ha hecho nadie —insiste.

—No lo ha hecho nadie porque es imposible, cariño.

—Votemos, entonces —responde, desafiante—. Invoco la Regla de Tres.

Temía que su impulsividad nos llevara a esto. La Regla de Tres

se reserva para los casos en los que el trío decisor no alcanza un consenso. Hasta ahora la compatibilidad nos ha permitido llegar siempre a compromisos razonables. Pero en este caso quizás votar sea lo mejor. Yo no puedo estar de acuerdo en lanzarme al vacío sin paracaídas, y seguro que Lene tampoco. Él es el mediador. Tanto su innata calma como su naturaleza híbrida y su género fluido le predisponen a ello. Se sitúa siempre en medio de los dos, para que crucemos los puentes que con frecuencia nos separan.

El papel estabilizador de los humanoides ha sido comprobado en cientos de misiones, quizás miles. Si lo que nos explicaron en la Academia es cierto, los teóricos de los sistemas dinámicos saben desde hace milenios que el número tres es la clave del complejo equilibrio del universo. No es casualidad que las galaxias, las estrellas y los planetas se hayan desarrollado en un espacio de tres dimensiones. Cuando solo existen dos fuerzas independientes, dos variables o dos grados de libertad, la evolución lleva inexorablemente a un punto fijo donde ambas se cancelan o una domina por completo, o bien se converge a una órbita periódica, repetitiva, sin salida; un final estéril en cualquiera de los casos. Sin embargo, la adición de una tercera variable, de una fuerza complementaria, introduce la aperiodicidad, el caos, la flexibilidad de lo que resulta imprevisible sin ser aleatorio, un comportamiento definido por misteriosos atractores fractales y patrones cooperativos.

Mich y yo miramos a Lene. Esperamos su respuesta al reto.

—Hay mucho que considerar antes de una votación —dice al fin, como si regañara a dos niños revoltosos—. La espuma protectora es demasiado débil para otro viaje interestelar. Además, no tiene sentido escoger un nuevo destino sin que tenga una fase de terraformación.

Ya habíamos hablado de ello. Será necesario poner en marcha a los robots constructores de la bodega para que preparen la nave automática de la primera fase. Llevará más tiempo, pero, a pesar de las absurdas objeciones de Mich, el tiempo no es un problema. Podemos esperar lo que sea necesario. Lo importante es que empezaríamos de nuevo, como si no hubiera pasado nada. Borraríamos de nuestra memoria el fallido Itnis Cinco e iniciaríamos una nueva misión con todas las garantías.

Pero Lene continúa con su propio razonamiento.

—Por otra parte, no descartaría la posibilidad de colonizar este planeta. Como afirma el viejo adagio terrestre, «más vale pájaro en mano que ciento volando». Obviamente, sería necesario planificar con cuidado la operación, pero considero que es factible.

¿Factible? Si no le quisiera tanto, hay momentos en que le

arrancaría sus ojos violáceos.

LENE

Cuaderno de notas. Día ocho del calendario Itnis. Confieso que me fascinan las discusiones entre Dorea y Mich, y contemplo absorto cómo confrontan sus opiniones, envolviendo los argumentos con tanta emoción que los deforman hasta volverlos inservibles. Yo evito interponerme entre ellos si no es necesario, y cuando lo hago intento buscar las virtudes de cada parte. Es mi papel, como el de Mich es pensar más allá de los cauces establecidos a los que Dorea y yo tendemos a adherirnos, y el de ella es perseverar en el camino elegido por mucho que tengamos la tentación de abandonarlo.

Mi fe en el principio de los tres decisores ha aumentado desde que lo estudiamos en la Academia. Cuando el profesor Filens lo enunció, en el curso introductorio para colonos, me pareció un sinsentido. Si a dos personas ya les resultaba difícil tomar una decisión, con tres sería peor. Claro que la cuestión no es tan sencilla. El objetivo no es solo conseguir un acuerdo. Si esa fuera la única meta, la combinación perfecta sería la de una persona dominante y una sumisa. La opinión de la primera prevalecería siempre.

Como otras reglas y protocolos elaborados por la Corporación, el principio de tres es la respuesta a un problema de optimización. Por un lado, se trata de aprovechar las diferentes estrategias cognitivas de los decisores, combinar sus estilos de pensamiento para encontrar una solución que se aproxime a la estrategia óptima. En ese sentido, es un ejemplo de sabiduría colectiva a escala reducida, que evita caer en la trampa del pensamiento grupal. Por otra parte, los decisores deben reconocer el valor de cada aportación individual y aceptar la resolución final sin reservas. No es un juego de suma cero. Los tres deben ganar algo.

Dada la misión de los tríos, las dos condiciones son esenciales: combinación y ganancia común. En la fase inicial de la colonización solo participan los tres decisores. A pesar de que los protocolos sirven de guía, en ocasiones se requiere escoger entre caminos que son incompatibles. En las etapas posteriores, el trío original, y más tarde sus copias, actúa como líder y juez ante la incipiente comunidad del planeta. El consenso es necesario para opinar con

una sola voz y evitar confusiones.

Estas ideas me sonaban muy abstractas hasta que comenzó el emparejamiento. Al igual que los demás estudiantes, me sometí a pruebas psicológicas previas. Los híbridos éramos creados con diferentes personalidades y aspectos físicos a partir de un tronco básico, de manera que nos acopláramos a la variabilidad de los candidatos humanos. Una vez completadas las pruebas y entrevistas, a cada uno se le entregó una lista de contactos sugeridos.

Recuerdo la primera vez que vi a Mich. Me esperaba en la fuente central del campus, jugando con los chorros de agua. Me pareció un niño que observaba un espectáculo de magia. Esa tarde paseamos por el jardín botánico, bajo la sombra de árboles exóticos traídos por la nave antecesora. El robusto muchacho de rostro aniñado y torpes andares no me preguntó cómo me sentía al ser humanoide ni me interrogó acerca de mis funciones fisiológicas. Se limitó a contarme anécdotas divertidas sobre su azarosa vida antes de la Academia, trabajando en las fábricas de algas después de que sus padres se marcharon del planeta, y se burló con perfectas imitaciones de los tics y manías de los profesores. Luego escuchó con atención mis impresiones sobre el futuro que nos esperaba. Pensé que quizás no se había dado cuenta de que no era humana.

Al final me preguntó, pero lo hizo con tanta delicadeza que creo que fue en ese instante cuando me enamoré de él.

—¿No te resulta extraño compartir el resto de tu vida con dos humanos? Quizás serías más feliz con otros híbridos. Nosotros somos mucho más inestables, ya lo sabes; tirando a locos.

Observé la inocencia que asomaba en sus ojos y decidí que me gustaba.

—Nos crearon para vivir con vosotros, y los híbridos somos muy aburridos.

—Entiendo. Pero no sé si estoy de acuerdo. Yo creo que sois mucho más interesantes.

Me cogió de la mano al final de esa primera cita, no para comprobar el tacto, como habían hecho los otros, sino con auténtica ternura.

La conexión con Dorea no fue tan rápida. Me costó tiempo atravesar la barrera que utilizaba para proteger sus inseguridades, aunque desde el principio supe que valía la pena intentarlo. Tras su formalidad escondía una voluntad firme y un sentido férreo de la justicia. Estaba muy nerviosa en el primer encuentro. Sospeché que no había tenido muchas relaciones en la granja donde vivía con su enorme familia. Luego, centrada en la selección para la Academia, no había tenido parejas más allá de los encuentros ocasionales.

Mich habló de los dispares resultados con sus anteriores relaciones, cómo poco a poco aprendió a ser él mismo y dejó de aparentar, así que tenía una imagen de lo que necesitaba. Sin embargo, a Dorea tuve que demostrarle que yo no era una amenaza a su independencia ni un falso adulador que le daría la razón para satisfacerla. Hasta la tercera cita no se atrevió a contarme que su madre pertenecía a una secta multipliquista. Su mayor deseo era que cada uno de sus doce hijos entrara en la Academia y cumplir de esa manera el mandamiento divino de esparcir sus genes por la galaxia.

El material educativo de la Corporación explicaba con claridad que las colonias se creaban con la variedad genética transportada por los embriones y los bancos de cromosomas de las naves. Así había sido en Silenia. No obstante, entre muchos trabajadores y algunos supervisores persistía la absurda creencia de que eran los miembros del trío decisor los que se multiplicaban hasta repoblar cada nuevo planeta.

—Entonces, ¿tienes hermanos en la Academia? —le pregunté, sin dejar de admirar ni un instante la fiereza de sus ojos almendrados.

—Tres de ellos consiguieron entrar, con mucho esfuerzo. Dos fueron rechazados antes de llegar el emparejamiento y uno no superó las simulaciones en la base espacial.

—Entiendo. Tienes una gran presión sobre ti.

La barrera se rompió en ese momento. Dorea ocultó su rostro y lloró. La abracé con suavidad, en silencio. No volvimos a hablar hasta despedirnos un rato más tarde en la entrada de los dormitorios. Me dijo que se sentía bien conmigo.

Ahora su voz recia rompe el ensueño del pasado.

—Bueno, ¿vas a explicarnos cómo demonios es posible bajar a ese sucio planeta?

Han trascurrido cuatro años desde el emparejamiento y todavía me maravilla cómo se impone a sus miedos.

MICH

Debemos decidir qué llevamos con nosotros y qué se queda en la Argo. Cualquier cosa que requiera congelación, incluyendo las reservas y los embriones, tendrá que seguir en la nave. Los tres trabajamos a toda prisa, revisando los protocolos y adaptándolos al nuevo plan. Reutilizamos rutinas sacadas del catálogo estándar de colonización y comprobamos los materiales y equipos necesarios para desarrollar las nuevas secuencias: descenso, desembarco, soporte vital de supervivencia, asentamiento inicial, cultivos experimentales, exploración y consolidación, expansión… Las simulaciones de Lene nos aseguran que podrían funcionar, pero la realidad tiene la mala costumbre de complicar las cosas añadiendo sorpresas sobre la marcha.

En el contenedor empaquetamos un par de hábitats hinchables, un módulo vital completo con ciclos de reciclaje y filtrado, planteles escogidos, raciones de comida para un mes, un par de máquinas de construcción multiuso, dos juegos de herramientas, un colector de energía solar y una fuente de hidrógeno —la iluminación será escasa bajo las nubes—.

En medio de los bultos, hacemos hueco para la cápsula de descenso, el pequeño módulo con el que deberíamos haber bajado por el ascensor. Su aislamiento presurizado nos salvará del vacío helado.

Tras empotrar todos los equipos lo mejor que podemos, rellenamos los intersticios entre las cajas, las bolsas y las paredes de la cápsula con chorros de espuma inelástica. Es lo mejor que se nos ocurre para absorber el impacto del aterrizaje, si es que llegamos vivos a la superficie. Es muy probable que el rozamiento nos abrase mucho antes, cuando atravesemos la atmósfera a toda velocidad, o que el contenedor se desintegre a varios kilómetros por encima del suelo.

El plan de descenso de Lene se basa en un viejo concepto, «el cuerpo de sustentación», un modelo de reentrada utilizado en los tiempos de la antigua Tierra. Permitía el frenado aerodinámico de lanzaderas que aterrizaban desde la órbita baja. Hemos adaptado los antiguos diseños que Lene encontró en su base de datos y nos

han ayudado a que Dorea aceptara la temeraria idea del descenso.

Pero el que está ahora cagado de miedo soy yo. Nos adentramos en terreno desconocido. Hasta dónde yo sé, nadie ha intentado nada parecido. Así que he preparado un programa para que la IA descongele un trío de reserva si no le damos una contraorden en cuarenta y ocho horas. De esta manera, si nos achicharramos o nos estampamos en mil pedazos, la misión continuará. Las copias despertarán y escucharán el mensaje que les hemos grabado, lamentarán nuestra estupidez, informarán a Silenia y, con toda probabilidad, echarán una larga cabezada en el asteroide hasta que la misión pueda continuar hacia otro destino.

Este pensamiento no me sirve de consuelo. Aunque las reservas sean idénticas a nosotros, se despierten con el mismo frío en los huesos y compartan los mismos recuerdos de Silenia… Aunque tengan las mismas voces, deseos, miedos y se peleen igual que nosotros, soy *yo* el que está consciente. Estoy aquí, ahora, y no quiero terminar frito dentro de un contenedor o desparramado por la superficie de un planeta remoto.

Así que contemplo con escepticismo las planchas que hemos arrancado del borde superior del cono de captura. Lene nos ha explicado el concepto de ablación controlada y de cómo las partículas de espuma protectora que hemos adherido al metal se irán desprendiendo con la fricción atmosférica, llevándose consigo parte del calor extremo que podría matarnos. En fin. Si un método tan primitivo les funcionó a los antiguos terrestres, quizás consiga salvarnos el cuello.

Deformamos los paneles siguiendo los moldes lineales que hemos preparado y los soldamos en una forma oblonga y convexa, cubriendo la cara inferior del contenedor. El resultado es vagamente aerodinámico, al menos tanto como una patata roja de Silenia. Lene, impávida, repasa la curvatura con un medidor láser y nos indica dónde debemos golpear las planchas para corregir las asimetrías. Tras machacar el metal durante una hora, rellenamos con más espuma endurecida el espacio entre el escudo y el contenedor y bautizamos al conjunto con el poético nombre de Ladrillo Volador.

«No tan deprisa», dice Lene. Aún tenemos que soldar los alerones estabilizadores en las paredes laterales. Su roce con la atmósfera hará que el escudo quede siempre orientado hacia abajo. Tras estos alerones fijos montamos un par de actuadores hidráulicos en el lado superior, conectados a los bordes laterales, y otro bajo el escudo. Luego Dorea coloca una cámara en la punta de este último.

—¿Para qué sirven? —pregunto por la radio del casco.

—Los laterales moverán los alerones —escucho a Lene—. Es la

única manera de controlar la dirección de la caída. El de delante nos permitirá sacar la cámara en el último minuto y ver así dónde conviene aterrizar.

«Lo hace parecer tan fácil…», me digo, sin sentirme más tranquilo.

—¿Y si caemos en el mar? —replico, ansioso.

—En ese caso, tendréis que reconocer que ha sido una mala idea —amenaza Dorea.

Lo cierto es que ignoramos qué porcentaje de la superficie está cubierta de agua y qué profundidad podrían tener los mares. Malditas nubes de polvo.

De vuelta al interior de la Argo, a pesar del agotamiento físico y el estrés, hacemos el amor. Es raro pensar que quizás sea la última vez. Trato de disfrutar de cada caricia, del tacto de los labios, los pechos, los muslos… Me aferro a Dorea y Lene como si pudiera pegarme para siempre a ellas y dormimos muy apretados. Siento escalofríos durante el sueño, como una premonición de las sacudidas que nos esperan.

Cuando la alarma suena, me despierto inquieto. No sucede nada. La hemos programado para levantarnos antes del punto de máxima aproximación. Comprobamos las coordenadas. Nos queda una hora para cruzar el plano ecuatorial, una hora hasta que rocemos la atmósfera bajo la mirada amenazadora de las rocas del anillo.

Desayunamos con diligencia y guardamos los utensilios. Me pregunto si los usará una nueva tripulación dentro de dos días.

Dorea graba el informe para Silenia y nos enfundamos en los incómodos trajes presurizados. No hay otra forma de llegar a la cápsula encastrada en el contenedor. Yo tengo el honor de salir el último por la esclusa de vacío. La cierro y camino con las botas magnéticas sobre la sección de popa de la Argo, libre de la espuma protectora.

Antes de atravesar la portilla del contenedor, echo un vistazo a la gigantesca campana colectora de hidrógeno que oculta la mitad del cielo. Me despido de la nave. Aunque sobreviva al descenso, hay pocas probabilidades de que vuelva a verla.

Mi última mirada es para las nubes que pronto nos engullirán. Su apariencia es acogedora y tranquila, como almohadones rellenos de *lamán*. La realidad es que a la velocidad con la que las embestiremos serán tan suaves como una cama al rojo vivo forrada de lija.

Me meto en la cápsula mientras Lene sella la entrada de Ladrillo Volador y se retira, rellenando con espuma el hueco por el que acaba de pasar.

Dorea ha encendido ya la terminal de la cabina, que nos ilumina

con un verde mortecino.

—¿Llegará la señal de control desde dentro de la cápsula? —pregunta—. Sería ridículo quedarnos encerrados aquí sin poder despegar.

—Llegará —aseguro—. He colocado un repetidor por ultrasonidos.

—Capsula presurizada —anuncia Lene, acomodándose en el estrecho asiento.

—Bien. —Dorea respira hondo—. Vamos a hacer historia, chicos.

Tiene razón. Suceda lo que suceda, la misión quedará registrada en los anales de la Corporación. Si sobrevivimos lo suficiente para crear una colonia, este momento se convertirá en materia de interminables leyendas. Quizás deberíamos cambiar el nombre de nuestra improvisada lanzadera por otro más épico.

DOREA

Como arenga a las tropas, me ha quedado bastante patética. Si pasamos a la historia, espero que lo hagamos por una buena razón. En todo caso, los supervivientes tienen el privilegio de reescribir los hechos y retocar los discursos. Es posible convertirse en héroes *a posteriori* siempre que no seamos barridos miserablemente de la existencia.

Lene y Mich me miran. Soy la piloto, y el privilegio de lanzarnos al vacío es todo mío. Miro el reloj y cuento los segundos. Respiro hondo. Tres, dos, uno… Pulso el transmisor pegado a la pared de la cápsula. Un instante después siento la respuesta de un golpe sordo en el metal.

Un ligero impulso nos empuja contra los asientos.

—Abrochaos los arneses —advierto, aunque el baile no empezará hasta dentro de un rato.

Pasamos juntos muchas sesiones en el simulador, primero en el Centro de Misiones cercano al campus y luego en la base del Cinturón donde se ensamblaban las naves. Nos sometieron, virtualmente, a duras horas de trabajo en la huerta de nuestro futuro paraíso, a hoscas reuniones con colonos rebeldes, a tormentas e inundaciones catastróficas que arrasaron los hábitats, a aceleraciones brutales que pusieron a prueba nuestra resistencia física… Pero, por realistas que fueran los estímulos capaces de engañar a los sentidos, siempre supimos que se trataba de simulaciones. No íbamos a morir si fallábamos.

Desde luego, ninguno de los ejercicios incluía la experiencia de lanzarse a ciegas sobre un planeta, sin saber si nos dirigíamos a las nubes o un error de control nos impulsaba hacia la vastedad del espacio.

Ninguno de los tres habla durante los tensos segundos de espera. Solo escuchamos, pendientes de crujidos delatores, ecos de la carga que se agolpa en el contenedor, sujeta precariamente por la espuma.

Lene sonríe para darme ánimos. Es su manera de decir que todo irá bien. Todavía me sorprende que apoyara el plan de Mich. ¿De verdad su mente calculadora cree que tenemos opciones de sobrevivir? Por un momento se me pasa por la cabeza que nos está

enviando a propósito a una muerte segura, que la Corporación ocultó en su programación las instrucciones de un cruel experimento. Quizás somos conejillos de indias, sujetos de una prueba que estudia las opciones de un descenso de emergencia.

El miedo me hace pensar en estupideces. Lene nunca haría algo así, y la Corporación no montaría una misión entera solo para ejecutar un absurdo experimento. Si el descenso falla, las copias de reserva se quedarán con un solo contenedor, un juego de maquinaria... y ninguna cápsula. No habrá un segundo intento.

Tras unos minutos de incertidumbre, comienzo a sentir una ligera vibración en el asiento, que se va haciendo más intensa. Pronto nos envuelve un sonido aullante, gritando desde todas direcciones. Estamos entrando en la atmósfera de Itnis Cinco.

Mich nos coge de la mano. Nuestros brazos temblorosos forman un triángulo. Apoyamos las piernas para amortiguar las sacudidas y contrarrestar la deceleración que nos aplasta sobre los asientos anatómicos.

Los labios de Lene luchan por moverse.

—El ángulo es bueno. —Señala un indicador titubeante en la pantalla.

La inclinación del improvisado escudo térmico es crucial. De su valor depende que bajemos como un planeador o nos aplastemos contra el muro de aire hasta convertirnos en metal fundido. Es un delicado equilibrio. Aunque la cápsula da tumbos, empujada por la turbulencia que rodea el Ladrillo Volador, por el momento los alerones mantienen estable la caída.

—La temperatura aumenta —dice Mich. Su voz se pierde entre los bramidos furiosos que nos rodean.

Una sacudida nos golpea. Escucho un dramático crujido. ¿Se ha roto un alerón? Algo agita con saña la cápsula, haciendo que resuene como una campana. Debe ser una caja que se ha soltado. Con tanta vibración, el contenedor se puede convertir en un cubilete donde los dados de la fortuna se entrechocan al azar. Es lo que somos, una moneda lanzada al aire, abandonada a los caprichos de la física, sin forma de determinar ni conocer el resultado de la jugada.

Los gemidos del exterior se transforman en un aullido rasposo de mil garras afiladas que arañan las paredes. De tanto en tanto, la cápsula oscila con brusquedad, como si quisiera cambiar de dirección para evitar el desastre.

Mich observa la pantalla. Busca con desesperación una señal. Igual que yo, suda con profusión dentro del traje. Las botas, los guantes, las piernas… Todo está calentándose.

Lene aguanta el tipo con estoicismo.

—¿Cuánto falta? —pregunto desesperada.

Su voz es lo único que no tiembla a mi alrededor.

—Unos dos minutos.

Empiezo a dudar que aguantemos. El calor es sofocante y el ruido terrorífico y ensordecedor, el del metal crujiendo bajo las enormes garras de un monstruo gigante.

Entonces sucede lo que temía. Algo se rompe y giramos sin control. El mareo me sacude. Debo reducir la brutal rotación o voy a vomitar. Pulso el botón para sacar los extensores.

—¡Es pronto! —advierte Lene—. Aún bajamos muy deprisa.

—Por eso —respondo a voz en grito—. Tengo que estabilizarlo. Nos fundiremos si no recuperamos el ángulo correcto.

Siento cómo los extensores hienden el aire. No surten efecto. Debe haberse roto uno de los alerones fijos. Tengo que compensarlo. Cierro el extensor derecho. Es peor aún. Pliego el del otro lado. Ahora sí. El giro se reduce. Damos un par de vueltas más lentas. Se estabiliza. El suelo está otra vez bajo mi trasero.

Ajusto las posiciones de las palancas con precaución.

—Hemos pasado la zona con polvo —dice Mich, con un hálito de esperanza.

Es verdad. El sonido del viento es menos áspero.

—Saca la cámara —sugiere Lene.

Conecto el extensor frontal y activo el sensor. La pantalla muestra la imagen de un mundo sombrío.

Estamos cayendo hacia una enorme llanura plateada. Puedo distinguir los rizos diminutos de las olas que van a engullirnos.

LENE

Mich se retuerce en su arnés.

—¡No puede ser! ¡Debe haber tierra firme!

En estos momentos, la verdad, me resulta imposible evaluar cuál es la opción más favorable. Con el ángulo adecuado podríamos patinar sobre el mar hasta detenernos y evitar un terrible impacto. El problema es que el contenedor lleno de metal se hundirá enseguida si el agua penetra en su interior a través de cualquier rendija. Por otro lado, una caída en terreno sólido supondría un choque demoledor al que nos resultará difícil sobrevivir. La cápsula dispone de un paracaídas de emergencia, pensado para el caso en que se desprendiera del ascensor, pero no sirve de nada dentro del Ladrillo Volador.

Observando con angustia la pantalla, las arrugas grisáceas del océano se acercan mientras nuestra improvisada lanzadera ruge a través de la atmósfera, ahora transparente.

A lo lejos se adivina un cambio de color, un halo de claridad bajo las nubes.

—¡Tierra! —grito—. Allí, hacia el horizonte.

—Está muy lejos —estima Dorea.

—Tenemos que reducir la inclinación para planear. —Lo simulo con la palma de mi mano.

Las cejas de Dorea se arquean.

—Si muevo los extensores empezaremos a girar otra vez.

—¡Soltaos los arneses! —Mich nos llama con sus brazos.

¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—¡Venid aquí, hacia la parte de atrás! Tenemos que desplazar el centro de masa.

Dorea y yo nos miramos. Mich es capaz de deslumbrarnos con súbitos destellos de genialidad. Debe ser cierto lo que dicen de los humanos, que la necesidad les agudiza el ingenio.

Nos deslizamos con lentitud hacia él sin dejar de observar el indicador de la pantalla. No se mueve un ápice. Seguimos descendiendo con rapidez. Entonces me siento en el borde del asiento de Mich y el horizonte virtual se inclina en el monitor.

—Un poco más. —Cojo la mano de Dorea para acercarla a

nosotros.

Ahora el indicador es casi plano. Debemos tener cuidado. Si la velocidad se reduce demasiado perdemos sustentación y caeremos a plomo sobre el mar. Por el momento nos desplazamos hacia el horizonte con un agudo silbido.

Mich nos sujeta con los brazos.

—Quedaos así —dice satisfecho.

Siento una sacudida cuando el suelo se hunde bajo nuestros pies. Alarmado, me desplazo unos centímetros hacia atrás y recuperamos el ángulo de planeo.

Por un instante recuerdo nuestra visita a la nieve, en las montañas al norte de la Academia. Aprendí a deslizarme por el helado manto que cubría las laderas, manteniendo el equilibrio con ligeros movimientos del cuerpo. No se me daba nada mal.

Una línea rojiza se define en la parte superior de la imagen. Más allá se extienden las ondulaciones pintadas de ocre. Aún estamos lejos de ellas.

—Intenta girar a la izquierda —sugiero a Dorea—. La costa está más cerca por allí.

Sin moverse de su puesto junto a Mich, su fuerte brazo se tensa en la palanca.

La imagen se desplaza en dirección equivocada, pero Dorea corrige el rumbo con suavidad. Poco a poco, el Ladrillo Volador vira hacia la orilla anaranjada. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, sé que no vamos a alcanzarla. La tasa de descenso es demasiado alta.

—¡Preparaos para el impacto! —advierte Mich.

Volvemos a los asientos y nos abrochamos los arneses. En la pantalla, las olas adquieren volumen y ribetes de espuma blanca.

—¡Cabezas contra las rodillas! —indica Dorea, recordando los ejercicios—. En diez, nueve, ocho…

Ella también se agacha en el último momento y libera los controles.

El suelo se eleva de repente, como una catapulta de metal quejumbroso, y un instante después se hunde arrastrado por la gravedad. De no ser por el arnés y el casco nos habríamos roto la cabeza contra las paredes de la cápsula, pero las sujeciones resisten.

La imagen ha desaparecido de la pantalla. El silbido exterior se reanuda y volamos por un momento antes de sufrir otro impacto. Luego damos vueltas de campana mientras los crujidos ofrecen una cacofónica sinfonía.

Tras unos segundos aterradores, el torbellino que nos ha envuelto cesa y da paso a un baile ondulante. Mi cerebro artificial se recoloca y evalúo la situación. Los tres estamos bien, a pesar de

las violentas sacudidas. El rumor de las olas golpea la cápsula. Al parecer, el contenedor se ha roto y flotamos en el mar, libres de su prisión.

—Ha sido genial. Quiero repetirlo otra vez —exclama Mich con sarcasmo.

—Es un milagro que sigamos vivos —responde Dorea, menos entusiasta.

—Sí, hemos tenido suerte —reconozco.

Nos cogemos de las manos durante un minuto para recuperar la calma. Luego nos vence la curiosidad y la urgencia de salir de nuestro encierro. Mich intenta abrir la compuerta superior, pero está atascada, quizás deformada por los golpes.

—Hay un mecanismo explosivo de apertura —informa Dorea.

—¿Y a qué esperas? —responde Mich con impaciencia.

La detonación reverbera en la cabina. Cuando los gases se despejan, vemos un orificio abierto en el techo. Sin que nadie se lo conceda, Mich asume el honor de ser el primero en mirar afuera. Su cuerpo gira, atravesado en la abertura.

—¿Qué ves? —le pregunto por la radio.

—Los equipos están esparcidos por el mar con restos del contenedor. La espuma les hace flotar.

Una buena noticia. Tenemos que recuperar al menos uno de los hábitats y el ciclo de soporte vital. En caso contrario no duraremos más que unas horas.

—¿Está lejos la costa? —pregunta Dorea.

—No tengo referencias de tamaño. Diría que se encuentra a unos doscientos metros. Hay una playa.

En la Academia nos educaron para convertirnos en profetas y ángeles protectores del nuevo mundo, no para creer en dioses ni en ayudas sobrenaturales. Sin embargo, en ocasiones como esta sería apropiado tener alguien a quien agradecer nuestra buena fortuna.

Mich baja de la escotilla. Le veo sonreír a través del visor cubierto de humedad.

—Ya sé qué nombre le pondría al planeta.

Es oficial. De manera milagrosa, estamos en la superficie de Itnis Cinco. La colonización ha comenzado y nos hemos ganado el derecho a bautizarlo.

MICH

El oleaje conduce nuestra cápsula sin prisas hacia la orilla. La espera se hace eterna, pero nos sirve como periodo de aclimatación. De estar encerrados entre los estrechos mamparos de la Argo, sacudidos por el empuje de los propulsores, hemos pasado a flotar en el océano de un desolado planeta que no nos acoge con los brazos abiertos. Poco a poco, la emoción de haber sobrevivido al descenso se va templando. Las aguas que nos rodean son tan grises como los perennes nubarrones que cubren el cielo. En la playa, más allá de las rompientes, se mezclan pinceladas rojizas y manchas oscuras semejantes a las de la arena volcánica. Lomas macilentas se yerguen por detrás, mostrando jirones amarillentos y marrones entre las cuencas plomizas.

Es un paisaje muy diferente a las arboladas tierras cobrizas de Silenia. Hace mil años debió relucir de verde esmeralda bajo la luz del sol, cuando un manto de bacterias fotosintéticas sembradas por las máquinas cubría el océano y las llanuras. Pero los obreros microscópicos de la terraformación murieron al ocultarse la luz y no han revivido desde entonces. Me pregunto si correremos la misma suerte.

Hemos repostado el aire de los trajes con el depósito de la cápsula, pero si no encontramos un hábitat y le conectamos el purificador antes de media hora, consumiremos todo el oxígeno restante. Durante un rato quizás podremos respirar aire del exterior. Lo más probable es que la atmósfera no contenga ningún gas dañino. El más peligroso es el cianuro, una simple combinación de carbono y nitrógeno presente en la infancia de los planetas rocosos. En principio, el oxígeno generado por las máquinas y los microorganismos tendría que haber eliminado cualquier traza del veneno.

Lene, que además de ser una experta mecánica tiene un doctorado en química, asegura que la presencia de amoníaco tampoco es probable por la misma razón. El problema más serio para la supervivencia es el bajo porcentaje de oxígeno. Sin oxígeno en los tanques solo aguantaríamos unos minutos.

Por fortuna, veo que las olas también empujan hacia la costa el

resto de los bultos que traíamos en el contenedor. Más ligeros que la cápsula, alcanzarán su destino antes que nosotros.

Soy incapaz de soportar la espera por más tiempo. Tras avisar a Dorea y Lene, me descuelgo con precaución por el borde de la cápsula. No quiero que un rasguño en el traje me haga probar la atmósfera demasiado pronto.

Meto un pie en el líquido opaco. Apenas noto una ligera presión en la bota. Finalmente, me decido a ser el primer humano que se baña en Itnis Cinco con un traje espacial y me lanzo al agua. Es difícil moverse, pero al menos floto. Braceo con torpeza, dejando que las olas rompientes me empujen hasta hacer pie sobre el fondo arenoso. Clavo con precaución las botas para evitar el reflujo y me impulso, paso a paso, hacia la orilla teñida de rojo, hasta que, por fin, me yergo sobre la suave pendiente de la playa, acariciada por alfombras móviles de agua.

Las bandas rojizas se despliegan frente a mí, estratos superpuestos, curvas de nivel que rodean las colinas. Óxido de hierro. Creo recordar que se deposita cuando la oxidación de los océanos lo vuelve insoluble. Dorea y Lene me lo explicarán.

—He llegado —informo con modesta solemnidad.

Una figura saluda desde la cápsula flotante.

Estarán aquí enseguida. Mientras, camino pesadamente sobre la arena, examinando los bultos arrastrados por las olas.

—Aquí está uno de los hábitats —anuncio, tirando del fardo—. Voy a buscar un lugar donde montarlo.

La bóveda plástica se alza ya sobre Itnis Cinco cuando Lene y Dorea saltan a la playa. Como el planeta no tiene satélites de gran tamaño, las mareas serán pequeñas. De todas formas, he colocado el refugio a un buen trecho de la arena, entre dos lomas que lo protegen de la brisa.

Mientras hinchaba el hábitat, me he fijado en dos elementos mezclados con la arena y los depósitos de óxido. El más abundante de ellos es un polvo ligero y oscuro. El viento lo impulsa por llanos y cuestas como un espíritu fantasmagórico, y queda depositado en las hondonadas del terreno. El otro material es aún más extraño, madejas quebradizas esparcidas sobre las rocas, con la apariencia de arbustos carcomidos. Sus hebras se aplastan fácilmente con las botas y apenas tienen peso, así que he acumulado un buen número que he triturado para colocar el hábitat encima. Es mucho mejor dormir sobre esa mullida base que sufrir la roca desnuda o la inestabilidad del polvo.

Lene y Dorea llegan con varios bultos.

—Tenemos el depurador —dice la primera.

—Y un bloque de planteles —añade la otra.

Por ahora, estamos salvados. Busco los conectores del depurador mientras ellas activan la fuente de hidrógeno. Más adelante probaremos si los paneles solares son efectivos en estas condiciones. Entre las nubes y la acumulación de polvo, tengo mis dudas sobre su rendimiento.

Caminar en la gravedad del planeta nos agota, así que posponemos la recogida de los demás equipos. Reservamos nuestras fuerzas para sentarnos en un saliente y observar el singular mundo que nos ha tocado. Tendremos que acostumbrarnos a su océano plomizo, el cielo cubierto y el terreno yermo.

Durante los últimos meses en la base espacial de Silenia soñábamos en voz alta, contemplando los preparativos de la Argo desde el mirador. Imaginábamos cómo sería el primer asentamiento en Itnis. Lene quería utilizar rocas nativas y argamasa para construir una muralla de formas curvadas, no por protección, sino como seña de identidad del naciente poblado. Dentro de un esquema que trazaríamos con antelación, cada nueva familia escogería el diseño de su hogar. El pueblo estaría en un lugar elevado, sin viento, con una buena vista y un río cercano que suministrara agua limpia, sumada a la que reciclaríamos en las casas. No faltaría energía del viento y el sol, y un sistema de bombeo que nos permitiría regar cultivos y jardines.

Por lo que puedo ver a mi alrededor en Itnis Cinco, nos llevará unos cuantos siglos conseguir nuestro sueño. Si es que salimos de esta playa.

—¿Habéis pensado ya… en el nombre? —pregunto, sin apenas aliento.

—Yo lo escogí… antes de salir —responde Dorea, boqueando como un pez fuera del agua—. Me gusta el nombre del poblado de mi abuela, en el continente sur. Ella estaba muy orgullosa. Aseguraba que era la primera ciudad de Silenia y que los propios decidores lo habían escogido. Se llamaba Aloit, que significa «comienzo» en una antigua lengua terrestre.

—No está mal, no está mal —admito—. Pero quizás no sea el más apropiado para este planeta ruinoso… Os diré lo que se me ocurrió cuando… saqué la cabeza de la cápsula y vi el mar por primera vez. Recordé una palabra antigua que se refería al mito del infierno: «Naraka»… No me digáis que no suena bien.

—El infierno. Muy optimista, sí —refunfuña Dorea.

—Un infierno creado como… prueba de nuestras capacidades… —respiro hondo—… antes de… renacer. Un lugar donde podremos… superarnos.

Me callo. Los pulmones no me dan para más.

—Si queréis nombres antiguos, yo escogería «Lakshmi» —dice

Lene, sin síntomas de ahogamiento—. Era una diosa que representaba la prosperidad y la buena suerte. Renació de un océano como este, y su regreso permitió derrotar a los demonios.

Dorea y yo nos miramos. Lene se aprovecha de su enorme memoria. No podemos competir con ella. Les propongo un compromiso.

—¿Qué os parece esto…? El planeta será Lakshmi… para recordarnos nuestra buena suerte… El mar se llamará Naraka…, un infierno que transformaremos en… un lugar mejor… Y la primera ciudad… Aloit…, el comienzo.

No consigo saber si están de acuerdo, porque todo se vuelve negro.

DOREA

La proporción de oxígeno ya es mayor que en el exterior, así que hemos metido a Mich en el hábitat para que se recupere.

—Voy a quitarle el casco —dice Lene, preocupado.

—No hemos comprobado…

En realidad, mi objeción carece de sentido. Si el aire es peligroso y los filtros del depurador no nos protegen, el veneno nos afectará tarde o temprano. No hay más opción que respirar el oxígeno mezclado con la atmósfera de Lakshmi.

Ayudo a Lene a abrir el casco y observo las inspiraciones fatigosas de nuestro compañero tumbado en el suelo. El color va volviendo a su cara.

—¿Mich? —le llamo.

Tras unos cachetes cariñosos, abre los ojos y nos mira con sorpresa.

—Eh, ¿por qué me despertáis? Estaba soñando con…

Comienzo a responder, pero me doy cuenta de que mi voz está encerrada en el interior del casco. «Qué más da…», me digo, con resignación. Abro el traje y aspiro la atmósfera filtrada. Aparte de un extraño aroma terroso y el frío húmedo que penetra por mis fosas nasales, parece normal. La sensación me transporta a las montañas de Silenia, cuando los tres esquiamos en la nieve. Entonces soñábamos ya con viajar al espacio, y aquí estamos, respirando la atmósfera de otro planeta.

Por seguridad, decidimos que Lene siga llevando el traje de vuelo. Me pregunto cuánto aguantará su cuerpo con el oxígeno del interior. Mich y yo extraemos un par de monos aislantes de las bolsas que tapizan las paredes del hábitat y nos vestimos con ellos, sintiendo durante unos segundos la mordedura del aire helado en la piel desnuda.

Mich desperezа sus músculos.

—Uf… Ya me siento mejor. Creo que Lene también puede quitarse el traje. Voy a sacar unas raciones para celebrar que estamos vivos.

Despliego la mesa hinchable y veo que Lene no responde a la invitación, ocupado con algo que sostiene en su guante.

—¿Qué tienes ahí? —Mich se acerca con curiosidad—. Ah, una de esas ramas secas.

—¿Ramas secas? —El sobresalto hace que me atragante con la comida.

—No son ramas en sentido literal, claro. —Se ríe—. Las llamo así por la forma que tienen. El suelo está lleno de ellas. Puede que sean restos de un proceso geológico.

Observo de cerca el espécimen sobre la palma enguantada de Lene, que lo aplasta con una leve presión de sus dedos. Cojo un fragmento con mi mano desnuda. Es ligero y poroso. El noventa por cierto debe ser aire. La fractura muestra una estructura en celdas hexagonales. Son formas mínimas omnipresentes en la naturaleza, pero no he visto jamás un mineral de aspecto similar.

—Fijaos en estas marcas. —Señala Lene—. Sea lo que sea, ha sufrido un proceso de crecimiento.

—Extrusión mecánica —sugiere Mich—, como las máquinas expendedoras de varitas dulces en las plazas de Silenia.

—Podría ser un residuo de la terraformación —pienso en voz alta—, desechos producidos al mezclar las rocas con los cultivos de líquenes.

—Por cierto, no he visto máquinas por los alrededores —comenta Lene.

—Las ramas son muy ligeras. Debe esparcirlas el viento, o habrán llegado arrastradas por el mar —explica Mich—. El planeta entero debe estar lleno de los desechos generados por los robots. En cuanto recuperemos fuerzas y recarguemos los depósitos de oxígeno, saldremos a explorar la zona. Seguro que hay máquinas cerca, enterradas en el maldito polvo que lo cubre todo.

—Tendríamos que probar los paneles solares —sugiero antes de que Mich se entusiasme con la exploración.

—La luz no parece muy potente —afirma Lene—, pero los rayos ultravioletas deberían atravesar las nubes. Conectaré uno de los módulos fotovoltaicos y veré cuánta energía podemos conseguir.

—Genial. Entonces, tenemos trabajo para las próximas horas, recoger el resto de paquetes de la orilla, explorar los alrededores y probar los paneles —resumo.

—Y hacer una llamada a la Argo —añade Mich.

Es cierto. Debemos cancelar la descongelación de las reservas.

Por el momento, seguiremos siendo los únicos despiertos, los únicos realmente vivos. Veremos por cuánto tiempo.

LENE

Tengo dos motivos para mantenerme dentro del traje presurizado. Primero, mi cuerpo requiere menos oxígeno que el de mis compañeros, así que prefiero que sean ellos los que consuman el aire fresco del hábitat. El segundo es que el casco me ayuda a ocultar mis pensamientos. Me avergüenza sentir temor, sobre todo cuando no comprendo el origen de mi zozobra. ¿Se trata de un defecto en mi bioprogramación? Es verdad que ningún decisor humanoide se había enfrentado antes a esta situación, arrojado a un planeta todavía inhabitable. Pero no es suficiente excusa para mí.

He vivido otras situaciones con un alto nivel de estrés cuando afrontamos las pruebas de compatibilidad, los duros ejercicios de entrenamiento y la incierta espera hasta que nos asignaron la misión. No sabíamos cuánto tiempo tardaría en decidir la junta de evaluación. El número de unidades enviada en cada oleada no estaba prefijado por la Corporación, dependía de los recursos, las necesidades de retorno de materiales y el plan general de expansión. Al final, Itnis Cinco fue la penúltima misión autorizada. Otros candidatos tuvieron menos suerte: debieron escoger entre aguardar una generación congelados o aceptar un mandato en Silenia.

Me siento orgulloso de que el planeta lleve el nombre que he propuesto: Lakshmi. Pero la prosperidad y la buena suerte que debe aportar la diosa son solo deseos en medio de la incertidumbre. Lo desconocido nos envuelve. Hemos pasado años estudiando estrategias y protocolos que ahora no sirven de nada, dadas las inesperadas circunstancias de la misión.

La quebradiza forma tubular que sujeto en mi mano es una muestra de nuestra ignorancia. Y no recuerdo si empaquetamos el módulo de análisis químico de la Argo. Desde luego, no está en los bultos que hemos traído al hábitat. Quizás se halle entre los que quedan dispersos por la playa. Aquí solo tengo el kit médico básico. Lo extraigo del compartimento con la excusa de examinar a Mich y Dorea. Luego lo utilizo para medir la radiación de fondo. El nivel es normal, no hay motivo de preocupación. Estamos protegidos por el campo magnético del planeta y por su atmósfera. En la superficie de

Lakshmi podríamos preservar los embriones y el material genético de la Argo, pero por el momento es imposible bajar las pesadas cubetas y mantenerlas refrigeradas.

Los análisis de sangre indican que mis compañeros están bien. Sus niveles de cortisol son previsiblemente altos y la oxigenación sanguínea aún se mantiene baja. En los próximos días, el cómputo de glóbulos rojos deberá aumentar para compensar la deficiencia de la atmósfera.

Cumplidos los trámites, llega el momento de la prueba que más me interesa. Con disimulo, vierto un poco de agua en mi mano y disuelvo un fragmento del misterioso cilindro fibroso. Luego dejo que el sensor absorba una muestra y realice un estudio elemental en busca de azúcares, grasas y aminoácidos. Guardo los restos en una bolsita estanca y dejo a la máquina haciendo su trabajo.

Además de la extraña sustancia, debería analizar también mis pensamientos. ¿De dónde proviene mi miedo a quitarme el casco? ¿Temo contagiarme de una enfermedad o inhalar un veneno? Pasé los exámenes psicológicos con buena nota, como cabe esperar de un humanoide equilibrado, pero la situación es ahora muy diferente. Al contrario de una opinión muy extendida, los híbridos no nacemos con circuitos emocionales que nos dictan cómo reaccionar. No somos robots. Nuestra matriz neural ha sido optimizada durante generaciones de aprendizaje automático; sin embargo, eso no significa que sea previsible. Cada uno absorbe experiencias distintas y se desarrolla en un entorno diferente que le influye igual que a los humanos. Nuestras respuestas son flexibles para responder a nuevas circunstancias como esta. No debo temer. Sabré adaptarme. Soy un miembro valioso e indispensable del equipo y me necesitan en estos momentos críticos, como yo los necesito a ellos.

El resultado del análisis bioquímico es nulo. Los cilindros no contienen ningún material orgánico reconocible. No obstante, los ceros de la pantalla no me tranquilizan. La explicación más obvia es que, tras más de mil años a la intemperie, los desechos de la terraformación se han degradado y han revertido a moléculas inorgánicas. Sin embargo, hay otra explicación: podría tratarse de una forma de vida que utiliza compuestos diferentes a los nuestros. Sería un descubrimiento excepcional. En los pocos casos conocidos de vida alienígena elemental, la bioquímica era muy similar a la terrestre, con bloques de construcción idénticos, los mismos que se forman espontáneamente en las nubes estelares o se sintetizan en el laboratorio suministrando energía a la materia inorgánica.

¿Es posible que la vida hubiera dado sus primeros pasos en Lakshmi hace millones de años y su evolución resultara fallida? Podía ser. Antes de enviar la misión desde Silenia, la Corporación

comprobó que Itnis Cinco poseía el tamaño adecuado, estaba en la zona de habitabilidad de su estrella y su atmósfera disponía de dióxido de carbono, nitrógeno y vapor de agua en proporciones consistentes con el enfriamiento de su edad planetaria y la fuga al espacio de gases más ligeros, como el hidrógeno y el helio. Si disponía de vida microscópica, debía ser solo testimonial. El oxígeno libre no superaba la cantidad producida por la fotodisociación natural del dióxido de carbono. La expansión de la vida en el planeta solo se produciría con el proceso de terraformación ejecutado por la primera oleada robótica.

Consideré una opción aún más descabellada. ¿Y si las bacterias fotosintéticas desperdigadas por los robots se combinaron con microbios nativos y mutaron en algo diferente? Imposible. Habían transcurrido solo dos mil años desde la llegada de las máquinas autorreproductoras, un intervalo ridículo para la evolución biológica. Además, apenas quinientos años después de la primera siembra de bacterias y líquenes la catástrofe asoló el planeta con rocas y polvo, terminando con la principal fuente de energía de cualquier biosfera.

Sea como fuere, nos encontramos solos en la árida superficie de Lakshmi. El mundo es nuestro, para bien y para mal, y tenemos trabajo que hacer si queremos vivir en él.

Observo hambrienta las raciones energéticas con las que Mich y Dorea han satisfecho su apetito. Los envidio, tumbados en el piso, bromeando. Desconecto los cierres herméticos de mi casco y aspiro el aire alienígena. A pesar de los filtros del hábitat, huele a moho y cenizas, húmedo y quemado al mismo tiempo. Al menos es fresco y natural, mejor que la atmósfera enclaustrada de la Argo.

Me uno a la celebración, acostándome sobre un suelo extraño. Como siempre, el contacto físico con mis compañeros, la intimidad compartida, disipa mis miedos y me devuelve temporalmente la esperanza en un futuro más halagüeño.

MICH

Me siento mejor tras el desmayo, como si mi breve estancia en el reino de los sueños me hubiera transportado a otro nivel de consciencia. Quizás sea por efecto de la ración energética o de una sobredosis de oxígeno, pero me veo capaz de terraformar el planeta entero con mis manos. ¿Acaso no es emocionante hollar un mundo jamás visitado? Somos los primeros en pisotear las dunas de Lakshmi y mojarnos en el mar de Naraka, los primeros en contemplar sus colinas espectrales y sus cielos furiosos. Desde luego, un escenario de pastos verdes y nubes de algodón hubiera sido más acogedor, un cómodo tapiz sobre el que desplegar nuestro ecosistema y plantar esquejes y ciudades. Por el contrario, la penumbra desierta y agreste de Lakshmi va a ser un desafío. Mucho más excitante.

Por cierto, no tenemos ni idea de la geografía que nos rodea. ¿Estamos en una pequeña isla, en la costa de un enorme océano o en la orilla de un lago interior? Tanto la isla como el lago resultan improbables. Si la superficie de Lakshmi estuviera dominada por los mares o por la tierra seca, sería mucha casualidad que el Ladrillo Volador hubiera caído justo en la frontera entre ambos reinos. Aunque sé bien que la probabilidad no se aplica a un hecho que ya ha ocurrido. Por otro lado, con nuestra increíble fortuna y la protección de la diosa planetaria, podría ser que hubiésemos caído justo en el lugar adecuado para escapar a la muerte.

Prefiero evitar el pensamiento mágico. En buena lógica, las costas marinas deben ser frecuentes y estar repartidas por la superficie, aunque no tenemos manera de saberlo. Aparte de la breve visión que disfrutamos durante el acercamiento de la primera órbita, la cobertura nubosa nos ha impedido examinar Lakshmi desde el espacio. Carecemos de imágenes y mapas. Ni siquiera conocemos el grado de inclinación del planeta, que determina las variaciones estacionales.

Seguimos tumbados tras hacer el amor, mirando la cubierta del hábitat. Noto enseguida el aumento de la luminosidad.

—Debe haber salido el sol entre las nubes. Voy fuera y haré un reconocimiento con el medidor —anuncio.

—Buena idea —admite Lene—. Yo aprovecharé para probar el rendimiento de la célula solar.

—O sea, que me dejáis el trabajo duro —protesta Dorea—. Vale. Iré a recoger los demás fardos y quizás disfrute de un baño en el mar.

Supongo que bromea. A juzgar por la temperatura del aire, el agua debe estar helada. La idea de ver a Dorea correr desnuda entre las olas me trae recuerdos agradables, pero acompañarla no resulta tentador. Habrá tiempo para ello, si es que existe una estación cálida en esta tundra.

Podríamos usar las mascarillas, pero salimos con los cascos para mantener el contacto por radio. Acordamos que si alguien nota síntomas de desmayo lo comunicará inmediatamente a los demás.

Los rayos se abren paso como chorros de luz entre las nubes, haciendo brillar sus bordes y alegrando el paisaje sombrío. El abanico de claridad arranca destellos dorados a las insípidas colinas y barre la superficie del océano, haciendo titilar el oleaje. Por su ángulo de incidencia, casi vertical, calculo que estamos a mitad del día Lakshmiano, cuya duración desconocemos. Adaptar los ritmos circadianos del cuerpo a la rotación de un nuevo planeta no es fácil, a veces imposible. Si la diferencia con las veinticuatro horas estándar es demasiado grande se intenta repartir el ciclo entre varios días, o multiplicarlo para cubrir uno solo. Pronto sabremos a qué atenernos.

—¡Un pico de casi un kilovatio por metro cuadrado! —grita Lene por la radio.

Teniendo en cuenta que estamos en el mediodía y cerca del ecuador planetario, no es para tirar cohetes, pero podría ser suficiente si las malditas nubes no se empeñaran en ocultar el sol la mayor parte del tiempo.

Otro dato que ignoramos es la orientación. ¿Dónde está exactamente el norte? Nuestro accidentado descenso ha seguido el plano ecuatorial de oeste a este, la misma dirección de rotación del anillo, y hemos encontrado la costa de frente tras girar ligeramente a la izquierda. Por tanto… —examino la línea de la orilla— el norte se encuentra a pocos grados de la costa que se extiende a mi derecha.

Saco el medidor láser y lo apunto hacia una montaña alejada, en la misma dirección. Marca tres kilómetros de distancia. Guardo las coordenadas. La línea que une esa cumbre con el hábitat será el norte provisional, el meridiano de referencia de nuestro diminuto universo local.

Comienzo la ascensión hacia las colinas que abrazan la curva de la playa, buscando salientes libres de polvo y rastrojos. Ambos son

molestos. El polvo porque dificulta la marcha. Las botas se hunden en él como si fuera nieve. Las ramitas me fastidian porque tropiezo con ellas y noto sus crujidos de agonía a través del traje. Me hacen sentir incómodo, como si en cada paso rompiera algo que no me pertenece.

Tomo varias medidas con el láser desde el montículo más cercano, puntos a lo largo de la costa que conecto en una línea. El primer trazo de mi mapa.

—Hay un paquete tras aquellas rocas —aviso a Dorea, que anda recorriendo la playa.

—Gracias. —Saluda a lo lejos—. No lo había visto. Creo que recuperaremos la mayoría del equipo salvo un par de máquinas pesadas que deben haberse hundido.

—Quizás podamos buscarlas con el radar —sugiere Lene.

—Haremos inventario y veremos qué falta —responde la voz de Dorea sobre el murmullo de las olas. Suena como si hubiera abierto su visor.

Sigo ascendiendo hacia colinas más altas, trazando picos y valles que almaceno en la cartografía de mi consola portátil. Quiero tener una panorámica de lo que hay al otro lado de las lomas, más allá de la costa, pero cada vez que alcanzo una cumbre aparece detrás una elevación mayor que me oculta el horizonte.

—¿Dónde estás, Mich? Ya hemos terminado por aquí —escucho la preocupación de Lene—. No agotes tu oxígeno.

La tranquilizo. Aún me queda para un rato y quiero aprovechar la luz del mediodía mientras dure. Me prometo a mí mismo que solo serán un par de cumbres más, como mucho. Lo cierto es que empiezo a sentirme cansado. Mi estado físico era bueno al salir de Silenia, pero entre la congelación y los días de inactividad en la Argo, los músculos de mis piernas se han debilitado.

Llego a la siguiente divisoria. Ya no es necesario continuar. Veo una amplia llanura frente a mí, paralela a la costa. Las sombras corren a través de la planicie siguiendo el movimiento de las nubes. Aunque se encuentra muy alejada para tomar medidas precisas, escojo varios ángulos de referencia e introduzco estimaciones de la distancia para dibujar un mapa aproximado.

Forzando la vista, observo un par de líneas que cruzan la meseta, una sinuosa y otra recta. Tomo aire y abro el casco para acercar el visor láser a mis ojos. Mientras localizo la línea sinuosa, respiro con lentitud el aroma quemado de Lakshmi. Ya la tengo. A juzgar por las sombras que la rodean, se trata de una hendidura, una hondonada que cruza la llanura. Podría ser un río.

Busco ahora la otra línea, más fina, pero claramente definida. Amplio la resolución hasta el límite. Allí está, un trazo recto

superpuesto a las ondulaciones de la planicie, visible con nitidez a la luz del sol. Mi corazón palpita con fuerza y las piernas me flaquean. Su forma es demasiado perfecta para ser de origen natural.

¿Es posible? ¿He encontrado un signo de civilización?

Me río de mí mismo. El pulso de mis sienes se normaliza. Existe una explicación más sencilla. Lo que estoy viendo son restos del ascensor espacial construido por los robots de la primera fase. Como explicó Lene, la larga columna se derrumbó sobre la superficie de Lakshmi cuando el impacto espacial destruyó la terminal que le servía de contrapeso. La implacable gravedad lo dejó caer en el planeta, que seguía girando sin inmutarse.

Cierro el visor con un suspiro. Es hora de emprender el descenso.

Entonces todo se oscurece. Otro desmayo, no. No tan lejos de los demás, por favor. Pero las tinieblas no proceden de mi mente, sino de las nubes. Los cielos se han cerrado y el paréntesis de claridad solar ha concluido.

DOREA

Mich asegura por radio que se encuentra bien, pero me preocupa. Su voz entrecortada y la reticencia a explicar el motivo de su excitación me hacen pensar que se ha intoxicado respirando el aire del exterior.

Lo veo aparecer sobre la cima de una colina, saltando por la ladera como si disfrutara de la reducida gravedad de una estación espacial.

—Cuidado, Mich. No queremos huesos rotos ni trajes rasgados —le advierto.

La capa de polvo es traicionera. De tanto en tanto asoman debajo láminas de piedra dura y cortante como el metal. Son rocas sedimentarias, erosionadas por el agua y el viento. ¿Cuáles son las edades geológicas de Itnis? ¿Cuándo se formó el sistema? ¿Qué transformaciones ha sufrido el planeta antes de la última catástrofe? ¿Posee todavía actividad volcánica, movimientos tectónicos, orogénesis? Es pronto para contestar esas preguntas, que seguramente carecen de relevancia en nuestra situación, pero me gusta imaginar la esfera nubosa como un organismo vivo. Probablemente la adolescencia efervescente del planeta ha quedado atrás y contemplamos ya su madurez. Me pregunto si aún bulle de calor interno y se despereza con eructos magmáticos a través de la corteza. Espero que no sea demasiado efusivo. Ya tenemos bastante desolación como para enfrentarnos también a volcanes y terremotos.

Mich llega a la carrera, propulsado por la pendiente, con las botas anegadas de polvo y restos de las omnipresentes fibras.

—Uf —resopla—. Una buena carrerita.

—¿Qué has visto? —le pregunta Lene, que ha acudido junto a nosotros.

Esperamos la respuesta con la intención de evaluar sus facultades mentales.

—Vamos dentro del hábitat. Os lo enseñaré.

Coloco en un rincón los últimos bultos de la playa. Habrá que examinarlos y hacer recuento de su contenido, pero el relato de Mich tiene prioridad.

—He creado un mapa de la zona.

Apunta el proyector de su consola portátil hacia el techo que ha comenzado a oscurecerse. La luz láser dibuja un diagrama de la costa y las curvas del terreno.

—Subí hasta esa cima. —Señala—. Más allá, hacia el sur, hay un valle fluvial.

—¿Un río? —pregunta Lene.

—Quizá —responde—. Esta línea de aquí marca el posible curso. En realidad era una curva ondulada, pero no tuve tiempo de cartografiarla.

—¿Y esa otra línea? —Observo el trazo que cruza en diagonal.

Mich pone su mueca de niño travieso que oculta una sorpresa.

—Esa recta está hecha de malla ultraligera enhebrada, flexible y muy resistente.

—¿Seguro? —respondo incrédula—. Sería mucha casualidad que hubiéramos caído al lado del ascensor.

Mich ríe con ganas.

—Tiene sentido —intercede Lene, examinando el mapa—. El programa de descenso nos alineó con el ecuador para restar el giro del planeta a nuestra velocidad horizontal y disminuir la fuerza del impacto. Nos encontramos próximos a la latitud cero.

—Y el ascensor cayó a lo largo del ecuador donde se anclaba —comprendo.

—La base no debe estar lejos —aventura Mich—. Pensadlo. El extremo superior se alejó de la vertical durante la caída, como un cable tirante al romperse, pero la parte inferior siguió enganchada a la superficie. El hecho de que veamos el tubo tan cerca del ecuador quiere decir que el anclaje debe estar próximo. Desde allí las máquinas se extendieron por la superficie.

Apago con cautela el entusiasmo de Mich.

—¿Y propones que vayamos de excursión a buscarlo, arrastrando todo el equipo?

—Bueno…

Tiene que darse cuenta de que no podemos emprender la colonización de un día para otro, sin vehículos, sin posibilidad de alejarnos del hábitat. Nuestros recursos son muy limitados.

Pasamos el resto de la tarde desanimados. Tras tomar la austera sopa que nos sirve de cena, Lene informa de que ha localizado la señal de la Argo. Enviamos entonces el código para cancelar la descongelación de emergencia y modificamos el programa de navegación de la nave. Es hora de que cuide de sí misma y de su cargamento biológico. El programa de búsqueda ha detectado varios planetas en el sistema y algunos asteroides de tamaño razonable. Uno de ellos se cruzará pronto con la órbita de Lakshmi.

La Argo puede alcanzarlo con un ligero impulso. Somos reacios a que abandone el cono de captura, así que el plan es que lo utilice como pantalla mientras se refugia en la sombra del pequeño cuerpo celeste. De esa manera, podrá proteger a los embriones de la radiación solar durante unos meses. Su supervivencia es nuestra primera prioridad.

—¿Dijiste que había un río? —pregunto a Mich mientras preparamos el colchón hinchable para dormir.

—Parece el cauce de un río, sin duda. No puedo asegurar que contenga agua.

—Es probable —opina Lene—. El porcentaje de vapor en la atmósfera es elevado. Con esta temperatura debe haber lluvia, y nieve en el interior.

Busco un plan que satisfaga las ansias aventureras de nuestro compañero sin ponernos en peligro.

—Podríamos hacer una excursión hasta allí —propongo—. Tarde o temprano tenemos que encontrar una fuente de agua que nos permita reponer las reservas y regar los planteles. De camino, quizás nos crucemos con los restos del ascensor, o con algunas máquinas.

Lene pulsa frenéticamente la consola de su brazalete, calculando. Pruebo la firmeza del colchón mientras espero el resultado.

—¿Y bien? —Mich no es tan paciente como yo.

—Si los robots terraformadores se reprodujeron durante quinientos años al ritmo previsto —expone Lene— y asumimos que la mitad de la superficie es sólida, cabría esperar que las máquinas se distribuyeran con un promedio de media unidad por kilómetro cuadrado.

—O sea, una máquina cada dos kilómetros —reformula Mich.

Pienso durante un instante.

—No hemos visto huellas directas de actividad terraformadora: factorías, excavaciones, campos de siembra… Es difícil reconocerlas con tanto polvo.

—Y esas molestas fibras por todas partes —recuerda Mich.

Lene sigue la charla en silencio. Le divierte ver cómo perdemos el tiempo.

—No sabremos más hasta que no exploremos el valle —interrumpe, al fin—. Parece un buen lugar para encontrar lo que buscamos. Ahora debemos descansar. Mañana organizaremos la marcha al despertarnos.

La cúpula del hábitat ya se ha oscurecido por completo. ¿Será todavía de noche cuando nos despertemos? Vamos a dormir por primera vez en Itnis Cinco, sin saber cuánto dura la oscuridad.

LENE

Cuaderno de notas. Día nueve del primer año en Lakshmi. Caminamos siguiendo la costa hacia el sur, buscando la desembocadura del río que vio Mich ayer. Hemos decidido tomar esta ruta en lugar de cruzar las colinas. Pensamos que sería más fácil transportar los equipos, y es cierto que junto a la costa no hay grandes pendientes, pero la arena y el polvo, húmedos en unas zonas y secos en otras, hacen que el avance sea lento.

Las ruedas del carrito que alberga el segundo hábitat se hunden en las dunas. Necesito estirar con fuerza para proseguir la marcha. Dorea y Mich tampoco se libran de luchar contra la persistente succión que atrapa los pies. Llevan sobre los hombros el purificador y las herramientas, y el peso adicional hace que las botas se hundan en el fango. Caminamos con la torpeza de aves zancudas sobre un suelo pegajoso. Menos mal que hemos dejado en el hábitat de la playa la mayoría de los equipos y el cajón con los esquejes.

A la derecha, el oscuro mar de Naraka rompe sin descanso contra la orilla roja y gris, repitiendo sus rugidos como un quejumbroso mantra. No es la primera vez que veo el océano. Poco tiempo después de incorporarme a la Academia, recién salido del tanque de crecimiento, fui de excursión con los demás estudiantes. Muchos provenían de las granjas del interior y nunca habían estado junto al mar. Se quedaron extasiados observando el horizonte azul y chapoteando con cautela, sin llegar a cubrirse la cintura.

Las olas causan fascinación en los humanos. Dorea me dijo que el sonido le resulta hipnótico y relajante. No lo entiendo. Es un simple ruido. Hallé una hipótesis explicativa en mi base de datos. Afirmaba que el espectro de ese sonido es similar al que escuchan los fetos humanos en el interior de su madre y por ello les resulta tranquilizador, como los movimientos ondulantes y los envoltorios cálidos.

Probablemente el tanque donde crecieron mis tejidos no me arrullaba con el suave rumor de su cuerpo. Tampoco me acunaba al caminar, ni me acompañaba con el latido de un corazón.

Qué extraño debe ser conocer a la persona que te llevó en su vientre durante meses, un tanque de crecimiento vivo cuyos genes

son similares a los tuyos. Los instintos de los humanos fuerzan una relación de dependencia mutua entre la madre y la hija. Aún más raro será convertirte tú misma en el receptáculo de un nuevo organismo al que alimentar con tu propia sangre. Confieso que me alegro de que Dorea no vaya a pasar por ello. Los embriones crecen en sus tanques. Solo cuando se agotan y las nuevas generaciones están preparadas, unos siglos después, se utiliza la gestación biológica para aumentar la diversidad de la población gracias a las reservas genéticas. Sin embargo, dadas las circunstancias, es posible que Dorea decida procrear de forma natural. Me asusta. La maternidad puede cambiar el delicado equilibrio del trío. Por lo que sé, el proceso de reproducción transforma drásticamente los cuerpos y las mentes de los humanos.

Sin embargo, aunque los lazos de sangre me resultan inalcanzables creo comprender algunos de sus efectos. Los tríos decisores también somos familias. Nuestras conexiones físicas y afectivas crean lazos que nos mantienen unidos. Mis propios instintos híbridos son proclives a esa relación, contienen programas que me impulsan a cuidar de mis compañeros, a desearlos y a enfadarme con ellos cuando hacen locuras que les ponen en peligro.

Como Mich, que avanza sobre una elevación rocosa sin mirar al suelo.

—Cuidado —le advierto—. El polvo puede ocultar grietas profundas.

—Sí, mami —responde socarrón.

Cerca del acantilado hallamos una densa madeja de tallos quebradizos. Surgen del interior de una cavidad horadada por las olas, como chorros pétreos despedazados por el viento.

Dejamos los bultos y comenzamos a arrancar las cánulas con la esperanza de encontrar bajo ellas la máquina que los produjo. Sin embargo, pronto abandonamos la idea al ver que el hueco de donde salen es una profunda sima que se abre a plomo sobre las olas. Si existió allí una máquina, hace tiempo que fue tragada por el mar.

Seguimos la ruta hasta un promontorio rocoso desde el cual vislumbramos una amplia bahía. Si el sol volviera a iluminarnos, el paisaje sería digno de verse. Hasta que eso suceda, solo destaca una curva borrosa en la distancia, donde las sombras pardas y los depósitos de óxido de la costa delinean el océano plomizo de Naraka. En el centro del arco, un abanico de desordenadas hendiduras se abre hacia el mar, limpiando las manchas rojizas a su paso.

—La desembocadura —señala Mich—. Tenía razón.

Dorea inspecciona el amplio valle que se adentra hacia el este, rodeando el cauce.

—¿Y el ascensor? Si tu mapa es correcto, deberíamos verlo.

Haciendo gala de su imprudencia, Mich levanta el visor del casco y mira a través de su medidor láser, mientras Dorea deja caer la mochila y se sienta, exhausta.

—Deberíamos parar un rato y recargar el oxígeno.

El grito de Mich suena con un eco lejano a través de su casco abierto.

—¡Aquí cerca, junto a la ladera! —exclama sin dejar el catalejo—. No lo veíamos porque está tapado por el polvo.

—Por lo que más quieras, no se te ocurra trotar pendiente abajo —le alecciona Dorea—. Danos un respiro.

Sigo la dirección del láser con el que Mich toma las referencias y descubro el tubo del ascensor. Asoma a través de la arena en varios tramos, uno de ellos bajo el montículo donde nos encaramamos.

Me acerco al borde del precipicio para seguirlo. Aun oculto bajo el fango y los desprendimientos causados por el oleaje, una ondulación delata al viejo gusano metálico, que se introduce bajo el lecho marino y desaparece hacia las profundidades.

MICH

Me molesta que me traten como a un niño que va a tropezar y romperse una pierna en cualquier momento. Ni siquiera he sufrido una torcedura en mi vida. Si fuera por Lene y Dorea no habríamos salido nunca de la playa. Estaríamos acurrucados en el hábitat hasta que el sol de Lakshmi se convirtiera en una gigante roja y el mar se evaporara. No tienen sentido de la aventura. ¿Por qué vamos a otros mundos? ¿Es solo para enviar minerales a lejanos planetas de la Corporación y alimentar sus proyectos megalomaníacos? También hay que divertirse un poco y estar abiertos a las sorpresas. Y no hablo del sexo y las partidas de *backdamas*. Me refiero a disfrutar de la exploración, de todo lo que nos depara un mundo desconocido. Por supuesto que entraña riesgos. Eso es lo que lo hace interesante. Yo también lamento que Lakshmi no sea como esperábamos, pero no debemos acobardarnos, sino disfrutar de la experiencia mientras dure.

El psicólogo de la base lo explicaba a su manera, rancia y enrevesada.

—Además del equilibrio entre conocimientos y habilidades, cada uno de vosotros posee un estilo cognitivo y conductual propio —me dijo en su despacho, bajo el retrato de una eminencia del pasado remoto que no conseguí identificar—. Tú, Mich, captas las cosas con rapidez y tomas decisiones sin titubeos, aunque no siempre lleven al curso de acción óptimo. Dorea, por su lado, es deliberativa y juiciosa. Ella se siente responsable de los tres. Y Lene…, bueno, os escucha a los dos y busca siempre un término medio. Debéis tenerla muy en cuenta.

Espero que con el tiempo mis compañeras se relajen y lleguen a aceptar que la situación no es tan terrible. Mientras tanto, soy el único que se encarama encima del abultamiento que sobresale de la llanura y camina con alegría por el tubo oculto del ascensor hacia el fondo del valle. Dorea y Lene se arrastran dos metros por debajo de mí, tragando polvo. Al menos, han aceptado mi sugerencia de que sigamos el elevador en busca del río que cruza la planicie.

—La desembocadura no es el mejor lugar para obtener agua potable —argumenté hace un rato, mientras nos reponíamos en el

hábitat desplegado—. Estará mezclada con la del mar.

A medida que avanzamos hacia el este, tomo nuevos puntos de referencia y los añado al mapa. Tarde o temprano nos cruzaremos con el cauce, o quizás encontremos los robots antes de llegar hasta él. Resulta difícil ver nada en la superficie con tanto polvo, pero es posible que las máquinas hayan quedado descubiertas en alguna zona despejada por el viento. Al menos, los rastrojos porosos se hacen más escasos al alejarnos de la playa.

De repente, noto que una oscuridad más intensa envuelve el valle. No puede tratarse del anochecer. Apenas han pasado cuatro horas desde que salimos. Levanto la vista y veo densos nubarrones negros que se arremolinan y entrechocan en las alturas. Pronto se iluminan con relámpagos y truenos lejanos vibran a través del casco como si el cielo se partiera a pedazos. La lluvia trae gotas negras que resbalan por mi visor, impidiéndome ver más allá de mis narices.

—Vamos a detenernos —escucho decir a Dorea—. Desplegaremos el hábitat y esperaremos a que pase el chaparrón.

—La llanura se convertirá en una piscina de barro —advierte Lene.

—Es mejor no entrar en el hábitat —aconsejo—. Lo pondremos perdido de lodo. Sigamos adelante. No creo que la lluvia dure mucho.

—Pero Mich… —protesta Dorea.

La ignoro y continúo caminando sobre el montículo, limpiando el visor con mi guante. Entonces, mis pies se hunden y caigo al vacío.

Las rodillas y las protecciones del traje absorben el impacto sobre el polvo del terreno. Más que la caída, me duele mi orgullo.

—¡Mich!

—No pasa nada, estoy bien.

¿Qué ha sucedido? A través de la lluvia cenagosa, intento localizar el tubo. Se ha hundido de repente en la tierra, o es que se ha terminado sin más. Unos metros más adelante, el abultamiento vuelve a aparecer sobre la superficie. El tramo por el que veníamos está cortado.

Escarbo el barro que oculta el extremo seccionado. Lene y Dorea se unen a mí y pronto destapamos el agujero que lleva al interior del tubo. Es el lugar ideal para refugiarnos del diluvio legamoso. Metemos primero las mochilas y el fardo con el hábitat, poniéndolos a cubierto en el inesperado parapeto. A continuación, entramos nosotros. Enfoco la linterna. Más allá del umbral invadido por la tierra, el cilindro está limpio, libre de obstrucciones.

La cápsula con la que descendimos audazmente desde la órbita

tendría que haber circulado por este hueco sin fin, impulsada por campos magnéticos. El haz de luz muestra las ligeras rozaduras en la superficie, marcas dejadas por los contenedores que trajeron a los robots desde el espacio.

Se me ocurre que podríamos destapar el siguiente tramo del tubo y seguir adelante por su interior, sin preocuparnos por el polvo y la lluvia. El ascensor tiene el suficiente calibre para que lo recorramos de pie. Sin embargo, por una vez me paro a pensar antes de sugerir la idea. Andar durante horas encerrados en un conducto irrompible, sin saber dónde estará el final… Quizás no sea una buena ocurrencia.

Por suerte, la lluvia termina pronto. Al salir comprobamos que, a diferencia de lo que temíamos, la humedad ha compactado el polvo y nos resulta más fácil avanzar.

Unos pasos después, me percato de que Lene sigue junto a la abertura del cilindro.

—¿Quieres que lleve el hábitat durante un rato? —me ofrezco.

No me responde. Está observando con detenimiento el borde cercenado del ascensor. Lene no se queda ensimismada sin un motivo, como hacemos los humanos.

—¿Qué sucede?

Esquiva mi pregunta y se pone en marcha para continuar.

—Espera. —La detengo—. Estabas mirando el corte, ¿no?

El final de la malla es desigual, pero no tanto como cabría esperar si se hubiera roto por un impacto o desgarrado durante la caída. El metal parece más bien fundido por el calor o por un ácido.

—¿Qué pasa? —Llega Dorea.

—Pregúntale a Lene. —Alzo los hombros.

La aludida duda un momento y luego se resigna a responder.

—La gran velocidad de los fragmentos que chocaron con el tubo debió calentar el metal, quizás reaccionó con la atmósfera y formó elementos corrosivos.

Tuvieron que ser fragmentos muy grandes para segar así las nanotramas de duranio.

DOREA

Lene y Mich continúan hablando sobre el material del ascensor. La verdad es que me siento inútil desde que naufragamos en este planeta desolado. No puedo ejercer como piloto ni tampoco de bióloga, mis dos especialidades. La geología me interesa, pero por el momento no resulta prioritaria. Aparte de que estamos atravesando penosamente una llanura aluvial, poco más puedo decir. Me gustaría investigar el sustrato bajo las capas de polvo. Quizás nos diera información sobre los minerales arrastrados desde la cabecera del cauce, los efectos de la oxidación en las rocas y el ciclo de precipitaciones, pero ¿a quién le importa eso ahora? Con suerte, aguantaremos unos días antes de que un fallo mecánico nos condene.

Me abruma la futilidad de este viaje, el esfuerzo inútil de seguir al elevador caído, un símbolo del fracaso de nuestra misión. Mich sueña con reiniciar las máquinas antes de que agonicemos, pero hace más de mil años que están paradas. Deben ser inservibles. Si encontramos agua, al menos podría intentar que los planteles arraigaran. Los protegería de la polvareda y vería si son capaces de alimentarse de un suelo que carece de nutrientes orgánicos. La verdad es que cualquier actividad con sentido me animaría, porque en este momento la colonización me parece una empresa absurda.

¿Para esto he cumplido el sueño de mi madre? Se alegró al decirle que habían confirmado nuestra misión. Por fin una hija suya seguiría el mandato natural de la multiplicación. No sé. Creo que lo más importante para ella era que mi designación como decisora aumentaría su estatus matriarcal dentro de la secta. Ya no sería una simple soldado de a pie. Y si uno de mis hermanos pequeños también lo conseguía, ascendería otro peldaño en el escalafón.

Por mi parte, no creía en la doctrina del mandato natural. ¿Quién era yo para pensar que mis genes eran mejores que los de cualquiera? Si creía en algo era en la eficiencia mecánica de la Corporación. Durante los años que estuve en la Academia y en la base espacial de Silenia nunca me cuestioné los objetivos de la expansión humana. Nuestras vidas giraban alrededor de la gran misión colectiva, del gran futuro de la galaxia. Ahora me doy

cuenta de que el heroico papel que nos asignábamos en el destino de la especie es una ilusión juvenil manipulada por la Corporación. La jerarquía empresarial controla los recursos de cientos de mundos a través de sus algoritmos, planifica la producción y garantiza el bienestar de la población, pero ¿cuál es el fin de la loca carrera hacia las estrellas? Silenia apenas estaba ocupado por un puñado de ciudades. Teníamos ya un planeta entero que explorar y mejorar. Sin embargo, en pocos siglos la siguiente generación estuvo preparada para saltar a nuevos sistemas.

—El factor tiempo es esencial —explicaba el profesor Filens en la clase de Estrategia—. Dada la naturaleza exponencial del proceso, cualquier retraso nos colocaría en desventaja inmediata con Minerías Jovianas.

MINJOV, el gran enemigo impersonal, enfrentado a nuestra rama de la humanidad. Poco sabemos de ellos, que utilizan robots con naves de aceleración rápida, similares a nuestra primera oleada, y pasan enseguida a la fase de reproducción, sin preocuparse por poblar los planetas con humanos. Al menos, esa es la historia oficial en los mundos de la Corporación. Sea como fuere, ambas compañías utilizan la tecnología de máquinas autorreplicantes para expandir las colonias. No somos tan diferentes. El resultado es un crecimiento acelerado a través del brazo de Orión. A este ritmo podríamos alcanzar todos los mundos transformables de la galaxia en dieciséis generaciones. ¿Qué sucederá entonces? ¿Se volverán nuestros descendientes unos contra otros? ¿Saltarán a través de vacíos inimaginables hacia los cúmulos globulares, las nubes de Magallanes y la espiral de Andrómeda?

¿Y para qué utilizan los mundos del núcleo corporativo los materiales enviados por las colonias? Los rumores hablan de gigantescos proyectos de construcción, de esferas de Dyson alrededor de estrellas y de agujeros negros capturados para la obtención de energía infinita, incluso de portales que se abren a dimensiones paralelas.

No tiene sentido preocuparse por ello. Las intrigas políticas y las conspiraciones imaginadas durante los ociosos años de Academia ya no tienen relevancia en nuestras vidas. Un accidente estelar ha hecho saltar por los aires los planes de la Corporación para Itnis Cinco. El diminuto punto que representa en el mapa galáctico tardará más tiempo en encenderse.

Levanto la mirada de la arena todavía húmeda. Ya está bien de lamentarme por lo que no pudo ser. Tengo a Mich y Lene, aquí y ahora. Debo seguir su ejemplo y centrarme en cuestiones prácticas, en conseguir lo que es posible dadas las circunstancias. Al fin y al cabo, la catástrofe nos ha dado la libertad de elegir un futuro

diferente al que esperábamos. Más que nunca, los tres decisores debemos hacer honor a nuestro nombre.

Respiro hondo y confirmo que mis compañeros siguen con fuerzas y disponen de suficiente oxígeno. El cadáver del ascensor continúa, inmune al cansancio, su camino hacia el horizonte, descendiendo ligeramente. El río no debe estar ya lejos. Miro a los lados para buscar indicaciones de cambio en el monótono paisaje. Al fondo se recortan montañas del mismo tono apagado que el resto del panorama, pero tienen… *Se recortan* es la expresión adecuada. No hace falta ser geóloga para darse cuenta de que han sido excavadas.

—Mirad hacia el norte —les aviso.

—No veo nada —responde Mich—. ¿Más tormentas?

—Las montañas —señalo.

Los dos ven entonces los huecos. En el lugar donde debió alzarse un gran macizo son evidentes los cortes, taludes escalonados cuyo fondo queda oculto tras los materiales expulsados. Son las primeras huellas visibles de la terraformación.

Recuerdo la secuencia que vimos tantas veces en simulaciones y gráficos animados. Los robots procesadores de mineral trituran las rocas y embadurnan sus fragmentos con líquenes fotosintéticos para transformar la corteza planetaria. Los líquenes se alimentan de compuestos minerales básicos y producen oxígeno y suelo fértil para las bacterias, esporas y las plantas que vienen después, antes de la llegada de los colonos. Las máquinas reproductoras, a su vez, utilizan los minerales extraídos y la energía solar de los paneles para fabricar más robots y nuevas unidades reproductoras.

En solo quinientos años, esta eficiente cadena cambió la faz de Lakshmi y la composición de su atmósfera, pero su trabajo se quedó a medias. Las excavaciones nunca se rellenaron. No se llegaron a sembrar las especies herbáceas que hubieran preparado el camino a los primeros cultivos y a los árboles que mantendrían el aire oxigenado.

—Los robots deben estar allí. —Mich sale corriendo hacia los restos montañosos.

De nada sirve refrenarlo. En realidad, también tengo curiosidad por saber qué ha sido de la avanzadilla mecánica. Intercambio una mirada con Lene.

—Me quedaré aquí con los bultos —sugiere él—, pero tened cuidado.

Sigo a Mich tan rápido como me permite el polvo y las piedras ocultas. Si no lleváramos botas reforzadas nos habríamos partido los tobillos más de una vez.

Unos minutos de carrera nos llevan junto al borde de un

inmenso socavón, tan extenso que su otra orilla se pierde en la bruma. Las paredes están moldeadas por terrazas que descienden en espiral hacia un fondo desigual, definido por anillos concéntricos que se mezclan por efecto de la perspectiva. La hondonada podría ser la imagen especular de las montañas que existían por encima.

Fuerzo la vista. No consigo ver ninguna de las máquinas que hicieron el trabajo. A mi lado, Mich se quita de nuevo su casco para utilizar el catalejo.

—¡Allí! Hay una cerca de aquella ladera.

En lugar de seguir el laberíntico camino que zigzaguea entre las terrazas, Mich salta sobre el escarpado borde del socavón y aterriza en el primero de los escalones. Luego lo cruza en dos zancadas y brinca de nuevo al siguiente. Le sigo con precaución. Cada talud tiene unos dos metros de alto. No podemos permitirnos una mala caída.

—No hay prisa —le recuerdo—. Lleva mil quinientos años sin moverse.

Me contesta durante una breve pausa para orientarse.

—Con tanto polvo, es como saltar sobre un colchón.

En un minuto llegamos junto a la protuberancia que Mich identificó desde el borde. Podría tratarse de una enorme roca que rodó por la ladera y quedó cubierta de barro reseco. Pero veo que no se trata de un pedrusco. Una esquina de la masa terrosa se ha desprendido y deja al descubierto un canto metálico.

MICH

El punzón que saco del cinturón se clava con facilidad en la capa de suciedad. Aparto los rotos terrones parduzcos con la mano. Bajo ellos descubro una red de fibras entrecruzadas, pegadas a la máquina. A pesar de mis esfuerzos, se resisten a ser arrancadas. No recuerdo ninguna mención a una malla protectora en los manuales. Sustituyo el punzón por un cuchillo de sierra y corto la acerada red para despejar la superficie del robot. Con la ayuda de Dorea, destapo la geometría facetada de la máquina, manchada por una capa de herrumbre.

Los ecos de nuestros golpes y cortes se extinguen por la inmensa excavación al tiempo que, como si desearan ayudar a nuestro examen, las nubes se retiran del cielo e iluminan el robot con una luz cárdena.

Como sospechaba, estamos ante un comerrocas, un modelo origami movido por energía solar. Sus paneles fotovoltaicos están magullados y corroídos, pero fueron diseñados para resistir las peores condiciones. Quizás sea posible recuperarlos. Lo bueno de las máquinas plegables es que, al estar formados por una única lámina, carecen de engranajes y partes móviles que se averíen con facilidad. En cuanto la limpiemos haré un diagnóstico detallado con la consola.

—Bien. Ya tenemos un primer ejemplar —afirmo esperanzado—. La factoría no puede estar lejos.

—Estupendo —responde Lene por radio.

Siento el contacto de Dorea en mi hombro. Me avisa con la mano, sin decir nada. No veo su rostro, inclinado hacia el suelo.

—¿Qué sucede? —pregunto con inquietud.

—La rejilla protectora. —Señala un trozo de la malla.

—Cubría la parte superior de la máquina.

—Parece vegetal —dice Dorea—, como una enredadera. Se adhirió al robot antes de que el polvo los cubriera. Jamás había visto algo así. —Retuerce las fibras sin conseguir romperlas—. Esto no lo fabricaron nuestras máquinas.

¿Qué quiere decir? Es imposible que sea una planta nativa. ¿Cómo habría evolucionado en Itnis? Si utilizaba la fotosíntesis,

habría producido oxígeno atmosférico detectable desde Silenia. Y en el planeta no había otra fuente de energía masiva excepto la solar.

Dorea era bióloga y sabía más que yo del asunto. Me mostró lo que semejaban ser hojas diminutas, como espinas retorcidas y engarzadas en los recios tallos, formando una coraza difícil de partir.

—Y esos rastrojos que hemos pisado desde que desembarcamos también deben tener un origen orgánico —añade—. Poseen una estructura similar a esta, aunque menos resistente.

—¿Quieres decir que en este planeta existieron seres pluricelulares, que hemos encontrado por fin vida alienígena compleja, una evolución paralela? —farfullo, abrumado por las implicaciones.

Los ojos almendrados de Dorea brillan bajo la luz del sol.

—Una evolución anaeróbica, sin oxígeno. —Asiente dentro del casco.

—¿Lo decís en serio? —pregunta Lene desde la distancia—. Describidme qué habéis encontrado.

Es una lástima que no hayamos traído a la cantera ninguna de las cámaras.

—Hay restos vegetales que cubren las placas solares del robot —explica Dorea, examinando otro de los trozos que he arrancado—. Si su metabolismo era anaerobio, el oxígeno liberado por la terraformación debió diezmarlos. El polvo acabó definitivamente con ellos.

—Es un descubrimiento increíble. ¡Tenemos que informar a Silenia! —exclama Lene, bullendo de emoción.

—Desde luego —responde Dorea, aún sobrecogida por el descubrimiento—. Deberíamos analizar su genética, estudiar la fisiología, buscar otras variedades e intentar determinar su filogenia, cómo llegaron a evolucionar. Es alucinante. Podría haber sucedido también en otros planetas. Es posible que existan evoluciones anaerobias que no habíamos imaginado.

—Entonces nuestros criterios de búsqueda no son correctos —reconoce Lene—. La Corporación no detectó que existía vida en Itnis.

—Pero ¿qué hacía esa cosa pegada a la máquina? —me pregunto en voz alta.

Dorea está ocupada reconociendo la base del aparato, así que me respondo a mí mismo. Quizás la planta buscaba el calor del robot en un desesperado intento por sobrevivir al frío provocado por el polvo atmosférico. El metal de la superficie parece haber sufrido una abrasión química, como el duranio del ascensor que encontramos cortado en la llanura. Es posible que las plantas trataran de extraer

nutrientes del metal mediante una reacción como la que utilizan los líquenes para descomponer las rocas.

—¡Mich! —El grito me sobresalta—. Mira aquí, por favor.

Agacho la cabeza hasta los pliegues de la base. Dorea ha limpiado el polvo acumulado entre los apoyos extensibles del robot.

—Parece en buen estado —concluyo—. ¿Cuál es el problema?

—Las raíces de la planta. No llegan al suelo —responde ella—. Mira. Se quedan aquí, en la mitad superior.

—Se habrán podrido con el tiempo. O es posible que la máquina se moviera y las arrancara. Por eso la enredadera se secó y murió.

No parece muy convencida.

—Este ser trepó sobre la máquina y se aseguró de taparla.

—Lo dices como si…

La voz de Lene me detiene con un tono de alarma inusual en ella.

—¡Mirad la colina! ¡Algo cae rodando hacia vosotros!

El resplandor del sol me ciega al levantar la vista. Luego veo a qué se refiere. Unas bolas verdosas se despeñan cuesta abajo por la ladera, hacia el interior de la cantera. ¿Qué demonios son? A juzgar por la forma en que rebotan, no se trata de rocas. Probablemente son más arbustos muertos, arrastrados por el viento y la gravedad.

—¡Son plantas! —advierte Dorea.

—Ya las veo. Tranquila.

Las esferas rebotan en el borde del talud y, como si tomaran impulso, se elevan a gran altura sobre las terrazas de la excavación. Una vez en el aire, las ramas de su cuerpo se despliegan y extienden unas hojas cetrinas. Están planeando hacia nosotros.

Por detrás de los arbustos voladores, distingo formas confusas en la colina, destellos de colores. Otros seres vigilan la escena.

LENE

Escucho los gritos de Dorea y Mich. Corro hacia ellos. Quiero preguntarles qué sucede, pero sé que no es el momento. Parece que han sido atacados por los objetos rodantes, pero están ocultos en el interior de la cantera.

Los gritos de angustia en la radio del casco me ponen frenético. Ha sido un error dejarlos solos. No debí permitir que se alejaran. Qué fallo tan estúpido. Sospeché desde el principio que Lakshmi había albergado en algún momento organismos desarrollados. Debí advertírselo, incluso sin una clara confirmación. Pero ¿cómo podía saber que los seres nativos habían sobrevivido a la catástrofe y podían desplazarse a esa velocidad?

—¡Resistid, estoy llegando!

Salto sobre el desnivel en el borde del socavón, sin pensar. Mis botas retumban en el escalón terroso. Salto de nuevo. Los veo más abajo, a unos cincuenta metros. Las bolas han desaparecido, pero mis compañeros se encuentran atrapados en una red que los mantiene pegados al suelo.

Durante el precipitado descenso veo otras formas orgánicas, más arriba. Se alzan sobre troncos móviles tapizados de hojas puntiagudas, agitando ramas que desprenden destellos psicodélicos. ¿De dónde han salido?

Llego a la terraza y corro hacia la manta verdosa desplegada junto a la máquina. La red membranosa se contrae y distiende con espasmos desesperados ante la presión de miembros humanos en su interior.

¿Cómo voy a liberarlos? No tengo un arma de plasma ni un soplete a mano. Veo fragmentos de rocas en el suelo, algunos con bordes afilados, pero pienso que el cuchillo del cinturón será más efectivo.

Me abalanzo sobre el tejido verde-amarillento, lo pisoteo y llego al abultamiento que encierra a mis amigos. Empuño la hoja de acero y hiendo la membrana orgánica, pincho y estiro, corto y rasgo con cuidado la trama alrededor del bulto central. La red se retuerce herida, sangrando un líquido ámbar. Escucho un lejano lamento chirriante. Sigo cortando sin descanso y, por fin, asoma una pierna,

un traje presurizado cubierto de ligaduras que arranco con rabia.

La masa herida intenta ascender por mis piernas, pero la machaco con los tacos de las botas y sigo cercenando las ramas que envuelven el cuerpo de Mich. Sus brazos, casi ya libres, se agitan con fuerza.

—¡Ha entrado en mi traje! —grita.

Arranco un trozo pegajoso de su visor. El vidrio protector está roto y Mich tiene la piel del rostro abrasada.

De repente, el sol desaparece, tan rápidamente como llegó. A mi alrededor, la masa vegetal pierde vigor y se contrae en espasmos de agonía, debilitada por cortes que vomitan líquido ambarino.

—Intenta no respirar muy hondo —sugiero a Mich—. Levántate y salgamos de esta trampa.

—¿Y Dorea? —Me aferra el brazo.

Levanto la manta moribunda. No hay nadie más en el suelo. ¿Dónde se ha ido?

Confuso, me acerco al borde de la terraza y miro hacia el socavón. Descubro a Dorea en el siguiente nivel, tirada en el suelo. No hay plantas asesinas a su alrededor, pero su aspecto no me gusta, caída como un maniquí roto, inmóvil. Adivino lo que le ha pasado. Se retiró hacia atrás al verse atacada desde el aire, sin darse cuenta de que había un enorme escalón a su espalda.

—¡Dorea! —la llamo por la radio, sin respuesta.

Salto junto a ella. Sacudo el cuerpo inerte. Mi pecho se hunde de dolor. No consigo respirar. Angustiado, abro el visor del casco y veo el rostro que tanto amo, la boca entreabierta, los ojos que miran un punto fijo… En su cuello hay una mancha oscura. Meto la mano y la saco empapada de sangre.

Piensa, Lene, piensa… Mich no puede respirar. Tienes que salvarle y hacer lo posible para continuar la misión. Dorea lo habría querido así. Unas plantas malditas no acabarán con nosotros.

Al soltarle el casco descubro la causa de su muerte. Se ha golpeado la cabeza con uno de los afilados fragmentos de roca escupidos por la máquina. La piedra no ha llegado a perforar la aleación, pero la incisión ha fracturado el cráneo en un lugar crítico.

Nuestra suerte no podía durar para siempre.

PRISIONEROS

MICH

Mis párpados rasgan una tela de araña al abrirse. La piel de la cara se tensa con el penoso esfuerzo. Todo es demasiado brillante. ¿Dónde estoy? ¿Por qué no llevo el casco puesto?

—¡Dorea! ¡Lene!

—Tranquilo, Mich. Estás a salvo —escucho la voz.

Consigo enfocar el rostro. Mi memoria empieza a aclararse.

—Dime que ha sido una pesadilla.

—Descansa. El ungüento curará tus quemaduras. Te he dado un sedante. Pronto te sentirás mejor.

—¿Dónde está Dorea?

La pena contrae las perfectas facciones de Lene. Sus ojos me evitan. ¡No puede ser!

—Fue un accidente —responde—. Cayó por el terraplén.

—¿Accidente? ¡Una mierda! Tenemos que quemar esos arbustos y arrasar todo lo que queda con vida en este planeta.

Intento secar el escozor de mis lágrimas.

—No te toques. Déjame que te limpie.

—¿Dónde estamos? —Todavía no consigo ver con claridad.

—Seguros. En el hábitat.

El sedante oculta mi furia tras un muro de letargo. Cuando vuelvo a la consciencia, la bóveda plástica que nos guarda se ha oscurecido. Mi cólera reaparece.

—Vamos a por ellos. Debemos vengarla. —Sacudo a Lene, tumbada a mi lado.

—Duerme, Mich. No creo que se muevan de noche —explica.

Razón de más para atacarles ahora. Trato de levantarme, pero mi cabeza decide que no está preparada, así que sigo tumbado, espiando el silencio traidor que me rodea, el leve rumor del viento que trae malas noticias. Es nuestra segunda noche en Lakshmi y ya solo quedamos dos.

La incomodidad de mi piel y el temor a un nuevo asalto agitan mi sueño intranquilo. Al fin, tras varias falsas alarmas, me despierto con la luz plúmbea de la mañana.

Se ha reducido la inflamación de mi cara y consigo tomar la mitad de la ración que me ofrece Lene.

—Gracias por rescatarme —le digo—. Pensaba que me asfixiaría sin el casco.

—Te puse el de Dorea —explica con tristeza.

La mención de su nombre reaviva las brasas de mi dolor. ¿Ha sido culpa mía? No debí correr al interior de la cantera sin explorar los alrededores, sin armas con las que defendernos. Ella siempre me advertía sobre la impulsividad de mis actos. Y había terminado por pagar mis errores. Lo siento, Dorea.

Los gruesos labios de Lene tiemblan al ritmo de sus pupilas violeta.

—No ha sido culpa nuestra —dice con tibieza—. ¿Cómo íbamos a saber que Laskshmi no estaba deshabitado?

Tras unas horas de abatimiento, consigo alzarme bajo la bóveda. Podría pasar días lamentando lo sucedido, pensando en lo que debería haber hecho, pero es imposible volver atrás. No tenemos otra opción que superar la pesadumbre y pensar en la supervivencia.

Lene cree que lo mejor es seguir el camino hasta el río. No puede estar muy lejos y es necesario encontrar una fuente de agua para no deshidratarnos, ya que hemos dejado el módulo de filtrado en la playa. Su peso nos habría complicado la marcha.

Yo también quiero continuar, pero me atormenta la imagen de Dorea expuesta a las plantas carnívoras.

—No podemos dejar el cuerpo ahí fuera —replico a Lene.

Tras una breve discusión, acordamos enterrar a nuestra compañera. Cavaremos una tumba alejada de las colinas y luego traeremos su cuerpo, protegiéndonos con lanzallamas improvisados. No debería costarnos más de una hora.

Encuentro un lugar apropiado, una pequeña hondonada protegida por escarpaduras rocosas. La arcilla reseca se rompe con facilidad con la pala plegable. Extraigo capas de arena y gravilla ligeramente húmedas. El tamaño de las piedras aumenta con la profundidad hasta llegar a una súbita transición, donde las rocas pulverizadas desaparecen. La punta de mi pala choca con un entramado de hebras y hojas putrefactas.

Corto los restos vegetales con furia, utilizando la pala como una guillotina. ¡Malditas plantas! Estaban aquí antes de que llegaran los robots y, por lo que hemos visto, el meteorito no consiguió matar a todas. Qué lástima. ¡Ojalá se hubieran extinguido para siempre!

Lene me tranquiliza y arranca con paciencia las raíces podridas. Tienen suerte de no estar ya vivas. De otro modo, les haría sufrir por lo que han hecho.

Un rato más tarde regresamos a la cantera a recoger a Dorea. Al verla allí tirada, expuesta a los elementos, el odio se remueve de

nuevo en mis entrañas. ¿Dónde están las condenadas plantas ahora? Quiero ascender la colina para buscarlas con el lanzallamas, pero Lene me convence de que sería una pérdida de tiempo. Los bichos han huido de nuestra vista.

De vuelta a la hondonada, descargo el cuerpo exangüe de mi hombro y, sin atreverme a mirar su rostro, alineo a Dorea en el fondo de la zanja. Entre los dos cubrimos a nuestra amada con la tierra estéril de Lakshmi y colocamos encima las piedras que apartamos durante la excavación.

—En clase de historia explicaban cómo los pueblos primitivos enterraban a sus muertos para evitar que las alimañas salvajes los devoraran. Parece que hemos vuelto a la prehistoria.

Lene ignora mi comentario fúnebre.

—Viviremos aquí, Mich, de una manera u otra. Cumpliremos el sueño de Dorea, construiremos su paraíso.

Nos despedimos de la tumba, abrazados en silencio, y caminamos de vuelta al ascensor, donde hemos dejado los bultos. No puedo parar de pensar.

—Si no me hubiera empeñado en la exploración… Podíamos haber investigado bien los rastrojos y cavado el suelo como hemos hecho ahora. Habríamos descubierto que existía vida en Itnis y quizás…

—Analicé la composición de los matojos —confiesa Lene—, pero no detecté moléculas orgánicas. No son iguales a las nuestras. Deben tener diferentes aminoácidos y nucleótidos. De todas maneras, era difícil saber que habían sobrevivido, y menos aún que fueran capaces de atacarnos de esa forma.

Nos ponemos en marcha, siguiendo el trazado del elevador caído como un talismán que nos conduce al oasis prometido. Las imágenes de la emboscada siguen presentes.

—¿Cómo es posible? —me pregunto—. Plantas que caminan, saltan, vuelan y atacan con ácido. Imagino lo que hicieron con el comerrocas. Lo inutilizaron antes de que el polvo lo cubriera todo. Y ya viste las trazas de corrosión del ascensor. Intentaron alimentarse de sus metales.

—No son tan diferentes a nosotros —responde la mente analítica de Lene—. Están vivas. Buscan nutrientes, minerales y agua para sobrevivir. Evolucionaron cuando el planeta era muy diferente —señala el paisaje árido—, antes de la terraformación. El oxígeno debe ser un veneno para ellas y, sin embargo, se han adaptado al cambio.

El peso añadido de los bultos que antes llevaba Dorea nos agota. Nos detenemos a descansar tras un par de kilómetros de marcha.

—Por cierto —se me ocurre—, tendremos que hacer un informe

y enviarlo a Silenia. La Corporación debe saber lo que hemos encontrado aquí. Tardarán siglos, pero supongo que enviarán un destacamento militar para exterminar estos parásitos vegetales.

Lene asiente sin ganas.

—Lo hice ayer mientras dormías. Por si no llegábamos a la mañana.

No puede evitar ser práctica y eficiente, incluso en las peores circunstancias.

—También reactivé el protocolo de emergencia. Si la IA no recibe una comunicación nuestra cada cuarenta y ocho horas, despertará a las nuevas copias.

Las reservas. El dolor de perder a Dorea me ha ofuscado. Solo así se explica que no haya pensado antes en ellas. Lene adivina lo que se me ha ocurrido en cuanto fijo mi mirada en sus ojos malva.

—No, Mich. El protocolo es claro. Solo tienen que descongelarse las copias en el momento en el que desaparece el trío completo. Recuerda: las generaciones deben sucederse, no superponerse.

—A la mierda el protocolo. No está pensado para esta situación. Necesitamos una bióloga, aunque trabaje desde la Argo. Además… no creo que pueda aguantar sin Dorea.

—La IA sabrá que tratamos de infringir las normas —razona Lene.

—Deja que yo me ocupe de la IA.

Sus ojos se alzan hacia las nubes mientras tuerce la mandíbula. Una expresión muy suya, la que tiene cuando se resigna a las locuras de los humanos.

LENE

Puedo sentir la angustia de la falta, la ausencia de la persona que añoro. Sin embargo, las emociones, necesarias para interactuar con los humanos, no me impiden seguir razonando con claridad. Ellos son diferentes. Sus pensamientos y sensaciones se entrecruzan en los circuitos cerebrales, formando una maraña irresoluble. Si se ponen nerviosos, lo notan en su estómago; se vuelven irritables al tener hambre; y si están deprimidos, les cuesta tomar decisiones. El dolor puede llevarlos a cometer locuras.

Entiendo los sentimientos de Mich hacia las especies nativas. La venganza tiene un valor de supervivencia cuando impulsa a destruir lo que nos haría daño. Por otra parte, un simple cálculo mental demuestra que en muchos casos las represalias nos perjudican. Quizás pudiéramos enfrentarnos por un tiempo a las plantas. Incluso sin armas, disponemos de una ventaja tecnológica. Pero ellas están en su terreno, por asolado que sea, y nosotros solo somos dos.

La perspectiva moral tampoco nos favorece. Desde un punto de vista objetivo, los seres fotosintéticos tienen derecho a defenderse de los invasores. Su mundo ha sido arrasado por dos catástrofes caídas del cielo: primero, los robots de la Corporación, ignorantes de su presencia, envenenaron la atmósfera y roturaron las montañas; luego, un evento imprevisible arrojó millones de toneladas de rocas y polvo sobre el planeta, sumiéndolo en un oscuro invierno. La pena que experimentamos por la muerte de Dorea no es nada comparada con el castigo que los habitantes de Itnis han sufrido con la injusta destrucción de su hogar. No podemos culparlos por atacar a nuevos intrusos llegados del espacio.

Me pregunto qué aspecto tendría esta llanura baldía en su época de esplendor. Debía hervir de vida, como las sierras esquilmadas que la circundan y el mar oscuro de Naraka, cubierta por una floresta bañada por el sol que brillaba en el cielo dorado, libre de oxígeno. Ahora el suelo donde se hunden mis botas no es más que una aglomeración de residuos y minerales triturados. A pesar de su sombría belleza, el valle parece tan muerto como un asteroide. Me

pregunto dónde se ocultan los supervivientes y cómo se alimentan.

Un trecho más adelante, distingo un delgado pináculo que sobresale de la bruma. Mich, cabizbajo, no lo ha visto. Solo echa un ojo de tanto en tanto a la alargada protuberancia del ascensor y se cerciora de que no nos desviamos, pero no está de ánimos para mirar el camino que nos espera.

El pináculo se eleva a medida que nos acercamos. Pronto puedo ver que se trata de la cúspide de un conjunto de postes conectados entre sí.

—¿Qué demonios es eso? —dice Mich, al descubrir las extrañas formas.

—Yo diría que es un bosque —sugiero, basándome en mis recuerdos de Silenia y el banco de datos.

—¿Árboles de esa altura? Deben tener cincuenta metros de alto, y aún no se ve toda la base.

—Es posible que el río se encuentre tras esas lomas del sur. ¿Quieres ir a explorar?

Las emociones de Mich se transparentan a través del visor: curiosidad, furia y miedo.

—Vamos allá —accede—. Necesitamos encontrar el agua.

Abandonamos el ascensor caído y comenzamos un suave descenso hacia el sur. Las colinas esconden los árboles gigantes durante un trecho, para revelarlos más claramente al pasar las cumbres. Mi hipótesis era correcta. Los enormes esqueletos de ramas no están solos. Hay un bosque entero formado por tallos gigantescos unidos en una estructura tridimensional.

Los pasos de Mich se enlentecen a medida que la enormidad de la construcción vegetal nos abruma.

—Estos no se moverán, ¿verdad? —me pregunta.

En ocasiones tardo en responder. Aún imagino que le habla a Dorea y espero que ella le conteste. Luego me doy cuenta de que solo estoy yo.

—Su aspecto es reseco. Deben haber muerto hace mucho —le aseguro—. ¿Recuerdas a los dinosaurios?

—¿Dinosaurios? Ah, los enormes reptiles de la vieja Tierra.

—También fueron eliminados por un asteroide. Los animales más grandes y los que carecían de termorregulación tuvieron más problemas para sobrevivir durante el largo invierno que siguió al impacto.

—Ajá —asiente, embobado por la extensión arbórea.

Al pasar una cresta, se abre ante nuestros ojos la vaguada que circunda el río. El bosque llena una sección entera del valle. Tengo la intuición de que se trata, en realidad, de una ciudad. Algunos ramales cruzan el río de un lado a otro, uniendo los troncos de

ambos márgenes. Todo el bosque se organiza en una docena de niveles, entrecruzados por lianas que sostienen en el aire las plataformas de gruesas hojas. En varias zonas, el andamiaje se ha colapsado como un castillo de fichas, dejando troncos quebrados y pisos retorcidos.

Al descender por la suave pendiente siento cómo la humedad del río atraviesa el filtro de aire. El rumor de su corriente resuena en la cañada.

Puedo ver más detalles en el bosque. Entre las ramas mustias distingo nidos esféricos, pegados como pompas de jabón, y colmenas tapizadas de pequeñas oquedades. ¿Qué seres vivieron al abrigo de esa espesura ahora marchita? ¿Eran parásitos de los árboles, con instintos gregarios tan simples como nuestros insectos, o con una estructura social y familiar similar a los mamíferos?

Quizás sea presa de mis prejuicios terrestres. Es posible que el bosque no esté formado por las ruinas de árboles gigantes, sino por cadáveres de seres colosales que se abrazaron en un intento desesperado por defenderse de la tragedia. La vida de Lakshmi no tiene por qué parecerse a la nuestra.

El flujo de agua turbia que llena el cauce del río es lento pero abundante. Sin apartar la vista de los gigantes que nos vigilan a unos cientos de metros, bajamos hasta la orilla.

—Ya tenemos agua. —Mich observa el ancho torrente—. Y en esta explanada podríamos cultivar los planteles, protegidos del viento.

Se gira entonces y alza un puño hacia la callada ciudad de los gigantes. Por un momento creo que va a gritarles.

—Quemaremos esa basura muerta —afirma con desprecio— y utilizaremos sus cenizas para fertilizar el suelo. Nos darán los nutrientes que nuestras plantas necesitan: nitrógeno, carbón, potasio, fósforo…

—Mich, antes deberíamos…

—Lo sé. Montaré el hábitat y contactaré con la Argo. Programaré la IA para despertar a Dorea. Necesito escuchar su voz.

No era eso lo que quería sugerir. Me preocupa que la ciudad no esté tan muerta como imaginamos. No debemos subestimar de nuevo a los nativos de Itnis.

DOREA

El puente también está vacío. No hay rastro de Lene ni Mich; ni un movimiento, ni un sonido en el pasillo que recorre la rueda, salvo la tenue vibración de la maquinaria y los acondicionadores. ¿Será que mis compañeros no han despertado aún? Todavía me domina el mareo que sigue a la descongelación, pero juraría haber visto otras cabinas abiertas.

Echo una ojeada a la cocina. Desocupada. Aunque percibo un remoto aroma a café. ¿Se trata de una simple asociación en mi mente o han desayunado sin esperarme? Los mataré. ¿Dónde están? No contestan por el microauricular. Los llamo a voz en grito y tampoco hay respuesta. Algo extraño sucede.

Compruebo el panel de información por si me da alguna pista. No hay alarmas activas y los sistemas parecen en orden. Un mensaje de alta prioridad aguarda en la cola. Será la comunicación protocolaria de llegada a Itnis. No debo abrirlo hasta que Mich y Lene estén conmigo. A ver si aparecen. Tengo ganas de comenzar la aproximación y ver nuestro maravilloso mundo futuro de cerca, descubrir sus tierras vírgenes, sus mares, la prístina atmósfera azul saturada de oxígeno.

Como piloto extraoficial, compruebo los datos de navegación. Tenemos que confirmar la trayectoria de la Argo y planear la… ¿¡Pero qué demonios!? El diagrama de la pantalla no tiene sentido. Según los datos que muestra, la nave sigue de cerca un pequeño asteroide en su periplo alrededor de la estrella del sistema, tras haber orbitado el planeta. Despliego el registro de operaciones. ¿Cómo puede ser?

¿Será que estoy en medio de una pesadilla, todavía congelada en el nicho?

Levanto un taburete para sentarme, porque todo gira a mi alrededor y necesito un punto de apoyo. Según la bitácora, la maniobra de aproximación a Itnis Cinco comenzó hace diez días y la nave ha descrito varias órbitas oblicuas antes de alejarse, ignorando el plan de conectarse al ascensor. Retrocedo más atrás en la lista de eventos. Según la bitácora, la tripulación había despertado ya.

Debo estar en una simulación, otro ejercicio para estudiar la resistencia en situaciones de estrés. He pasado anteriormente por pruebas similares, pero no estaba sola. Y no parecía tan real…

Piensa, Dorea. ¿Cuál es tu último recuerdo?

Tengo imágenes del embarque y la zona de preparación como si hubiera estado allí hace unos minutos: mi entrada en la cabina de congelación, la mordedura del frío… No pudo ser una simulación. Sin embargo, el mareo… Quizás indica que algo extraño ha pasado en mi mente. ¿Y dónde están Lene y Mich? Según la bitácora, también deberían estar despiertos.

Si esto es un ejercicio, debo evitar un error que arruine nuestras posibilidades de ser elegidos… Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Ya fuimos seleccionados para la misión de Itnis Cinco! Voy a leer ese mensaje de bienvenida. Es la única manera de confirmar que no me he vuelto loca.

Se trata de un archivo de audio. En las transmisiones espaciales no se suele utilizar vídeo, pero pensaba que… Al ponerla en marcha escucho la voz agitada de Mich. ¿Desde dónde habla? El ruido de fondo no parece el de una nave. Sus explicaciones resultan confusas. Dice que despertamos los tres hace días y encontramos el planeta arrasado por el impacto de un asteroide o un cometa. También causó la destrucción del ascensor y abortó el proceso de terraformación. Según dice, los tres descendimos a la superficie dentro de un contenedor con el objetivo de evaluar la situación y reiniciar las máquinas.

Una premisa bastante inverosímil para un ejercicio de entrenamiento.

La voz de Mich se rompe.

—Continúa tú.

Por un momento creo que se refiere a mí, pero entonces oigo a Lene, que sigue exponiendo el planteamiento del ejercicio.

—Hemos descubierto que el planeta está habitado, Dorea. La vida evolucionó aquí en condiciones anaeróbicas. Hemos visto organismos fotosintéticos pluricelulares muy avanzados que no parecen liberar oxígeno.

Aunque probablemente no sea esencial para la prueba, evalúo la hipótesis. ¿Una evolución sin oxígeno libre? Podría ser. En la vieja Tierra los organismos anaerobios aparecieron antes que los fotosintéticos, alimentándose de la energía de volcanes y fumarolas submarinas. Sin embargo, las cianobacterias y las plantas de los ecosistemas terrestres expulsan el oxígeno que producen en la fotosíntesis. Para nuestros cuerpos resulta tan reactivo como un ácido, si no se combina con la hemoglobina de la sangre, pero otras formas de vida podrían desarrollar vías metabólicas para retenerlo

en su interior.

—Incluso parece que existió un cierto grado de civilización —prosigue Lene—. Hemos encontrado unas ruinas, un poblado con construcciones vegetales.

—Vamos, díselo —interrumpe Mich.

Espero la gran revelación con nerviosismo.

—Descubrimos una cantera abierta por los comerrocas. Tú y Mich fuisteis a investigarla…

¿Mich y yo? ¿Por qué hablan como si los hubiera acompañado?

Me topo con el muro invisible de la verdad. Estaba ahí, esperándome, pero hasta ahora no he conseguido verlo.

—Unas formas vegetales nativas os atacaron —continúa Lene—. Mich sobrevivió con quemaduras leves… Tú… Tu copia se cayó por un desnivel. Murió.

Completan el relato con una amalgama de dramáticas excusas por haberme despertado. Confiesan que me echaban mucho de menos y no pueden vivir sin mí. Además, me necesitan para descifrar el enigma de la vida en Itnis Cinco y reiniciar la terraformación frente a la resistencia de las plantas autóctonas.

No he soñado durante la congelación. La pesadilla ha comenzado después de levantarme. Soy una copia de reserva. Se supone que la sustitución se realiza cuando el último de los decisores muere en la colonia. El renacer del trío es motivo de júbilo para las nuevas generaciones, hambrientas de referentes del pasado y de directrices que les guíen en las siguientes fases. Los decisores proporcionan una ilusión de eternidad, un mito viviente, un pilar de apoyo hasta que el nuevo mundo alcanza la madurez.

Nosotros no llegamos a conocer a los decisores que velaron por la primera era de Silenia. Dicen que eran sabios y justos. Lo cierto es que las sectas proliferaron tras la muerte del último trío. La gente necesita una finalidad superior, y si no existe se la inventa.

¿Qué seremos nosotros sin una colonia que supervisar? Mi papel de suma sacerdotisa se ha tornado en el de maniquí de recambio, la rueda de repuesto para un triciclo averiado.

No soy la Dorea que han conocido durante una semana. No fui yo quien compartió con ellos la llegada a Itnis, el descenso a la superficie. Desconozco lo que la otra copia hizo, cómo se comportó. ¿Tuvo miedo? ¿Impuso su criterio a Mich? ¿Experimentó nuevas sensaciones con Lene? Ahora me conocen mejor que yo misma. Me han visto reaccionar ante el peligro y recorrer un paisaje que probablemente nunca pisaré. ¿Cómo pretenden que la sustituya? No puedo unirme a ellos y compartir su lucha con el hostil entorno de Itnis Cinco.

Hemos estado juntos durante cuatro años. Todos los días. Será

difícil vivir en los pasillos desiertos de la Argo. La verdad, habría preferido seguir congelada.

MICH

La primera conversación con Dorea no es nada fácil. La recepción de la antena desplegada en el techo del hábitat es pobre. Además, la señal tarda varios segundos en llegar a la Argo. A medida que se aleje junto al asteroide que la protege, las esperas aumentarán aún más.

La alegría me embarga al escuchar su voz. Está viva, como si nunca se hubiera marchado. Es un milagro. Pero noto su incomodidad. Se siente fuera de lugar. Es normal. Se le pasará a medida que restablezcamos la relación. Por el momento, su curiosidad de bióloga se centra en las plantas. Quiere saber qué especies hemos identificado, cuál es su medio de locomoción, los sentidos que utilizan para comunicarse… Demasiados interrogantes sin respuesta.

—¿Hay peligro de que nos infectemos con algún microorganismo? —plantea Lene cuando llega nuestro turno.

Dorea responde con frialdad científica.

—Si su bioquímica es tan diferente como decís, no creo que estéis en peligro. Los virus y bacterias del planeta utilizarán un código genético incompatible con el nuestro. En todo caso, pronto veremos si os afectan. El período de incubación suele ser de pocos días.

Tras unos minutos, la dejamos descansar. Necesita tiempo para asimilar la situación. Nos despedimos de ella con la promesa de contactar de nuevo en unas doce horas, cuando la rotación de Lakshmi lo haga posible.

—Estaba un poco distante, ¿no? —le comento a Lene.

—¿A ti te gustaría que te levantaran en medio de un profundo sueño para decirte que eres la copia de un muerto y estás encerrada en una nave a millones de kilómetros?

Su respuesta me ha sonado como un reproche. ¿Me he equivocado al descongelar la copia de Dorea? No lo creo. En un par de días nos habremos acostumbrado y seremos el trío de siempre. Será duro estar separados, claro, pero le gustará saber lo que averiguamos de los alienígenas.

—Aprovechemos la tarde y para echar una ojeada a la ciudad —

sugiero a Lene—. Dorea nos ha hecho muchas preguntas que requieren una investigación de las plantas.

—Las plantas, sí —repite Lene, abstraída—. ¿Crees que la Corporación sabía de su existencia? Eso explicaría que nos hicieran continuar el viaje a Itnis, a pesar del fallo de los robots, y que quisieran que indagáramos sobre el planeta.

—¿Cómo iban a saber que había vida?

—Quizás refinaron los análisis remotos, o los robots enviaron datos que hacían sospechar —propone Lene.

—No tiene sentido. Nos habrían advertido sobre ello. Si querían que investigáramos las plantas podrían habernos dado instrucciones precisas a la llegada.

—Es cierto —reconoce—. Aun así, no sé… Hay algo extraño en todo este asunto.

Mientras me reponía del ataque de las plantas, Lene determinó la duración del día Lakshmiano, midiendo la diferencia entre los primeros anocheceres. Resultó ser de unas veintiséis horas. Así que nos quedan cinco antes de que oscurezca otra vez, suficiente para echar un vistazo a ese montón de árboles apolillados.

Salimos del hábitat pertrechados con nuevas cargas de oxígeno y dos lanzallamas caseros, botellas de alcohol que la unidad de reciclado ha producido combinando los residuos orgánicos con el agua del río. Llevamos también dos cámaras multibanda adosadas a los cascos. Esta vez todo quedará grabado en la central de comunicaciones del hábitat, de forma que Dorea lo pueda visionar más adelante.

Bautizamos la arboleda como la Selva Fantasma, un nuevo punto añadido a mi mapa de Lakshmi. Se alza a medio kilómetro del hábitat, un esqueleto silencioso, una ciudad de restos resecos, aparentemente deshabitada, pero no por ello menos amenazadora.

Necesito llenar con palabras la inquietante calma que nos persigue mientras avanzamos por la ribera arcillosa.

—¿Qué pensarán en Silenia al recibir tu informe? Si es cierto que no saben nada de la vida alienígena en Itnis, será un choque para todos los planetas de la Corporación.

—Imagino —responde Lene—. Tendrán que reevaluar los métodos de detección y preparar protocolos adecuados para estos casos.

—Me pregunto si enviarán refuerzos, al menos un equipo científico y un nuevo ascensor de emergencia. Aunque poco importa ahora. Tardarían dos mil años en llegar, en tiempo de Lakshmi. Para entonces…

Lene permanece callada mientras examinamos un tronco varado en la orilla del río. Parece un simple leño podrido, pero toda

precaución es poca.

—Escuché un rumor interesante en la base espacial —comenta al reanudar la marcha—, una charla entre varios militares que acababan de llegar de Josafat. Decían que la Corporación había capturado un agujero negro cerca de Kontralys y estaba acumulando material para construir una máquina de teletransporte, un sistema de viaje instantáneo.

Me río. La base era un hervidero de chismes y patrañas cuyo único fundamento era el tedio del espacio y la falta de verdaderas noticias.

—Es otra de esas fantasías —opino—. Seguramente se ha ido propagando y distorsionando de planeta en planeta. La gente se pregunta dónde van los masivos envíos de material. Quieren explicaciones, y se imaginan esos proyectos inverosímiles.

—Era solo un rumor.

—Incluso si tuvieran un sistema de transporte instantáneo, el informe tardará un siglo en llegar a Silenia y tendrían que transmitir órdenes a Kontralys u otro centro de mando. Me temo que no podemos esperar ayuda de nadie. Al final, nosotros somos los decisores y tendremos que pensar cómo eliminar esas malas hierbas y continuar con la misión.

Lene no responde. Sé que soy optimista. Lo más probable es que sean las malas hierbas las que nos eliminen a nosotros. Por otra parte, como decía la instructora de psicología práctica, antes de alcanzar un objetivo hay que poder visualizarlo y creer que es factible.

Recuperar a Dorea me ha devuelto un soplo de esperanza. También ha renovado mi deseo de vengar su muerte.

LENE

La Selva Fantasma es un espectáculo visual, coronado en su cima por los pináculos que vimos desde la llanura. Los deteriorados restos del bosque sostienen un laberinto aéreo de pasajes entrecruzados, pilares de sujeción y lianas de soporte, conectados todos como un inmenso cerebro vegetal. Enredados en esta madeja se ocultan nidos de aberturas oscuras, racimos de frutos huecos crecidos de los tallos descarnados. En el suelo, bajo nuestros pies, crujen las astillas y ramas caídas, la piel putrefacta y acartonada desprendida del gran cadáver fotosintético.

Nos adentramos en la espesura, esquivando las ruinas de lo que pudo ser una ciudad ahora abandonada, la osamenta de un complejo organismo ya extinto. Intento que la cámara capte los detalles, las formas retorcidas y quebradas cuyo propósito no consigo adivinar. Cada estructura marchita es un misterio de colores desvaídos. Estos pliegues arremolinados podrían haber sido una flor desmesurada, o quizás un delicado instrumento de comunicación. Los seres de Lakshmi no tienen por qué compartir las categorías humanas, y mucho menos nuestros artefactos culturales. ¿Cómo interpretar, sin engañarnos, los secretos que han dejado? Ni siquiera estoy seguro de que los altos tubos ramificados de apariencia leñosa murieran hace siglos, cuando la catástrofe les robó la luz del sol y el calor. Podrían estar todavía vivos, observándonos desde su mansa quietud.

Quizás las torres que vemos no son árboles, sino elementos de construcción equivalente a las vigas, las conducciones y las paredes de los edificios humanos, pero fabricados con distintos materiales y métodos. La siguiente pregunta, también sin respuesta, es si el elaborado andamiaje es resultado de un proceso instintivo, como los arrecifes creados por los corales o las colmenas moldeadas por las abejas, o el resultado de un plan deliberado. Lo segundo supondría asignar inteligencia y tecnología a los Lakshmianos, asumir que la evolución de este planeta también ha sido capaz de generar la consciencia, una sociedad, una civilización… De nuevo, las categorías terrestres me atrapan. Es imposible realizar inferencias lógicas sin otros ejemplos de razas alienígenas. Nuestro

antropocentrismo ya evitó que la Corporación identificara la existencia de vida en Itnis Cinco, solo porque su metabolismo es diferente. Quizás esta ceguera también nos impida reconocer las formas inteligentes que nos rodean. ¿Puede un árbol reseco pensar, proyectar y ejecutar sus ideas?

Noto la inquietud creciente de Mich a medida que el ramaje se vuelve más tupido. Sus recios brazos levantan la botella de alcohol y apuntan el soplete hacia los pardos doseles que filtran la pobre iluminación del cielo.

Considero la opción de usar la linterna, pero pronto me acostumbro a la penumbra del esquelético follaje. Aprendo a identificar elementos en el andamiaje: escaleras en espiral, puentes de comunicación, estaciones de vigilancia, plazoletas de las que parten pasarelas colgantes hacia diferentes pisos; parques y huertos, casas suspendidas por sus propios jardines… Es tentador interpretar en términos conocidos las formas de la ciudad.

Lo que resulta innegable es que está estructurada por niveles, hasta una decena de ellos en algunas zonas. Allá en los pisos superiores veo a contraluz ramilletes de hojas todavía verdes que intentan captar la tibia energía del sol. Siguiendo la pista de sus raíces localizo tallos frescos que descienden hacia la base, uniéndose en trenzas más gruesas. Otros conductos similares, secos y corroídos, se conectan a los nidos desocupados.

—Mira esos tubos. —Señalo a Mich—. Parecen estar vivos.

Siguiendo las enredaderas trenzadas llegamos a una zona aún más densa del bosquecillo, obstruida por ramas que tapizan el terreno casi invisible. Esquivamos las púas de los extremos con precaución para evitar que nos rasguen los trajes.

—Fíjate —indica Mich—. Las tuberías se meten bajo tierra.

Tiene razón. Los tallos entrelazados que hemos seguido convergen tras un compacto matorral, protegidos por una empalizada natural. ¿O no tan natural?

Enciendo la linterna y apunto entre los estrechos huecos de las ramas. Los conductos se funden en una raíz común, un único tronco que llega hasta las hojas verdes de la cubierta superior.

Rodeamos la aglomeración en busca de otras pistas y encontramos una secuencia de planchas escalonadas que ascienden hacia los primeros pisos. Subir por ellas parece arriesgado, dada su fragilidad. Nos aventuramos solo a un par de metros de altura, lo suficiente para ver de cerca uno de los nidos, un amasijo de celdas hexagonales de un metro de ancho. Nuestro casco cabría por la abertura frontal, si nos atreviéramos a meter la cabeza. La aglomeración de los nichos entre las ramas me recuerda a los panales de las abejas en el ecosistema base.

Mich observa el puzle globular con el lanzallamas en ristre. Su inquietud está justificada. Es posible que las esferas que nos atacaron salieran de nidos como estos. Asegurándome de captarlo con la cámara, cojo un palo largo y hurgo través de una abertura cubierta por una lámina casi transparente. Siento cómo la punta mueve la broza acumulada en la oquedad. Nada que parezca vivo.

Tras explorar un par de celdas más con el mismo resultado, utilizo el palo como apoyo para el descenso. No quiero resbalar en la hojarasca viscosa que cubre las planchas de la escalera. Por suerte, los dos volvemos de una pieza al suelo.

Hago balance de lo que hemos descubierto. Exceptuando los tallos trenzados y las hojas de los pisos superiores, el bosque ha sucumbido al duro invierno de los últimos siglos. Solo quedan despojos sostenidos por la resistencia de los troncos y unas pocas plantas convencionales que aprovechan su apoyo para captar el sol.

Consulto con Mich la dirección de regreso. Él recurre al mapa digital y me señala el camino a seguir. No es la senda que hemos utilizado para venir, pero confío en que sea la ruta más corta. Sin embargo, tras una veintena de pasos nos encontramos con otra tosca barrera de troncos. Al otro lado se adivina un claro, un área despejada en medio del bosque. Quizás si entramos en él podamos observar mejor la estructura de la ciudad. Nos quedan todavía un par de horas de luz y hemos venido hasta aquí para dar a Dorea todos los datos posibles sobre la biología de Lakshmi. Es una pena que no pueda enviarle las muestras que he guardado.

Mich está de acuerdo en que echemos un vistazo. Utilizando los guantes, retiramos algunos de los frágiles troncos, partiéndolos con las botas cuando se resisten. Por fin, entramos al brillante claro, acalorados. Me doy cuenta ahora de que hemos consumido mucho oxígeno y debemos darnos prisa.

El hueco entre los árboles tiene apenas tres metros de diámetro. Miro arriba y veo que asciende hacia el cielo, atravesando la ciudad como un tragaluz. ¿Sería ese su propósito?

Me giro para sugerir a Mich que nos marchemos. Entonces veo que su cuerpo se hunde en el suelo. En una fracción de segundo ha desaparecido, pero sigo escuchando su voz por la radio.

—¡Mich!

El lugar donde la tierra le ha tragado está cubierto por una lámina, camuflada con el tono cobrizo de la hojarasca.

—Estoy bien. —Escucho por los auriculares—. Aquí abajo hay una cueva.

Palpo la lámina flexible con el guante. Se abre con facilidad. Es una válvula de consistencia carnosa, pensada para ocultar la entrada al subterráneo.

Veo un haz de luz moviéndose en la oscuridad.

MICH

Agarro a Lene para que no resbale por la pendiente. Por supuesto, pone objeciones a la idea de explorar la cueva, pero la convenzo de que tendremos tiempo suficiente si cambiamos la configuración de los respiradores. Solo tenemos que añadir un poco de oxígeno extra al aire del exterior, en lugar de tomarlo todo del depósito. Al hacerlo sentimos el olor húmedo y pegajoso de la caverna, un aroma mohoso similar al de los bosques de Silenia.

Recojo la botella de alcohol y el soldador, caídas junto a mí, y comienzo el descenso apoyándome en la pared terrosa. Espero que el pasadizo esté libre de plantas rabiosas, porque no sería fácil defendernos dentro de esta ratonera.

Lene me sigue con su bastón de madera, agachada para no golpearse con el techo.

—Veamos qué esconde esta guarida —hablo al micrófono conectado con la cámara, como si tuviera delante a Dorea. Aún me imagino que está con nosotros, regañándonos por nuestra imprudencia.

Los olores y la humedad se vuelven más intensos al terminarse la pendiente. Las linternas iluminan una cavidad irregular en la que desembocan varios pasajes, la mayoría ascendentes. Es obvio que la caverna no es de origen natural. Sus paredes están cubiertas por un entramado de hebras que se ensanchan hasta formar anaqueles con grandes hojas apiladas, como las láminas de pescado seco en los mercados callejeros de Silenia.

Me siento mareado, quizás por el olor nauseabundo. La única razón para soportarlo es que este cubil abandonado podría guardar secretos de la antigua civilización vegetal, escondidos hace siglos en las catacumbas de la ciudad.

—Vamos a explorar uno de… de esos pasillos —sugiero.

—Sube el oxígeno de tu regulador, Mich —dice Lene—. Aquí el aire apenas contiene un cinco por ciento.

Giro la manija del dosificador y empiezo a sentirme mejor. Me adentro con confianza en el corredor que se abre justo enfrente. Descendemos hasta una estancia similar a la primera, donde se conectan varios pasadizos más. Empiezo a sospechar que nos

hallamos en el interior de un laberinto. Deberíamos hacer marcas en el suelo antes de seguir adelante.

Pero ya no es necesario continuar. El secreto de los pasadizos nos ha encontrado a nosotros. De las bocas de los corredores emergen seres indescriptibles, amasijos de ramas rodantes que se desdoblan ante nuestros ojos hasta llenar el espacio entre el suelo y el techo. Lene levanta en el aire su bastón a modo de arma. Yo apunto la botella de alcohol hacia los retorcidos arbustos y acercó la llama eléctrica del soldador al pitorro. Soy consciente de que será difícil quemarlos a todos antes de que me alcancen.

Enfoco con la linterna y busco órganos reconocibles en los seres que nos amenazan, pero no hay nada humano en sus cuerpos enmarañados. Parecen tener sus propias fuentes de luz. Centellean por detrás de las ramas que extienden hacia nosotros. Sus vibraciones chirriantes me ponen los pelos de punta.

—Creo que nos hablan —aventura Lene—, con los sonidos y las luces de colores.

—Recuerdo esos destellos. Los vi en los seres que estaban detrás de las bolas que nos atacaron. Estos bichos deben ser sus amos, los que las manejan.

El recuerdo del ataque en la cantera y la muerte de Dorea hacen que mi furia rebrote. La botella se agita nerviosa en mi mano. Sin detenerme a pensarlo, abro el visor.

—¡Malditos cabrones! ¡Matasteis a mi compañera! —grito a los rostros irreconocibles de los alienígenas.

—Tranquilo, Mich.

Mi ira surte efecto. Los bichos se retiran apenas unos centímetros, emitiendo cascadas de colores. Los órganos fluorescentes están situados sobre el nódulo central, donde se unen sus miembros llenos de pinchos.

Escucho un ruido rasposo que me resulta familiar. Desde un conducto en el techo cae una bola rodante, idéntica a la que me quemó la cara. No dudo ni un instante. Antes de que la esfera se abra, aprieto la botella de alcohol contra la masa verdosa y acerco al chorro la chispa del soldador.

No sucede nada. El alcohol no se enciende y no consigo prender fuego a la abominación vegetal. Con un chirrido repulsivo, la bola se abre al fin y me muestra sus membranas empapadas de alcohol, preparada para saltar. La arrojo al suelo antes de que lo haga y, sin esperar su reacción, la piso con la bota y le clavo el soldador a modo de puñal.

En ese momento, cuando el punzón caliente se hunde en los nódulos centrales de mi atacante, el cuerpo viscoso estalla en una llamarada que lo carboniza en pocos segundos. La sorpresa y el

calor me hacen retroceder como a los demás ocupantes de la caverna.

Dos humanos y una docena de alienígenas nos quedamos inmóviles alrededor del cadáver quemado, midiendo nuestras intenciones.

—Aprovechemos para retroceder —propone Lene.

No va a ser fácil. Hay varios seres leñosos detrás de nosotros.

—Tengo una idea —respondo—. Quitaremos la cámara de los cascos y las dejaremos en el suelo. Eso les distraerá. Contaré hasta tres y saldremos corriendo por el corredor de la derecha. Creo que podré derribar al matojo que lo bloquea.

—De acuerdo —confirma Lene.

—Uno —empiezo la cuenta.

Separo la cámara de mi casco y cierro el visor. Necesito recuperar oxígeno. Me agacho con lentitud y extiendo la mano con el sensor, sin perder de vista los destellos de los alienígenas.

—Dos.

Los seres-planta permanecen expectantes. Mi mano roza la alfombra orgánica que cubre el suelo y deja el ojo acristalado de la cámara, tan pequeña como mi pulgar. Lene coloca la suya.

—¡Tres!

Me pongo de pie de un salto y corro hacia la salida, arrollando al ramapiteco que se interpone en mi camino. Sigo a toda velocidad por el pasillo ascendente.

—Voy detrás de ti —avisa Lene por la radio.

Llegamos a otra cavidad cruzada por un canal de agua. Mientras dudo qué hacer, una turba de seres-planta surge de un pasadizo lateral. Sin pensar más, brinco por encima del canal y galopo hacia la rampa de otro corredor.

Una vez dentro, veo al fondo un chorro de luz amarillenta.

DOREA

No sé qué me intranquiliza más, el espeluznante vídeo de la ciudad Lakshmiana o la despreocupación con que Lene y Mich me relatan el episodio, eufóricos como dos niños indemnes tras una peligrosa aventura.

—Estáis chiflados —sermoneo a través de la tenue señal que nos une—. Podríais haber muerto en esa cueva. No podéis tomaros a la ligera el contacto con otra especie inteligente.

—¿Crees que lo son? —pregunta Mich, sorprendido—. Inteligentes.

Enumero los indicios de que disponemos sobre los seres-planta. No hay duda de que se comunican y coordinan con un complejo sistema de colores y sonidos. Segundo, a juzgar por los restos de la Selva Fantasma bajo la que viven, construyeron ciudades con un alto nivel de organización y sofisticación. Tercero, han sido capaces de crear un entorno controlado bajo tierra, adaptando la atmósfera para sobrevivir a la catástrofe que asoló el planeta. Además, han domesticado a otras especies que utilizan como fuente de alimento —los tallos que canalizan la fotosíntesis desde el nivel superior— y como sistema de defensa, las bolas rodantes que responden a sus órdenes.

—La humanidad hizo lo mismo hace milenios —les ilustro—, seleccionando animales de granja entre las especies salvajes y creando perros guardianes a partir de los lobos.

—Perros asesinos —corrige Mich—. Nosotros no les atacamos. Sin embargo, nada de lo que dices es una prueba de inteligencia. Las hormigas construyen madrigueras, se comunican entre sí y domestican a los pulgones, alimentándoles con hongos para obtener su leche. Dudo que la inteligencia de estos bichos sea más elevada que la de los insectos. Al fin y al cabo, son plantas. El hecho de que hayan alcanzado nuestro tamaño no implica que su cerebro sea más grande que el de una cucaracha.

Hay desprecio en las palabras de Mich, un rencor absurdo y contradictorio. Si cree que los Lakshmianos no son más que hormigas, ¿por qué los aborrece? Debería ser yo quien los odiara por causar mi muerte.

—Por cierto —pregunta, más tranquilo—, ¿cómo es que el alcohol no prendió hasta que pinché a esa bola con el soldador?

Entre Lene y yo reconstruimos una posible explicación. El culpable es el oxígeno, clave de los misterios de la vida en Itnis. La especie leñosa y sus plantas domésticas han reducido el contenido de este gas en la cueva, ya que es casi un veneno para ellos. Por eso la llama del soldador no prendió. La combustión del alcohol necesita oxígeno.

—Entonces… —balbucea Mich—, ¿salió de la bola al atravesarla con el soldador?

—Eso creo. Los seres de Lakshmi deben acumular el oxígeno en sus cuerpos.

Todo cuadró en mi cabeza al ver la pelea en el vídeo. Durante la evolución temprana de la vida en el planeta, los seres que descubrieron la fotosíntesis, el equivalente a nuestras cianobacterias, prefirieron almacenar el oxígeno producido en este proceso en lugar de liberarlo. Quizás causaba una reacción adversa en el entorno o, probablemente, el guardarlo les permitía sobrevivir durante los periodos de oscuridad y enfrentarse a sus competidores con más energía.

—Ese oxígeno almacenado hace posible que se muevan como los animales —explico—. Las plantas de origen terrestre no poseen energía suficiente para desplazarse. Su metabolismo es mucho más lento. Seguramente los seres fotosintéticos de Lakshmi desarrollaron unos ciclos bioquímicos intermedios entre lo vegetal y lo animal, guardando energía en moléculas similares a las grasas y azúcares, y reteniendo el oxígeno necesario para liberarla. Nosotros lo tomamos del aire y la sangre lo transporta combinándolo con el hierro que contiene su hemoglobina. Sin él morimos en pocos minutos. Los organismos de Lakshmi no tienen ese problema. Lo guardan concentrado en sus tejidos, de forma permanente.

—Por eso buscan obsesivamente el metal —deduce Lene—. Lo necesitan para almacenar el oxígeno.

—Y cuando el metal no está disponible, lo retienen en forma gaseosa, en vesículas internas. En el momento en que Mich pinchó la bola, el gas escapó e hizo que el alcohol se inflamara.

—Por eso estaban tan sorprendidos —dice Mich emocionado—. ¡No conocen el fuego! Increíble.

Lene interviene en tono melancólico.

—Es probable que sí lo hayan visto antes. Ese asteroide que cayó del espacio se encontró con una atmósfera que ya contenía oxígeno suficiente para incendiar a millones de plantas. Imagina su horror al ver por primera vez las llamas, consumiendo su mundo, sus ciudades y sus congéneres. Fuimos nosotros quienes trajimos ese

fuego, el regalo envenenado de Prometeo, la terrible antorcha que pasa de una especie a otra.

¿De dónde saca Lene sus historias mitológicas con esa panoplia de leyendas, héroes y dioses? En esta ocasión también yo recuerdo una fábula apropiada. Pegada a la fría terminal de comunicación, me imagino por un momento que estoy en la superficie, refugiada en el hábitat junto a mis dos compañeros y me sumerjo por unos instantes en los relatos de mi infancia.

—Mi abuela contaba una historia sobre árboles que andan —recuerdo—. Según ella, era una leyenda tan antigua como la vieja Tierra. El cuento hablaba de los *ents*, seres arbóreos capaces de desplazarse atravesando los bosques. Durante siglos, a lo largo de sus vidas interminables, fueron pastores de otras especies vegetales que raramente caminaban, hasta que también ellos perdieron la capacidad de moverse.

—*Ents*. No es un mal nombre —reconoce Mich—. Desde luego, en Itnis no han perdido la movilidad, aunque parece, por suerte, que no se aventuran lejos de sus cuevas.

—Yo no estaría tan segura, chicos. Las láminas que visteis apiladas junto a la entrada de la caverna podrían servir como máscaras o filtros para respirar en el exterior. Por favor, andad con cuidado. Montad un sistema de vigilancia e intentad evitarlos.

—Tenemos más cámaras —comenta Lene—. Las colocaremos fuera del hábitat.

—Instalaré un algoritmo de detección. Estaremos a salvo —insiste Mich—. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora?

Las palabras se me escapan por sí solas.

—Os diré lo que debéis hacer. Sacarme de esta asquerosa nave o pronto empezaré a arañarle los mamparos.

LENE

Cuaderno de notas. Termina el día, el número once desde que comencé mi crónica. Ha sido una jornada larga y me siento inusualmente fatigado. Siempre me he preguntado cuál es el límite a la cantidad de información que mi cerebro puede asimilar en un solo día y creo que hoy he alcanzado el tope. La exploración de la ciudad, el enfrentamiento con los ents en el subsuelo y la huida apresurada a través del bosque han consumido mucha de mi energía. La conversación con Dorea ha acabado con la que restaba.

—Ya la has oído. No va a aguantar tanto tiempo sola —digo a Mich cuando me pasa el cuenco de sopa y las galletas de proteínas.

—Se acostumbrará —responde, menos seguro de lo que aparenta—. Hablaremos con ella cada día. No se sentirá mal mientras la mantengamos ocupada.

Me permito dudarlo. Dorea es fuerte y autónoma, pero la presencia física es importante para ella. El aislamiento no le va a sentar bien, especialmente en estas circunstancias. Busco con Mich opciones para que vuelva a Lakshmi y se una a nosotros. Por desgracia, no encontramos ninguna. La órbita junto al asteroide la llevará lejos del planeta durante meses y, dado su impulso actual, es imposible volver sin agotar el combustible de la Argo. Tendríamos que esperar una nueva aproximación. Incluso entonces, sería una temeridad repetir el descenso con el único contenedor restante. Ya fue difícil ensamblarlo y controlarlo entre los tres. Para una persona sola sería imposible moldear otro escudo, pegarlo a la base y soldar las aletas de control y los extensores. Además, tendría que construir una nueva cápsula presurizada para refugiarse en ella durante la caída, conectar los mandos a distancia... Y si por una gracia del destino no se quemaba en la atmósfera, lo más probable es que cayera a miles de kilómetros de nosotros.

No debimos despertarla. Mich tendría que haber aceptado su pérdida. Pero no me atrevo a reprochárselo. Sé que también sufre por ello, aunque lo disimula manteniéndose ocupado con sus cacharros.

—Ya están las cámaras —me informa al regresar del exterior—. Conectaré los algoritmos de detección y la consola nos avisará si

algo se mueve ahí fuera.

Le observo manipular los controles con la agilidad de un virtuoso que toca su instrumento musical. Veo cómo monta los bloques de código, ensamblándolos como una escultura de luz que crece en la pantalla. Yo puedo crear programas básicos, pero sus habilidades y las de Dorea me sobrepasan. Los admiro, además de amarlos por sus otros encantos.

—¿También piensas que los bichos son inteligentes? —me pregunta tras concluir la programación.

—Tengo esa impresión, sí, por la forma en que se miran y hablan entre ellos. Creo que el ent situado al frente del grupo intentaba decirnos algo antes del incidente con la bola.

—El lenguaje está sobrevalorado —dice con desdén—. Muchos animales lanzan gritos, hacen gestos y aprenden un vocabulario básico.

Mich manipula la consola para proyectar una imagen en movimiento.

—Esta es de la primera cámara que dejamos en la cueva —explica—. No las abandoné allí solo para distraerlos. Vamos a ver qué hacen en su madriguera. Espera que ajuste el brillo…

El vídeo se aclara. Mich hace girar la perspectiva y distingo las formas de varios ents sentados en algún tipo de mueble, hablando con la extraña combinación de colores y sonidos que les caracteriza.

—Lástima que no podamos entenderles —comento.

—No podemos… por ahora.

Poseído por el absorbente espíritu de la informática, Mich se lanza de nuevo a una frenética actividad en la consola. Tarda unos minutos en explicarme qué hace.

—Voy a intentar crear un traductor.

—¿Es posible? No tenemos una referencia de la que partir, ni una idea de qué relación hay entre su lenguaje y el nuestro.

En el remoto pasado humano existían varios idiomas, tan diferentes como los usados para programar y comunicarse con las IAs. Pero todos tenían reglas gramaticales similares y había diccionarios, textos bilingües… Un mundo compartido en el que los hablantes señalaban un objeto —un gesto innato— y podían aprender cómo se llamaba. No tenemos nada de eso con los ents. Sin embargo, Mich no es de los que se amilana ante un desafío.

—Descargaré unos módulos IA de la Argo. Disponemos de una inmensa biblioteca de redes neuronales entrenadas para realizar cientos de tareas, como reconocer lenguajes, gestos, rostros y cuerpos. También generan resultados según la interpretación de las entradas. Quizás pueda montar un sistema de traducción automática conectando unas cuantas redes. Se llama aprendizaje

por transferencia. La primera capa reconocería patrones y componentes lingüísticos básicos a partir de datos sensoriales, el equivalente a nuestras palabras construidas con fonemas. Le añadiré una segunda capa que tome estos elementos en su contexto y les asocie un punto en un espacio n-dimensional de conceptos. A partir de aquí empieza la traducción, conectando un módulo que represente las relaciones conceptuales con frases de otro idioma, como el nuestro, y una última red que las enuncie o escriba. El secreto consiste en juntar las piezas.

A mí me parece magia negra.

—Nos falta la capa inicial de reconocimiento para el lenguaje de los ents, pero tomaré unas cuantas redes de interpretación de la biblioteca y dejaré los niveles iniciales sin especificar para que el sistema los entrene con los vídeos y el sonido de las cámaras. Si el idioma ent se basa en conceptos similares a los humanos, con nombres, verbos y adjetivos, la red aprenderá a reconocer los patrones que concuerdan con el modelo y podrá traducirlos.

—Si tú lo dices.

Mich conecta la consola a la fuente de energía

—La dejaré analizando los vídeos durante la noche.

Nos tumbamos en la sección hinchable que sirve de cama. A pesar de mi agotamiento, mi cuerpo reclama el tacto de Mich. Es el único capaz de sujetarme a la realidad, de anclarme en un mar embravecido de incertidumbre.

Me abrazo a él. Mi rostro busca el suyo. Lo beso en la oscuridad. Pero no consigo ir más allá.

—Lo siento, Lene. Es… no sé si soy capaz sin Dorea. Me resulta extraño no tenerla con nosotros.

—No pasa nada, cariño. Solo necesito notar que estás aquí conmigo.

Comprendo cómo se siente. Es duro pensar que ella duerme sola.

MICH

Los días empiezan a pasar más rápidamente. Ya sabéis lo que sucede; cuando llegas a un sitio nuevo cada jornada parece durar una semana, repleta de experiencias inéditas y emocionantes. Luego el cerebro se acostumbra y lo que era inusual y sorprendente pasa a ser conocido y habitual, se convierte en un fondo imperceptible sobre el que te mueves. El cauce del río, la Selva Fantasma de los ents, las montañas lejanas del este, la llanura polvorienta y gris… se convierten en el escenario de nuestra rutina diaria. No es que nos aburramos, al contrario. La tensión no cede, incluso aumenta por momentos. Presiento que va a pasar algo. La relativa calma de las últimas horas no puede continuar por mucho tiempo.

Primero está la cercana presencia de los bichos, por supuesto. Los observamos con preocupación a través de las cámaras, siempre activos. Según deducimos, uno de los sensores se ha quedado en una de las plazas de la madriguera. El otro nos muestra una estancia abigarrada, ocupada por objetos de naturaleza desconocida. Algunos se apilan entre el suelo y el techo como paquetes conectados por una maraña de fibras, otros se disponen sobre una mesa o tablero, pegados a la superficie por finas raíces. En ocasiones, uno de los seres leñosos se acerca a esta cámara y la examina con sus tentáculos enjutos.

A medida que la IA analiza las secuencias de vídeo, el módulo de traducción comienza a ofrecernos frases embrionarias plagadas de términos que la red neuronal desconoce. «[SerTipo01] se mueve» —informa la consola cuando uno de los leñosos cruza frente al sensor.

«[SerTipo01] = Ent», anoto para que la IA aprenda el término correcto. El programa me responde con una batería de preguntas. «¿Es [Ent] un ser vivo?», «¿[Ent] habla?». Parece uno de esos juegos de adivinanzas. Unas horas después, la IA empieza a reconocer bichos individuales, lo cual nos obliga a inventar nombres para ellos. «[Ent01] habla con [Ent02]», avisa la consola. Lene sugiere que llamemos «Jefe» a Ent02, ya que tiene la impresión de que es quien dirige la madriguera. Aceptado. Siempre podemos corregirlo después. Yo propongo usar «Coqueta» para el bicho que no deja de

mirar a cámara moviendo sus ramitas. Uno tras otro, les adjudicamos nombres inspirándonos en detalles de su apariencia o su comportamiento: «Chirridos» al que no para de hablar a voz en grito, «Rastrero» a uno que camina de forma extraña, pegado al suelo, y «Caraculo», mi favorito, tiene dos vesículas hinchadas y simétricas en su nódulo central. Ni la IA ni Lene aprecian mi fino sentido del humor.

Lo cierto es que la diversión con los nombres es solo una forma de aliviar el miedo y la ansiedad de saber que los alienígenas están a medio kilómetro de nosotros. Claro, podríamos habernos marchado con el hábitat a otra parte, pero este lugar junto al río es estupendo para intentar una plantación y no sabemos cuál será la situación en otros sitios. Podríamos encontrar una horda más salvaje, como la que nos atacó en la cantera.

Aun sin saber cómo interpretarlas, nos familiarizamos con las costumbres de los seres-planta. Las descripciones del traductor se hacen más precisas, lo cual no quiere decir que sean necesariamente correctas. «Caraculo lleva comida a PequeñaMesa», por ejemplo, nos obliga a pensar si lo que Caraculo transporta en sus extremidades de crustáceo leñoso es comida o aceite para muebles. Puede ser que PequeñaMesa pertenezca a una especie inmóvil o a una fase larvaria de los ents, o podría ser una máquina desconocida, un transductor interdimensional alimentado con savia. No tenemos forma de saberlo. Por suerte, la IA permite realizar asignaciones alternativas. Así, etiqueta a etiqueta, construimos una interpretación provisional de la vida y la ontología de nuestros vecinos vegetales.

Tras avanzar con los objetos, más fáciles de identificar, el programa se atreve con el idioma de sonidos y colores. Deducimos que los ents usan ruidos para mensajes a mayor distancia, cuando no ven a su destinatario, mientras que el color es utilizado cara a cara. Los chirridos se asemejan a un lenguaje primitivo formado por alertas y órdenes como «La comida está preparada» o «PataTiesa, te toca turno de vigilancia». Pronto, la IA comienza a traducir estas frases estridentes con confianza. Por otro lado, los destellos luminosos se relacionan con emociones o conceptos más abstractos, y por el momento resulta complicado reconocerlos. El programa los etiqueta en la parte superior de la imagen, reclamando nuestra ayuda. «Jefe [Sensación03] [Concepto12]», suplica.

A medida que progresa con las descripciones básicas, la IA comienza a adivinar el contenido de las conversaciones con colores. Por ejemplo, observamos que cuando los ents están ansiosos mueven las ramitas situadas junto al nodo central, un gesto diferente al temblor que exhiben antes de alimentarse. Así que la IA

deduce que [Sentimiento02] es «ansioso» y comienza a producir textos como «Coqueta dice a Jefe que está ansiosa», aunque la mayoría de los mensajes siguen siendo galimatías del estilo «Saltarín refiere [Propiedad23] sobre [PosibleObjeto12]/[Tiempo-Lugar]».

Finalmente, viendo que las alimañas verdes no tienen intención de salir de su cueva, decidimos realizar un viaje a la base de la playa. Lene propone marcharse sola, pero no quiero arriesgarme a perderla a ella también. Pase lo que pase, prefiero que lo enfrentemos juntos.

Salimos al amanecer. El día resulta agradable, soleado a ratos. Charlamos de asuntos intrascendentes, repasando cotilleos y rumores. Resulta divertido pensar, por ejemplo, que algunos de los mundos más antiguos de la Corporación, los que se suponen más avanzados, han renunciado a alimentarse de cualquier forma orgánica, incluyendo los vegetales, las algas y los insectos. Al parecer han adoptado la idea radical de que resulta inmoral acabar con otro ser vivo, aunque sea microscópico.

—Pues yo estoy deseando probar la sopa de ent —bromeo con Lene, que siempre se toma en serio lo que digo.

—Tendremos verdura fresca cuando los planteles arraiguen. La bioquímica nativa puede ser incompatible con la nuestra.

—No estarán tan mal, bien cocidos y regados con ese jugo de las trepadoras —sigo la chanza.

Volvemos al atardecer, trayendo el resto de los bultos. Me siento más seguro contando con dos hábitats hinchables y la depuradora. El primer refugio hará el papel de vivero para los esquejes. Allí intentaremos que asimilen el suelo de Lakshmi diluido en el agua. Si funciona, los trasplantaremos a la zona protegida, cerca del río.

De regreso en nuestra pequeña cabaña de plástico, llamamos a Dorea. Cada conversación es miles de kilómetros más lejana y el retraso de la señal se vuelve más doloroso, una triste metáfora de la distancia que ha roto nuestro trío.

Los tres hablamos en susurros. Quizás no soy el único que intuye que la tensa calma de los últimos días explotará pronto hecha jirones. No queremos despertar a la tormenta que, por ahora, permanece dormida.

DOREA

El banco de conocimientos de la Argo y los misterios de Itnis son el único alivio para mi solitaria penuria. Intento mantenerme concentrada en los enigmas de la vida Lakshmiana y convertir la investigación en un antídoto contra mi destierro. ¿Qué sé de estos extraños seres? Dependen de la energía del sol, lo que constituye una gran fortaleza, pero también su mayor debilidad. Durante millones de años la radiación solar les proporcionó sin esfuerzo la energía que necesitaban, aunque probablemente también evolucionaron para alimentarse de otras especies y formaron cadenas tróficas como en el ecosistema de la Corporación. ¿Cómo han conseguido mantenerse a pesar de la reducida luz que ahora les llega? Sin duda, gracias a su capacidad de almacenar energía y oxígeno, el gran enigma de su biología.

Los animales de origen terrestre transportamos el oxígeno en la sangre, combinado con el hierro de la hemoglobina. La forma de esta proteína ha evolucionado a lo largo de los eones. De hecho, los mamíferos utilizan un tipo de hemoglobina diferente durante su fase fetal. Y existen otras moléculas capaces de transportar el gas, como la hemeritrina, usada por algunos invertebrados marinos, que tiene cadmio en lugar de hierro. También lo hace la hemocianina, presente en la sangre de crustáceos, arácnidos y moluscos, utilizando cobre. En cualquier caso, los seres de un ecosistema terrestre no necesitan retener gran cantidad de oxígeno, ya que es abundante tanto en el agua como en la atmósfera.

En Itnis Cinco debió aparecer una molécula más eficiente, con un alto contenido metálico. Quizás la versión nativa de la fotosíntesis no producía mucha energía y tuvieron necesidad de almacenar el oxígeno para usarlo en ausencia de luz solar, o pasaron por otra catástrofe natural y solo aquellos que retenían energía pudieron superarla. Las demás especies perecieron. Según el banco de datos, la Tierra primitiva sufrió extinciones masivas similares, provocadas por impactos o cambios bruscos en el entorno.

La disponibilidad de más energía y el desarrollo de sistemas de soporte y retención de agua debieron liberar las plantas de Lakshmi

de sus raíces y les permitieron desplazarse libremente. Sus sentidos evolucionaron para adaptarse a la independencia de movimiento. Encuentro un dato interesante: las plantas terrestres utilizan el ácido gamma-aminobutírico, conocido como GABA, y el glutamato en la transmisión de reacciones a estímulos externos. Las mismas sustancias siguen funcionando como neurotransmisores en el cerebro humano. También la hormona vegetal que controla el crecimiento de las plantas, la auxina, es similar a otro de nuestros neurotransmisores, la serotonina, que influye en el estado de ánimo y las funciones mentales.

Al final no somos tan diferentes, animales y plantas. En Lakshmi el reino vegetal ocupó ambos espacios evolutivos y quizás llegó a producir una especie inteligente. Sin embargo, soy escéptica respecto al proyecto de Mich. Tiene una fe ciega en la capacidad de la IA para comprender a los nativos, pese a que son ellos quienes introducen en la consola la traducción de las palabras. Me temo que el resultado reflejará el sesgo de sus propias interpretaciones. En Silenia hemos asistido a espectáculos producidos en otros planetas de la Corporación y en muchas ocasiones el significado resultaba difícil de comprender. ¿Cómo podríamos descifrar los pensamientos e intenciones de una especie alienígena que quizás ni siquiera piensa como nosotros? Las diferencias culturales son demasiado grandes.

Si estuviera en la superficie, discutiría con ellos sobre este asunto y otros muchos. Sería enriquecedor y emocionante. Pero aquí arriba todo me parece fútil. Cometimos un error desde el principio. Deberíamos habernos congelado al ver que Itnis no estaba preparado. El contacto con los Lakshmianos no nos ha traído nada bueno, aunque serán los alienígenas quienes se lleven la peor parte cuando la Corporación reaccione a los informes. Para entonces, los tripulantes de la Argo no seremos más que una nota al pie en el registro de misiones.

Lo siento por Lene y Mich. Sé que mi voz, aunque lejana y entrecortada, les reconforta en ese mundo extraño. No obstante, deben entender que no soy la solución a sus problemas y que no soporto vivir así. Al menos, ellos se tienen el uno al otro; pueden verse, tocarse…

Sé lo que debo hacer. Solo me cuesta tomar la decisión final. Quizás lo haga sin decirles nada. Será más fácil para todos. Grabaré un mensaje, como hicieron conmigo.

LENE

Cuaderno de notas. Día catorce. Ayer estuvimos acondicionando el segundo hábitat para los planteles. Hemos ajustado los reguladores al mínimo. El objetivo es evitar los extremos de temperatura y humedad mientras se mantienen los mismos porcentajes de oxígeno y dióxido de carbono del exterior. El alto nivel de CO2 en la atmósfera Lakshmiana debe favorecer el crecimiento de los vástagos, pero la luz dentro del hábitat es pobre. Tendremos que trasplantarlos en cuanto arraiguen.

Al revisar los vídeos del día anterior, observamos un aumento de la actividad en la madriguera de los ents. De repente hay nuevos bichos que la IA no consigue identificar. Un grupo de ellos se ha apiñado durante un rato en el laboratorio de Coqueta y han estado examinando la cámara con la que los espiamos, llenando la imagen con los extremos de sus pinzas. Sus conversaciones son agitadas. Todo indica que hablan sobre nosotros. Leemos términos como «diferente» y «extranjero» junto a otros más preocupantes: «amenaza», «destrucción» y «guerra».

—Creo que han llegado refuerzos a la ciudad —digo mientras nos ponemos los trajes de faena y las mascarillas.

—Después echaremos un vistazo a los vídeos —responde Mich con impaciencia—. Quiero dejar preparados los planteles esta mañana.

El exterior es frío y húmedo. El traje presurizado nos hubiera protegido, pero consume demasiada energía y es incómodo para trabajar. Mejor acostumbrarnos cuanto antes a la intemperie. Mich sigue pensando en reanudar la terraformación y dejar que las especies nativas se asfixien, pero ese día queda aún lejos. De momento tenemos que coexistir con los remanentes del pasado.

Ascendemos por la cuenca del río hasta un talud ocre que sobresale de la arcilla, una elevación de tierra compacta que contiene restos de fibras vegetales. Es el tipo de suelo que Dorea ha recomendado para usar en el vivero. Con suerte, retendrá minerales y nutrientes de cuando las plantas lo cubrieron, hace mil años.

Rasco la arrugada pendiente con la picoleta y analizo una muestra.

—Podría servir. —Leo los resultados—. Bastante nitrógeno, calcio… y algo de fósforo y potasio.

Los robots, los líquenes y los mohos transformadores no duraron lo suficiente en el planeta para generar el suelo fértil que necesitan los cultivos, pero tenemos la suerte de que la vida autóctona llevaba millones de años produciéndolo por métodos artesanales.

Nos empleamos a fondo con las herramientas y acumulamos suficiente tierra para llenar dos bolsas. Las llevaremos al vivero y después iremos al río a recoger agua. Pronto tendremos en marcha el primer cultivo con suelo Lakshmiano.

Bajamos en dirección al cauce grisáceo sobre el que destaca el plástico del hábitat. El rumor de la corriente reverbera por todo el valle como una música tranquilizadora. Por un momento me imagino en el paisaje bucólico de las montañas de Silenia, entre los bosques verdes. Miro hacia la Selva Fantasma, comparando… Entonces los veo.

—¡Pájaros! ¡Sobre la ciudad! —advierto a Mich.

El ecosistema base de la colonización incluye aves voladoras, pero no son tan grandes como las que sobrevuelan el armazón de la Selva. No esperaba encontrar seres alados en el paisaje arrasado de Lakshmi, aunque su existencia no es un misterio. Al igual que los animales e insectos en la vieja Tierra, las plantas han colonizado aquí todos los nichos a su disposición. Es probable que también hayan sobrevivido peces vegetales en las aguas del océano, alimentándose de organismos similares al plancton y las algas.

Observo la bandada con atención. Comparados con la perenne quietud del entorno, son un bienvenido espectáculo, un entretenimiento inofensivo. Durante un minuto, los pájaros levantan el vuelo desde la cima de la ciudad y la rodean en amplios círculos. Luego se reagrupan y parecen seguir el cauce del río. Vienen hacia nosotros, llevados por la brisa que sopla desde el mar.

—Fascinante —comento, embelesado con la ordenada formación—. No había imaginado que existieran arbustos voladores. Sus alas deben ser hojas modificadas que han crecido…

Mich mira a través de su catalejo, inquieto.

—Hay ents montados encima de ellos. Vienen a por nosotros.

Plantas que cabalgan otras plantas. Los bichos han domesticado a una especie voladora para que les sirva de transporte. Es admirable. Y amenazador.

—¡Vamos! —grita Mich, corriendo hacia los hábitats.

La arcilla húmeda y el peso de las bolsas dificultan el descenso. Mientras luchamos por avanzar, la nube de plantas se aproxima con rapidez desde el aire. Su zumbido pronto sobrepasa al murmullo del río. Veo ahora que las grandes alas están formadas por un mosaico

de amplias hojas, flexibles y capaces de extenderse o plegarse según las variaciones del viento. Los ents cabalgan sobre el estrecho torso de los pájaros, chirriando órdenes.

Nos faltan pocos metros para llegar al refugio, pero la bandada casi está encima. Imagino cuál es el plan de Mich: coger las botellas de alcohol y encender los soldadores. Con el oxígeno del exterior, el combustible prenderá sin problemas y podremos quemar a los ents, o al menos amenazarlos con ello.

Dudo que sea tan sencillo. Esta vez están prevenidos y traen refuerzos. Hemos subestimado de nuevo a los seres arbóreos.

En una maniobra sincronizada, los pájaros en primera línea pliegan sus alas y caen con rapidez. Cuando parece que van a estrellarse con el suelo, abren de nuevo las hojas y remontan, dejando media docena de ents plantados frente a nosotros. Bloquean la entrada del hábitat.

Pero Mich no deja de correr.

—¡Los arrollaremos!

Lo cierto es que el cuerpo enjuto de los seres leñosos no parece obstáculo para su embestida. Sujeto la bolsa de tierra, pensando en usarla como maza contra las criaturas, pero algo traba mis pies a media zancada y caigo de bruces. La bolsa sale disparada de mis manos.

Una liana me ata las piernas. ¿De dónde ha salido? Unos pasos más adelante, Mich ha corrido la misma suerte. Trato en vano de arrancar la cuerda. Ninguno de los dos conseguimos levantarnos. Un instante después, los ents están encima de nosotros, tocándonos con sus extremidades insectoides. Otros más siguen bajando del cielo.

Antes de darme cuenta, mis brazos también quedan amarrados con fuerza. Una gruesa cuerda trenzada me rodea el pecho. Los ents son mucho más que arbolitos andantes. Nos han capturado limpiamente en segundos, con movimientos perfectamente coordinados. Mich ya no podrá dudar de que son inteligentes.

Un pelotón de ents inspecciona los hábitats mientras las aves-planta descienden otra vez con agudos chillidos.

Siento un fuerte tirón en mi pecho. Súbitamente, me encuentro alzado en el aire. Uno de los pájaros me lleva en sus garras. Se eleva más y más alto. ¡Estoy volando! Por un momento me domina el vértigo y el miedo de que el monstruo me lance a las rocas que flanquean un estrechamiento del río. Sin embargo, el pájaro sobrepasa la garganta y me lleva hacia la Selva Fantasma, seguido de cerca por otra bestia que acarrea a Mich.

Las inútiles maldiciones de mi compañero resuenan por el valle.

MICH

Los enormes pajarracos nos transportan como fardos, como si fuéramos comida para sus polluelos. Por lo menos, las ataduras son firmes, sin apretar demasiado. Estos cabrones saben lo que hacen. Nos han pillado por sorpresa, sin darnos la oportunidad de defendernos. Han preparado la captura con precisión. Nos habrán espiado, como hemos hecho con ellos. Mierda. Tendría que haber rociado el puto bosque de alcohol. Las ramas secas habrían ardido como paja, sepultando a los ents en la madriguera. Ahora nosotros somos sus prisioneros.

Los pajarracos nos depositan sobre el techo de la ciudad, permitiéndonos ver en detalle el ramaje que la cubre, las copas de verdes hojas que surgen de los troncos principales, rellenando cualquier resquicio por donde la luz intenta penetrar. Desde aquí no parece tan diferente a las selvas que pueblan las latitudes tropicales de Silenia, salvo por las plataformas de aterrizaje.

Tras soltar la carga, las aves pliegan sus hojas y nos empujan hacia un agujero en la cubierta. Caigo por el pozo a trompicones, sujeto por ramas móviles que surgen de la espesura, como palpos en la boca de un insecto. Mucho me temo que serviremos de alimento a un enorme ser vegetal que absorberá nuestros líquidos y plantará sus semillas en los intestinos. Me siento impotente, engullido por el esófago de un gigante hambriento.

Sin embargo, mis miedos son infundados. El tubo que atraviesa los doseles de la retorcida arquitectura nos conduce a la entrada de la madriguera subterránea, el mismo claro del bosque donde caí a la cueva. Ahora comprendo el propósito de la abertura que cruza la fronda. No es más que una conexión entre el refugio de los ents y su aeropuerto privado.

Unos brazos resecos nos hacen cruzar la membrana. Otros más nos reciben en el interior. Las ataduras de las piernas desaparecen y podemos caminar hacia las profundidades de la caverna. En la plaza nos espera el comité de bienvenida.

Reconozco entre el grupo el nodo arrugado de Jefe, la postura renqueante de Patatiesa y las inquietas ramas de Coqueta. También hay ents que no había visto antes, distinguibles por sus anchos

troncos tapizados de líquenes purpúreos.

—¿Estás bien? —pregunto a Lene, tan inmóvil como una estatua.

—Sí —responde, observando a nuestros anfitriones.

Veo ahora detalles que pasé por alto en la primera visita, difíciles de distinguir con las cámaras. Los ents llevan colgantes y tejidos vegetales adheridos al cuerpo. Su función es quizás similar a la de la ropa y a los equipos de soporte vital. Compruebo también que sus «ojos», las protuberancias que emiten destellos de color, están protegidos por una película transparente.

No solo domestican otras especies. Además, tienen tecnología avanzada, herramientas y útiles con los que se adaptan a un medio ambiente hostil.

Un gran ent de manchas púrpura se planta ante nosotros, emitiendo chirridos que ponen a prueba mis tímpanos. Si puedo alcanzar la consola portátil que cuelga de mi cinturón, el programa de traducción descifrará lo que dice el bicho. Pero no puedo alcanzarla con las manos atadas.

—Coge mi terminal —pido a Lene, de pie detrás de mí.

Noto que se acerca a mi espalda y siento el tirón en la cintura. Sin embargo, los ents reaccionan a la maniobra y separan a Lene de mí. En el forcejeo, la consola cae al suelo. Intento agacharme para recogerla, pero las fuertes extremidades de los ramapitecos me detienen.

—¡Idiotas! ¿Cómo vamos a entenderos si no me dejáis cogerla? —protesto.

El jefe púrpura lanza otra andada de recriminaciones. Ya soy experto descifrando los sentimientos de los ents. Inmediatamente, dos esbirros nos colocan unos gorros. Es decir, parecen gorros. No imagino qué son en realidad.

Tras coronarnos, los ents comienzan una serie de movimientos rítmicos y pausados, algún tipo de ritual en el que Lene y yo participamos involuntariamente.

¡Cielos estrellados! ¡El sombrero está vivo! Siento sus ramitas legamosas rodeándome el cráneo, descendiendo hacia la nuca, sorteando la mascarilla y mis orejas, bajando por las sienes hasta alcanzar la mandíbula.

Lene me observa mientras soporta con estoicismo su propio parásito. ¿Qué demonios hacen con nosotros?

La viscosa masa vegetal se pega a mi piel y noto una sensación punzante, un millar de agujitas que penetran en la dermis. El recuerdo del ácido y la quemadura de la cara me estremece. Pienso en lanzarme de cabeza contra las paredes y aplastar a la asquerosa alimaña antes de que me devore, pero es demasiado tarde. Mi

cuerpo ya no obedece órdenes. La presión sobre las sienes aumenta y mi vista se nubla. Lo extraño es que sigo de pie, paralizado, oyendo el rasgar de cientos de ramas a mi alrededor y viendo destellos a través de mis párpados cerrados.

El parásito baja por mi cuello y me cubre los hombros. Sus tentáculos se juntan sobre mi pecho. Siendo calor y humedad. Mi pulso se acelera. Quiero expulsarlo, pero no puedo ni siquiera hablar. El silencio es absoluto. Solo escucho el roce de mis botas temblorosas en el suelo y el trabajoso fluir de mi sangre.

Entiendo, intuitivamente, lo que sucede. Se trata de un interrogatorio, o quizás de una disección en vivo. Nos examinan con la horrible enredadera gelatinosa como si fuera un escáner o un instrumental médico.

Por algún motivo, una parte de mi mente recuerda en este preciso instante el día en que mis padres me llevaron a la audiencia mensual. Habían conseguido su turno para presenciar el acto en el gran atrio de la Casa Origen donde, según la leyenda, el trío había colocado el primer hábitat de Silenia, a un par de kilómetros del ascensor que aún seguía operativo. Yo no tenía más de diez años. Todavía creía que los tres Decisores eran inmortales, que habían vivido sin envejecer desde su descenso, un milenio atrás. Me impresionaron las figuras semidivinas, imponentes en los pedestales, iluminadas por focos que les permitían brillar sobre la oscuridad. No fue hasta muchos años después cuando aprendí que esas figuras ya solo eran actores, ofreciendo una representación infantil.

«¿Es cierto que aquellos que son listos pueden convertirse en Decisores en otros mundos?», pregunté a mis padres. Me aseguraron que así era. Después, en la heladería, me anunciaron que la Corporación los había reasignado a una base minera, en el límite del sistema. Acepté la voluntad de nuestros lejanos amos sin pestañear y les prometí con orgullo que un día me convertiría en uno de ellos; sería un decisor, impartiría justicia y velaría por el bienestar de mis ciudadanos. Mis padres sonrieron con pesar. Sabían que la realidad era mucho más compleja de lo que yo imaginaba.

Ojalá pudiéramos volver atrás y regresar a Silenia con el conocimiento de estos últimos días. Con toda probabilidad renunciaríamos a ser los dioses de un lejano mundo sin importancia y nos conformaríamos con una pequeña granja en la meseta o una factoría pesquera sobre los tranquilos océanos. Allí tendríamos nuestro pequeño reino, donde disfrutar del tiempo sin sobresaltos, rodeados de un ecosistema habitable y especies familiares, respirando aire puro y comiendo alimentos decentes.

Mis sueños se desvanecen bajo los tentáculos, dejando el poso de una amarga sospecha. Creo que somos ratas de laboratorio, que la Corporación nos ha enviado a Itnis para participar en un cruel experimento. Los supervisores saben mucho más de lo que dijeron en sus mensajes, sobre el planeta y la vida que alberga. Por eso nos ordenaron seguir adelante. ¿Qué averiguaron desde Silenia durante los siglos que permanecimos congelados?

El dolor borra mis preguntas. Las descargas me recorren la piel, contrayendo los músculos de mi rostro, el cuello, la espalda... Veo imágenes turbias, vísceras rotas, infiernos de hielo que me atraviesan los ojos, rayos láser que siegan el cerebro a través de túneles abiertos en el cráneo. ¿Qué me hacen? Deseo que mi cuerpo ingrávido caiga al suelo y sea aplastado por una avalancha de rocas que me libre de la tortura, pero se obstina en mantenerse erguido, respirando como un fuelle oxidado.

DOREA

Finalmente, me decido a grabar el mensaje. Lene y Mich deben entenderlo. No les sirvo de nada a un millón de kilómetros, rodeada por su ausencia y por horas interminables que apenas lleno con tareas inútiles. Ellos creen que me necesitan, pero no es así; es la excusa que han inventado para acallar su sentimiento de culpa por mi muerte.

Ante el frío micrófono, conmino a ambos a protegerse, aunque ello implique acabar con cada uno de los bichos que pueblan el planeta. En cualquier caso, los nativos de Lakshmi están condenados a la extinción. Cada raza debe responder a la pulsión de supervivencia de sus genes y hacer bueno el esfuerzo de sus ancestros por reproducirse a pesar de las adversidades. Nuestros embriones siguen esperando el momento y el lugar donde encarnarse.

Termino deseándoles buena suerte y deseando que esta despedida sea solo un «hasta luego» y pronto nos encontremos en mejores circunstancias.

La grabación se enviará dentro de diez minutos. Para entonces mi ciclo de estasis habrá finalizado. Recorro la rueda centrífuga de la Argo, atravesando vagones hasta el compartimento donde me espera una cabina vacía. «La congelación no es la muerte», me digo. No lo fue la primera vez. Simplemente volveré a saltar hacia el futuro y me despertaré cuando todo haya pasado. Quizás Itnis Cinco tenga un cielo azul. También es posible que la esfera que vea al levantarme sea la de otro planeta, un destino más halagüeño. Mich y Lene han programado la IA y los robots para continuar la misión si el contacto con ellos se pierde.

Miro de reojo los otros tres nichos vacíos y las lucecitas parpadeantes de los que siguen ocupados. Qué extraño pensar en las personas encerradas ahí dentro. Podría intercambiarme con otra de las Doreas sin que nadie se diera cuenta. Pero ya no soy como ellas. Tengo más recuerdos, unos recuerdos que preferiría eliminar.

Abro la cubierta de la cabina y activo el inicio del ciclo. No he respetado el ayuno previo, pero llegada a este punto me da igual un poco de vómito al despertar. Solo quiero escapar de la pesadilla.

Cuando abra los ojos me obligaré a pensar que ha sido un mal sueño. Borraré las anotaciones en la bitácora, si es necesario. No quedarán huellas de estos días de encierro que me han parecido años.

Me acomodo en el molde, evitando mirar los orificios por donde saldrán las agujas. La superficie está helada, como anticipo de lo que me espera en cuanto la cabina quede herméticamente sellada.

Suena la señal de advertencia y la cubierta empieza a cerrarse, obstruyendo mi visión del exterior. Voy a repetir un milagro imposible, regresar al útero, a la matriz donde mi cuerpo se metamorfoseará de nuevo en otra Dorea.

Pulso el botón que detiene el proceso. Seré torpe… Me he dejado el brazalete puesto y tengo que quitármelo para que la baja temperatura no lo estropee. Con un silbido quejumbroso, la compuerta vuelve a abrirse cuando la empujo.

Sentada, quito el terminal portátil de mi antebrazo. En la pantalla veo un indicador de alerta. Podría ignorarlo, pero prefiero prevenir cualquier problema que pueda provocar un fallo durante la congelación. No deseo aún el sueño eterno. Uno más corto me basta.

El brazalete no me da información sobre el problema. Qué fastidio. Tengo que salir de la cabina y consultar una terminal de pared.

Primero cancelo el envío del mensaje. No quiero estar aún despierta cuando Mich y Lene hagan una llamada e intenten convencerme. Acabaremos llorando los tres y no me quedan fuerzas para más dramas. Tras desactivar la transmisión abro el listado de notificaciones. Por suerte, la alarma no indica ningún contratiempo, solo que los sensores han detectado algo en el cielo. Sea lo que sea, está lejos de la Argo y no hay peligro de colisión. ¿Por qué la IA ha generado una alerta? La imagen de un punto borroso que acompaña al informe no desvela el motivo.

Pido un diagnóstico detallado mientras la ventilación enfría mi cuerpo desnudo. Comprobaré la falsa alarma. La detección puede ser cualquier cosa, quizás una supernova en una galaxia distante o una estrella de brillo variable. Luego me iré a dormir de una vez.

Vale. Ya veo. Hay una explicación razonable. La IA ha interpretado que el punto borroso es plasma iónico de una nave que decelera al entrar en el sistema. Debería saber que nos encontramos a dos mil años luz de cualquier visitante potencial. ¿Por qué cree que una mancha en el cielo es una estela de plasma? La firma espectral, claro. La composición isotópica del gas indica una reacción de fusión con sobreabundancia de tritio. Vaya… Tiene que haber otra explicación a ese porcentaje. También ha calculado la

posición y velocidad del objeto utilizando su desplazamiento Doppler. Estima una distancia de dos coma tres unidades astronómicas y un tiempo de llegada aproximado de dos semanas.

La IA cree que el objeto es una nave que se dirige hacia Lakshmi. Por eso ha hecho sonar las campanitas. Mi hipótesis es que se trata de un cometa interestelar, abundante en compuestos radioactivos que son sublimados por la radiación solar a medida que se acerca. El problema es que la cola está en el lado equivocado. Debería salir hacia atrás del objeto, no por delante.

El corazón me da un vuelco de alegría al encontrar una explicación más obvia. ¡Vienen a rescatarnos! ¡Por supuesto! La base de la Corporación en Silenia conocía el fallo de la terraformación en Itnis Cinco y, previendo problemas a nuestra llegada, envió una misión adicional con refuerzos. Tiene lógica. Excepto por un detalle. ¿Por qué no nos han avisado? Si enviaron varios mensajes con malas noticias, no les costaba nada añadir otros informándonos de la nave de rescate.

Me pongo otra vez el mono de vuelo y me siento frente a la terminal con la idea de identificar el origen de la nave. Solo me hace falta determinar la trayectoria, sus ángulos de azimut e inclinación en la esfera celeste, y compararlos con el mapa tridimensional de las estrellas cercanas vistas desde Itnis. Eso permitirá calcular la colonia de procedencia.

Como esperaba, la IA no tiene problema en localizar las coordenadas del punto borroso, alinearlas con el destino y ajustarlas al mapa estelar. Para interpretarlas, pido una visualización del entorno galáctico centrada en Itnis, un mapa tridimensional que muestre la posición de las colonias. Todas ellas están situadas a un lado, en la sección explorada del Brazo de Orión, mientras que nosotros nos encontramos en el extremo más alejado de los mundos originarios, en la punta de lanza que señala hacia una región libre de la depredación humana.

La línea que ha seguido la misteriosa nave visitante se origina en el volumen vacío. No viene de Silenia ni de ningún otro sistema de la Corporación. No se trata de una misión de rescate.

Temblorosa, borro mi mensaje de despedida. Tengo otra noticia más importante que dar a Mich y a Lene.

Ordeno a la IA que contacte con ellos. Apenas soporto la espera hasta que la señal regresa a la Argo. Pero los segundos pasan y no recibo contestación. Un minuto. Dos minutos. Me levanto del taburete y recorro el vagón, pisando cada centímetro.

¿Qué demonios hacen ahí abajo?

LENE

La masa vegetal se extiende por la mitad superior de mi cuerpo, dejando solo ojos y oídos al descubierto. Puedo observar lo que sucede y no me gusta lo que veo. Mich está paralizado por la medusa gelatinosa. Los ents, por su parte, observan el proceso con atención. No intervienen, pero distingo mudos destellos de color en la penumbra de la caverna. Coqueta y Jefe sostienen láminas brillantes en las ramas cercanas a sus núcleos y sus sensores visuales apuntan hacia ellas.

A diferencia de Mich, mi mente permanece lúcida. Comprendo lo que está pasando. Los Lakshmianos utilizan los tentáculos para investigar nuestro cuerpo, generando datos que interpretan en pantallas, como nosotros con las cámaras que dejamos en su caverna.

Había olvidado la consola. Está tirada en suelo, a dos pasos de mí. El indicador de llamada parpadea. Vaya. No es buen momento para hablar con Dorea. Pero si me libro de las ataduras, podría avisarle de nuestra situación. Aunque la verdad es que no hay nada que ella pueda hacer desde la Argo. Solo conseguiría preocuparla.

Mich tiembla sin control. Siento su sufrimiento. Los híbridos poseemos un sexto sentido para detectar el dolor de los humanos, por mucho que lo oculten. Quizás nos dotaron de esa capacidad para cuidarlos mejor.

—¡Deteneos! ¡Estáis haciéndole daño! —protesto ante el líder purpurado.

Mi demanda no surte efecto. Las convulsiones de Mich continúan y los filamentos de gelatina penetran a mayor profundidad en mi carne. Comienzo a marearme.

Entonces los finos tentáculos se detienen, se retiran unos milímetros.

Ha entrado un nuevo grupo en la caverna. Uno de los recién llegados avanza hacia Jefe, llevando un objeto en sus ramas superiores. Reconozco en la penumbra uno de los esquejes de nuestro plantel. Un par de tiernas hojas aflora del tallo todavía débil. La sorpresa de los ents llena la sala de chirridos y vibraciones luminosas.

La momentánea distracción me permite recuperar el sentido y darme cuenta de que he perdido un tiempo precioso. Deberían condenarme al agujero negro galáctico por olvidar mi interfaz inalámbrico. Los híbridos poseemos un canal para conectarnos a dispositivos remotos.

—Os será de gran utilidad si trabajáis como pilotos o debéis comunicaros con robots y maquinaria pesada —explicaron en las sesiones de entrenamiento.

Lo había probado durante mi formación, pero nunca tuve un motivo para utilizarlo. Ahora puede que nos salve la vida.

La conexión con la consola me lleva un instante. De repente, tengo acceso a todas sus funciones. ¿Debería contestar a Dorea? Tendrá que esperar. Lo primero que hago es activar el programa de traducción de Mich. Luego aprovecho la confusión de los ents para acercarme a la consola y levantar su cámara con el pie, apuntándola hacia el lugar donde se encuentra Jefe.

Recibo la transcripción de las conversaciones a través del interfaz.

«[EntDesconocido01] dice a Jefe: El pequeño [ser24]/ent estaba en refugio/casa de humanos».

«Jefe dice a [múltiples destinatarios]: ¿Por qué humanos traen/traerán pequeños [seres24]/ents a aquí/hogar?».

Coqueta interviene para responder a Jefe.

—Los humanos son pocos. Investigan/estudian ents.

El líder púrpura se yergue ante el grupo con autoridad. Incluso Jefe le escucha con respeto.

—Los pequeños ents son asistentes/esclavos de humanos. Humanos quieren que todos los ents sean asistentes/esclavos.

Salvo Coqueta, los demás están de acuerdo en que somos una amenaza.

Es momento de usar la traducción inversa. Nos ha sido imposible probarla antes, pero Mich está convencido de que funcionará. Eso sí, debo ser preciso, con frases cortas e inequívocas. Cruzo mentalmente los dedos y transmito el texto a la consola.

—¡Los ents no son asistentes/esclavos de humanos! ¡Los humanos son amigos/compañeros de los ents!

Obediente, la pantalla de la consola reproduce el mensaje con destellos de colores al tiempo que su altavoz emite chirridos que suenan como los de los seres leñosos. Su volumen, al máximo, ahoga las conversaciones de la sala.

El impacto en los Lakshmianos es inmediato. Todos los presentes en la caverna se vuelven hacia nosotros. El líder púrpura estira sus fuertes ramas hasta tocarme la cara, cubierta por los tentáculos.

Muevo la consola para apuntar a sus nódulos centrales, que

parpadean con furiosa intensidad.

«¿Humanos hablan con ents?», recibo la transcripción.

Con lentitud, me arrodillo ante el alienígena hasta alcanzar la consola con mis manos atadas. Evitando movimientos bruscos, la levanto frente a mí. Uno de los ents hace ademán de arrebatármela, pero el líder lo detiene interponiendo sus ramas. Ese gesto no necesita traducción.

Bajo el volumen del altavoz y envío la respuesta. Los ents escuchan mientras el brillo nacarado de la consola se refleja en los palpos del jefe púrpura.

—Los ents hablan con los humanos y los humanos hablan con los ents —digo a través de los crujidos.

Los tentáculos leñosos del gran ser-planta se extienden hasta rozarme. La medusa viscosa se retrae de mi piel.

MICH

Intento recordar sin éxito. ¿Cómo he llegado a esta pocilga maloliente y oscura? Había salido con Lene. Recogíamos tierra para el vivero. Entonces… Vinieron los bichos voladores. Nos llevaron a su cueva… Pero ¿qué sucedió después? A partir de ese momento hay una niebla impenetrable en mi memoria.

El musgo que recubre la caverna emite una luz tenue y difusa. Bioluminiscencia. Cuando mis ojos se acostumbran, compruebo que estoy solo. ¿Dónde ha ido Lene? Es extraño; no llevo puesta la mascarilla, pero respiro sin problemas. Eso sí, tengo que soportar la pestilencia de esta mazmorra de los ents.

Superando la repulsión, apoyo las manos en el tapiz chorreante de los muros para buscar una salida. Entonces, una sección se abre cerca de mí. Lene atraviesa la cortina de tejido viviente.

—¿Qué tal? —Sonríe al quitarse la mascarilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante mareado. No recuerdo nada de lo que pasó después de que nos metieran en su madriguera. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? Y no me digas que has vuelto a salvarme la vida.

A medida que Lene relata lo sucedido, algunas imágenes regresan a mi mente, rescatadas del limbo donde se escondían. Revivo la encerrona en los túneles, los chirridos horrísonos y… Me palpo la cara, angustiado. No hay señales del parásito viscoso.

—He estado hablando con los ents a través de la consola. —Lene levanta la terminal en su mano—. Me han hecho muchas preguntas y he contestado las que podía. La IA todavía tiene dificultades con algunas expresiones.

—¿Qué les has contado?

—He tratado de no alejarme demasiado de la verdad. Les he dicho que vinimos al planeta para investigar lo sucedido con los robots que enviamos hace siglos. Por supuesto, les he asegurado que no sabíamos que el planeta estuviera habitado, y que son la primera civilización extraterrestre con la que nos hemos encontrado.

—¿Te han creído?

—No lo sé. Pensaban que habíamos enviado los robots a exterminarlos. Trato de hacerles entender que preparaban el planeta

para nuestra colonización, pero no tenían intención de…

—¿Has mencionado la Argo?

—No he precisado respecto a la forma en que llegamos a Itnis. Por cierto, Dorea ha llamado varias veces, pero no quería contestar sus mensajes delante de los ents. Es mejor que no sepan nada de ella.

Discutimos la conveniencia de establecer contacto con la Argo. Si los bichos nos escuchan, quizás se den cuenta de que hay alguien más ahí arriba. Lene duda que entiendan nuestro idioma, aunque asegura que tienen una tecnología avanzada.

Al final decidimos llamar. Dorea debe estar inquieta por el prolongado silencio.

—Nos encontramos bien —digo en cuanto llega confirmación de la señal—. Los Lakshmianos nos retienen en su ciudad subterránea, pero… No lo vas a creer, ¡Lene ha conseguido hablar con ellos!

La agitada respuesta de Dorea llega en pocos segundos.

—Me alegro de que estéis bien. Aquí también hay novedades importantes. Tenemos visita.

No parece un buen momento para adivinanzas.

—¿Visita? ¿Qué quieres decir?

Dorea revela que una nave desconocida se aproxima a Lakshmi. Sospecha que puede ser una misión robótica de MINJOV, ya que no proviene de ninguna colonia y tampoco ha transmitido mensaje alguno.

¿Por qué MINJOV enviaría una nave a Itnis? El Acuerdo de Explotación Espacial suscrito con la Corporación hace milenios prohíbe a cada parte entrometerse en un sistema que el rival haya empezado a colonizar. No obstante, si nuestros competidores detectaron el fracaso de la primera fase, quizás creyeron que renunciábamos a la misión y se vieron con derecho a emprender la suya.

—¿Qué hará esa nave cuando llegue al planeta? —pregunta Lene.

—Si las filtraciones son ciertas —explica Dorea—, sus factorías robóticas masivas descenderán sobre la superficie y perforarán la corteza del planeta. Luego excavarán hasta el manto para absorber su energía geotérmica y extraer los ricos minerales que recubren el núcleo. La verdad es que Itnis Cinco es su víctima ideal, un planeta terrestre suficientemente grande para mantener el calor interno, pero no tan masivo como para que la gravedad resulte aplastante.

Un futuro no muy halagüeño, me temo, si no hallamos una manera de detener esos robots.

—¿Estás segura de que es una misión de MINJOV? —cuestiona Lene—. Es mucha casualidad que haya llegado aquí al mismo

tiempo que la Argo.

La respuesta de Dorea se retrasa. Me pregunto si la comunicación se ha interrumpido, pero el indicador de la consola señala que sigue activa. ¡Vamos, dinos la verdad! No somos niños. Podremos soportarlo.

Su voz llega por fin, cargada de cautela.

—Encontré algo curioso al analizar los datos de los sensores. Detectaron las emisiones de plasma hace pocas horas, como si los motores hubieran estado apagados antes de que saltara la alerta. Si vinieran de otro sistema estelar tendrían que haber estado encendidos desde hace décadas, frenando, y habrían dejado un buen rastro. Más extraño aún, las cámaras de alta energía registraron una erupción de rayos gamma justo antes de ver los propulsores. El ordenador ignoró esas emisiones pensando que era un evento estelar lejano, como una fusión entre estrellas de neutrones, pero la coincidencia es demasiado precisa.

—¿Quieres decir —intento recapitular— que hubo una explosión gamma justo cuando la nave encendió sus motores?

—Es posible que MINJOV utilice un sistema de propulsión desconocido, tan poderoso que genere esas explosiones gamma. Sabemos que sus robos soportan aceleraciones y dosis de radiación que causarían la muerte a una tripulación humana.

Lo que sigue es una conversación ininteligible entre Dorea y Lene, llena de tensores de campo, lazos cuánticos y secciones eficaces. Demasiada física para mis oídos.

—Solo hay un objeto estelar que genere radiación con esa potencia y firma espectral en un espacio tan reducido —afirma Lene—. Y nadie lo ha observado jamás.

No puedo evitar reírme. Estamos prisioneros de unos arbustos parlantes en una madriguera apestosa y nos dedicamos a elucubrar sobre fenómenos paranormales.

—Si nadie lo ha observado, es como si no existiera —le reprocho.

Dorea no tiene mis prejuicios.

—No hagas caso a Mich. ¿En qué estás pensando, Lene?

—En un agujero blanco.

La sonrisa se ha borrado de mis labios. En la oscuridad de la cueva, mis ojos se abren aún más.

—Siempre se ha considerado un constructo teórico —sigue Lene—. Si existieran realmente, se desintegrarían enseguida con una explosión de radiación como la que observó la Argo.

—¿Un agujero blanco? —repito—. ¿Te refieres a uno de esos túneles en el espacio-tiempo?

—Sí. Un sistema de teletransporte —remata Lene.

—¡Claro! —grito de alegría—. ¡Todo coincide! Recuerda ese rumor del agujero negro atrapado en Kontralys, ese proyecto de construcción masiva. La Corporación ha creado una máquina para enviar naves instantáneamente a cualquier lugar de la galaxia.

—No estoy seguro de que sea la Corporación —contesta Lene—. Una tripulación humana difícilmente sobreviviría al paso por un agujero y a la explosión de rayos gamma.

—Han tenido dos mil años para perfeccionarlo —discrepo.

La voz de Dorea nos reclama desde la consola.

—Explicádmelo más despacio. ¿De qué teletransporte estáis hablando?

DOREA

Suena a fantasía pura: viaje instantáneo a través del hiperespacio. Si fuera posible, la humanidad colonizaría toda la galaxia en unos siglos. La empresa que consiguiera tal hazaña tecnológica obtendría un botín de millones de mundos. En el caso de la Corporación, la población humana se expandiría en un factor inconcebible. Y la galaxia sería solo el principio.

Un atajo en el espacio-tiempo explicaría la súbita aparición de la misteriosa nave a pocas unidades astronómicas de Lakshmi. También que esa llegada coincida en pocos días con la nuestra. Si los ingenieros de Kontralys construyeron un sistema de esa magnitud, capaz de retorcer el tejido del universo, seguro que pueden calcular el destino con la precisión requerida, ni muy cerca ni muy lejos del planeta.

Pero, como ha apuntado Lene, no tenemos la certeza de que los creadores sean ingenieros de la Corporación. Es comprensible que no hayamos recibido un aviso previo desde Kontralys o Silenia. Cualquier señal llegaría a Itnis más tarde que una nave viajando de forma instantánea. Lo que no tiene explicación es que no hayan contactado todavía con nosotros tras el salto, a no ser que la radiación gamma inutilizara sus transmisores.

También resulta chocante que la Corporación se arriesgue a usar una tecnología tan costosa para una simple misión de apoyo. Desde luego, es imposible que hayan recibido nuestros informes sobre vida alienígena en Lakshmi. Pero ¿qué otra razón pueden tener para visitarnos?

La cuestión me atormenta en mi soledad, sin forma de escapar al dilema. Ya es tarde para congelarme de nuevo. No puedo abandonar a Lene y Mich en este momento. Según mi estimación, los visitantes llegarán a Itnis Cinco en dos semanas, mientras que yo sigo alejándome con la Argo, esclava del asteroide que nos sirve de escudo. Sin embargo, me siento más cerca de Lakshmi de lo que me sentía unas horas atrás, antes de saber del cautiverio de mis compañeros. Lo mínimo que puedo hacer es resolver el enigma de esa nave surgida de la nada. ¿Debería consultarlo con ellos? No lo veo necesario. Las cosas no pueden ir a peor.

Reoriento la antena de la Argo hacia el lejano punto borroso y comienzo a emitir un mensaje por el canal de emergencia.

—Aquí la nao de colonización Argo en órbita cercana a Itnis Cinco. —No quiero dar mi posición real—. Repito, nao de colonización Argo transmitiendo a nave sin identificar en trayectoria de aproximación a Itnis Cinco. Solicitamos respuesta.

Escucho el ruido del vacío. El monitor de señales informa de que no hay réplica. Si es una nave de la Corporación, deben recibir el mensaje. Y el protocolo les obliga a contestar.

Vuelvo a intentarlo varias veces hasta que, por fin, el indicador de alerta se enciende. Respiro hondo, mirando fijamente la luz como si fuera a responderme.

Escucho el acento exótico de una voz masculina.

—Saludos, Argo. Al habla la fragata Nglfar. Nos alegramos de haberles encontrado. ¿Se encuentran bien?

Tras el primer instante de entusiasmo, mi cuerpo se pone en tensión. Es una fragata militar. Las fuerzas de seguridad de la Corporación no suelen intervenir en las nuevas colonias. Lo usual es que lleguen siglos más tarde, como escolta durante la delicada fase de reproducción. En ocasiones se han producido disturbios tras el fallecimiento de los últimos decisores, incluso algunos intentos de abordar por la fuerza las naves colonizadoras.

Me sorprende también que el operador de la fragata no se identifique con nombre y rango, como es costumbre, ni mencione el origen del navío. Un cosquilleo instintivo me advierte de que algo está fuera de lugar. ¿Cómo verificar que hablo con una nave de la Corporación? De hecho, ni siquiera estoy segura de que la voz que he escuchado pertenezca a una persona. Las IAs pueden imitar conversaciones, y sabemos que MINJOV utiliza inteligencias artificiales autónomas. Quizás están preparadas para asumir identidades humanas en caso de encontrarse con una nave de la Confederación.

Debo ser cuidadosa con lo que digo, y al mismo tiempo intentar averiguar algo más sobre mi interlocutor. Desde luego, su acento indica que no procede de Silenia, pero mi conocimiento sobre variantes lingüísticas es limitado.

—Argo, ¿están ahí?

—¡Estamos bien, gracias! —exagero mi alivio—. Pero al llegar a destino nos hemos encontrado con que la primera fase de la colonización no se completó. Suponemos que es la razón por la que han venido a Itnis… Por cierto, ¿con quién tengo el placer de hablar?

La voz adopta un tono marcial.

—Soy el capitán de navío Eglin Orstron, comandante de la

Nglfar. Usted debe ser la componente femenina del trío, la doctora Dorea Minerva.

Escucho un murmullo de comentarios ininteligibles tras la mención de mi nombre. El capitán no está solo. En todo caso, no hay duda de que la Nglfar procede de la Corporación. MINJOV difícilmente podría conocer mi nombre.

—En efecto, soy la doctora Minerva —respondo, más tranquila —. Bienvenidos a Itnis.

Superado el primer obstáculo, decido arriesgarme más.

—Hemos deducido que su fragata ha utilizado el nuevo sistema de transporte instantáneo para llegar aquí. Es fantástico.

El comandante carraspea antes de responder.

—Esa información es clasificada. Lo siento.

A los militares les encantan los secretos. En justa reciprocidad, me abstengo de hablarle de los alienígenas y de la situación de Mich y Lene. Espero que el capitán pueda ayudarles, pero primero quiero saber qué planes tiene.

—Entiendo los aspectos confidenciales de la misión. Por otro lado, quizás pueda decirnos cuáles son las órdenes de la Corporación respecto a la colonización del planeta.

El militar no tiene dudas. Recita su mandato como si lo llevara grabado a fuego.

—La colonización de Itnis Cinco ha sido cancelada. Los miembros del trío se congelarán de nuevo y esperarán órdenes actualizadas. Nuestros ingenieros se encargarán de reconfigurar la Argo para que afronte un destino alternativo. No deben preocuparse por nada.

¿Congelarnos de nuevo? No tengo otra opción que decir la verdad.

—Hay un ligero problema, capitán. Mis compañeros se encuentran en la superficie.

Escucho de nuevo murmullos ahogados al otro lado de la línea. El vozarrón del comandante los detiene.

—¿Cómo han podido bajar sin…? De acuerdo —se contiene—. No es un problema. Nos encargaremos de ellos. Mientras tanto, lo mejor para ahorrar recursos es que usted se vaya a dormir de inmediato. Transmítanos las coordenadas de la Argo y las de sus colegas sobre el planeta.

El capitán se despide con fría cortesía.

Se encargarán de todo. Suena bien. Sin embargo, mientras les transmito mis parámetros orbitales, mi mente repite las palabras de Orstron. El comandante iba a decir: «¿Cómo han podido bajar sin… *el ascensor*?». Era su respuesta espontánea, sin pensar. Pero no ha terminado la frase al darse cuenta de lo que implicaba. ¿Cómo

saben los militares que el ascensor fue destruido? Se encuentran demasiado lejos para descartar la presencia del elevador. Además, si la Nglfar acaba de salir del hiperespacio, no han podido escuchar los informes que enviamos a Silenia… ¿O sí? Algo muy extraño está pasando, y odio la sensación de que los militares nos lo ocultan deliberadamente.

Quizás los murmullos de fondo me den una pista. Recupero del registro la grabación de nuestra conversación. Mich tardaría menos de un minuto en procesarla, pero yo apenas recuerdo cómo hacer un filtrado de señales. Por fortuna, la IA me echa una mano, limpiando el ruido, eliminando la voz de Orstron y realzando las demás.

La mayoría de las reacciones son risas y exclamaciones indescifrables. Sin embargo, escucho con claridad el comentario de un miembro de la tripulación tras revelarles la presencia de Lene y Mich en la superficie.

—Que se jodan. Arderán con el resto del puto planeta.

LENE

Cuaderno de notas. Día quince. Los ents nos han despertado para emprender un inesperado viaje. Es un alivio dejar la humedad de la caverna y sentir el sol, aun en forma de tibios rayos debilitados por las nubes. Desde la plataforma de despegue contemplamos tonos imaginables de magenta entre los vaporosos estratos del amanecer, una maravillosa vista después de tantas horas de encierro.

Pronto estamos volando, montados sobre los mismos arbustos alados que ayer nos trajeron a la ciudad. A falta de un nombre mejor, hemos decidido llamar «ornis» a los pájaros cubiertos por robustas hojas. Sentados sobre sus recios troncos, tras el amasijo de raíces móviles que podría conformar su cabeza, seguimos la estela de la bandada. Al menos esta vez no nos llevan colgando como alforjas. Se limitan a sujetarnos los brazos y las piernas con sus ramas laterales para evitar que caigamos y que escapemos de un salto. Por mi parte, no pienso fugarme desde esta altura, pero no pondría la mano en el fuego por Mich.

Los ents nos han colocado en la cara unas membranas traslúcidas que huelen a leche fermentada. Parecen filtrar el exceso de CO2. Me pregunto cómo las han creado con tanta rapidez, adaptadas a nuestras necesidades. Ellos llevan otras, supongo que con el efecto opuesto de limitar el oxígeno. Al parecer, los ents saben fabricar organismos biológicos a medida, programándolos para que crezcan con las especificaciones requeridas. Fascinante.

Consigo entenderme mejor con Coqueta. Su actitud observadora y su papel mediador me hacen sospechar que actúa dentro del grupo como responsable científica. Además de eso, compartimos otra característica en común.

Desde que vi a los ents de cerca me he preguntado por su sistema de reproducción, si se parece al de las plantas terrestres, esparciendo gametos masculinos para que encuentren las gónadas femeninas. Siendo seres móviles, podrían haber desarrollado un sistema como el de los animales terrestres, que depositan los gametos directamente en el cuerpo de la hembra. Quizás la naturaleza recompense ese acto con el placer intenso que tengo la suerte de experimentar, a pesar de mi naturaleza híbrida.

Finalmente, tras observar con detalle su anatomía, creo haber identificado los órganos sexuales. Unos coloridos tentáculos masculinos se sitúan por debajo del nódulo central. La parte superior, más atrás, alberga los receptores femeninos en forma de conos invertidos. Se trata de una configuración habitual en el reino vegetal, pues impide la autofecundación en el caso de individuos hermafroditas. Coqueta es uno de ellos. Al igual que yo, posee una duplicidad genital. En mi caso, porque el diseño de los híbridos nos permite cambiar a voluntad el órgano primario de interno a externo, y también modificar la boca y la lengua para usarlos de aparato secundario. Si el dominio de la bioingeniería por parte de los ents es tan amplio como supongo, el hermafrodismo de Coqueta también podría ser fruto de un diseño deliberado.

Fue ella quien solventó el problema de la nutrición. Le hice entender la necesidad de alimentarnos varias veces al día. Quizás sus comidas son más espaciadas. Por suerte, entre los paquetes que sustrajeron del hábitat había una bolsa de sopa concentrada. Expliqué a Coqueta lo que era y le demostré cómo sorbíamos los nutrientes con la boquilla extensible. Para mi asombro, la científica regresó una hora después con varios recipientes de forma similar y nos indicó que bebiéramos de uno de ellos. El sabor resultó ser soportable. Después nos vigiló durante un tiempo para ver si sufríamos alguna reacción adversa.

Sobrevolamos una cadena de montañas completamente devorada por las máquinas. Desde la atalaya del orni es fácil apreciar los estragos causados por la terraformación. La mayor parte de la vegetación original se ha transformado en polvo ceniciento. Es posible ver restos de algunas arboledas, la estructura de los campos donde hubo cultivos y las manchas orgánicas que fueron verdes campiñas cuajadas de arbustos. Todos resultaron cercenados por las excavadoras, perecieron ahogados por las fitobacterias invasoras y desaparecieron bajo una capa arenosa.

Aterrizamos en la cubierta de un bosque en peor estado que la Selva Fantasma, otro poblado abandonado, otra amalgama de troncos muertos apoyados en su propia inmovilidad, amortajados por hojas descoloridas. Los ramilletes de nidos visibles se han ido descolgando entre la descuidada espesura. En la precaria plataforma de aterrizaje no encontramos ningún comité de recepción, tampoco una cubierta de hojas verdes como la que alimenta la madriguera bajo la Selva. Aquí todo está muerto.

Reponemos fuerzas con los restos de la bolsa de comida. Me atrevo entonces a preguntar a Coqueta por el destino de nuestro viaje. La traducción que la consola hace de sus chirridos deja bastante que desear. «Vamos a [lugar02] para ver al gran [ser17/

objeto32]».

Intento sonsacar algo más: «¿Qué es el gran [ser17/objeto32]? ¿Es un ent?».

Los palpos sensores de Coqueta vibran al mismo tiempo que sus emisores de color parpadean, un gesto que interpreto como un momento de reflexión, similar al de los humanos cuando juegan con su cabello o se frotan la barbilla.

«El gran [ser17/objeto32] no es un ent, es un [concepto22/propiedad47] de los ents».

—Maravilloso. —Ríe Mich—. Podemos pasarnos así el día entero.

Quizás Coqueta percibe nuestra incomprensión, porque añade algo más.

«Todos los ents somos/tenemos una parte del gran [ser17/objeto32]. Trabajamos/pensamos juntos».

Dejándonos con esa críptica frase, la científica se marcha para reunirse con los ents que rodean al Jefe Púrpura, el líder efectivo de la partida voladora.

—Suena como una de esas doctrinas místicas, ¿no te parece? —sugiere Mich—. Quizás nos llevan para presentarnos a la estatua del Gran Dios Vegetal.

—Lo sabremos pronto —respondo.

Prefiero no especular demasiado sobre los Lakshmianos. Ya nos han deparado varias sorpresas y estoy seguro de que habrá más.

Me levanto para preguntar a Coqueta cuánto tiempo de viaje nos queda, y de paso averiguar de qué hablan los ents, pero en ese momento la consola nos avisa de una llamada de la Argo. Impacientes por escuchar noticias sobre la nave visitante, activamos el canal de comunicación.

Con frases precisas, Dorea explica que ha hablado con el capitán del aparato y que, según todos los indicios, se trata de una fragata de la Corporación. A continuación, resume el mensaje del comandante Orstron y las órdenes para que la Argo prolongue su misión hacia otro sistema.

—¿Y nosotros? —pregunta Mich.

—Le he contado que estáis en la superficie, pero no he mencionado a los ents. Me dijo que os recogerían, aunque creo que tienen otros planes.

Nerviosa, reproduce un fragmento de las conversaciones que escuchó en la fragata. Mich y yo no damos crédito.

—¿Arder con el planeta? —repito—. Suena a un ataque con catalizadores.

—No conozco esa arma —confiesa Dorea.

La descripción de Mich es tan aterradora como el miedo impreso

en su rostro.

—Nanocatalizadores. Los han utilizado para esterilizar planetas donde existen microbios nativos. Se esparcen por la atmósfera antes de comenzar la terraformación, con proyectiles lanzados desde la órbita. Las enzimas provocan varias reacciones en cadena entre el dióxido de carbono, el nitrógeno y el vapor de agua. La primera genera oxígeno y ácido cianhídrico, capaz de envenenar cualquier forma de vida. La segunda parte es todavía peor. El cianuro se combina con el oxígeno y provoca que el aire se inflame en una gigantesca bola de fuego que expulsa los restos de la atmósfera al espacio. Todo termina en pocas horas. Nada sobrevive.

MICH

Si no hubiera escuchado la grabación, creería que el aislamiento le ha fundido las neuronas a Dorea. ¿En serio van a asolar los militares un planeta entero, sabiendo que estamos aquí, investigando lo sucedido con los robots por orden de la Corporación? ¿Por qué quieren destruir la atmósfera y todo rastro de vida en ella? El capitán Orstron ha dicho que la misión de Itnis queda cancelada. ¿Acaso pretenden ocultar el fracaso de la primera fase? No tiene sentido. La única explicación para una aniquilación masiva es que desean exterminar a todo bicho viviente en la superficie de Lakshmi.

Dejando aparte el desagradable asunto de perder nuestras vidas, me preocupa que la Corporación conozca la existencia de seres alienígenas en el planeta y pretenda aniquilarlos. ¿De dónde han sacado la información? Es imposible que los mensajes que hemos radiado llegaran a Kontralys antes de que la nave atravesara el agujero negro. A la velocidad de la luz, esas señales ni siquiera han salido aún del sistema.

Quizás todas nuestras suposiciones están equivocadas y la historia del transporte instantáneo sea una fantasía. El capitán no ha ofrecido ninguna pista sobre su viaje, lo cual ya es sospechoso. La fragata podría haber estado oculta cerca de Itnis Cinco desde antes de nuestra llegada, espiando las transmisiones de la nave y esperando el momento propicio para intervenir. Eso explicaría su repentina aparición, aunque no la explosión de rayos gamma que la ha acompañado.

Me gustaría comentar el asunto con Lene y también ver cómo le ha afectado la noticia de que vamos a morir pronto si los militares siguen adelante con su plan. Se ha quedado muy callada desde que he descrito el efecto de los catalizadores. Pero cuando me acerco a ella, el matojo andante de Coqueta nos interrumpe. Vamos a emprender otra vez el vuelo.

—Hablaremos en la próxima parada —digo a mi compañera.

En lugar de recoger su mochila, Lene apunta la consola hacia su amiga científica. El fornido jefe purpúreo la ha detenido tras hablar con nosotros y la está abroncando con terribles aspavientos y

crujidos de madera reseca.

«Usa el poco tiempo que queda con ellos, Coqueta. —Leo en la pantalla—. Después de encontrar al gran [ser17/objeto32], el tiempo se termina/suprime».

Se admiten apuestas. ¿Quiénes nos matarán primero, los siervos del Gran Ent o los militares de la Corporación?

Por el momento, proseguimos el viaje sobre las desoladas tierras de Lakshmi. He renunciado hace tiempo a determinar la ruta en el mapa. La vibración del condenado orni me impide tomar puntos de referencia. Lo único que puedo hacer es verificar que continuamos en dirección sureste.

Nos detenemos dos veces más durante el día para que los ornis descansen. Coqueta no nos deja un momento a solas, atendiéndonos como si fuéramos sus mascotas y, sospecho, protegiéndonos de los guerreros púrpura que nos acompañan. Las ramas temblorosas de la ent reemplazan nuestros filtros de oxígeno y nos entregan otra bolsa del inmundo caldo de verduras. Sus compañeros permanecen alejados, como si fuéramos insectos venenosos.

Despegamos de nuevo. Al rato comienza a oscurecer. Temo que vamos a tener que pasar la noche colgados de algún árbol en un bosque cochambroso. Sin embargo, tras sobrevolar otra cantera masiva donde veo máquinas reproductoras en buen estado, se abre ante nosotros una amplia llanura litoral. El océano destaca al fondo, quizás un entrante del mar de Naraka, o un gran lago interior. Imposible saberlo.

La explanada costera es diferente al terreno que hemos recorrido hasta ahora. Está cubierta por un entramado de líneas a ras de suelo, una tela de araña que converge en la orilla del mar. En los cruces de los enormes tallos, tan anchos como nuestro ascensor, se levantan aldeas boscosas similares a las que hemos ido visitando. La extensión de la malla es enorme, al menos veinte kilómetros de largo y cinco de anchura. Un rápido cálculo mental me dice que el número de árboles conectados en la compleja trama es superior a la población de Silenia. Debió ser un espectáculo cuando estaban vivos.

La metrópolis vegetal se vuelve más impresionante a medida que nos aproximamos al centro de la red. Como en las demás ciudades abandonadas, los árboles comienzan a entrelazarse y a superponerse con otras especies. Pero no se trata solo de doseles horizontales y simples escaleras. Contemplo verdaderas maravillas arquitectónicas, torres de múltiples cuerpos interconectados, cúpulas traslúcidas, plataformas elevadas, lianas colgantes extendidas a lo largo de kilómetros, estructuras globulares que flotaron sobre enormes pilares y ahora yacen derrumbadas, colapsadas bajo su peso.

Sin embargo, no todo es decadencia marchita en la urbe vegetal. Varias burbujas destacan sobre la penumbra del anochecer, cúpulas brillantes, atravesadas por sólidos soportes y habitadas por luces vivientes. Imagino la grandiosa visión de esta vasta ciudad en su época de esplendor. Habría sido maravilloso ver el arabesco de globos superpuestos, iluminando la noche como nebulosas en el corazón de la galaxia. Jamás he encontrado nada parecido en Silenia. Quizás exista en los planetas originarios.

La bandada de ornis aterriza en una plataforma, cerca de una de las cúpulas más voluminosas. Un grupo de ents engalanados con jirones rojizos aparece por una válvula abierta en la colosal burbuja. La mayoría atienden a los ornis, llevándolos por una rampa lateral. El resto se acerca al jefe purpúreo, que —esto interpreto— los saluda con deferencia. Mientras tanto, varios guardas del grupo volante se aseguran de que nuestras manos estén bien atadas. Después, el líder púrpura nos conduce ante los representantes de la gran ciudad como si fuéramos un trofeo de caza.

Pienso en lo surrealista de la escena. Los seres-planta nos tratan como animales inferiores, ignorando que una nave de la Corporación va a aniquilar los últimos restos de su civilización, esta vez sin posibilidad de supervivencia. La catástrofe espacial que vivieron hace siglos no fue nada comparado con la tormenta de veneno y fuego que les espera.

Tras ser expuestos como una atracción exótica, los guardas nos conducen al interior de la bóveda. El amplio espacio contiene una asombrosa variedad de cultivos en terrazas flotantes junto a estructuras y mecanismos de propósito desconocido. La barroca arquitectura está entrecruzada por pilares orgánicos, cubículos de paredes traslúcidas y una intrincada red de fibras de diferentes grosores. No obstante, a pesar de lo imponente del conjunto, es obvio que ha perdido el esplendor de los tiempos gloriosos. Muchas zonas se encuentran vacías, apenas sostenidas por tenues filamentos resecos, y los racimos de nichos están en gran parte desocupados y mustios.

La escolta purpúrea nos conduce a un nivel inferior. Coqueta se acerca a nosotros, como si tuviera que asegurarse a cada momento de que estamos bien.

—Pregúntale por el Gran Jefe —sugiero a Lene.

Habla con la científica durante unos segundos y luego regresa.

—Esto es lo que me ha respondido.

Me muestra la pantalla de la consola: «Ya estamos en el gran [ser17/objeto32]. Pronto hablaremos juntos».

DOREA

Si Mich está en lo cierto —y, por mucho que me pese, no suele equivocarse—, la única forma de salvar sus vidas es enfrentarme al comandante de la fragata. Lo que planean es un asesinato a sangre fría. No imagino por qué la Corporación desea destruir Itnis a costa de dos empleados inocentes que cumplen con la tarea que les han encomendado. Aunque existan once copias, cada vida humana tiene valor. Al menos, eso nos enseñaban en la Academia.

Orstron responde malhumorado a mi llamada.

—Debería estar ya durmiendo, doctora Minerva.

—Lo siento, capitán. No voy a congelarme hasta que mis colegas estén a salvo.

—Le prometí que nos ocuparíamos de ellos a su debido tiempo. Mientras tanto, tengo una misión que cumplir.

Los militares tienen la irritante costumbre de parapetarse tras sus órdenes, algo que no favorece la conversación.

—¿Su misión incluye la destrucción de Itnis Cinco? —le espeto, harta de hipocresía—. Esos planes entrarían en conflicto con la tarea de la Argo y las reglas de ética corporativa, sobre todo si no rescata a mis compañeros antes de ejecutar el ataque.

A un millón de kilómetros de distancia, siento cómo hierve su sangre. No hay murmullos de fondo esta vez.

—Se lo diré claramente —retumba el altavoz—, y le recomiendo que estudie la cláusula catorce de su contrato si tiene dudas al respecto. Una vez embarcados, las copias humanas, los embriones y el material genético de la Argo no poseen entidad legal independiente. Usted y sus amigos ya no son ciudadanos de Silenia, sino propiedad privada de la Corporación, igual que la nave, los robots, el equipo y los productos derivados de ellos. No se lamente por sus colegas. Tendrá nuevas réplicas en cuanto despierte.

Ahora es mi sangre la que arde, pero debo mantener la cabeza fría para obtener más información del terco comandante.

—Yo también tengo mis órdenes, capitán, y me debo a ellas igual que usted. Si quiere que las incumpla, tendrá que darme una buena razón y explicarme por qué han suspendido la colonización de Itnis Cinco.

El enfado del capitán alcanza la masa crítica.

—¡Conoce perfectamente la razón! ¡La Corporación no puede consentir que esos seres salgan del planeta! Su cooperación con ellos es un delito de alta traición.

—Pero ¿cómo…?

—¡Basta de charla! Con la autoridad otorgada por el Consejo de la Corporación, la conmino a cumplir mis requerimientos o atenerse a las consecuencias. La supervivencia de la Argo es un objetivo secundario. Puedo sacrificarla si me plantea cualquier problema.

No me molesto en contestar a Orstron. Cierro la conexión con un gesto furioso y reflexiono sobre sus ominosas palabras. Solo ha dicho dos cosas sensatas. La primera es que no tiene sentido continuar hablando. La segunda, me ha recordado que transporto más copias de Mich y Lene. Si los despierto, conseguiré la compañía que añoro, dos voces amigas con las que consultar sin largas horas de espera. Necesito ayuda para analizar la situación y decidir qué hacer. Tal como lo veo, mis compañeros de la superficie están condenados a menos que detengamos la fragata, y esa opción parece a todas luces imposible. La Argo se encuentra demasiado lejos y no dispone de armas para interceptar la nave militar. Incluso aunque las tuviera… ¿sería ético poner en peligro a los embriones y al resto de las copias? ¿Qué vidas pesan más en la balanza?

Pienso en los ents, en su chocante papel en todo el asunto. De alguna forma la Corporación ha sabido de su existencia y la consideran una seria amenaza. ¿Por qué? Desde luego, el destino de los nativos parece marcado por la tragedia. Apenas sobrevivieron al doble trauma de la terraformación y de la destrucción de sus cielos. Es una pena que no lleguemos a conocerlos y a convivir en paz con ellos, pero supongo que la extinción ha debido alcanzar antes a otras especies entre los millones de mundos que llenan la galaxia. Seguro que muchas civilizaciones desaparecieron sin abandonar su hogar primigenio. Quizás el temprano declive de los ents les ahorre un porvenir más cruel.

El tiempo parece haberse acortado para todos.

LENE

Cuaderno de notas. Día dieciséis. En unas horas, el retorno al cautiverio y la consciencia de la amenaza final que pesa sobre el planeta disipan las emociones del viaje hasta la gran ciudad. Tomo nota de que la caprichosa fortuna nos abandona, relegándonos al papel de observadores de un choque desigual entre civilizaciones. Solo nos queda ser testigos de las maravillas que pronto perecerán chamuscadas.

Durante la noche, sin apenas dormir, elaboro un informe complementario sobre la insospechada evolución biológica de Lakshmi, explicando lo que hemos averiguado acerca de su forma de comunicarse y organizarse. Transfiero la información a la Argo cuando la luz de la mañana comienza a filtrarse por los muros de la cúpula. Tengo la esperanza de que Dorea la haga pública algún día.

Coqueta nos encuentra en un rincón del cubículo oxigenado, abrazados contra el fresco del nuevo día. Nos trae dos cántaros con desayuno caliente —ha aprendido cuál es la temperatura que nos gusta—. El líquido aromático me consuela del insomnio. También probamos unos bollos demasiado duros para ser masticados en seco, pero que mejoran al bañarlos en la leche.

La científica intenta explicarnos el programa del día. Hartos de códigos numéricos, Mich y yo hemos asignado al gran [ser17/objeto32] la etiqueta provisional de «dios», a la espera de comprender a qué se refieren en realidad. La consola transcribe con esfuerzo el discurso de Coqueta. Quizás sea mi imaginación, pero me parece que la ent está aprendiendo a hablar de forma que nos sea más fácil entenderla, o será que la IA ha mejorado notablemente.

—Hace [largo periodo de tiempo], el mundo era bueno/próspero. El sol brillaba de día y las dos lunas iluminaban de noche. Los pequeños dioses cuidaban de las muchas especies, de los cultivos, de las factorías creadoras/generadoras y de la organización de los bosques/ciudades. La tierra y el mar estaban cubiertos de vida.

—Es como un cuento de hadas. —Sonríe Mich.

—Deja que hable —le reprendo.

Coqueta se atusa las ramitas y continúa.

—Entonces llegó la pequeña estrella y del cielo bajó un fino tallo. Yo no había nacido, pero he visto las imágenes/recuerdos, cuando el tallo alcanzó el suelo y bajaron las máquinas que arrancaban/destruían.

Mich y yo nos miramos. Sin duda, debió ser una experiencia horrenda para los ents, ver su planeta invadido, perforado y espolvoreado por una horda de robots hambrientos de minerales, absorbiendo el CO2 que ellos respiraban.

—No sabíamos qué hacer. Las máquinas se multiplicaban sin límite. El aire comenzó a cambiar/agotarse. Los cultivos murieron. Por eso decidimos unir/montar al gran dios, aquí en [lugar17] y hablar con todas las ciudades. El gran dios pensó mejor que los pequeños dioses separados. Ahora muchos han muerto/secado/dormido y el gran dios no está siempre despierto. Vosotros sois especiales/afortunados por hablar con él. Nos está esperando.

Sin más preámbulos, Coqueta nos lleva a través de la membrana que cierra el cubículo. Cuando ella se quita su mascarilla, nosotros nos colocamos los filtros. Una escolta de dos guardas nos acompaña a un amplio espacio bajo la cúspide abovedada de la gran cúpula. Desde allí vemos cómo van llegando cientos de ents, fluyendo como una obediente masa de insectos a través del laberinto de pasadizos. Siguiendo siempre a Coqueta, nos mezclamos con los Lakshmianos por las estrechas pasarelas que cruzan entre racimos de nichos adosados a gruesos troncos carnosos, una amalgama pulsante de tubos recorridos por fluidos y señales ópticas. Ordenadamente, como si supieran de antemano el lugar que le corresponde a cada uno, los ents se distribuyen frente a los nichos.

Nos detenemos en un rellano sustentado por gruesas ramas. Lo circundan varios huecos desocupados que parecen cabinas de congelación dispuestas en vertical. Coqueta se instala en uno de ellos y sus ramitas centrales se entrelazan con los cilios que emanan de las paredes. Luego se queda inmóvil como una estatua. Me invade el temor de que Mich y yo tengamos que seguir su ejemplo. No me apetece ver de nuevo su cuerpo atravesado por tentáculos gelatinosos.

—Escuchadnos —solicitan los destellos de colores de Coqueta—. El gran dios hablará a través de nuestros [órganos de comunicación].

En ese momento un chorro de luz invade los recovecos de la cúpula, como si se hubieran apartado los grandes cortinajes que la mantenían en penumbra. Veo que la mayoría de los nichos han sido ocupados por otros ents, también conectados con sus ramas. Imagino que hace años todas las cabinas de la ciudad fueron

ocupadas por los seres-planta durante el ritual.

Los rayos del sol hacen despertar a millones de hojas y filamentos que se extienden desde cada rincón para recoger con ansia la energía radiante. Los conductos que circulan por el interior de los grandes troncos se encienden y palpitan con renovado vigor. Por un momento me siento como una diminuta bacteria alojada en un organismo masivo.

—¿Qué demonios es este lugar? —pregunta Mich, tan abrumado como yo.

—Recuerda lo que dijo Coqueta. El gran dios aparece cuando todos se unen para pensar mejor. Creo que los ents se conectan entre ellos con el objetivo de conseguir una forma de razonamiento colectivo.

—Un cerebro gigante —propone Mich.

Como los demás, Coqueta se sumerge en la inefable experiencia comunal, un esqueje inserto en una enorme plantación. Libres de vigilancia, Mich y yo caminamos por la plataforma y observamos los temblores de los cuerpos leñosos mientras los ecos burbujeantes de la gran red orgánica nos envuelven.

Al contemplar uno de los ents que yacen paralizados, veo que sus órganos de color han comenzado a parpadear. Todos al mismo tiempo. La consola lo traduce, obediente.

—Saludos, extranjeros. Por favor, colocad vuestro aparato/interfaz de comunicación en este [objeto24]. No sufrirá daño y será más fácil la discusión/conversación.

Un bulbo brota entre las hojas del suelo y crece hasta la altura de mi mano, donde se abre para mostrar su corazón nacarado. Interrogo a Mich con la mirada y él se encoje de hombros, así que deposito la consola en el centro del bulbo. La flor gigante se vuelve a cerrar, envolviendo el aparato con delicadeza. A continuación, las nerviaciones de sus pétalos se encienden y señales centelleantes circulan por su tallo hasta una raíz oculta. Un segundo después, la cúpula entera chisporrotea como un castillo de fuegos artificiales.

Es desconcertante escuchar los crujidos vocales de miles de ents superponiéndose para formar una sola voz humanoide.

—Saludos. Soy el Gran Rizoma, la voz de Lakshmi.

MICH

El rechinar combinado de los ents es irritante, pero su gramática resulta impecable. ¿Cómo ha conseguido la mente colectiva de los bichos dominar el lenguaje humano con tal precisión? Comprendo. Al meter la consola en la vaina hemos entregado nuestro modelo conceptual y todo el sistema de traducción. Como una inteligencia artificial, el Rizoma ha absorbido los datos en su matriz neuronal.

Con un escalofrío, me percato de que la memoria del dispositivo podría contener también restos de las conversaciones con la Argo. Si el Rizoma puede interpretarlas, conocerá la existencia de la fragata y la amenaza mortal que supone. Confío en que el sistema operativo se haya encargado de reutilizar el espacio y los fragmentos restantes sean ilegibles.

—Lamento ser conciso y directo —los chirridos resuenan por las cárcavas de la cúpula—. Cada segundo supone un gran esfuerzo para la comunidad.

Las palabras concuerdan con las explicaciones previas de Coqueta. Cuando la prosperidad de los ents estaba en su cénit, tenían recursos para formar rizomas locales, computadoras biológicas con las que seguramente planificaban y gestionaban las ciudades. Pero aquello se había ido al traste con la catástrofe. Ya no tenían las fuerzas ni los individuos necesarios. Solo una emergencia podía justificar el gasto de energía que suponía poner en marcha aquel pensamiento colectivo.

—Antes que nada, debemos confirmar si fue vuestra especie la que envió el tallo metálico que esparció la plaga.

Lene ladea su rostro andrógino hacia mí para cederme la palabra. ¿Qué puedo yo argumentarle al Gran Ramapiteco? No tiene sentido negar la evidencia. Mentir no nos va a salvar a estas alturas, aunque unas horas más de vida tampoco nos harían daño.

Aparto la mascarilla y adopto el tono humilde que corresponde a un representante de una humanidad culpable.

—Es cierto. Nuestra raza envió los robots. Buscábamos un nuevo mundo que habitar. —Eludo decir que ya poseíamos muchos otros —. Ignorábamos que vuestro planeta estaba ocupado. Nuestros sensores no detectaron signos de vida. Nos disculpamos por haberlo

invadido y sentimos el daño causado.

Mientras ofrezco mis justificaciones, pienso en aprovechar el estado catatónico de los ents para escapar, pero dudo que llegáramos lejos. La ciudad es un enorme laberinto sin señalizar. Estamos en su terreno y no tenemos dónde ocultarnos, ni forma de encontrar el oxígeno o la comida que necesitamos.

La red que conecta los nichos se estremece unos segundos antes de responder.

—El Gran Rizoma, en representación de todo Lakshmi, debe juzgaros y decidir qué será de vosotros. Unas voces consideran que debéis ser castigados, ya que habéis venido a continuar la labor destructora de vuestros esclavos metálicos y planeáis seguir arrancando las raíces de nuestro mundo y esparciendo veneno por el aire. Sin embargo, otras voces piensan que en nada nos beneficia mataros, que quizás podáis reparar algo del daño que infligisteis y ayudarnos a revertir los cambios y restaurar la naturaleza del planeta.

¿Revertir una terraformación fallida? Desde luego, no existen protocolos que nos orienten en esa tarea. Presiono a Lene para que conteste. Espero que pueda controlar su sinceridad. A veces es demasiado transparente con sus opiniones, y me gustaría salir con vida del juicio.

Al menos, lo intenta.

—Creo que podríamos ayudar —se dirige al ent más cercano—. Es factible reprogramar las máquinas con un ciclo químico diferente para invertir las reacciones en el suelo. También se podrían utilizar bacterias modificadas o semillas de plantas nativas que absorban el oxígeno. ¿No es cierto, Mich?

—Absolutamente. —Cojo el testigo—. Sería posible adaptar la programación de los robots y modificar el código genético de los microbios. Cambiaremos su metabolismo para que favorezcan un entorno reductor. —No tengo idea de la dificultad, pero suena verosímil—. En unos pocos cientos de años se volvería al equilibrio anterior y, consumido el oxígeno, las bacterias terrestres morirían por sí solas.

¿Es capaz el Rizoma de detectar nuestro farol, analizando las inflexiones de la voz humana? ¿Son los ents capaces de fingir si la situación lo requiere? En este momento prometería a los bichos cualquier cosa que les haga felices. De todas formas, en pocos días todo habrá terminado, para ellos y para nosotros, si la fragata no renuncia a lanzar sus torpedos. Por lo menos —me consuelo— la Argo seguirá adelante con una nueva misión, si es que Orstron no la destruye también. Desde luego, los humanos no tenemos dificultades en mentir cuando nos conviene hacerlo.

Las convulsiones que marcan la deliberación interna del Rizoma se apaciguan y los chirridos vuelven a resonar por la cúpula.

—Tenemos dudas sobre sus intenciones y la eficacia de su propuesta. —Crujen las ramas—. Sin embargo, estamos dispuestos a realizar una prueba. Apoyados por un grupo de nuestros técnicos, prepararán un prototipo experimental. Dentro de veintiocho días evaluaremos sus resultados.

Un mes estándar. Si antes no sucede un milagro, por entonces las cenizas de todos los presentes se habrán congelado ya sobre la superficie de un planeta devastado.

—¿Y si el prototipo tiene éxito? —pregunta Lene, siguiendo el juego.

—Entiendo que necesitan una motivación positiva —responde la voz reverberante del Rizoma—. Vinieron aquí en búsqueda de un lugar donde proliferar. Sin embargo, su establecimiento no resulta conveniente, ni siquiera viable. El entorno biológico de su especie no es compatible con el nuestro. Por ello, les proponemos que utilicen su tecnología para buscar acomodo en el siguiente planeta del sistema.

—¿Qué características tiene ese planeta? —responde Lene, sorprendida.

—Es más pequeño. Ha perdido la mayor parte de su atmósfera, pero quizás sus máquinas y microbios podrían regenerarla con las rocas. Suponemos que, aunque su actividad volcánica es reducida, el núcleo no se ha enfriado del todo. Si perforaran la corteza, los gases atrapados en el interior crearían una nueva atmósfera.

No habíamos pensado la posibilidad de colonizar otro planeta del mismo sistema. Para estar confinados bajo las nubes, los ents saben mucho del espacio que los rodea.

—Lamentablemente —intervengo—, no podemos regresar a nuestra nave sin el elevador. Allí arriba tenemos los embriones que son la base de la colonización.

Olvido mencionar que la Argo también contiene otros humanos.

—No se preocupen por eso —afirman los ents—. Si tienen éxito al iniciar el proceso de restauración, nosotros los llevaremos a su nave.

Bingo. Dada la precisa descripción del planeta vecino, sospechaba que tenían una rudimentaria tecnología espacial.

Lene me pregunta con la mirada. ¿A dónde quiero ir a parar? —parece decirme—. Pues lo cierto es que me gustaría saber más sobre los Lakshmianos, averiguar cuál es su verdadero grado de desarrollo tecnológico y cómo aprovecharlo para huir del planeta.

Ciertamente, el Gran Rizoma no es un dios en el sentido clásico, pero parece leerme el pensamiento, porque empieza a darme la

información que necesito.

—Tras la invasión de los robots, los más valientes entre nosotros treparon por el largo tallo que subía hacia el cielo. Queríamos saber de dónde venían, qué había más allá de las nubes. Sin embargo, los primeros exploradores tuvieron que regresar antes de encontrar el final del tubo. Para llegar hasta el cielo, donde el sol brillaba con fuerza, debíamos adaptarnos a las difíciles condiciones del vacío.

Fascinante.

—Durante años frenéticos, buscamos la manera de detener la destrucción. Fue entonces cuando convocamos a los supervivientes y formamos el Gran Rizoma. Nos unimos, reflexionamos y vimos con claridad lo que debía hacerse. Preparamos nuevas variedades de esporas resistentes al frío y construimos burbujas dotadas de velas solares que albergaran las semillas. Nuestros mejores ingenieros adaptaron las trepadoras para que las acarrearan hasta el ápice del gran tallo, en el negro muy por encima de las nubes.

Escucho embobado el relato. Qué paradójico que fuéramos los humanos a los que tanto odian quienes, al traer nuestro ascensor, permitiéramos a los seres-planta lanzarse a la exploración del espacio.

—Una vez llevadas hasta el ápice —continúa el Rizoma—, las burbujas y su cargamento de esporas navegaron el viento del sol hasta alcanzar las dos lunas. Allí, en los satélites, comenzó la parte final del plan. Necesitamos trescientos años para completarlo. Con minuciosa laboriosidad, las esporas enraizaron y se infiltraron poco a poco en la roca, absorbiendo sus minerales y penetrando cada vez a mayor profundidad. La decisión final fue dolorosa, pero nuestros cálculos demostraron que no existía otra forma de sobrevivir a las máquinas. Nos refugiamos en el interior de las últimas cúpulas y las cavernas excavadas bajo las ciudades. Luego enviamos la orden a las esporas, infiltradas hasta el núcleo de las lunas. El agua que acumulaban en sus alargados cuerpos se congeló cuando dejaron de calentarla. La dilatación rompió los dos satélites en millones de fragmentos, trozos de roca que otras esporas empujaron con el viento solar hasta que los hicieron caer sobre el planeta. La tempestad de piedra y fuego derribó vuestro gran tallo y arrasó la vida en la superficie. El humo de los incendios y las tormentas de polvo alzadas por los impactos volvieron opaco el cielo y crearon un invierno gélido del que ahora nos vamos despertando.

No puedo creerlo. No hubo colisión cósmica. Fue un plan suicida de los ents para librarse de la plaga que los diezmaba.

La voz del Rizoma no posee entonación, pero la intensidad del dolor y la culpa que porta cada palabra me atraviesan la piel como las agujas de congelación.

—Apenas sobrevivimos unos pocos gracias a las reservas acumuladas. Fue un sacrificio terrible para nuestra raza y las especies que nos acompañan. Por fortuna, la inmolación no fue en vano. Las máquinas se quedaron sin la fuerza del sol y en cuanto sus magras reservas se agotaron pudimos neutralizarlas.

Recuerdo los restos vegetales pegados al robot de la cantera, cubriendo sus placas solares.

—Ahora, cuando las nubes comenzaban a despejarse y renace la esperanza en el futuro, habéis regresado.

DOREA

Estremecedor. El relato de Mich y Lene me hace temblar hasta el tuétano. Unas plantas capaces de reconfigurarse y trepar por un ascensor espacial, destruir un par de cuerpos celestes y bombardear su propio mundo, tomar decisiones sobre su evolución como especie fundiéndose en un yo colectivo, produciendo visiones, conceptos y pensamientos inabarcables para un único individuo… Solo una sociedad capaz de pensar como una sola mente concebiría y ejecutaría un sacrificio de ese calibre; la amputación deliberada de su población, la destrucción masiva como medio de supervivencia.

No creo que los humanos consigamos reunir jamás la voluntad necesaria para coordinarnos así. La Corporación es lo más parecido que tenemos a un organismo comunal, pero cada persona persigue fines propios y la supervivencia individual. Ante una contradicción entre intereses comunes y personales, es probable que un humano escoja salvarse a sí mismo y a su familia. Ese es, justamente, el dilema ante el cual me encuentro.

La fragata penetrará bajo el anillo de Lakshmi en pocos días y lanzará sus torpedos cargados de mortíferos catalizadores. Empiezo a entender por qué. La Corporación sabe lo que hicieron los ents con la primera fase. Quieren castigarlos. De alguna forma, antes de que llegáramos a Itnis, los supervisores descubrieron que los ents no son simples alimañas. Pero exterminarlos como si lo fueran… Es desproporcionado.

Mich y Lene deben salir del planeta antes de que llegue la Nglfar. Los seres vegetales han prometido llevarlos al espacio si consiguen montar un prototipo de absorción de oxígeno. Su improbable recompensa no llegará a tiempo, así que han elaborado un plan aún más inverosímil: robar una burbuja espacial de los Lakshmianos y ascender a la órbita con ella.

—Coqueta ha confirmado que tienen naves en buen estado —explica Mich—. A diferencia de las que subieron por el ascensor hace siglos, son capaces de despegar desde el suelo.

—No me digáis que habéis consultado con esa ent vuestro plan de fuga.

—Claro que no. —Ríe Mich—. Cuando sea el momento, la

secuestraremos y la obligaremos a acompañarnos.

—¿Y qué haréis al llegar a la órbita? Dudo que el capitán Orstron se detenga a recogeros, incluso aunque pudierais encontrar su fragata e igualar las velocidades.

Escucho el rumor de una discusión al otro lado. Reconozco la respiración pausada y profunda de Lene.

—Tendrás que venir tú a buscarnos, Dore —dice.

¿En serio? ¿Lo he escuchado bien?

—¿Cómo voy a volver a Lakshmi? —protesto—. Casi no tengo combustible. Desde luego, no es suficiente para una trayectoria que me lleve allí antes que la fragata.

Mich y Lene han pergeñado una solución, tan fantasiosa como el resto del proyecto: utilizar el embudo de captura conectado a la proa de la Argo. Durante el viaje interestelar, el cono recoge el hidrógeno y el polvo que sirve de combustible para la fusión nuclear. También nos protege de las partículas que destruirían la nave a velocidad relativista. Los potentes láseres montados en su borde se encargan de vaporizar e ionizar el gas para que el campo magnético lo canalice hacia los tanques de combustible.

La loca idea de Mich, porque estoy segura de que tamaña barbaridad se le ha ocurrido a él, es utilizar los láseres para vaporizar una parte del asteroide que sigue la Argo y capturarla con el embudo. Es cierto que el cono puede desintegrar y absorber materia sólida, y podría aproximar la nave con cuidado para que los rayos evaporaran hielo y polvo de la superficie. Los átomos pesados son mejores propelentes que el hidrógeno. Pero también son una trampa mortal.

—Recordad las lecciones en la Academia —les advierto—. La presencia masiva de iones pesados en el motor de fusión hará que la reacción se apague por falta de combustible ligero, o bien, si la temperatura es muy alta, los átomos pesados se fusionarán y la nave reventará como una supernova. ¿Qué opción os gusta más?

Por supuesto, intentan convencerme de que han calculado los riesgos.

Buscando un atisbo de cordura, me vuelvo hacia las copias de Mich y Lene que están junto a mí, escuchando la conversación en silencio, tal como les he pedido. Ninguno de los dos me devuelve la mirada. Están ocupados con sus propias simulaciones en la terminal. Al fin y al cabo, son Mich y Lene, igual que las copias en la superficie de Lakshmi. Tras mis prolijas explicaciones —qué maravilla poder hablarles en persona—, se han adaptado sin una queja a su papel. No parece importarles el hecho de tener dos gemelos en el planeta, y su presencia me ha salvado la vida.

Pienso por un momento en invocar la Regla de Tres para forzar

una votación sobre el plan. Las probabilidades de destruir la Argo en la recarga de combustible resultan demasiado grandes. Desde un punto de vista racional, salvar a dos personas no debería tener prioridad sobre la supervivencia de la nave, sus embriones, el resto de las copias y las máquinas necesarias para continuar la colonización.

Cierro el micrófono y escucho al Lene de mi lado.

—Es posible que funcione, Dorea —afirma, mostrándome una gráfica—. Aunque hay muchas incógnitas.

Soy la capitana *de facto*. Tengo la responsabilidad de decidir por la nave y cuidar de la misión. Pero una capitana nunca abandona a su tripulación. Los humanos no nos comportamos como los ents, con cálculos racionales. La ética grabada en nuestros genes y nuestros cerebros nos impele a salvar vidas, aunque la probabilidad de conseguirlo sea pequeña.

Comunico mi decisión a los que me acompañan en la sala de control.

—Lo haremos. Pero vosotros me ayudaréis, cabrones listillos —añado al tiempo que los estrujo con un abrazo, disfrutando de nuevo con la sensación.

Siento un vértigo momentáneo antes de volver a encender el micrófono. El deber de los decisores es escoger el camino óptimo conforme a las reglas dictadas por los protocolos. Nosotros estamos rompiendo todas las normas, adentrándonos cada vez más en un terreno oscuro e inexplorado con la única guía del instinto. Y no hay vuelta atrás.

Mich y Lene me hacen un gesto de ánimo antes de que hable con sus gemelos. Me pregunto qué sucederá si el plan sale bien y me encuentro con dobles parejas en este juego de póker.

PARTIDA DOBLE

LENE

Tras la fusión con el Gran Rizoma, las conversaciones con Coqueta se han vuelto más fluidas. Gracias a los milagros del sistema nervioso colectivo, la científica es ahora capaz de comprender razonablemente el lenguaje humano, y también intenta hacerse entender con sus órganos sonoros, pero en la mayoría de los casos aún tenemos que recurrir a la consola para interpretarlos.

Además, todavía nos cuesta comunicarle conceptos abstractos básicos como «miedo» u «obligación». Aparte de estas dificultades, las charlas con Coqueta son muy interesantes. Por ejemplo, me han servido para confirmar la existencia de facciones o grupos de opinión entre los ents. El Jefe Púrpura es el líder de la facción más dura, un clan nómada cuya ciudad no sobrevivió a la lucha contra los robots. Ellos creen que el ataque humano fue deliberado y no desean ningún acuerdo. Si supieran de las órdenes de Orstron, no duraríamos mucho… Por su parte, Coqueta pertenece a la corriente moderada que quiere saber más sobre los motivos humanos y quizás llegar a un entendimiento. La mayoría de los ents se debaten entre las dos posiciones.

También he aprendido a reconocer rangos y actitudes en los seres-planta. Los tonos de color con los que se visten son tan importantes como el número, la posición y la orientación de sus apéndices y las formas de mover los segmentos de sus extremidades. Me atrevo a decir que puedo detectar la personalidad de cada uno, si es rígida y obediente, juguetona o curiosa, y cuándo reacciona ante nosotros con agresividad, temor o interés.

En todo caso, Coqueta nos advierte de que el arreglo impuesto por la metaconsciencia del Rizoma solo ha atenuado las diferencias temporalmente. Nuestros resultados en los próximos días serán clave.

Coqueta también es responsable de organizar el grupo que nos ayuda, y nos vigila, en la investigación del prototipo. Sus asistentes han traído a la ciudad varias máquinas averiadas y las han alojado en un laboratorio acondicionado a propósito para la tarea. El transporte debe haberles supuesto un esfuerzo considerable. Mich trabaja con ellos con el objetivo inicial de restaurar las funciones

mecánicas y acceder a la programación de los robots. Mientras tanto, otro grupo de ents se dedica a seleccionar esporas que podrían absorber el oxígeno del aire y fijarlo en los minerales. Al parecer, llevan años desarrollando nuevas especies, pero no disponen de un sistema eficiente para distribuirlas por el planeta.

En un par de ocasiones, hemos visto a ents de la facción púrpura merodear por el laboratorio. Esta mañana hacen acto de presencia de nuevo, tocándolo todo e intimidando a los miembros del equipo. Coqueta se encara con ellos y les advierte de que no vuelvan a asomar sus ramas o habrá consecuencias. No consigo descifrar cuáles serían.

—Su gente nunca aceptó la construcción/creación del Gran Rizoma —dice la científica—. Le echan a Él la culpa de la catástrofe, y creen que ahora es el momento para terminar con su existencia.

—Por cierto, ¿qué longevidad tienen los ents? —pregunto con curiosidad.

—Los ents no tienen edad máxima —responde, tras ponderar la cuestión.

—Quiero decir, ¿a qué edad mueren, en promedio?

—La fase móvil dura unos trescientos años. Después formamos parte de la ciudad.

Un nuevo misterio de la biología Lakshmiana. Al igual que los insectos terrestres, parecen pasar por varias metamorfosis. Tendré que analizarlo con Dorea. Me pregunto en qué sección de los marchitos bosques se encontrarán los ents ancianos. ¿Siguen teniendo una función activa o se limitan a servir de soporte a otras plantas?

Los días pasan entre el cubículo y el laboratorio. El margen de tiempo para la huida se agota. Mich insiste en que debo aprovechar mi cercanía con Coqueta y averiguar cómo funcionan las burbujas espaciales, dónde están, cómo se manejan y qué altura pueden alcanzar. Le pido que tenga paciencia. Si los Lakshmianos intuyen que queremos escapar de una amenaza inminente, no tendrán compasión de nosotros.

En todo caso, la huida debe esperar hasta que la Argo confirme que ha recogido del asteroide el combustible necesario para el regreso. En las últimas conversaciones Dorea parece más animada, aunque todavía es escéptica respecto a un posible reencuentro. También yo tengo mis dudas, pero no quiero arruinar el entusiasmo de Mich. Su optimismo es necesario para mí. Evita que me hunda en la sensación de inutilidad que a veces me corteja.

Me pregunto si el comportamiento solícito de Coqueta se debe a que ha desarrollado un cierto grado de afecto por nosotros, o se

trata solo de su natural curiosidad científica. Quizás sea una combinación de ambos. Confieso que me siento incómodo por ocultarle lo que sabemos, que sus días están contados. He llegado a tener aprecio por los sacrificados ents y siento admiración por su tenacidad y sus conocimientos. Es una verdadera pena no poder convivir juntos y aprender unos de otros. Quizás sea una proyección de mi instinto de mediación, o el hecho de que comprenda cada vez más su lenguaje. El caso es que la extrañeza inicial se ha transformado en familiaridad y con Coqueta incluso diría que en una verdadera amistad. Va a ser duro traicionar su buena voluntad y forzarla a que nos acompañe en nuestro temerario ascenso al espacio. Le resultará todavía más doloroso cuando sepa que sus hermanos ents morirán bajo la tormenta de cianuro y fuego traída por la fragata.

¿Qué haremos con ella si llegamos a la órbita? Podríamos conservarla junto a nosotros, si es que la congelación funciona con su cuerpo leñoso. Sería la última de su especie. Si llevamos muestras de otras razas Lakshmianas, la Argo se convertirá en un arca donde preservar los vestigios de la evolución alienígena. Acaso algún día podrían arraigar de nuevo en un mundo donde no estuvieran amenazados por la Corporación.

MICH

Lene parece más relajada. Yo también. Anoche por fin hicimos el amor, la primera vez tras la muerte de Dorea. Aun así, la siento distante, como si estuviera a un millón de kilómetros. Se pasa las horas hablando con Coqueta. Según ella, para mejorar su conocimiento de la cultura ent y mantener la confianza de los bichos. Nunca la había visto tan interesada por nadie en la Academia, con excepción de Dorea y yo. ¿Estoy celoso? Por supuesto que no. Aunque sea un híbrido, Lene no puede sentirse atraída por una planta. Como mucho, se trata de una afinidad intelectual. Lo que me inquieta es que acabe sintiendo compasión por los nativos y por Coqueta en particular, un noble sentimiento que no casa bien con el plan de huida.

Necesitamos a la científica para que nos lleve a una de sus naves-burbuja. Además, me temo que ella será la única que podrá pilotarla. Mientras tanto, debemos ocultarle el destino de su planeta.

Por mi parte, bromeo y lanzo frases cariñosas a los técnicos que me ayudan con las máquinas. Incluso les acaricio las ramitas dorsales con mirada libidinosa. Pero Lene no se inmuta. Sabe que los arbustos chirriantes no son mi tipo. Aunque sean muy interesantes desde el punto de vista biológico, eso tengo que admitirlo. Las articulaciones de sus manipuladores frontales, por ejemplo, son una maravilla de la bioingeniería. Según he deducido, se mueven mediante un mecanismo de presión hidráulica que nada tiene que ver con nuestros músculos y tendones. Las finas ramas en las que terminan sus manos son capaces de una precisión inaudita. Y, por si fuera poco, los condenados aprenden rápido.

El tercer día de trabajo obtengo una prueba. Lene me ha dado la idea de acceder a los procesadores de los robots utilizando el interfaz inalámbrico de la consola que ella maneja mentalmente. Después de conseguir mover las articulaciones del robot con un sencillo programa, me sorprendo al ver que sigue abriéndose y cerrándose por sí solo, como si otra consola le enviara instrucciones. Lene asegura que no es ella quien lo hace, y la creo. No es dada a las bromas pesadas. Así que intercepto los comandos y

descubro que los dos técnicos ents que me han acompañado durante las pruebas son quienes están controlando al robot remotamente a través de su interfaz.

El suceso tiene varias implicaciones, a cada cuál más perturbadora. Resulta obvio que los ents disponen de un sistema de recepción y emisión de señales electromagnéticas. Solo así han podido detectar y replicar las instrucciones que enviaba a la máquina durante las pruebas. Y además utilizan el sistema de comunicación inalámbrico entre ellos. Los dos técnicos han aprendido el código delante de mis narices, sin usar sus colores o crujidos vocales para intercambiar información.

Sugiero a Lene que pregunte a su amiga hermafrodita por sus poderes telepáticos, pero mi compañera insiste en que no debemos levantar sospechas.

—¿Por qué va a sospechar? Nosotros le contamos todo lo que nos pregunta sobre la tecnología terrestre.

—Porque no nos importa darles esa información. Sabemos que van a morir en unos días —responde con amargura.

Como Lene no acepta preguntar a Dorea, elucubro por mi cuenta sobre el sentido telepático. Para poder recibir y emitir esas señales, el cuerpo de los ents debe tener circuitos conductores. No es tan descabellado, dada la cantidad de hierro que utilizan en la retención y el transporte de oxígeno. Si el metal forma hilos a lo largo de sus miembros, puede actuar como antena, emitiendo o recibiendo. Conectándolos a otros componentes microscópicos que ejerzan el papel de condensadores, bobinas o transistores, los troncos leñosos serán capaces de sintonizar y enviar señales en un amplio rango de frecuencias. Esa habilidad explica que convocaran con tanta rapidez a los ents de otras ciudades. Es posible también que utilizaran la comunicación inalámbrica para coordinar los movimientos de las esporas espaciales en la destrucción de las lunas.

Es una pena que Dorea no pueda examinar el cuerpo de un alienígena y desentrañar sus secretos. Coqueta sería una buena candidata. Seguro que Lene rechaza la idea, y creo que yo también. Me da repelús imaginar a la científica estirada sobre una mesa de disección.

La reprogramación de las máquinas va progresando. Hemos entrenado ya los sensores multibanda para que reconozcan el polvo y otros compuestos oxidados. Las cadenas de procesado podrán así roturarlos y depositar en ellos las nuevas cepas de líquenes y bacterias que preparan los Lakshmianos. También disponemos de unas cuantas microfactorías flotantes que los ents han rescatado del mar. Son importantes para realizar la terraformación inversa, ya

que el enorme volumen de oxígeno disuelto en el océano debe también ser consumido si se quiere recuperar el medio original.

Sin darme cuenta, me estoy tomando la tarea del prototipo más en serio de lo que pretendía. Incluso empiezo a pensar que la absurda idea de revertir la transformación del planeta podría funcionar. Tengo que recordarme de vez en cuando que es un esfuerzo innecesario e inútil, una falsa ilusión, una estratagema para ganar tiempo y dejar que los Lakshmianos se confíen. Si les muestro cómo revertir la oxidación férrica en las tierras rojizas y devolver los minerales a su forma reducida es solo para evitar que los zelotes púrpuras nos ensarten en una barbacoa.

Ojalá pudiéramos ayudar a los pobres bichos. Son extraños, pero no han hecho nada que merezca la exterminación. Sin embargo, la Argo no puede enfrentarse a una fragata militar. Ya será un prodigio digno de figurar entre las leyendas de la colonización si consigue recoger el combustible suficiente del asteroide y regresar a Itnis Cinco.

Tras terminar la jornada en el laboratorio, hablamos un rato con Dorea. Nos confirma con alegría que la maniobra de aproximación al asteroide ha concluido con éxito. El análisis espectroscópico de la superficie, vaporizándola con uno de los láseres, ha determinado que la composición es segura como combustible. Teniendo en cuenta los márgenes operativos del motor de fusión, la Argo necesitará al menos dos días para recoger el material suficiente y cinco más de regreso a Lakshmi.

Según una simulación actualizada de la trayectoria de la fragata, con suerte tendremos apenas unas horas de ventaja sobre el capitán Orstron y su misión exterminadora.

DOREA

El embudo de captura sigue colocado frente al extremo del irregular asteroide. Su superficie ha perdido unos metros de grosor con la absorción del polvo evaporado por los láseres. Controlando la potencia y la frecuencia del barrido hemos podido ionizar solo las moléculas más ligeras, como el agua y el dióxido de carbono, evitando los elementos más pesados.

La recarga no habría sido posible sin los conocimientos de química de Lene y la modulación magnética programada por Mich. Claro que ellos tampoco lo habrían hecho sin mí. El control de posición tenía que ser extremadamente preciso. No es trivial mantener estable la Argo, siguiendo la danza rotatoria de un asteroide que carece de gravedad. Por un momento veo la nave como un bebé hambriento, agarrado a su madre, succionando el alimento del pezón. Una extraña imagen. ¿Por qué me ha venido a la mente? No suelo pensar en la crianza de los niños.

—¿Cuánto queda? —preguntó a Lene, que supervisa el estado de los tanques.

—Casi está ya. Solo un poco más de agua y alcanzaremos el nivel óptimo de hidrógeno. Tardará una media hora.

—Bien. Voy a recalcular la trayectoria inicial.

El primer axioma en los cursos de navegación es que siempre se debe aprovechar la gravedad de los cuerpos celestes en un cambio de dirección. Nadie realiza un giro de ciento ochenta grados en medio del vacío y regresa por donde vino. El empuje necesario para invertir el vector velocidad de esa manera es desorbitado y lleva un tiempo enorme. Por desgracia, la masa del asteroide apenas nos sujeta a su lado y mucho menos serviría de ayuda en la maniobra. No hay ningún otro objeto en el camino con el que conseguir una asistencia gravitatoria.

Utilizo el simulador para buscar una solución intermedia que optimice el tiempo. La clave es curvar la trayectoria orientando la nave en dirección perpendicular al movimiento, y aplicar impulso sin cambiar la velocidad tangencial. De esa manera describiremos un arco circular hasta encontrarnos apuntando en dirección opuesta a la inicial. Aun así, gastaremos una buena cantidad de

combustible. Una vez completado el giro tendremos que acelerar, deshacer el camino recorrido y, más tarde, decelerar con brusquedad cuando lleguemos a Lakshmi para entrar en una órbita oblicua.

La fase más peligrosa de todo el plan es el encuentro con la burbuja de los ents. ¿Cómo igualará el movimiento de la Argo con la precisión necesaria? Una cosa es llevar esporas flotantes a una luna enorme que las atrapa con su gravedad, y otra ejecutar un acoplamiento en una órbita baja, a varios kilómetros por segundo. Fracasé decenas de veces en los ejercicios de la Academia antes de conseguir acercarme lo suficiente para que los sistemas automáticos se hicieran cargo.

La captura de combustible termina. Conteniendo la respiración, separo el cono del asteroide y alejo la nave a una distancia segura.

—Preparaos, chicos. Tendremos un impulso de dos ges durante una hora. Dejad las mascarillas de oxígeno cerca por si las necesitáis y no hagáis movimientos bruscos. Los tendones tienen tendencia a romperse en alta gravedad.

Me acomodo en la silla, preparada para la brutal aceleración. Tras varios días de ingravidez, va a ser como si me estrujaran en una prensa.

—Allá vamos.

La primera sensación es la de ser aplastada por una enorme masa que me comprime el pecho sin dejarme respirar. La violenta fuerza me exprime como el puño de un gigante cruel, los huesos se hunden en la carne y mi columna se aplasta en el respaldo. Mi consciencia queda conmocionada, como si un mamparo me hubiera golpeado el cráneo.

Con la vista borrosa, compruebo la trayectoria. Parece marchar bien. Lo malo es que mis pulmones están a punto de colapsar y siento que me falta el aire. Extiendo un brazo remiso para tomar la mascarilla de oxígeno y aspiro con fuerza. No quiero perder el conocimiento, por mucho que la Argo sea capaz de completar la maniobra sin mi supervisión.

—Están llamando… por la frecuencia militar —avisa Mich, forzando su respiración.

—La Nglfar… —respondo a duras penas—. No es un buen momento. Llamaremos luego.

Soporto el resto de la aceleración con estoicismo. Cuando creo que no voy a poder mantenerme consciente más tiempo, el motor se apaga. Celebramos la tregua con júbilo y bocanadas de aire. Aunque la ingravidez será temporal, lo peor ha pasado. La nave apunta ahora hacia Lakshmi. A partir de aquí la aceleración será nominal. Una bagatela.

—Llaman de nuevo. —Mich alza las cejas.

Hago un gesto para que se mantengan en silencio. No quiero que los militares sepan que estoy acompañada.

La voz agria de Orstron resuena en el estrecho compartimento.

—¿Qué demonios hace? Le dije que mantuviera la trayectoria.

Me muerdo la lengua para no empeorar las cosas.

—Capitán… Si su fragata no tiene intención de rescatar a mis compañeros, me veo en la obligación de hacerlo yo misma.

—Está loca. ¿Cómo va a sacarlos de allí? Mire… Haga lo que quiera, pero no interfiera con las operaciones de la Nglfar. Ya me ocuparé de usted más tarde. Si me plantea cualquier problema, no dudaré en borrar su nave del universo sin pestañear.

—No se preocupe —contesto con frialdad—. En cuanto mis compañeros estén a bordo, puede mandar su jodido planeta al infierno. Itnis Cinco no nos ha traído más que disgustos.

LENE

Cuaderno de notas. Día veintisiete. Ha pasado casi un mes desde que avistamos Itnis Cinco por primera vez y ahora nos estamos preparando para dejarlo. La Argo sigue acercándose a la máxima velocidad, pero su ventaja es incierta; depende de las decisiones de Orstron, de cómo se aproxime al planeta y de cuándo decida lanzar los proyectiles. Si opta por la vía más rápida, es posible que no tengamos margen para escapar y encontrarnos con Dorea.

El tiempo es crítico y, sin embargo, no sabemos cuánto llevará la ascensión y aceleración de la burbuja. Ignoramos las horas que se necesitan para preparar la nave biológica de los Lakshmianos, realizar el despegue, atravesar la atmósfera y acelerar a una órbita adecuada. Sin esa información es imposible decidir en qué momento debemos partir. Un cohete típico deja la atmósfera en pocos minutos, aunque tarda mucho más en preparar un encuentro orbital. Por lo que sabemos, las burbujas de los ents no utilizan un sistema de propulsión convencional. De hecho, no conocemos nada sobre ellas. Tengo que dar la razón a Mich. No me queda otro remedio que preguntar a Coqueta, si queremos tener una posibilidad de éxito.

Espero hasta que mi amiga entra al cubículo como cada mañana. La escolta de ents se queda fuera. Vemos sus difusas siluetas a través de la membrana mientras Coqueta, envuelta en su máscara protectora, nos da los buenos días y reparte el desayuno, una variante de la sopa condensada y los bollos crujientes con que nos obsequia siempre.

—Gracias, Coqueta —respondo.

Según ella, la escolta es una medida de protección. Teme que los púrpuras fuercen un enfrentamiento para desprestigiar nuestra buena conducta y justificar su posición. Por su lado, Mich piensa que es una mera excusa para mantenernos vigilados. Supongo que nosotros haríamos lo mismo. No nos gustaría tener una pareja de invasores y verdugos potenciales vagando libremente por las calles de la capital.

—Coqueta, antes de salir… —La detengo—. Nos gustaría planificar el procedimiento para regresar a la Argo.

Hago una pausa hasta que la ent confirme que ha entendido. Luego continúo con precaución.

—Para ello necesitaríamos saber cuál es el plan de vuelo de la burbuja, especialmente el tiempo que tardará en ascender a la órbita baja, qué aceleración máxima puede desarrollar y qué capacidades de localización y acople tiene.

Coqueta asiente. Permanece un tiempo observándonos, orientando sus sensores hacia uno y otro. Interpreto sus gestos como una duda, o quizás está utilizando el sentido telepático para consultar con sus superiores.

—No hay prisa —responde al fin—. Tendremos tiempo.

Menos tiempo del que nos gustaría.

Como suponía, Mich interviene al fin. Desde luego, la delicadeza no es su fuerte.

—Escucha, Coqueta… Estamos trabajamos duro en la modificación de las máquinas. A cambio habéis prometido llevarnos a nuestra nave para colonizar otro mundo. Hemos demostrado tener buena voluntad. Ahora os toca a vosotros.

Mich olvida que la relación con los ents no es simétrica. Nos encontramos en una posición de inferioridad que no nos permite plantear exigencias.

Busco un argumento diferente que pueda convencer a Coqueta.

—Dirigimos nuestra nave en aproximación a Lakshmi y tenemos que calcular la ventana de tiempo disponible. Si no, la Argo desperdiciará su combustible y quizás no podamos conseguir el encuentro.

La ent ladea sus ramas posteriores denotando incomprensión. Lo intento de otra manera.

—Explícanos cómo funciona el ascenso y la aceleración de la burbuja. Quizás así podremos hacer la estimación que necesitamos.

—Queréis una descripción de su funcionamiento. —Coqueta parpadea y rechina.

Mich se lleva las manos a la cabeza, exasperado.

—Una descripción es mejor que nada —le digo para apaciguarlo.

Dado su limitado vocabulario, la explicación de Coqueta parece una clase infantil. Deducimos que en un primer momento las burbujas ascienden mediante flotación aerostática —¿se calienta como un globo?—, aprovechando las corrientes térmicas de la atmósfera. Una vez alcanza las capas altas, la burbuja utiliza los vientos estratosféricos y más arriba aún, cuando el aire comienza a enrarecerse, sus alas se adaptan para impulsarse con el campo magnético del planeta y la presión solar. Como sospechábamos, los ents dominan la interacción con las radiaciones electromagnéticas. Sus cuerpos las utilizan para comunicarse a distancia y sus naves

para orientarse en el espacio. La tecnología humana se ha desarrollado dominando materiales externos a nuestro organismo, metales, plásticos y aleaciones de nanomateriales. Por su parte, los ents controlan la bioquímica y la fisiología de las especies, convirtiéndolas en herramientas, sean robots orgánicos o naves constituidas por tejido vivo.

—¿Podrá Dorea hacer una estimación precisa? —pregunto a Mich.

—Supongo que tendrá que medir el campo magnético del planeta, aunque no le servirá de mucho sin saber cuál puede generar la burbuja. Coqueta…

Vemos las ramas posteriores de la ent desaparecer a través de la membrana de salida. Dudo que consigamos sacarle más datos.

MICH

Algo no me huele bien, y no me refiero solo al rincón del cubículo donde evacuamos. Mis conocimientos de física dejan bastante que desear, pero las explicaciones de Coqueta me resultan un tanto fantasiosas. Escapar de la gravedad del planeta sin gastar combustible, sin etapas de propulsión, sin ascensor… Si fuera tan fácil, los humanos lo habríamos descubierto hace tiempo. La historia de cómo destruyeron sus lunas es consistente con lo que sabemos, pero en aquella ocasión tenían el ascensor desplegado por los robots.

Por otra parte, quizás el Gran Cerebro los haga más listos. Es posible que hayan encontrado en la biología una manera de resolver problemas inabordables para nosotros. Al fin y al cabo, nuestras propias células son perfectas nanomáquinas cuyas complejas funciones apenas comprendemos. Los robots replicantes con los que colonizamos otros mundos son una imitación chapucera de las capacidades metabólicas y reproductivas de la vida. Si una civilización ha conseguido dominar esa piedra filosofal, las posibilidades son infinitas.

Sin embargo, estoy convencido de que Coqueta no nos ha dicho toda la verdad. No me da tiempo a advertir a Lene, que sale del cubículo como una obediente mascota tras su ama.

Aprovecho para grabar un rápido mensaje a Dorea. Le resumo lo que Coqueta nos ha contado sobre la portentosa combinación de ascensión aerostática, impulso solar y aceleración electromagnética que debería llevarnos a la Argo. Sé que los datos no son suficientes, pero le pido que nos dé una estimación sobre el momento adecuado para el despegue. Al final del mensaje, mi voz se quiebra. Le confieso que me muero de ganas de estrecharla en mis brazos. Pienso en decirle que lamento mi insistencia en bajar a la superficie, que tenía razón al preferir seguir en el espacio, pero uno de los guardas me llama desde el exterior del cubículo. Su desagradable chirrido se transmite hasta mis dientes.

—¡Ya voy, ya voy! No tengo ni un segundo de intimidad.

Cuando llego al taller, Lene ya ha organizado los turnos de trabajo con Coqueta. Mi tarea es reprogramar los sensores gaseosos

de los robots marinos para detectar la concentración de oxígeno en lugar del dióxido de carbono. Como si fuera tan fácil. Lene olvida que no soy químico.

No consigo concentrarme, entre los chasquidos y destellos coloreados de los ents, las imprecisas traducciones de la consola y mis propios pensamientos, que se desvían invariablemente hacia el espacio y la mujer que nos espera. Por si fuera poco, a mediodía recibimos la visita inesperada de varios individuos que, a juzgar por los aderezos que los decoran y su actitud mal encarada, deben ser burócratas o miembros de las fuerzas de seguridad.

—No hay buenas noticias —transmite Coqueta en su lengua imperfecta—. La facción púrpura ha solicitado una demostración para mañana y la decisión está tomada.

—Mañana es demasiado pronto —responde Lene con diplomacia —. Todavía no tenemos las cepas necesarias para mostrar las reacciones.

—Usemos las simulaciones —ofrezco como alternativa.

—No simulaciones —replica Coqueta—. Insisten en prueba real.

Pues lo tenemos crudo.

—Pensaremos en algo —dice Lene, siempre positiva.

A medida que avanza el día queda claro que no estamos preparados para producir la impresionante demostración que reclaman los ents. Durante una pausa, planteo a Lene un ultimátum.

—Debemos marcharnos, esta misma noche —susurro, alejados de los ents.

—¿Sin la estimación para el ascenso? —Arruga sus finos labios —. Es mejor no precipitarse.

Siempre soy yo el que tiene prisa, el que hace las cosas sin pensar. Vale, lo acepto. Pero en este caso la urgencia está más que justificada.

—Es preferible salir pronto que hacerlo tarde —argumento—. La burbuja nos permitirá seguir en suspensión aerostática tanto tiempo como queramos, flotando fuera del alcance de los ents. Esperaremos en la atmósfera a que Dorea nos dé luz verde y entonces continuaremos subiendo hacia la órbita.

Siento en mis carnes el apremio del momento. Si esperamos a la mañana siguiente y el ascenso resulta ser más largo de lo previsto, ya será demasiado tarde. No soy estúpido. Me doy perfecta cuenta de que Lene se resiste a abandonar a los ents, pero no tiene sentido que perezcamos abrasados con ellos. Seguimos teniendo una misión que cumplir para la humanidad.

Tras unos momentos de sigilosa discusión, consigo convencer a Lene. Decidimos esperar a que los ents se vayan a dormir. Nunca dejan guardias durante la noche. Por lo visto, confían en atraparnos

con facilidad si escapamos a esas horas. Pronto averiguaremos si están en lo cierto.

Coqueta nos lo pone fácil, pues se empeña en acompañarnos durante la cena. La veo preocupada por la demostración del día siguiente. Quiere repasar lo que presentaremos a los dignatarios. Imagino que se juega su prestigio y quizás su cuello raquítico.

Una vez apuramos los cuencos, Lene y yo nos miramos en silencio. Ella debe hablar con la científica, aprovechando su buena relación.

—Sentimos hacer esto, Coqueta, pero no tenemos otra alternativa. —Modula los labios frente a su nódulo central—. Tienes que llevarnos hasta la burbuja espacial. Ahora.

Sin demasiada sutileza, le muestro el soldador que he sacado del taller. El cuerpo seco de Coqueta ardería con rapidez en el interior oxigenado del cubículo. En el exterior tendré que intimidarla de otra forma. Lene aprovecha el estupor de su amiga para colocarle la malla metálica que hemos preparado. Evitará que reciba o envíe señales electromagnéticas para comunicarse con otros ents.

Coqueta no dice nada. Sus ramitas, siempre agitadas, se han quedado agarrotadas.

—Por favor. No tenemos tiempo —le suplica Lene.

Noto como su voluntad cede, más apesadumbrada que furiosa. Nos acompañará.

Antes de abandonar por última vez nuestro alojamiento, recojo la mochila con las bolsas de sopa que hemos acumulado en los últimos días. Es todo lo que vamos a llevarnos de este planeta maldito.

Coqueta no opone resistencia al caminar por los oscuros pasadizos. Viendo su talante cooperativo, aceptamos la sugerencia de subir a una plataforma deslizante. Sabemos que los ents la utilizan como medio de transporte. Una vez encima, la barquilla se desplaza sobre un camino delimitado en el suelo, atravesando una secuencia interminable de túneles.

—¿Por qué debéis marcharos? —pregunta la ent al salir del último tubo.

Lene me consulta con ojos suplicantes. No podemos decirle la verdad. Si sabe que su planeta va a ser destruido por una nave humana… Se negará a ayudarnos.

—No te preocupes por nuestra marcha. —Lene contiene sus lágrimas híbridas—. Ya hemos dado los primeros pasos para reconstruir vuestro planeta y continuaremos… continuaremos ayudándoos desde el espacio. Vosotros podéis completar la tarea.

—¿No podemos ofrecer nada para que os quedéis? —responde ella, también emocionada.

Lene coge una de sus extremidades leñosas. Ignoro qué significado tendrá el gesto para Coqueta, pero no parece importarle.

—Tenemos que continuar —interrumpo.

Sus brazos se separan.

Utilizo el inútil soldador para indicar a Coqueta que siga adelante. Nos lleva hacia un inmenso muro, adornado por la débil iluminación de unas franjas bioluminiscentes. La ent manipula una membrana poligonal, que responde abriéndose a un amplio recinto circular.

En medio del ruedo se levanta una forma ovoide sostenida por gruesos tallos flexibles. La burbuja, más ancha por su parte superior, está cubierta por hojas plegadas en diferentes capas, como las de una col. Adivino que, llegado el momento, se abrirán para formar alas, paneles solares o aletas magnéticas.

Alzo la vista. El espacio cilíndrico se prolonga a través de los niveles de la ciudad, hacia lo alto. Las líneas luminiscentes de sus paredes continúan hasta la abertura superior, protegida por una tenue pantalla que deja ver a su través el cielo nocturno de Lakshmi.

Un pitido de alarma rompe el tétrico silencio. Me sobresalto pensando que nuestra huida ha sido descubierta, pero se trata de una alerta de la consola.

Nos llaman desde la Argo.

DOREA

Una larga estela de plasma señala la posición de la fragata Nglfar en la imagen infrarroja. Tras posponer la deceleración hasta el último minuto, nosotros también frenamos a máxima potencia. Amenazando la integridad de nuestros huesos, hemos conseguido una minúscula ventaja en la carrera hacia el planeta; apenas unas horas de adelanto.

Sin embargo, el dolor de nuestras articulaciones no nos servirá de nada. He analizado con mis compañeros de la Argo la somera descripción de Coqueta, los supuestos mecanismos de la burbuja espacial, y el plan de rescate se ha esfumado como un bonito sueño.

Previsiblemente, Mich reacciona con indignación.

—¿Cómo que imposible?

Tras el exabrupto, su voz se aleja.

—¡Lene, pregúntale a tu amiguita! —Escucho con el eco de un amplio espacio.

Mich regresa, más calmado.

—Lo sospechaba, Dorea, pero pensaba que si habían enviado naves a destruir las lunas, podrían sacarnos del planeta. ¡Nos han mentido!

—El problema es el peso —le explico—. No es difícil levantar un puñado de esporas en el aire, empujarlas con la radiación solar como dientes de león en la brisa de Silenia. ¿Recuerdas? Pero ni siquiera un tornado, y mucho menos el campo magnético de Lakshmi, serían capaces de llevar un cuerpo humano a la órbita y empujarlo a siete kilómetros por segundo para encontrarse con la Argo. Hemos… he calculado que sería necesaria una vela de mil kilómetros cuadrados y un mes entero de empuje para conseguirlo.

El altavoz se queda mudo. En la Argo, Lene me mira con pena desde la terminal. Imagino que así estará sintiéndose también su gemelo. Lo sé. Tanto esfuerzo para nada. Al final, nuestros compañeros han quedado atrapados en un sumidero del destino, en su propio agujero negro, sin salida.

Me enfrento al silencio de la radio.

—Escuchadme. He pensado en una alternativa. Atacaré a la fragata. El embudo de la Argo es grande. Podría atraparla con él.

—Eso sí que es imposible —responde Mich, áspero—. Tienes más probabilidades de darle con un láser a un mosquito que vuela a diez kilómetros. Además, su radar detectaría la aproximación de la Argo. Los cañones de plasma os desintegrarían antes de que les dierais las buenas noches.

—Pero…

Busco ideas desesperadas. Los ruidos del altavoz me confunden. ¿Qué sucede? Mich está gritando a alguien. La voz dulce y clara de Lene le sustituye.

—No te preocupes por nosotros, Dorea. Seguid vuestro camino. Lo importante es preservar a los embriones y el material. La misión puede continuar en el siguiente planeta, en Itnis Seis. Échale un vistazo.

Aparto de un manotazo mis lágrimas. Había olvidado la existencia del otro mundo.

—Lo he observado, Lene. Es demasiado bueno para ser cierto. Si los sensores no se equivocan… Suena ridículo, pero te juro que es lo que dice la espectrometría… Hay un porcentaje ideal de oxígeno. Su atmósfera está perfectamente terraformada. Y tiene una enorme luna.

—¿Y sus biomarcadores? —responde.

—Posible vida microbiana. Es la única explicación para las lecturas. Otra evolución paralela. Quizás hubo una temprana polinización cruzada entre los dos mundos.

—Pues pon rumbo allí —sugiere Lene, a su pesar—. Desciende a la luna y programa a los robots mineros para construir otro ascensor. Entonces…

No soy la única a quien le dominan los sentimientos.

—Podrás congelarte y despertar con nuevos compañeros —consigue decir.

Ninguno de los dos conseguimos añadir nada. Al final, la comunicación se corta.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Mich, a mi lado.

—Ya lo has oído. Vamos a Itnis Seis. Nos aproximaremos a Lakshmi y dejaremos que su gravedad nos impulse.

Con un escalofrío, me pregunto si contemplaremos el fin del planeta o giraremos las cámaras para que apunten hacia nuestro nuevo destino. Itnis Seis. Allí empezaremos de cero. Trataremos de borrar el recuerdo de su planeta hermano, un mundo que no nos estaba reservado.

LENE

Cierro la llamada al ver que Mich se ha enzarzado con Coqueta junto a la nave Lakshmiana, que nos observa como un monumento a nuestra estupidez.

Esquivando las sacudidas desesperadas de Coqueta, agarro el brazo de Mich antes de que hunda el soldador en el cuerpo de la científica.

—¡Déjala! —le grito con todo el enojo del que soy capaz.

Él sigue encarado con mi amiga ent, oculta tras su ramaje tembloroso.

—¡Nos ha mentido! Esta ridícula burbuja no nos va a llevar a ningún sitio.

—¿Es cierto, Coqueta? —pregunto, ansiosa.

No necesito la consola para comprender su respuesta.

—Es la verdad —chirría—. Os pido perdón. No fue mi idea engañaros. El Gran Rizoma calculó la mejor estrategia por el bien común. Es su función.

—¿El bien común? ¡Y a nosotros que nos den! —protesta mi compañero.

—También les hemos mentido, Mich —le recuerdo—, y las consecuencias de nuestro engaño son mucho más graves. Los ents solo querían que reparáramos el daño que habíamos causado.

La boca de mi amigo se abre tras la mascarilla, buscando palabras para refutarme, pero los crujidos de Coqueta se le adelantan.

—¿Cómo habéis mentido a nosotros? —dice con retorcida gramática.

El rostro redondeado de Mich oscila.

—Nos eliminarán —me advierte.

—Vamos a morir de todas formas. Tienen derecho a saberlo, a decidir cómo emplear sus últimas horas. ¿No crees?

Los sensores globulares de Coqueta me enfocan tras su malla metálica. Me pregunto si sabe que los círculos móviles abiertos en mi cara cumplen el mismo papel. Nunca se lo he explicado.

Extiendo un brazo hacia la abertura del techo. Mis labios se mueven con cautela.

—Hay una nave humana en camino. Lleva armas temibles que destruirán toda la vida en el planeta. Por eso queríamos huir.

—¿Destruir? ¿Cualquier vida? —repite, tratando de asimilar las palabras.

—Los refugios subterráneos no os salvarán esta vez —le advierto—. Primero, la atmósfera se transformará en un veneno mortal y luego arderá por completo en pocas horas. Una gran tormenta de fuego os arrebatará el aire para siempre.

—¿Por qué? —pregunta Coqueta, agitada—. ¿Por qué los humanos desean eliminar nuestro mundo?

Para mi asombro, es Mich quien responde, como si quisiera defender la maltrecha honorabilidad de la raza terrestre.

—No sabemos por qué. Deben tener miedo de vosotros. Hablamos con esa nave. Dijeron que cumplen órdenes, pero es imposible comprobarlo.

He estado muy ocupada para pensar en ello, o quizás lo he evitado inconscientemente. Escapa a mi capacidad de análisis racional. ¿Cuál es el motivo tras la desproporcionada respuesta militar de la Corporación? ¿Tanto temen compartir un rincón de la galaxia con benévolos seres vegetales? Si los ents se enfrentaron a los robots fue para defender su existencia, sus ciudades, su hogar… La Corporación se extiende por cientos de mundos. ¿Qué les importa conquistar uno más o menos? ¿No son capaces de apreciar la maravilla que supone haber encontrado una biología diferente, llena de sorpresas? Hemos tenido la suerte de descubrir otra civilización inteligente con la que poder comunicarnos, de la que tanto podríamos aprender.

Nos quedamos en silencio, abatidos, sobrepasados por una situación que nos supera. Pero esto no puede terminar así —me rebelo contra mi propia impotencia—. Tenemos que detener el genocidio.

Sin embargo, siento que los hados se empeñan en robarnos los últimos restos de esperanza cuando se abren las entradas laterales del puerto espacial. Desde extremos opuestos, sendas hordas de guerreros ents invaden el recinto. Antes de darnos cuenta, estamos rodeados y atados de brazos y piernas por las lianas surgidas de los cuerpos pintados de púrpura.

Coqueta entabla una ruidosa y colorida discusión con los guerreros. La consola lucha por traducir la cacofonía.

—¿Por qué estáis aquí? Engaño del prototipo… No van a escapar… —rugen las voces de madera.

Coqueta trata de hacerse oír entre el tumulto, ataviada con la malla metálica.

—¡Han venido conmigo! ¡Han venido conmigo!

La gran figura del Jefe Púrpura surge de la penumbra. Sus hombres se apartan para dejarle paso. El poderoso ent nos observa con rigidez glacial y luego, de un latigazo, arranca el soldador de la mano de Mich. Otro rápido movimiento de sus extremidades lanza a mi compañero al suelo.

Con un gruñido triunfante, el jefe levanta la vara metálica del soldador en el aire. Los guerreros rugen mientras su líder se abalanza encima de Mich, sujetando sus brazos y piernas contra la tierra. El soldador se alza entonces sobre su cabeza como un garrote, preparado para golpearle.

Intento adelantarme, pero la zancadilla de un guardia me hace caer también. El robusto brazo del jefe baja con fuerza inusitada hacia el rostro de mi amado. Escucho el horrendo chasquido de huesos que se quiebran.

Pero no son huesos, sino un par de brazos de Coqueta, rotos por la violenta embestida del soldador. La científica se ha interpuesto para salvar al caído y se derrumba retorcida por el dolor. El jefe se queda mirándola, paralizado.

Arrastrándome hacia la pobre ent, consigo quitar la malla metálica que cubre su nódulo central. Mich la observa, estupefacto.

Algo extraño sucede. Los ents púrpuras, incluido el jefe, se retiran mostrando signos de nerviosismo. Entonces se ponen a temblar como si hubieran sido alcanzados por una descarga eléctrica. Cientos de ramitas chirrían con perfecta sincronización.

—El Gran Rizoma desea calma —retumba la voz colectiva—. No más violencia sin sentido. Es mi mandato que sea celebrado inmediatamente un juicio para decidir el futuro y qué acciones tomaremos con los extranjeros.

Los ents despiertan de su breve trance. Cuando nuestras ataduras desaparecen, Mich y yo nos levantamos para ayudar a la pobre Coqueta.

Acecho los ojos de mi compañero. ¿Ha sentido lo mismo que yo? La voz del Rizoma no solo resonaba en la cúpula. También lo ha hecho en el interior de mi mente.

MICH

Furia. Las emociones han jugado conmigo como olas zarandeando un cuerpo sin vida. He atacado a Coqueta, deseando que sus ramas ardieran y se quebraran en mis manos, volcando sobre ella toda mi frustración. «Sin los malditos ents —pensaba—, nada de esto habría sucedido; tendríamos un paraíso creado por los robots, donde nos multiplicaríamos en paz de acuerdo con protocolos milenarios, y la Corporación no habría tenido necesidad de esterilizar un planeta rebelde. La existencia de la absurda civilización vegetal nos ha privado de un destino con el que soñábamos».

«¡Nosotros también tenemos derecho a proteger nuestra existencia!», me digo mientras lucho por abrirme camino hacia el cerebro verdoso de Coqueta, con el atávico odio a los extraños nutriendo mi ira.

Remordimiento. Lene me ha salvado de lo peor de mí mismo, una vez más. Cuando pienso que casi he segado la vida de la científica, y que ella me ha salvado de un ataque igualmente bárbaro, defendiéndome de otro individuo poseído por el miedo… La vergüenza me hace pensar en arrojarme a los pies bífidos de Coqueta y suplicarle perdón. Debería humillarme y llorar ante sus frágiles brazos rotos por el golpe que iba dirigido a mi rostro. Pero ¿cómo podría perdonarme? Mi arrepentimiento solo resultaría abyecto y torpe.

La *depresión* que me invade. ¿Es así como uno se siente cuando tiene la certeza de que morirá pronto, cuando la última apelación ante la fortuna es rechazada y cae el velo que ocultaba el sinsentido del universo, la indiferencia de la materia ante el insignificante parásito que es la vida?

Me *sonrojo* al imaginar cómo los torpedos desgranarán su veneno asesino sobre un planeta ya enfermo. Quizás para aplacar mi amargura, imagino por un instante que puedo neutralizar tanto encono con un gesto de entereza, un golpe de mano como el de Lene al apartarme de mi víctima. ¿Acaso la tripulación de la fragata carece de raciocinio y compasión? ¿Son simples células en el rizoma de la Corporación? ¿Les mueve la misma cólera ciega que me

dominaba hace un momento?

Veo idéntica furia en los rostros multifacetados y los pedúnculos disonantes que han irrumpido en el espaciopuerto. Los ents púrpuras llegaron para cobrarse su venganza. No quiero morir así, ensartado por la turba.

Impotencia. Mis manos están atadas y mis piernas resultan inútiles. Intento romper las ligaduras, pero son muy fuertes o mi esperanza demasiado débil. Me encuentro indefenso ante el rugido de la masa. El brazo del jefe alzado sobre mí, empuñando el soldador para acabar con mi miseria.

Y entonces Coqueta y Lene me han salvado, la primera con sus miembros endebles, la segunda con su mente tranquila y despierta, librando a la ent de la malla metálica que le impedía comunicarse. *Admiro* el valor de ambas.

Después, la presencia del Rizoma lo ha llenado todo, encarnándose en cada membrana y cada conducto de la ciudad, surgiendo de los individuos que la forman y al mismo tiempo penetrando en ellos. Las órdenes de su voz omnipresente no admiten objeción. Acepto su necesidad lógica y manifiesta, las asumo como mis propios deseos. Habrá un juicio definitivo y nuestras mentes serán escudriñadas sin piedad.

Por fin, mis emociones son barridas con misericordia. Solo queda de mí una cáscara vacía y agotada, sin impulso ni rumbo. A pesar de ello, una misteriosa fuerza me pone en pie. El laberinto orgánico de la ciudad se mueve a mi alrededor, o soy yo quien se desplaza a su través, siguiendo la circulación silenciosa de los fluidos nocturnos. Mi presente avanza sin pausa hacia un futuro demasiado próximo. Mi cuerpo está condenado por el tiempo a no regresar jamás por donde vino. Mis acciones quedan fijadas para siempre en el pasado, inmutables.

Despierto del trance, que parece haber durado una eternidad. Ya no estoy allí, sino aquí, en la oscuridad del cubículo, con Lene tumbada junto a mí. Me agarro a ella tan fuerte que me duelen los brazos, la beso y me hundo en su boca.

Una vez saciada mi sed de labios, le pregunto.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? —Su voz suena preocupada.

—Uf. Ha sido extraño. Tenía la sensación de verme a través de otros ojos, como si alguien observara mis pensamientos desde fuera. No sabía si era el presente, el pasado o el futuro.

—¿Escuchaste la voz del Rizoma, dentro de ti?

Repaso mis impresiones.

—Era, más bien, como si me hubiera fundido en un magma.

—Creo que la mente colectiva intenta comprendernos, compartir

nuestra inteligencia.

En otras circunstancias la idea me resultaría aterradora. Pero la insólita experiencia ha drenado mis miedos. Me siento ligero como un orni abandonado a la dirección del viento. Solo una punzada de dolor me atraviesa.

—¿Cómo está Coqueta? Me salvó la vida.

Las finas manos de Lene se unen a las mías.

—Se encuentra bien. Van a hacerle algún tipo de operación, pero parece que las consecuencias no son graves.

Los ents son magos de la biología. Deben tener remedios que les permitan recuperar sus extremidades, suplico en silencio.

Intento dormir, pero las tinieblas del habitáculo están cargadas de presagios.

—El Rizoma ha convocado un juicio —digo al ver que Lene tampoco consigue conciliar el sueño—. Los púrpuras querrán castigarnos por la huida, y por ocultarles la presencia de la fragata.

—Será como en los antiguos mitos —comenta Lene—, cuando los dioses pesaban las almas de los muertos y decidían si entraban en el cielo o se condenaban al infierno.

—Me temo que al cielo ya no llegamos.

Lene se ríe y me acaricia la mejilla.

—Sigues siendo el Mich de siempre. No sé qué quiere el Rizoma entrando en nuestras cabezas, pero al menos no las ha cambiado.

—Pues es una pena. Me vendría genial un poco de sensatez.

¿A qué vienen mis bromas? ¿Es solo risa histérica, para proteger mi cordura de la inminente aniquilación? No quiero ver cómo muere el planeta. No deseo contemplar el apocalipsis cara a cara. Ojalá que el Gran Rizoma nos envíe a su nirvana vegetal antes de que el aire arda en llamas.

DOREA

La larga frenada nos ha agotado, pero decidimos sobreponernos al cansancio y salir de los asientos acolchados. Tan rápido como nos permiten las piernas, caminamos por el círculo sin fin de los vagones. Necesitamos ejercicio para tonificar los maltrechos músculos y reforzar nuestra débil voluntad de continuar viaje más allá de Lakshmi.

Lene avanza el primero, sorteando obstáculos y atravesando las compuertas ovales como si explorara un bosque encantado. Nunca pierde su energía ni su ecuanimidad, sigue adelante sin esfuerzo aparente. Por el contrario, Mich remolonea detrás de mí, gruñendo algo sobre «perder el tiempo persiguiendo nuestros culos», aunque no deja de mirar el mío.

Llegamos por tercera vez al compartimento de las copias y atravesamos el angosto hueco entre los nichos. Trato de ignorar las siluetas de los cuerpos que aún permanecen congelados, pero su visión me da escalofríos.

En el siguiente vagón pasamos por los contenedores refrigerados que albergan a los embriones.

—¡Ya está bien! —protesta Mich, golpeando una de las cápsulas.

—¿Qué pasa? —Lene se detiene delante.

—Venga —le regaño—. No llevamos ni cinco minutos de pie.

Me condena con una mirada de incredulidad.

—¿Es que no vamos a hacer nada? ¡Somos nosotros los que estamos ahí abajo! Ese Lene es idéntico a ti. —Le señala—. Podría haber sido nuestra consciencia la condenada a morir de forma injusta. ¡Vamos! Son nuestros cerebros, nuestros corazones, ¡la misma identidad!

—Es como la teoría de los mundos múltiples —apunta Lene—. El gato se despierta vivo en una realidad y muerto en otra.

—¿Qué gato? —refunfuña Mich— Estoy hablando de nosotros y los de la superficie. No podemos abandonarlos como si fueran plantas. ¿Cómo os sentiríais si vuestro hermano gemelo os viera morir sin mover un dedo?

—No saben que estamos… —comienza Lene.

—¡Por las barbas de Orión, deja de usar la lógica por un

momento!

El grito de Mich corta en seco la conversación. Nunca lo he visto tan furioso. Nuestros corazones están rotos y cada uno lo procesa de una manera.

—Perdonad. No puedo quedarme así, sin hacer nada —explica, cabizbajo.

Lene sigue caminando con pasos cortos y lentos. Le seguimos mecánicamente.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunta, sin girarse—. Mich, tú eres el especialista en ideas imposibles.

—Sé que ya lo hemos descartado, pero ¿por qué no utilizamos el cono de captura? Si llevamos la Argo hacia una órbita de encuentro con la Nglfar y soltamos el embudo en el momento adecuado, quizás les demos en las narices. A esa velocidad, el impacto haría pedazos la fragata.

—Nos verán mucho antes —argumento como el Mich de la superficie, ciertamente más sensato.

—Si soltamos el embudo con bastante antelación es posible que no lo detecten —sueña Lene.

Interrumpo la discusión con un gesto. Detesto ser la adulta de la clase, pero huir de la realidad no es la mejor forma de afrontar el duelo.

—Mirad… También yo sufro por ellos. No podéis acusarme de rehuir el peligro. Decidí seguir adelante con la recarga de combustible y regresar para salvarlos, pero las leyes de la física son las que son. Ya consideramos la opción de la embestida antes, y aceptamos que es una locura arriesgar la Argo en un enfrentamiento con los militares. Es natural que nos sintamos culpables, pero debemos pensar en las vidas que guardamos a bordo. No es un cálculo de sumas y restas, es simplemente que tenemos otros Michs y Lenes a los que salvar, y a miles de futuras personas que nacerán cuando llegue el momento.

Agotada, me apoyo sobre una compuerta, sintiendo la fría vibración de la maquinaria que nos mantiene con vida. Solo nos protege una frágil cáscara.

—La fragata detectaría el cono a decenas de miles de kilómetros —insisto—. Sus radares están diseñados para ello. La IA militar reaccionaría con una velocidad increíble sin que mediara ninguna decisión humana. Incluso si consiguiéramos apuntar exactamente a la Nglfar y los cañones de plasma no destruyeran el embudo, el programa de evasión desviaría la nave para evitar la colisión. Luego volatilizaría el escudo y atacaría a la Argo. No veo a Orstron muy predispuesto a perdonarnos la vida. Está obsesionado con su misión de aniquilar el planeta. Lo demás no le importa… Lo siento. Ojalá

existiera una forma de salvarlos.

Gravitamos los tres hacia un abrazo que no nos libera de la angustia, pero al menos hace que nos sintamos acompañados. Luego continuamos con el periplo alrededor del eje, forzando los pies a avanzar un paso detrás de otro.

Con los ánimos consumidos, nos detenemos al pasar de nuevo por el módulo de control. Tengo la impresión de que la turbulenta imagen de Lakshmi se ha agrandado. La línea que separa el día de la noche también se ha movido. Es la única certeza. Nos acercamos por última vez al planeta nuboso, un convicto inocente que espera a ser ejecutado.

Pensamos en varias tareas para mantenernos ocupados. Mich comienza a programar la factoría que creará la primera generación de robots mineros, encargados de recoger materiales en la luna de Itnis Seis y construir el ascensor. Lene, por su parte, decide analizar en detalle la espectrografía de la futura colonia y afinar los datos de su composición en busca de otros marcadores biológicos.

Mientras tanto, comienzo a simular la trayectoria que nos llevará por encima de la atmósfera de Lakshmi para luego empujarnos lejos de él.

De reojo, compruebo que la Nglfar sigue su aproximación. Si escogen una órbita con el sentido de giro del anillo, como es natural, llegarán al mismo tiempo que la Argo.

LENE

Cuaderno de notas. Día veintiocho. La claridad que se difunde a través de los muros vivos de la cúpula nos despierta. Ha sido una noche larga y poco reparadora. Además de mis atareados pensamientos, el agitado sueño de Mich también ha interrumpido mi descanso.

Es el día en que debíamos realizar la demostración de las máquinas. En el fondo, lamento no poder enseñar a los ents nuestros progresos. Hemos trabajado duro para que los viejos cacharros volvieran a funcionar. Aunque no fueran perfectos, habrían dado a los seres-planta una bocanada de ilusión antes de su brusco final. En cualquier caso, sospecho que el programa de actividades ha cambiado. Nosotros somos ahora el espectáculo.

Aprovechamos la soledad del amanecer para llamar a Dorea. Tenía la esperanza de un cambio de última hora en los planes de la fragata, pero la Argo no reseña nada nuevo. En un día, la nave de la Corporación alcanzará el periapsis. Poco después llegará la Argo y ejecutará una maniobra de asistencia gravitatoria que la impelerá hacia Itnis Seis. Al menos, ellos estarán a salvo.

No tiene sentido asustar a Dorea con nuestra situación. Solo le comentamos lo que ya sabe: que nos mintieron acerca de las capacidades de la burbuja y que la operación de huida ha sido cancelada. La tristeza de su voz me conmueve. Quizás ella también tenía esperanzas de escuchar buenas noticias por nuestra parte.

—Tú debes seguir viva —la alienta Mich—. Alguien tiene que conservar el recuerdo de lo sucedido en este planeta, hablar de la existencia de los ents y contar su genocidio. Graba un informe y programa la antena para que lo envíe a todas las colonias.

—Eso sería peligroso, Mich —le advierto—. Si Orstron intercepta esas señales, no dudará en destruir la Argo.

—Pues escribe un diario secreto o pinta garabatos en las paredes —sugiere Mich, medio en serio—, pero no dejes que se esconda la verdad. No debe perderse el conocimiento de lo que hemos descubierto en Lakshmi.

Es posible que no sea la primera vez que la Corporación extermina todo rastro de otra civilización. Quizás realizan esta

limpieza de manera sistemática por toda la galaxia. ¿Cuántos casos similares permanecen ignorados, cuántas civilizaciones perdidas?

La llegada de Coqueta interrumpe nuestra conversación con la Argo. Nos sorprende verla en pie a pesar de las heridas, un par de muñones disimulados en sus patas frontales ahora recortadas. Aprovechamos su aparición para despedirnos de Dorea antes de que la tristeza nos supere. Tal vez sea la última vez que hablamos.

—Buena suerte, Dore —dice Mich, desanimado.

Me pasa la consola con solemnidad, como si fueran restos de un familiar fallecido.

—Ten cuidado, cariño. No hagas locuras —añado para Dorea.

Ayudamos a Coqueta, que avanza renqueante con el desayuno. Los zarcillos que rodean sus pedúnculos de color se yerguen rígidos y grises. No la culpo si no desea hablar con nosotros.

Mich recoge de sus ramas los recipientes y la bolsa de bollos. Por primera vez, la trata con afecto.

—¿Te duele mucho? —Se atreve a tocarle los muñones.

—Estoy bien —chirría ella débilmente—. Crecerán manos nuevas con el trasplante.

La científica nos observa en silencio mientras tomamos la sopa. Los bollos saben diferentes a los de otras mañanas, con un toque amargo y dulce al mismo tiempo. Me pregunto si el cambio en la receta tiene un significado oculto.

Noto una actividad inusual en el exterior. Las sombras que pasan frente a la entrada y los ruidos de los ents se incrementan a medida que la luz del día aumenta de intensidad.

Pregunto a Coqueta por la multitud.

—Hay una reunión especial con el Gran Rizoma —responde.

—El juicio va a ser inmediato —deduce Mich.

—Es urgente —confirma la ent—. Han venido ents durante la noche, de muchos lugares. Nuestros ojos han visto que se acerca la otra nave.

Las palabras de Coqueta tienen implicaciones sorprendentes. ¿Acaso poseen tecnología para observar el firmamento a través de las nubes? ¿Cómo distinguen una nave de otra?

—¿Qué debemos decir en el juicio? —le pregunto antes de salir.

—Toda la verdad. No mintáis ni ocultéis esta vez. Abandonad vuestra mente y dad al Rizoma lo que sabéis.

Medito acerca de su sugerencia mientras atravesamos la arquitectura sinuosa de la cúpula. Trato de imaginar la exuberancia del planeta en su época dorada, antes de que el ascensor cayera del cielo, cuando los ricos cultivos mantenían ciudades tan espectaculares como esta. Coqueta dijo que cada una tenía su pequeño rizoma, embriones de la inmensa mente que ahora se

despierta solo en ocasiones especiales. Quizás entonces tuvieran energía para conectarse entre sí mediante señales inalámbricas, formando un solo organismo, un ser que se fragmentó en precarias aldeas tras la lucha desesperada contra los invasores.

De repente me doy cuenta de que las pasarelas se han quedado vacías. La multitud y sus murmullos se han esfumado. Pronto veo por qué. Todos los ents han tomado posiciones en los nichos, como semillas colocadas en el interior de sus racimos. La mayoría de los huecos están ocupados por los inmóviles cuerpos leñosos y las venas gigantes que los conectan chisporrotean y se agitan con frenesí.

Coqueta nos acompaña a una plataforma similar a la que utilizamos en el primer encuentro con el Rizoma. Al igual que entonces, la científica se introduce en uno de los nichos que quedan libres. Pero esta vez nos señala otras dos cápsulas vacías.

—Para vosotros.

Mich traga saliva. Temo que salga corriendo o se embarque en una enérgica protesta. Se limita a encogerse de hombros y acomodarse lo mejor posible en el hueco, como si la proximidad de nuestro final le permitiera, por fin, dejar de luchar contra la corriente. Debemos abandonar las limitaciones de nuestra mente, según sugiere Coqueta.

El tacto de los tejidos nerviados del nicho es cálido, aterciopelado como la piel de un animal que duerme. Espero ver tentáculos gomosos saliendo de los oscuros poros. De momento solo escucho un lejano zumbido.

Entonces todo cambia. Me convierto… Estoy… Soy una célula en la inmensidad, sin comprensión del vasto panorama de consciencia en el que floto a la deriva. A través de mí, participando conmigo, circulan pensamientos descoordinados, imágenes encriptadas en códigos desconocidos. Creo ver estrellas en movimiento, tocar la enormidad del planeta y saborear su evolución milenaria. Hay semillas que se esparcen por el espacio, naves traslúcidas dotadas de alas inmensas que les permiten saltar entre los mundos. Un ronroneo omnívoro llena el universo donde me disperso, un rumor que se deshace en inverosímiles tonos, un oleaje de palabras incitado por la tempestad de una percepción inalcanzable.

Y las palabras dicen:

—Debéis pagar el daño que hicisteis.

Y otras añaden:

—Desearían ayudarnos a construir un nuevo futuro.

Y muchas más replican:

—Es demasiado tarde. Nada pueden hacer contra los que llegan desde las tinieblas.

MICH

Resulta imposible describir la sensación de estar en comunión con el Rizoma. Es como tener un sueño, confuso y vívido a la vez, surreal e inspirador. Captas ideas e imágenes que no llegas a comprender, un flujo de pensamientos que se te escapan, una mezcla de ecos que reverberan en un auditorio inmenso. Tu mente está dentro, tomando parte en las deliberaciones, pero no abarca más que una diminuta porción de lo que sucede. Eres una neurona, inconsciente de los pensamientos que ayudas a formar.

Las emociones resultan transparentes en la mente común. Percibo el miedo que recorre las conexiones. Los ents individuales saben que van a morir y la angustia sacude su yo colectivo. No se molestan en rechazar la evidencia como hacemos los humanos. Pasan directamente a la ira. El odio hacia nuestra raza, ejecutora de un exterminio sin justificación, se hace palpable en la presión de mis sienes. La tensión entre la rabia comunal y mi culpa personal se hace intolerable. ¿Utilizan esta tortura mental para castigarnos?

El colectivo traspasa mis barreras y entra en lo más profundo de mi razón. Estoy indefenso. Abrir la mente, dijo alguien. Abrir la mente. Pueden leer mis recuerdos mejor que yo mismo… Soy absolutamente transparente. Mi cerebro se enciende en destellos para mostrar los billones de datos que codifica. Veo imágenes que creía olvidadas, con inusitada nitidez: mis padres paseando conmigo, la soledad de su marcha, aquella vez en que me fracturé una pierna… El rencor del Rizoma retrocede. El rechazo del colectivo se matiza. Lo han visto. La humanidad es tan compleja y contradictoria como ellos. Existen facciones enfrentadas entre sí, rizomas aislados en diferentes planetas y gobiernos que toman decisiones injustas para conseguir sus fines sin la aprobación de los individuos.

Ahora saben que Lene y yo no estamos de acuerdo con la idea de aniquilarlos. Yo mismo soy consciente, por primera vez, de que no odio a los bichos vegetales, de que he llegado a considerarlos dignos de respeto y cuidado. Pero más allá de este punto, la indagación del Rizoma se encuentra con el muro de nuestra ignorancia. No sabemos la razón por la que la Corporación va a destruir una forma

de vida antes de conocerla.

Un deseo subterráneo de venganza está presente en el Rizoma. Convertir la frustración en agresión es una constante universal. Pero la gran mente colectiva, reforzada con los visitantes de áreas cercanas, calcula con buen criterio que eliminar a dos cautivos, involuntarios representantes del enemigo, no sirve a ningún propósito. La venganza resulta inútil si no consigue evitar el desastre.

Los pensamientos se deshacen en visiones. En el sueño soy capaz de divisar el planeta entero, desde el nicho que acoge mi cuerpo hasta los conductos que unen la intrincada red de ciudades abandonadas de Lakshmi. Mis sentidos se extienden hasta el espacio con señales ópticas y magnéticas, datos de las esporas que han flotado durante siglos en la vacía inmensidad, alimentándose únicamente de la radiación solar, orbitando el planeta como observadores tras la ruptura de las lunas. De esa forma han sido capaces de detectar la fragata.

Allí está la Nglfar. Su chorro iónico se acerca en una trayectoria curvada por la gravedad. Quedan pocas horas para que cruce el anillo rocoso y lance su carga mortal.

Veo también la Argo, que huye apresuradamente de la nave militar, afinando su camino para que la atracción del planeta la propulse a un mundo nuevo que brilla en la distancia.

¿Por qué me abruma el Rizoma con estas percepciones imposibles? Mi mente omnisciente distingue un puñado de miles de ents que subsisten en la superficie y divisa sus delicadas factorías, aún capaces de producir especies diseñadas como herramientas de construcción, medios de transporte, colectores de energía y fuente de alimento. El Rizoma me ofrece un atisbo de su inmenso poder y, al mismo tiempo, de su inutilidad frente a una amenaza que no comprende.

Entiendo. Está mostrándonos sus cartas, todo lo que es y lo que tiene, sus capacidades y limitaciones. Ante ese panorama, las fronteras de mi cuerpo se diluyen junto al alcance de mis sentidos. Estoy en muchos lugares a la vez y veo desde cientos de perspectivas. El Rizoma quiere que nos fusionemos con el organismo global del planeta y actuemos con él.

—Es demasiado —protesto por la avalancha.

El Rizoma percibe y se comporta como un organismo. Tiene sentidos, nervios, glándulas y músculos. Habla, se mueve y construye a través de los ents, igual que nosotros damos órdenes a nuestro cuerpo.

¿Qué haría yo si controlara los músculos planetarios? ¿Cómo destruiría el dardo ponzoñoso que se aproxima? Dorea propuso

lanzar el cono de captura de la Argo. La enorme diferencia de velocidad supone una devastadora energía cinética capaz de destruir la nave mejor blindada. Es la más simple de las armas y la más efectiva en el espacio. Sin embargo, no podemos calcular las trayectorias con la precisión necesaria ni esperar que la Nglfar mantenga su rumbo sin esquivar el ataque. Alcanzarla requeriría interponer ante ella un obstáculo gigantesco que pudiera sitiarla e impedir su evasión. Pero no existe nada tan grande en la órbita de Lakshmi, ni hay forma de lanzarlo desde la superficie. Las burbujas de los ents ni siquiera tienen fuerza para levantar dos cuerpos humanos.

¿Y las esporas que flotan alrededor del planeta? En cuanto formulo la pregunta, el Rizoma busca información para contestarla y las respuestas aparecen enseguida en mi consciencia. Las alas solares de las esporas son pequeñas, un metro cuadrado de tenues tejidos. La fragata las atravesaría sin inmutarse, como una bala rompiendo una hoja de papel.

Mi cabeza sigue pensando. Sé, de alguna manera, que Lene también participa en la discusión. Noto la tensión en mis vasos sanguíneos, la sobrecarga en los canales de sodio y potasio que soportan mi actividad cerebral. Cuidado —advierto al Rizoma—, nuestras mentes no son infinitas.

Un arma cinética. Bastarían unos simples trozos de roca. Las neuronas colectivas realizan el cálculo. Una masa de un solo kilogramo atravesaría el blindaje de la fragata militar si chocara con ella a velocidad orbital. Y hay miles de rocas girando alrededor del planeta, un anillo lleno de fragmentos producidos por la destrucción de las lunas. Si se interpusieran en la trayectoria de la nave formarían una barrera de obstáculos densa y amplia. Pero Orstron no es un suicida. La trayectoria de la fragata pasará por el interior de los anillos, libre de restos rocosos.

Sin embargo, si hubiera una forma de frenar los pedruscos del cinturón y dejarlos caer a una órbita baja… Una transferencia de Hohmann. ¡Necesitamos muchas velas!

La tormenta se desata en mi mente. ¿Son mis pensamientos que han estallado o un aluvión de voces transmitidas por el Rizoma? Contemplo estimaciones de producción, integraciones temporales, ventanas de lanzamiento, cálculos de flujos, simulaciones logísticas para el transporte de materiales… Las cifras dan vueltas en mi sueño. ¡No puedo manejar tantos datos! ¡Dejadme ya! Siento que mi cráneo va a romperse aplastado por el peso de los cómputos. ¡Basta!

La tormenta se extingue. Floto en la oscuridad amniótica donde la presión se ha desvanecido. Despierto tirado sobre el suelo fibroso de la plataforma. Creo que me he desmayado y he caído del nicho.

Qué pesadilla tan horrenda.

Al incorporarme veo que una marabunta de ents corre por las plataformas.

Lene se arrodilla junto a mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Vamos a preparar el contraataque. Hemos tenido una idea.

DOREA

¡Todavía están vivos! Es lo primero que pienso al recibir la llamada. Acudo corriendo a la sala de control, seguida de cerca por mis compañeros de tripulación. Antes de responder, vuelvo a avisarles de que deben permanecer en silencio.

—Suena a una de tus ideas, Mich —comento al escuchar el plan por el altavoz—. ¿Seguro que fue el Rizoma?

—Igual he tenido algo que ver en ello —contesta con seriedad—. Mi cerebro se disolvió en esa cosa.

Lene toma el relevo y traza los detalles. Me han asignado la tarea de utilizar la IA en el cálculo de los impulsos, orientaciones y rumbos. Tengo que encontrar una estrategia óptima para que las esporas dispersas en las órbitas más altas capturen y frenen fragmentos del anillo y hagan caer una lluvia de escombros sobre la previsible trayectoria de la fragata, todo ello utilizando el viento solar y el campo magnético. La cantidad, la masa y la sincronización de las rocas son esenciales para alcanzar el objetivo.

—También preparan burbujas capaces de llevar nuevas esporas —añade Lene—. Las fabrican a propósito, con velas más grandes, de unos cinco metros cuadrados.

—Vale. Empezaré con los cálculos en cuanto actualice la posición de la Nglfar.

Compruebo los datos de seguimiento en la pantalla.

—No puede ser.

Mich y Lene se acercan al monitor con curiosidad. Les hago un gesto para que evalúen la información.

—¿Qué sucede? —preguntan desde Lakshmi.

—Orstron ha cometido un error —explico—. Está entrando en sentido retrógrado, opuesto a la rotación del planeta. ¿Por qué?

—Claro —reacciona Mich—. Al ir contra el movimiento de la atmósfera, los catalizadores se esparcirán con mayor rapidez.

—Supongo que sí —acepto el argumento—, pero es arriesgado. Si cae una piedra desde el cinturón, su velocidad se sumará a la de la nave y el efecto será demoledor. Supongo que confían en que sus cañones de plasma despejen el camino, pero con un número suficientemente grande de rocas en el momento preciso…

La obsesión de Orstron por destruir el planeta puede resultar su perdición.

—A trabajar, entonces —propone Lene—. Solo quedan veintiséis horas.

En cuanto la conexión se cierra, abrazo a mis compañeros de la Argo. Será una carrera contra reloj, una probabilidad de acierto entre muchas, ¡pero podemos salvarlos! Lene hace los cálculos físicos mientras Mich prepara el programa de simulación en la IA. Mi misión será determinar los parámetros de las trayectorias. Lo más importante es que las esporas frenen el volumen suficiente de fragmentos, desplegando sus velas contra la radiación solar. Luego tendrán que estabilizarse en la órbita baja para chocar con la fragata. En ese momento deberán acelerar con el sol a su espalda.

Aunque sumergida en los cálculos, no dejo de pensar en las consecuencias de lo que planeamos. No se trata de un mero ejercicio en la Academia. La Nglfar no es un cascarón para realizar prácticas de tiro. Pretendemos destruir una nave militar de la Corporación, con su tripulación al completo. Escuché sus voces de fondo en las conversaciones con Orstron. No solo cometeríamos desobediencia, sino una traición al tomar partido por el enemigo y causar bajas en nuestro bando. Un tribunal no tendría ni que pensarlo; nos condenaría al instante. Pero la Corporación está muy lejos. Al menos, lo estaba antes de disponer de un sistema de transporte instantáneo.

Al otro lado de la balanza están los ents y las vidas de nuestros compañeros. ¿Atacaríamos a la fragata si se tratara solo de defender a las razas vegetales? ¿Dónde quedaría la lealtad a la humanidad? ¿Deberíamos ser fieles a unas fuerzas genocidas?

Pero no se trata solo de salvar Itnis Cinco. La Argo también está en peligro. El capitán no ha dicho toda la verdad sobre sus órdenes. Primero me conmina a que me congele hasta que la misión se reasigne a otro sistema. Luego acepta que me acerque al planeta mientras no interfiera con el bombardeo. En realidad, le da igual lo que haga. Creo que su intención es destruir la Argo en cuanto arda el planeta, sin importarle que… Oh, mierda…

Llamo a Lakshmi, rogando que no hayan dejado la consola apartada, como suelen hacer.

—¿Dorea? —responde Lene—. ¿Qué sucede? Estamos…

—Escucha, esto es serio. El plan tiene un fallo grave.

—¿Cuál es el problema?

—No importa si rompemos la fragata. Los proyectiles con los catalizadores están en su interior y se liberarán antes de tiempo. El efecto final será el mismo. Las partículas terminarán por caer a la atmósfera y producir la reacción en cadena.

—¿Aunque la Nglfar no active los misiles?

—No necesitan activarse. Se rompen al entrar en la atmósfera. Lo leí en el manual de armamento. Me olvidé comentároslo.

—Joder —exclama Lene.

LENE

Si el control nervioso de mi fisiología estuviera ligado a las emociones, como sucede con los humanos, ya me habría dado un ataque al corazón. Es curioso cómo les afecta su «estado de ánimo»; sienten intuiciones en las tripas y pesadumbre en el pecho, les tiemblan las piernas y el vello de la piel se les eriza. Son efectos secundarios de una evolución que reutilizó los circuitos nerviosos con diversos propósitos. En mi caso dispongo de neuronas espejo que reflejan los sentimientos humanos y me permiten comprenderlos y empatizar con ellos, pero en su mayor parte escapo a las consecuencias psicosomáticas de las emociones.

Aunque mi respiración no se acelera como la de Dorea, me preocupa también el defecto fatal del plan que ha puesto en evidencia. Los catalizadores no se destruirán con la Nglfar, solo quedarán a la deriva hasta filtrarse en la atmósfera y provocar la catástrofe que necesitamos evitar. Como la chispa que prende un gas inflamable, bastará una ínfima descarga para desencadenar la reacción. Luego se realimentará a sí misma como un fuego entre ramas secas.

No obstante, tenemos unas cuantas horas por delante. Dice el adagio que mientras hay tiempo hay esperanza.

—Voy a comentarlo con Mich —respondo a Dorea—. A lo mejor se le ocurre algo.

—No le digas nada, espera… Tengo una idea.

Otra peculiaridad de las personas a la que no me acostumbro. En lugar de pensar las cuestiones antes de verbalizarlas, las exteriorizan inmediatamente y luego descubren su error o identifican alternativas. Por supuesto, Mich y Dorea se quejan de lo contrario. Les fastidia que no les diga lo que pienso hasta que verifico su plausibilidad. Otra prueba de que la emoción domina la conducta de los humanos. Para ellos, el habla, más que una forma de transmitir información es una manera de sentirse acompañados y protegidos, de liberarse de sus miedos y fobias. Por otra parte, admito que en ocasiones exponer una idea sin preparación permite incorporar puntos de vista inesperados y mejorar la toma de decisiones.

—¿Seguro que no quieres que lo llame? —insisto, ante el silencio de Dorea.

Mich está en el otro extremo del taller, dibujando a Coqueta un diagrama orbital en la enorme hoja que le ha traído la ent.

La voz de Dorea regresa más cercana, como si me hablara al oído.

—Sería una carambola increíble —dice—. Tendríamos que insertar la Argo en una órbita muy precisa. Solo es posible si recibimos información en tiempo real…

—¿Qué es una carambola? —pregunto, confusa.

—La forma de evitar que los nanocompuestos caigan a la atmósfera. Debemos absorberlos con el cono de la Argo para desintegrarlos en el motor de fusión.

Ahora comprendo por qué no quiere decírselo a Mich.

—Demasiado arriesgado —replico—. Voláis en dirección opuesta a la fragata. No tendréis tiempo de reaccionar. Si los láseres del embudo no desintegran los fragmentos os…

La respuesta airada de Dorea me pilla desprevenida.

—Estoy cansada de que me digáis cuándo arriesgarme y cuándo no —protesta—. ¡Yo también tengo derecho a ser osada! Te recuerdo que, como piloto, soy la más cualificada para tomar decisiones acerca de la Argo.

Es emocionante vivir con humanos. Las sorpresas y variaciones de su comportamiento son continuas. Aunque a veces no me importaría pasar un rato con otro híbrido y tener una charla sosegada y racional. Es una pena que no haya sido programada para sentirme atraída por mis iguales.

—¡Perdona, Lene! —añade Dorea un instante después—. Es demasiada tensión. Ya no sé qué tiene sentido y qué no; primero pensamos que era imposible salvaros, luego encontramos una forma de hacerlo, y ahora… Estoy asustada otra vez.

Le hago respirar hondo unas cuantas veces. El cerebro humano necesita oxigenación en momentos de crisis.

—El principal problema es la coordinación —continúa Dorea, más calmada—, conseguir que todo coincida en el momento y el lugar adecuado. Solo tendremos una oportunidad.

Entiendo ahora a qué se refería con lo de la carambola. Nuestro plan se ha convertido en una partida de billar con miles de bolas sobre la mesa, además de la blanca y la negra.

Visualizo el rompecabezas. Las esporas deben bombardear con piedras la fragata justo antes de que llegue la Argo. Dorea tiene que barrer los restos de la colisión unos instantes después, evitando que los catalizadores se esparzan y desciendan al planeta. Si la Argo aparece antes de que la Nglfar sea destruida, sus defensas la

vaporizarán, y si llega tarde o no acierta al recoger los escombros, las nanopartículas se dispersarán y convertirán a Lakshmi en un baño de fuego tóxico.

—Necesitas sensores en la órbita —sugiero a Dorea—. Sin ellos no podrás ajustar la trayectoria con la precisión necesaria.

—Es lo que estaba diciendo, Lene. Pero la Argo no tiene sondas adecuadas.

—Los Lakshmianos poseen recursos inesperados. Encontraremos la forma de hacerlo.

El agotamiento de Dorea se trasluce en su voz temblorosa.

—De acuerdo. Y perdona por lo de antes. No me lo tengas en cuenta.

—Tal como has dicho, tienes derecho a ser osada. Vale la pena ser temeraria por una buena causa.

MICH

Qué difícil es comunicarse con otra especie. El modelo lingüístico de la IA funciona bien en las conversaciones sencillas, pero fracasa estrepitosamente en discusiones técnicas. ¿Qué equivalencia tienen las unidades métricas? El Rizoma habló de metros y años, pero nosotros no hemos descifrado las magnitudes utilizadas por los Lakshmianos. ¿Qué términos corresponden a «energía cinética», «inercia» o «vector»? Lo ignoramos. Mientras Lene se entretiene jugando con la consola, yo lucho contra las barreras lingüísticas, recurriendo a alambicadas metáforas, esquemas y dibujos para explicar el plan a Coqueta.

La científica observa los garabatos con atención, plegando y estirando sus extremidades posteriores, un ademán equivalente al gesto humano de rascarse el mentón. La vista de sus muñones anteriores me hace estremecer, pero a ella no parece importarle demasiado su mutilación. La capacidad de regeneración de los seres-planta debe ser muy superior a la nuestra.

Cuando estoy por abandonar mi lección de combate espacial, Coqueta me sugiere que la acompañe. Dejo mis dibujos y la sigo por una retahíla interminable de pasillos y rampas, penetrando en las oscuras profundidades de la ciudad. ¿Hasta qué nivel llegan los subterráneos? Por fin, cuando apenas nos alcanza ya la luz natural, encontramos un perímetro anular, varios muros concéntricos perforados por absurdas ventanas. Un enjambre de ents rueda a toda velocidad por su interior, atravesando los huecos. Otros se sientan en el espacio central y los sucesivos anillos, conectados a seres globulares dotados de paneles que parpadean y tatuados con símbolos brillantes. Quizás son el equivalente vegetal de nuestros terminales.

Tras observar la excitada actividad que rodea el lugar, deduzco que se trata de un centro neurálgico de la ciudad, algo como una sala de control. Coqueta me lleva hacia una de las entradas, pero varios ents de aspecto robusto se interponen, identificados por las manchas púrpuras de sus ramas. Recuerdo con rabia su ataque en el espaciopuerto.

La científica se enzarza en una discusión con los guardas. No

necesito la consola para comprender que nos niegan el acceso al *sancta sanctorum* con el viejo pretexto de la seguridad. El enfrentamiento entre Coqueta y los zoquetes purpurados se prolonga durante un rato, hasta que la ent me pide que nos retiremos. Pero cuando creo que vamos a regresar al laboratorio, hace que me detenga de nuevo y mire de lejos al centro de control. Busco una indicación de sus intenciones entre los ramilletes de su nódulo, pero los pedúnculos permanecen inactivos.

Los testarudos guardas siguen bloqueando el paso, como un seto mal cuidado en medio del camino. Entonces, algo le sucede al suelo que nos separa. La rígida masa orgánica se vuelve fluida, comienza a ondularse. De las crestas crecen tentáculos, pseudópodos que se alargan y atrapan las extremidades de los soldados hasta hacerles perder el equilibrio. Luego una onda verde se alza en línea recta hacia los anillos, apartando a los ents púrpura hacia los lados, abriéndonos un paso a través del pelotón.

Las contracciones del suelo se detienen. Los pedúnculos se retiran y los guardas, impresionados, se apartan con temeroso respeto cuando avanzamos entre ellos. La ley marcial impuesta por el Gran Rizoma llega a todos los rincones y no entiende de diferencias tribales.

Una vez en el interior del recinto, confirmo su papel de centro de mando. Lo indican las paredes cubiertas de manipuladores y paneles. Los ents circulan como arañas ingrávidas por los relieves del techo, pulsando las partes móviles de un enorme teclado. En medio, bajo la bóveda central, se abre una depresión dotada de unos cuantos nichos idénticos a los que pueblan los niveles superiores.

Coqueta me señala los huecos y se tumba en uno de ellos.

Al menos esta vez no podré caerme. Deslizándome en el nicho adyacente a la ent, trato de relajarme. Pronto siento la conexión mental. En esta ocasión no llega a través de tentáculos u ondas invisibles. La superficie del nicho se deshace en un abanico de láminas traslúcidas que cubren mi cabeza.

Durante un rato solo veo formas elementales, puntos de luz, líneas que se cruzan, secuencias que parpadean a diferentes ritmos, geometrías regulares dividiéndose en elementos más pequeños. Luego comienzo a entender que el asombroso baile es un vocabulario matemático donde aparecen secciones cónicas, intersecciones, giros en dos y tres dimensiones, transformaciones encadenadas, deformaciones topológicas, operadores de convergencia, rotacionales, ecuaciones diferenciales y tensores… Por el amor de Riemann… En unos minutos me encuentro manejando trayectorias relativistas y modelos orbitales sin más que

pensar en ellos. La explicación que intentaba transmitir a Coqueta, basada en las simulaciones de Dorea, fluye ahora en forma visual sin necesidad de expresarla con palabras, cifras y fórmulas. Veo el plan desplegado ante mis ojos: las ventanas de tiempo para el empuje inicial de las esporas, la curvatura en el espacio de velocidades mientras los proyectiles se dirigen a la órbita inferior, la intersección con el volumen esperado de la fragata… Todo está allí, en el Rizoma computacional de los ents. El tiempo es un bloque traslúcido donde los desplazamientos se convierten en superficies que flotan en un espacio imaginario. Sin apenas esfuerzo, veo dónde está el problema. E intuyo la solución.

De regreso al taller, me encuentro a Lene gritando furiosa a los ents. Entonces me ve.

—¿Dónde estabas?

—Coqueta me llevó a una sala de mando. Es muy interesante. Tienen un interfaz…

Me interrumpe, nerviosa.

—Hay un cambio de planes. La Argo debe participar en la batalla.

Mi primera reacción es rechazar la idea. Sé que Dorea intenta salvarnos a cualquier precio, pero hasta ahora pensaba que lo primero era la misión. Sin embargo, en este momento la colonización me importa menos que preservar las maravillas de la sociedad Lakshmiana. No puedo estar ya del lado humano y defender los objetivos de la Corporación a cualquier precio.

Tengo que aceptarlo. Quizás me estoy volviendo una célula más del Gran Rizoma, un soldado de Itnis capaz de sacrificarse por el bien colectivo. Los nanocatalizadores tienen que ser eliminados a cualquier coste.

Poso mi mano sobre el hombro de Lene, como si nuestras energías se unieran a través de ese puente.

—De acuerdo. Si necesitamos la Argo, la utilizaremos. Pero escucha esto. Las burbujas que debían despegar con las esporas mejoradas no llegarán. No hay forma de que aceleren lo suficiente para recoger a tiempo las piedras del anillo e interceptar la fragata. Solo podemos contar con las pequeñas, las que están ya arriba.

—No son muchas… La probabilidad de acertar es ínfima.

—Lo sé. Pero se me ha ocurrido cómo mejorar la precisión del ataque.

A medida que Lene escucha la propuesta que he discutido con Coqueta, la preocupación hace mella en su suave rostro.

—La carambola se está volviendo una jugada imposible —responde.

DOREA

Cuando vaporizamos las rocas heladas del asteroide para obtener combustible conocíamos su composición, y podíamos controlar la velocidad del proceso. Ahora nos enfrentamos a demasiadas incógnitas. ¿Podrán los láseres desintegrar a tiempo los fragmentos de la fragata? ¿Dañarán el motor de fusión los elementos pesados? Si la fuente de energía queda inutilizada, el sistema de soporte vital fallará y los embriones perecerán.

Sin embargo, antes de que la Argo sucumba, nuestras acciones habrán causado otras muertes. Quizás no deba lamentarme por la tripulación de la Nglfar. El trabajo de los militares es matar; desde luego, lo es en esta misión. Deben ser conscientes del riesgo, de que sus víctimas les paguen con la misma moneda. Por otra parte, desconozco los motivos individuales de los soldados. Dudo que se conviertan en exterminadores por iniciativa propia. Están obligados a cumplir órdenes, y probablemente ignoran cómo son los seres a los que pretenden masacrar. ¿Qué persona sería capaz de perpetrar tal genocidio a sangre fría, sin provocación, sin declaración de guerra? Al mismo tiempo, y quizás por la misma razón, ignoran las capacidades de los Lakshmianos. Creen que se pasearán por la órbita de Itnis Cinco con impunidad, lanzarán sus bombas y regresarán triunfantes a casa. No adivinan lo que les espera.

Apenas faltan dos horas para la maniobra de inserción. A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitarán. Una meticulosa secuencia se pondrá en marcha y será imposible echarnos atrás.

—¿Qué te preocupa? —pregunta Mich, al ver que el desayuno se enfría en mis manos.

Los ojos redondos y limpios de Lene también esperan respuesta, así que me veo obligada a compartir mis escrúpulos respecto a la destrucción de la fragata. Como esperaba, ninguno comprende mis razones. Creen que atacar es la única defensa posible dadas las circunstancias, y tienen razón. Es una pena que se pierdan vidas, opinan, pero no hay nada que podamos hacer. El choque es inevitable.

—Podríamos avisarles —sugiero.

Se quedan tan perplejos que no atinan a contestar.

—Lo sé —admito—. Va contra toda lógica, advertir al enemigo.

No obstante, tras unos minutos de incomodidad, consideran seriamente la idea.

Dos horas más tarde, en el momento preciso indicado por las simulaciones, llevo la potencia de los propulsores al máximo. El seco frenazo permite que Lakshmi nos atrape en su órbita, tan solo unos minutos antes de que la Nglfar pase de largo en sentido opuesto. Apenas nos separarán cinco mil kilómetros de distancia.

Aguantamos la respiración, pues tememos que Orstron falte a su palabra y dispare sus cañones de plasma hacia nosotros. Pero el instante crítico pasa y la Argo sigue intacta. Seguro que el comandante de la Corporación confía en su fuerza superior y nuestra falta de armamento. Poco después de sobrepasarnos, la nave militar enciende los motores y su trayectoria hiperbólica se convierte en una elipse. Como preveíamos, el capitán se acercará a la atmósfera para soltar las bombas y tendrá tiempo de verificar los efectos de la devastación antes de emprender el regreso.

Rehago mis cálculos con la nueva trayectoria de la fragata. Perderemos el contacto visual en diez minutos. Trascurrido ese tiempo, la esfera de Lakshmi nos ocultará de su línea de tiro. No podrán vernos ni tampoco alcanzarnos con los cañones.

—Buen día, capitán —saludo a Orstron cuando responde a mi llamada.

—Doctora Minerva, ¿qué quiere? Siento lo de sus muchachos, pero ya conoce mis órdenes. La clemencia no me resulta posible.

Imagino un rostro aguileño y duro tras la voz marcial de extraño acento.

—Comandante Orstron, lo llamo con una petición; que prepare a la tripulación de la Nglfar para evacuar su nave en caso de ataque.

He dosificado con cuidado la ambigüedad de mis palabras. El capitán todavía dispone de tiempo para volarnos en pedazos y no quiero precipitar su reacción.

—¿Un ataque de quién? —restalla como un latigazo.

—Los habitantes nativos poseen recursos insospechados. Me temo que puedan destruirles.

—No me diga. —Ríe—. Ya sabemos que los bichos son peligrosos. Por eso vamos a eliminarnos antes de que sea tarde. Pero nada podrán hacer contra la Nglfar.

—Capitán, al menos prepare la evacuación en caso de que…

—No tenemos cápsulas de escape, doctora. Cualquier masa superflua fue eliminada para permitir que…

—Para que atravesaran el agujero negro —completo la frase que

Orstron no quiere terminar.

Mich y Lene se sobresaltan. He sido imprudente, pero es mi última oportunidad de averiguar más acerca del misterioso mecanismo de teletransporte.

—Sabe usted demasiado —responde el capitán con enfado—, aunque ignora lo más importante.

Debería hacer caso omiso a sus puyas y cortar la comunicación. Quedan tres minutos antes de que el curvo horizonte del planeta nos separe. Pero me enerva la negativa del capitán a revelarnos sus motivos.

—Tiene razón, Orstron. Ignoramos muchas cosas. No sabemos por qué quieren eliminar la vida de este planeta que alberga una pacífica civilización inteligente. ¿O quizás no es el primero que destruyen? ¿Qué les han hecho los nativos para que los exterminen como a una plaga? ¿Y nosotros? Nos han engañado. La Corporación estuvo en Itnis antes de que llegáramos. Vinieron con su sistema de teletransporte. Son ustedes los que conocen demasiado, pero no saben lo más importante.

—Nunca hemos estado en Itnis —refuta el capitán— y jamás regresaremos a este maldito sistema. El agujero negro solo se utiliza una vez.

No pueden volver a Kontralys. Una información importante. Sigo presionándole.

—Así que no han espiado Itnis Cinco. Entonces, ¿cómo sabían de sus habitantes? ¿Por qué han tomado la decisión de destruirlos?

—La explicación es sencilla y lógica, doctora. Debería haberla adivinado. Los eliminamos porque sabemos lo que van a hacer. Hemos visto el futuro.

—¿Lo han visto? ¿En una bola de cristal?

La voz ruda del capitán adquiere una pátina de emoción.

—Lo hemos visto con nuestros propios ojos. Venimos de allí, del futuro. Es un futuro oscuro en el que la humanidad retrocede ante esas monstruosidades vegetales. Los que sobrevivimos hemos pasado siglos preparando esta misión. Tuvimos que esperar hasta acumular los recursos y materiales requeridos por el túnel de tiempo. Y solo tenemos una oportunidad de salvar la especie humana, una bala de plata para destruir a los demonios antes de que dejen su guarida.

No es posible… Todos imaginamos qué sucedería si volviéramos al pasado, si pudiéramos revivir acontecimientos históricos o cambiar el rumbo de nuestra vida. Pero los argumentos científicos demuestran que es una fantasía. Al menos, eso es lo que siempre he creído.

—Le han lavado la cabeza con ideas absurdas, capitán, con

justificaciones para la matanza. ¿Cómo sabe que ha vuelto al pasado si nunca ha estado en Itnis?

Al otro lado del micrófono, a miles de kilómetros, escucho un suspiro amargo.

—La prueba es que estoy hablando con usted, doctora. Sabemos que vendió y traicionó a la humanidad con sus compinches. Su nombre está escrito en las crónicas de la historia. Dorea Minerva —lo pronuncia como un insulto—, fundadora de la colonia de Aloit en Itnis Seis. Lo bautizó así en honor de la primera ciudad de Silenia donde vivió su abuela. No he olvidado mis lecciones.

La voz de Orstron se disuelve entre el ruido del espacio.

—Hemos perdido contacto —confirma Mich.

LENE

Viajar en el tiempo. Un gran número de narraciones y leyendas fantásticas han jugado con esa premisa. Yo mismo me había entretenido muchas veces intentando desenredar la madeja de paradojas lógicas que implica la idea. Por ejemplo, si evitas que tus padres se conozcan o, en mi caso, saboteas la fábrica donde te ensamblaron, entonces nunca llegarás a nacer. Pero si no naces, ¿cómo puedes existir en el futuro de donde viniste? ¿Desapareces al instante al impedir tu concepción? ¿Sobrevives en una línea alternativa de la historia?

A mi lado, Mich también está fascinado por la cuestión.

—Así que no era solo un sistema de teletransporte… Desde luego, si vienen del futuro, eso explica que sepan tanto del planeta, de los ents y de nosotros. Nos espiaban, sí, pero desde un porvenir que aún no ha llegado. Tendría que haberme dado cuenta.

No me preocupa tanto el «cómo» ni el «cuándo», sino el «por qué».

Observo de reojo a los técnicos que trabajan afanosamente alrededor de nosotros. Están construyendo una sala de mando para la operación. Son admirables; eficientes, inteligentes y, con la excepción del clan púrpura, no cuestionan las decisiones colectivas. Pero ¿cómo podrían amenazar la hegemonía humana en el espacio? Los parsimoniosos seres vegetales no albergan las ansias competitivas y expansivas de las empresas humanas, y se encuentran a años luz de su tecnología en lo que se refiere a la exploración espacial.

—No puedo creer lo que ha dicho el capitán —confieso a Mich—, que los ents crearán su propio imperio y arrinconarán a la humanidad.

—Si eso fuera verdad, la Corporación tendría una razón para destruirlos cuanto antes —admite.

—Y también para considerarnos traidores —añado con aprensión.

Mich camina de un lado a otro, pensativo, tropezando con los bancos de trabajo.

—Hay algo que no entiendo. —Cierra los puños, frustrado—.

Según Orstron, los ents son una potencia en el futuro. Si gozan de buena salud, ¿no implica eso que la misión de la fragata ya ha fallado en su intento de destruirlos? ¿Por qué la Corporación monta una compleja y costosa misión sabiendo que no conseguirá su objetivo?

—Podemos pasarnos la vida dando vueltas a las paradojas temporales sin llegar a ningún lado —le prevengo—. La cuestión clave es si el futuro puede cambiarse modificando el pasado. Supongo que esto es lo que cree la Corporación, y lo que pretende hacer. Para ello deben aceptarse dos hipótesis: primero, que es posible alterar eventos que ya sucedieron y, segundo, que esa alteración se propaga hasta el mismo futuro del que partimos.

—¿Y tú qué crees? —Mich parpadea, confuso.

—A los humanos os gusta pensar que el futuro no está determinado. Confiáis en el libre albedrío, en que las decisiones definen los acontecimientos, pero la física siempre llega a la misma conclusión: el tiempo es una ilusión.

—Si la fragata ha viajado al pasado, será porque no es una ilusión, ¿no?

—Una ilusión en el sentido de que no se crea sobre la marcha, como imaginamos, sino que está ya definido. En ese contexto, si existe una sola línea de tiempo sería posible viajar al pasado, pero no se podría cambiar nada. Habría una especie de bucle en la historia, siempre idéntico. Como tú has dicho: la misión de la Nglfar fracasaría en sus objetivos y los acontecimientos futuros seguirían siendo los mismos. Volverían a enviar la nave, que nunca alteraría lo acontecido, porque ni el pasado ni el porvenir pueden suceder de otra manera.

—¿Y si hubiera varias líneas de tiempo? —pregunta Mich, descontento.

—Es también una opción lógica. La teoría de los mundos múltiples. Cualquier elección crea alternativas que son igualmente reales en alguna variante del universo. Al viajar al pasado abres una nueva rama en el tiempo. Por tanto, tampoco cambias el futuro del que has venido, sino que aparece otro diferente. La rama de la que viniste seguirá estando ahí con los demás futuros posibles mientras la copia que habitas toma un camino alternativo.

Coqueta nos interrumpe para solicitar detalles de las órbitas. La convencemos para que aguarde unos minutos con la excusa de la necesidad de pedir información actualizada a Dorea.

Al quedarnos solos de nuevo, comprendemos que no debemos dejarnos llevar por los dilemas del viaje temporal o nos volveremos locos.

—Asumamos que existe el libre albedrío, ¿vale? —dice Mich—.

Porque si no es real, entonces da igual qué decisión tomemos y lo que hagamos. Así que actuemos como si lo fuera.

—Estoy de acuerdo. Y apenas tenemos una hora.

Mich sonríe. ¿Es posible que esté disfrutando con esta situación?

—Nos entrenaron como decisores —recuerda—. Tenemos que ganarnos el sueldo.

Somos decisores, sí, pero nadie nos avisó de que deberíamos elegir entre dos especies. No me divierte cargar con esa responsabilidad. Los humanos ven el mundo en términos morales: buenos y malos. Curiosamente, todos creen que eligen el lado correcto. Sin embargo, la vida carece de moral. ¿Si hay que escoger, quién tiene más derecho a dominar el futuro, los humanos o los ents? Esa pregunta carece de sentido. En la evolución solo existe un criterio de éxito: sobrevivir y reproducirse.

¿Debería apoyar a la raza terrestre, la que me ha diseñado y dado la posibilidad de existir? ¿Son mejores por ello? ¿Son más dignos los ents, capaces de sacrificar a millones de individuos para salvarse?

MICH

Convencemos a Coqueta para que nos permita ir al cubículo. Es incómodo hablar por la consola con las mascarillas puestas. De regreso en la húmeda madriguera, Lene y yo respiramos con alivio y abrimos la comunicación con la Argo. Queda solo media hora antes de perder el contacto por radio y debemos aprovecharla.

Dorea es consciente de la disyuntiva a la que nos enfrentamos. Si ayudamos a los ents a destruir la fragata y absorbemos los catalizadores, salvaremos el planeta, pero —asumiendo que Orstron no miente— es posible que pongamos en peligro el porvenir de la humanidad.

—Apuesto a que el capitán lo cree así —afirma Dorea convencida—. No se habría embarcado en una misión sin retorno si no estuviera seguro de que los Lakshmianos son una amenaza mortal. Lo mismo cabe decir de la Corporación. Los gastos del proyecto deben alcanzar billones de créditos. Es un movimiento desesperado.

—O puro interés económico —matiza Lene—. Quizás los ents sean solo un peligro para la expansión de la empresa porque colonizan los mundos que la Corporación desea.

—Orstron ha dicho que la humanidad ha retrocedido —responde Dorea—. Mencionó que son los supervivientes quienes han organizado la misión. Eso implica que ha habido muchas bajas entre los humanos, que las habrá en el futuro.

—En todo caso, debemos tomar una decisión —afirmo—. ¿Seguimos adelante o dejamos que la Nglfar cumpla su cometido?

El silencio de la consola se vuelve opresivo. Dorea no suele caer en el mutismo, pero el dilema nos sobrepasa a todos. Por fin, escuchamos su voz quebrada.

—Yo no puedo tomar la decisión. Estáis en el planeta. Por mucho que quiera ser racional…

Miro de reojo a Lene. Espero que esté de acuerdo conmigo en este punto.

—Nosotros no tenemos importancia, Dorea. Está en juego el futuro de dos especies inteligentes, las únicas que conocemos, y hay otras copias que sobrevivirán contigo. De hecho, esta votación no

debería ser entre tres, sino entre cinco. Necesitamos la perspectiva de los gemelos.

El altavoz calla durante unos instantes. Esperamos la previsible reacción.

—¿Lo sabíais? ¿Por qué no me dijisteis nada? ¿Cómo…?

—Te conocemos, cariño. Necesitabas ayuda. No habrías podido hacerte cargo de todo en la Argo tú sola. Has hecho lo correcto.

—Es cierto. —Lene me apoya—. Suponíamos que lo harías. Mich entró en el sistema informático de la nave para asegurarse de que todo iba bien y comprobó que se habían abierto otras dos cápsulas de congelación.

—No quería que os sintierais mal por ello —confiesa Dorea.

—¿Por qué íbamos a sentirnos mal? —pregunto con sorna—. La infidelidad con copias idénticas no cuenta.

—Esa es una broma estúpida, Mich —protesta ella.

—Perdona, solo quería quitarle hierro al asunto. Lo importante ahora es tomar una decisión con rapidez. Por cierto, saludos desde la superficie, muchachos. Supongo que comprenderéis cómo nos sentimos.

El debate que sigue es un tanto surreal. Ya resulta bastante extraño escuchar tu propia voz al otro lado de la línea, pero más raro aún es que tu copia, con la misma tozudez congénita, tenga opiniones opuestas. No tardo mucho en arrepentirme de haberle incluido en la votación.

—Si la supervivencia futura de la humanidad está en peligro, no debemos correr riesgos —argumenta el otro Mich—. Es una lástima que mueran los ents, pero habéis visto sus poderes telepáticos, la forma en que se conectan para crear una inteligencia masiva, cómo fueron capaces de destruir sus lunas, el ascensor, los robots...

—Son inteligentes, sí, y su mundo fue agredido por los humanos —contrataca Lene, el que está a mi lado—. No tenemos derecho a exterminarlos por algo que, supuestamente, harán en el futuro.

—¿No mataríamos a un asesino del pasado para evitar una masacre? —interviene otra vez el cabezota de Mich—. Pues es lo mismo.

—Mantengamos la sangre fría —habla el otro Lene, conciliador —. Lleváis bastante tiempo en el planeta, viviendo con los ents. Aprendisteis a comunicaros con ellos y a comprenderlos. Os habéis hecho amigos suyos y es normal que sintáis una fuerte simpatía por ellos.

—¿Estás diciendo que tenemos síndrome de… como se llame? —Me enfado—. Es muy fácil condenarles desde ahí arriba, a miles de kilómetros.

En lo único que estamos de acuerdo es que la discusión no

puede prolongarse. El tiempo apremia y las posiciones están claras.

—Me temo que debes desempatar, Dorea —recapitulo—. Nosotros aceptaremos lo que decidas. Recuerda que no se trata de nuestras vidas, sino de los millones que están en la balanza.

Los otros también confirman que acatarán su decisión.

DOREA

Serán hijos de… Es como si los cuatro se hubieran puesto de acuerdo para hacerme responsable. ¿En serio quieren que me olvide de los que están varados en el planeta? Como si fuera tan fácil. No puedo borrarlos de mi mente.

Debo decidir, entonces. ¿Qué condena prefiero tener sobre mi consciencia durante el resto de mi vida? ¿Ser quien provoca la decadencia de la especie humana dentro de unos cuantos miles de años o la que permite el exterminio de una raza alienígena y los dos valientes que intentaron defenderla?

Me giro con furia hacia Mich y Lene, que rehúyen mi mirada.

—Seguimos teniendo una misión encomendada —digo, aferrándome a una idea que me rescate del agujero—. Nada de lo que ha dicho Orstron cambia los objetivos.

—Pero ponemos en peligro esa misión al lanzar la Argo contra la fragata —apunta Mich—. Si el ataque de las esporas no la destruye, Orstron pulverizará la nave en cuanto aparezca por el oeste.

El otro Mich responde por el altavoz, creando un eco que me confunde.

—El ataque no fallará. Os explicaremos…

—¡Ya está bien! —los detengo.

Podría pensar durante una eternidad sin llegar a ninguna conclusión, pero no soy Lene; no puedo esperar hasta alcanzar una certeza que parece inasible. Las dos opciones son malas.

Me dirijo a mis compañeros, los de la Argo y los que escuchan en la superficie.

—Desde que sabemos que la Nglfar ha venido del futuro, todos nos hemos hecho la misma pregunta. ¿Es posible cambiar la historia? Si no es así, los ents se convertirán en la raza dominante, hagamos lo que hagamos. Pero si la historia puede modificarse, si nuestras decisiones tienen consecuencias, entonces no tenemos derecho a condenarlos por adelantado. Si el futuro no está escrito, debemos salvarlos y trabajar por la convivencia entre humanos y Lakshmianos. Si la Corporación cree posible alterar el curso del porvenir, debería haber enviado una misión diplomática a Itnis en lugar de una nave de guerra.

—¿Y si no conseguimos evitar la confrontación? —responde Mich a mi lado.

—En nuestra galaxia hay cien mil millones de estrellas. Suficiente espacio para todos.

—A mí me ha convencido tu argumento —añade Lene—. Dijimos que aceptaríamos su decisión, Mich.

—Qué remedio —replica él—. En todo caso, si llegamos a sobrevivir, nos estableceremos en Itnis Seis y vigilaremos a los bichos desde allí. Si se convierten en una amenaza…

—Pues manos a la obra —concluyo—. Los de abajo, ¿qué tenemos en el programa?

La versión Lakshmiana de Lene toma la palabra.

—Es necesario asegurar la precisión del bombardeo y de la aproximación de la Argo. Para ello tendréis que conectaros con los ents.

—Claro —comprendo—. ¿Pueden descifrar los datos telemétricos de la Argo? ¿En qué frecuencia debemos transmitirlos?

—Utilizan un sistema de comunicación diferente —me corrige Lene—. En unos minutos alcanzarán la Argo y establecerán el contacto.

Es tarde para echarme atrás. He escogido, y ahora no tengo otra opción que salir al encuentro de cada instante y construir el futuro sorpresa a sorpresa, montando la ola turbulenta del presente sin caerme, como los surfistas en las playas de Silenia.

El radar de la Argo detecta un contorno borroso. La cámara de popa resuelve la imagen de la mancha, una bandada de pequeñas velas que lucha por igualar la velocidad de la nave. Debe haber al menos una veintena de ellas, esporas cuyo mosaico conforma una gran tela de araña. No puedo creer que esos seres de apariencia tan tenue hayan sobrevivido durante siglos en el vacío espacial.

Al alcanzar la posición de la Argo, las semillas voladoras repliegan las alas y se quedan pegadas tras el escudo de radiación. Como hemos acordado, la luz parpadeante del periscopio las guía hacia el túnel. Una vez llegan a la abertura, retraigo el mástil con los sensores para que nuestros invitados atraviesen la coraza de espuma.

La cámara en la punta del periscopio muestra cómo los diminutos cuerpos repliegan las velas para introducirse por el agujero y descender camino del eje. El siguiente paso es más arriesgado. La válvula del túnel está pensada para abrirse hacia afuera en caso de que el interior sufra una enorme compresión, pero también puede destaparse si algo la succiona. El tubo formado por las esporas tiene que estirar la membrana de aleación y luego

atravesarla sin dejar ningún hueco. No queremos que el preciado aire de la nave se escape.

Escuchamos un siseo. Unos segundos después, un tentáculo aparece por el pasillo que lleva a la esclusa. Es una madeja de fibras retorcidas, envueltas en una piel transparente como el cordón umbilical de un ser cósmico.

—Están aquí —aviso por el micrófono.

Me coloco frente a la terminal para captar la información que transmitiré a los ents. Lene y Mich cogen el tentáculo y, no sin recelo, llevan su extremo tambaleante hacia mi cabeza. Noto el frío tacto en las sienes. La superficie se estira y cubre mi frente, el pelo, pasa sobre las orejas, sobre mis lóbulos temporales y occipitales. Parpadeo con rapidez para asegurarme de que la masa vegetal deja libres los ojos.

Cuando el anillo viscoso se cierra, tapando mi cráneo por completo, siento un cambio en mi percepción. Miro los gráficos y las cifras de la pantalla, pero en su lugar veo una inmensidad de puntos que se mueven por una vasta oscuridad. Estoy flotando fuera de la Argo.

LENE

Dorea ha dado un motivo racional para su decisión de atacar a la fragata, y estoy de acuerdo con ella. No podemos presuponer que los ents cometerán las maldades que les adjudica la Corporación. Sin embargo, sospecho que, a pesar de nuestras advertencias, Dorea quería también evitar que Mich y yo muriéramos. Es la irreprensible empatía de los humanos con aquellos que les son más cercanos. Y yo la quiero más por ello. La empatía es una debilidad contagiosa.

Cuando nos insertamos en el nicho, la afinidad con los ents se vuelve tangible. Mi cerebro se entremezcla con las sensaciones y pensamientos de miles de habitantes de Lakshmi. No obstante, en medio de ese magma de información siento la conexión que me une a Mich, la solidez de sus impulsos y la pasión de sus convicciones. Aunque más lejana, también noto la presencia de Dorea al otro lado del planeta. Su visión es transmitida por las esporas, utilizando sus velas como antenas. La capitana de la Argo se ha sumado así a las sinapsis que constituyen el Gran Rizoma, convertida en parte de nuestros ojos y nuestra materia gris.

Mi mente expandida conjura el enjambre que orbita alrededor de Itnis Cinco desde la destrucción de las lunas, una nube que tras una hibernación de siglos se despierta de nuevo a las órdenes de los ents, la especie convertida en sistema nervioso de un organismo planetario.

La imagen formada por esos miles de sensores vivos contiene un elemento extraño, un intruso. La fragata cruza el espacio, ya en la última fase de su aproximación, girando contra el vórtice formado por las esporas y los anillos rocosos. Cientos de nuestros insectos alados se aferran ya a los fragmentos situados en el borde interior, los más próximos a Lakshmi, frenándolos según el plan, con sus velas resistiendo el viento solar y las líneas de fuerza del campo magnético. Como aves rapaces que caen desde las alturas sobre una presa diminuta, nuestras mariposas se lanzan en suaves curvas hacia la elipse de la Nglfar.

Puedo cambiar sin esfuerzo mi punto de vista para situarme en la posición de la Argo o en cualquiera de las esporas, incluso frente al puente de mando de la fragata con sus propulsores iónicos. Otro

error de Orstron. El chorro puede ocultarle la aproximación de las semillas con sus proyectiles. Probablemente no descubra la estrategia de bombardeo cinético hasta que…

Un dolor punzante me golpea, acompañado por efímeras explosiones de luz. Las esporas más próximas a la fragata arden, una a una, alcanzadas por hirientes rayos de plasma. Todavía a miles de kilómetros de distancia, la IA de combate está utilizando sus cañones para despejar el camino hacia su diana de lanzamiento.

La mente de la que formo parte siente miedo. ¿Cómo han detectado nuestros proyectiles con tanta facilidad? Hemos cometido un estúpido error que compensa con creces los de Orstron. Supusimos que la Nglfar utilizaba la tecnología actual, la que habíamos estudiado en Silenia hace dos mil años. Pero la fragata viene del futuro. Las artes militares siguen su propia evolución inexorable, produciendo siempre instrumentos más eficientes de defensa y destrucción. Sus sensores son muy precisos.

Como los ejércitos de civilizaciones inferiores en las guerras del pasado, solo contamos con la astucia, la ventaja numérica y la voluntad de sacrificarnos. Entre los cientos de pequeños guerreros alados que nos defienden, ordenamos a los más cercanos al objetivo que replieguen sus velas para reducir la probabilidad de ser alcanzados.

El mapa tridimensional que se despliega en mi imaginación muestra cómo las esporas se reducen a los diminutos nódulos centrales, finas láminas de vida adheridas a las piedras de las que ahora se adueña la gravedad. Por fortuna, las explosiones han cesado y avanzan raudos al encuentro de la nave enemiga. La trayectoria de la Nglfar, recalculada segundo a segundo en algún lugar del Rizoma, brilla como un rayo de plasma en la oscuridad del espacio. Muchas de las esporas no llegarán a cruzarse con ella, se perderán en la atmósfera, convertidas en ardientes estrellas fugaces. O quizás puedan sobrevivir desprendiéndose a tiempo de su carga pétrea.

Los fragmentos que se acercarán a la fragata son pocos, muy pocos. Arriesgándose a ser detectadas, las mariposas rapaces extienden ligeramente las alas y ajustan su rumbo en un último esfuerzo por tocar el objetivo. Tras unos instantes, el haz de semillas se concentra en la línea por donde pasará el enemigo.

Vuelven las dolorosas puñaladas y los estallidos. La Nglfar detecta las esporas y las volatiliza con sus impíos cañones: una, dos, tres… cuatro, cinco… Varias de las que apuntaban a su corazón metálico se desintegran. Otras continúan adelante.

Fuerzo mi visión hacia los puntos de las semillas. Una de ellas apunta al rayo fulgurante que describe la fragata. La velocidad del

choque será espeluznante: quince kilómetros por segundo. La consciencia del planeta cuenta los últimos instantes, conteniendo la respiración colectiva. Las dos trayectorias se cruzan sin tocarse. La Nglfar es un objetivo microscópico en la inmensidad del espacio.

La mirada del Rizoma se desplaza a la siguiente espora. Le ordena abrir sus velas traseras para transmitirnos su posición. Recibimos los datos y su imagen se aclara. Apuntamos hacia el borrón que acompaña a la fragata y controlamos las alas como un timón que surca el vacío. Debemos acertar en el centro, pero la Nglfar se mueve demasiado rápido. No lograremos verla a tiempo… Entonces la imagen se vuelve limpia y nítida. La Argo ha salido de la sombra del planeta y, a través de los ojos de Dorea, la información de los sensores de la nave llega al Rizoma para integrarse en su córtex visual.

Veo la Nglfar con total claridad mientras la mariposa converge sobre la línea infinitesimal de su movimiento, el blindaje, el esqueleto reforzado, las formas vivas que habitan el interior cargado de aire, el brillo radiante de sus reactores, las armas ocultas en su bodega. ¿De dónde sale esta alucinación? ¿Acaso las esporas transmiten también la monitorización interna de la nave enemiga? ¿Será una fantasía de mi mente, una combinación de deseo, miedo y los informes de antiguos combates almacenados en mi base de datos?

Un instante después, la sacudida de metal desgarrado se propaga por mi cuerpo, como si la roca transportada por la espora atravesara mis entrañas. El impacto agujerea y deforma el blindaje, y la energía cinética del meteorito lo convierte en un haz de materia fundida que ensarta la fragata, quebrando depósitos, mamparos, conductos, cables… En una extraña sinestesia, siento la despresurización de la nave como si el aliento escapara de mis pulmones. Las grietas del casco expulsan a borbotones el aire de la Nglfar y los cuerpos calcinados de la tripulación crepitan como brasas en la oscuridad.

Otro impacto certero inutiliza su sistema de armamento. La Nglfar se ve golpeada por saetas de luz que insuflan de un vacío etéreo cada una de sus cámaras. Cuando la radiación fugada del reactor se extiende por la cabina, los gritos de la tripulación me llegan como chispazos de dolor, golpeando sentidos que ignoraba poseer.

Sin explicación, mi consciencia expandida sabe que los hombres y mujeres de la Nglfar estaban condenados a morir desde el momento mismo en que se adentraron en el agujero negro. Sus frágiles órganos humanos comenzaron a descomponerse al salir del túnel, atravesados por una dosis de rayos gamma a la que ningún

ser vivo sobrevive más allá de unos días. Nuestro ataque solo ha adelantado unas horas su agonía final.

La fragata resiste pocos segundos más, como un gran pájaro alcanzado en pleno vuelo, tratando de mantenerse en el aire. Las últimas rocas martillean sin escrúpulos los restos de la Nglfar, rota en pedazos por el yunque de su propia inercia, esparcidas las astillas de sus huesos de aleación y los fluidos plasmáticos que alimentaban sus motores.

La nave enemiga ha sido destruida.

Una marejada de alivio se propaga por el planeta junto al pesar por las bajas de ambos bandos. Pero Itnis Cinco aún no está a salvo.

La Argo se acerca a toda velocidad, siguiendo el horizonte curvado de Lakshmi. Su tarea es recoger los escombros con el embudo y destruir los mortíferos catalizadores antes de que caigan a la atmósfera. Intento enfocar mi visión para encontrar la mente de Dorea en el punto móvil, pero mientras me concentro en ella, un espasmo de terror me sobresalta.

«¡No!». Escucho una alarma convulsa en lo más profundo de la red planetaria. Busco la causa del repentino miedo. ¿Qué ha pasado?

De los restos de la Nglfar se han separado varias líneas que pronto se independizan de la masa reventada de la fragata. Un puñado de objetos oblongos se dirige a la atmósfera; los torpedos. Propulsados por cohetes, algunos han escapado in extremis del naufragio y se lanzan hambrientos sobre su víctima, repletos de veneno.

Una fina línea huye en dirección opuesta, hacia las tinieblas del espacio profundo.

MICH

Es muy diferente a las simulaciones de realidad virtual por las que pasamos en la Academia. Las naves no son meras proyecciones, sino presencias tangibles que zumban dentro de mi cabeza. Puedo seguir a cualquiera de las esporas, notar el calor del sol en mis alas, la fricción del campo magnético que me impulsa. Al mismo tiempo, en el Rizoma pierdo el centro de mi individualidad. Vivo en un delirio, un baño de emociones y pensamientos que quizás sean míos o no, donde la acción y la contemplación se confunden en un flujo turbulento.

No puedo evitar sumergirme en la angustia al ver que los torpedos siguen camino de la atmósfera. Azuzado por la inminencia de la catástrofe, trato de pensar en medio de la opresión colectiva. El canalla de Orstron ha programado los misiles para que se activaran automáticamente si la fragata era alcanzada y ahora descienden a toda velocidad, acelerando hacia el manto gaseoso de Lakshmi.

—Mich, ¿estás ahí?

Si no es la voz de Dorea, se trata de una ilusión casi perfecta. Con apenas desearlo, cruzo la negrura del espacio hasta colocarme junto a ella en la Argo. Nuestra nave vuela con sus mandíbulas abiertas hacia los restos de la Nglfar.

—Estoy aquí —respondo.

Me contesta sin palabras, pero la entiendo igualmente.

—La fragata ya no importa. Voy a por los torpedos.

Mi cuerpo siente el cambio de rumbo cuando se zambulle hacia el planeta.

—¡No llegarás a tiempo! Endereza antes de que sea tarde —le suplico.

¿Soy yo quien habla, o es la razón grupal de los ents la que se expresa a través de mis pensamientos? ¿Les importa si Dorea sacrifica su vida y la Argo en un vano intento por salvarlos?

La atmósfera nublada y polvorienta de Itnis Cinco es el infierno para una nave interestelar. El brutal rozamiento fundirá el escudo y sus restos convertidos en magma harán trizas la estructura. La expectación llena de silencio la mente del Rizoma. Solo unas pocas

esporas mantienen su actividad entre los escombros de la Nglfar, atrapando otro misil, este minúsculo, que huye en dirección opuesta.

Desde el planeta no puedo hacer más que ver la Argo hundiéndose en pos del veneno que va a aniquilarnos.

—¡Sal de ahí, Dorea! ¡Estás entrando en la atmósfera! —la prevengo.

El tiempo se enlentece, convertido en una eternidad que atravieso sin respirar. Las carcasas de los cuatro misiles se encienden cuando llegan a las capas superiores, radiando el calor de su encuentro cinético con el gas. Un instante después, los reflejos mecánicos de su interior les hacen estallar. Las nubes tóxicas que liberan se quedan atrás, detenidas por las moléculas de aire, y un instante después florecen como una estrella recién nacida.

Al mismo tiempo, el cono de la Argo resplandece con mal pronóstico.

—¡Sal de ahí! —insisto.

Dorea no responde.

La bola de fuego que han iniciado los catalizadores se expande, alimentándose de la combustión del aire circundante. Desde la Argo veo la amenazadora nube frente a mí, ampliándose.

En una trayectoria de precisión suicida, el campo magnético del cono atrapa la reacción, conduciendo la ponzoña hacia el tanque de combustible para ser confinada y extinguida.

El cáncer explosivo ha sido milagrosamente amputado. Pero la Argo sigue cayendo.

—¡Suelta el escudo, Dorea! —le grito con todas mis fuerzas.

La capitana ha debido pensar lo mismo, porque antes de terminar mi frase veo que el embudo se inclina hacia la superficie y un fogonazo lo separa del cilindro de la nave. Expuesta a los elementos de la atmósfera, la carcasa de espuma de la Argo se desintegra con rapidez y un par de antenas se transforman en estelas hirvientes, pero un hábil giro y el impulso de los propulsores hacen que la nave rebote contra los gases recalentados y ascienda con rapidez fuera de la zona de peligro.

Suspiro con admiración. Jamás he visto nada igual, ni siquiera en el simulador. No existe piloto humano capaz de ejecutar una maniobra así. Solo hay una explicación. También Dorea se ha convertido en algo más al conectarse al Rizoma.

De repente, necesito escapar a mi dorada prisión mental. Me arranco los tentáculos y abro los ojos. La realidad sigue existiendo fuera, pero es borrosa y estrecha. A mi lado, Lene está todavía cubierta por las láminas vegetales, igual que Coqueta y los demás ents del cubículo de control. Cuánto daría por abrazar ahora a mis

compañeras.

Mis pensamientos se resitúan en el ceñido espacio de mi cráneo y me doy cuenta al fin de que, por inverosímil que parezca, hemos derrotado la fragata. La Corporación no ha conseguido eliminarnos de la historia. Estamos vivos, hemos prevalecido. Pero desconozco el precio que tendremos que pagar por ello.

Lene se levanta y nos fundimos durante un largo rato. Los ents nos observan con expresiones difíciles de interpretar.

—Vencimos juntos. Un buen trabajo de equipo —nos felicita Coqueta, plantada frente a nosotros.

Ella también se está volviendo más humana.

Lo siguiente que hacemos es llamar a la Argo. Por un instante tengo la premonición de que tienen problemas, pero la voz de Dorea me tranquiliza. No hay cerebro vegetal que pueda imitar su alegría aderezada de orgullo.

—¡Lo hemos conseguido! ¿¡No ha sido increíble!?

—Te mereces la medalla de primera clase —propone Lene, entusiasmada.

—Dudo que nos recibieran como héroes en la Academia —respondo con preocupación. Luego recapacito. No tengo derecho a robarles la satisfacción de la victoria—. Ha sido impresionante, Dorea. Todo el planeta te debe la vida.

Coqueta nos observa con sus ramitas sensoras. Decido animar el ambiente.

—Bueno, amiga mía. ¿A quién toca salvar ahora?

La ent pondera la cuestión, consultando con sus ondas invisibles.

—Estamos recogiendo objetos de la órbita —afirma—. ¿Queréis que traigamos también a vuestra compañera?

En este momento sería capaz de dar un beso a Coqueta. Con lengua.

DOREA

Me resisto a abandonar la dimensión en la que he estado inmersa durante unos minutos. No deseo regresar a la estrechez física de la Argo. La nave y yo éramos una sola mientras atravesábamos el interior de los anillos pedregosos y volábamos sobre la masa de nubes, un ave rapaz aproximándose con sigilo a su presa herida.

¿Qué pensaba al lanzarme en picado tras los torpedos? Lo he hecho sin calibrar las consecuencias, por puro instinto, dejándome llevar por la furia, aguantando la quemadura en las alas, empeñada en atrapar los insectos venenosos en mi red.

Cuando los tentáculos se retiran, deslumbrada por la iluminación de la cabina, pienso que quizás todo ha sido un sueño, una elaborada hipnosis de los ents. Pero los rostros de Lene y Mich me confirman que la batalla ha sido real y que hemos estado a punto de perder la Argo.

Abrazo a los dos, temblando aún por lo que hubiera podido pasar. Me siento agotada. La incertidumbre de las últimas horas ha consumido la energía de mi cuerpo. Me derrumbo en el asiento de pilotaje y considero el coste de nuestro triunfo. Todas las victorias son amargas cuando hay víctimas. Pero no hay vuelta atrás. Ahora debemos pensar en el futuro. Sin embargo, antes de que ese mañana se acerque necesito un descanso y, a ser posible, un narcótico que amortigüe la tempestad de mis neuronas aún disparadas.

—¿Tenemos alcohol en la despensa?

—Sabes que está prohibido —me contesta Lene.

—No es eso lo que he preguntado. He destruido una nave militar de la Corporación. No creo que importe si rompo unas cuantas reglas más.

—Puedo sintetizarlo —se ofrece Mich.

El resultado tiene un sabor espantoso, pero no pienso quejarme. Cumple con su cometido, aunque con efectos secundarios desagradables.

En medio de mi juerga, la terminal anuncia una nueva llamada. No sé de dónde sale la voz de Lene. Debe ser que el mejunje me ha mareado.

—Dorea, ¿están aún ahí las esporas?

¿Esporas? Me había olvidado de las alubias mágicas.

Hecho un vistazo al tubo que lleva hacia la esclusa.

—Siguen pegadas al pasillo —confirmo—. Debería darles un poco de licor para que celebren también la victoria.

—¿Licor? ¿Te pasa algo? —Lene suena preocupado.

—Nada en absoluto. Es la resaca.

—Escucha. Coqueta me ha hecho una proposición.

—Vaya… Ya sabía yo que lo vuestro iba en serio. —Me rio, por algún motivo.

—¿Seguro que estás bien?

Alguien me pasa un café caliente. Joder, me he abrasado la lengua. No podré hablar en una semana. En fin. Lene se toma muy en serio su discurso y me explica que los ents van a utilizar los grandes globos, aquellos que nunca lanzaron, para traer fragmentos de la Nglfar, aunque tardarán al menos un día en subir a la órbita y otro tanto para regresar.

Mi mente flota en una dimensión paralela, así que tardo unos segundos en comprender. Lene está diciendo que puedo bajar a la superficie y vivir con ellos en el mundo de los ents mientras la Argo continúa hacia Itnis Seis.

Mis compañeros de la Argo escuchan con atención.

—No puedo dejarlos solos —respondo a los de la superficie.

—Si te quedas en la Argo, tendrás que congelarte —interviene Mich—. No tenéis otra opción hasta que los robots completen la construcción del nuevo ascensor. Tardarán varias décadas.

Lo consulto con mi tripulación.

—Ve con ellos. —Ríe Mich—. Nosotros despertaremos una copia que esté menos borracha.

Golpeo cariñosamente su mandíbula.

Es curioso. A pesar de no haberlos visto en persona, me siento cercana a los que bajaron a la superficie, como si mi destino estuviera junto a ellos. Además, tengo una malsana curiosidad por comprobar de cerca los exóticos encantos de los ents.

LENE

Las siguientes horas están repletas de actividad. Mientras Dorea se recupera de su indisposición, Mich y yo planeamos el viaje a Itnis Seis con los gemelos. Sigue siendo extraño hablar con ellos, como escucharse a una misma en una grabación. La voz es tuya, pero no suena igual.

La posición relativa de los dos planetas es favorable y podrán llegar a su meta en ocho meses, pero, como Mich advirtió a Dorea, deberán congelarse para no consumir las reservas de alimentos y evitar volverse locos durante el trayecto.

—Me siguen preocupando los embriones —comenta el otro Lene—. Han estado expuestos a la radiación y pueden sufrir daños permanentes si continúan recibiéndola.

—Hay que reforzar la espuma protectora —propongo—. Activa uno de los robots reparadores.

Cuando Dorea se recupera, abordamos el siguiente problema. Debemos decidir qué contar a Silenia. La Argo no captó ninguna transmisión de la Nglfar. Si la fragata vino de un futuro lejano, quiere decir que la Corporación del presente no sabe nada sobre la misión de Orstron. Mejor no mencionarla. El informe debe ser tranquilizador. Queremos evitar que envíen otras naves colonizadoras y, sobre todo, efectivos militares. Ahora me arrepiento de haber enviado mensajes a Silenia hablando sobre los ents. Por lo menos, no mencioné su papel en la primera oleada ni describí las portentosas capacidades del Rizoma. Lo mejor que podemos hacer ahora es decir que son pacíficos y que hemos llegado a un entendimiento, aunque lamentablemente la raza vegetal se encuentra en vías de extinción.

Tampoco revelamos a Silenia el cambio de destino de la Argo. Explicamos el plan para reiniciar la terraformación, pero no decimos que se pondrá en marcha en Itnis Seis. Nos ahorramos las explicaciones pertinentes.

Solventado el asunto, Dorea programa la maniobra de salida de la Argo en la siguiente órbita y, transmitidas por Coqueta, recibe las instrucciones para descender ella sola a la superficie. Debe ponerse el traje presurizado y llevar una reserva de oxígeno y alimentos

para un día. La liana de las esporas la guiará hasta el globo, que creará un espacio estanco a su alrededor. Podrá quitarse el casco y contemplar el alucinante viaje a través de las nubes.

Después Coqueta nos avisa de que se ha convocado otra reunión con el Rizoma. Estamos exhaustos. Necesitamos dormir diez horas seguidas. Pero el sutil temblor de la científica y sus educados ruegos nos indican que la asamblea es importante.

Recorremos las concurridas pasarelas que llevan a los nichos. Es evidente que los ents nos observan ahora de otra manera; con respeto, incluso con admiración. No somos ya prisioneros ni colaboradores forzosos, sino aliados. Lo confirmamos al conectarnos a la red mental. Si en encuentros anteriores percibí la desconfianza y el miedo de los ents, esta vez me invade una cálida sensación de esperanza. En los primeros minutos, la consciencia común repasa el éxito de la operación contra la Nglfar. Sin embargo, al orgullo del triunfo le siguen difíciles preguntas acerca del futuro del planeta y la maltrecha situación de los que sobreviven en él. La mayoría desea comenzar cuanto antes la reversión al estado original, aprovechando el trabajo que realizamos con los robots. Conscientes del potencial de la tecnología biológica de los ents, nos permitimos sugerir que las máquinas se complementen con plantas modificadas para multiplicarse y realizar los cambios químicos necesarios.

La idea consigue un amplio consenso. Los ents se sienten ahora fuertes, preparados para recuperar la gloria de antaño. Por otro lado, hay también una nueva consciencia del peligro. Han estado a punto de perecer, borrados de la existencia por una sola nave que pertenece a un poderoso enemigo. No quieren arriesgarse a que suceda de nuevo. La civilización ent sigue siendo vulnerable mientras se limite a un mundo único.

Los humanos primitivos debieron sentir el mismo temor. Sin embargo, solo cuando la Tierra dio síntomas de agotamiento se decidieron a emprender la colonización que salvaría a la especie del colapso. El despertar de los Lakshmianos ha sido más brusco. Primero fueron los robots, luego el ataque de la fragata. Ahora saben que la aniquilación puede llegar en cualquier momento.

Los recursos del Rizoma se movilizan para diseñar una ambiciosa estrategia. Mi mente recibe y contribuye a las ráfagas de pensamientos. Veo globos con enjambres de nuevas esporas, ascendiendo y desplegando su carga, siguiendo la traslación del planeta alrededor del sol. Estas semillas despliegan las velas y las orientan para que la radiación solar las impulse hacia otros sistemas estelares. Los enviados de los ents llegarán allí en unos siglos, llevando la simiente de varias especies, incluida la suya.

A medida que el consenso para el plan se expande por el

Rizoma, me doy cuenta de que, en lo fundamental, la estrategia es idéntica a la que la Corporación y MINJOV pusieron en marcha hace milenios: un sistema con unidades que se replican infinitamente en la vastedad de la galaxia. No transcurrirá mucho tiempo antes de que un nuevo competidor se sume a la carrera. Vamos a presenciar de primera mano su nacimiento.

Al desconectarme de la megaconsciencia, impresionado por el anticipo de lo que nos reserva el porvenir, me pregunto si el ataque de la Nglfar no habrá creado la reacción que pretendía evitar, si no ha forzado a los ents a expandirse por el espacio y convertirse en una especie dominante como la única manera de asegurar su futuro. Seguro que este pensamiento involucra más paradojas temporales, pero mis exhaustas fuerzas no me permiten considerarlas.

MICH

El día siguiente a la batalla amanece soleado, con tenues nubes que embadurnan el azul eléctrico del cielo. Atravesamos la ciudad montados sobre la plataforma deslizante, contemplando la renovada actividad. Los ents han despertado de su letargo y preparan el comienzo de una nueva era, un renacimiento en el que también nos espera un duro trabajo.

Coqueta nos hace descender del tren en una estación junto al muro traslúcido y rosado de una bóveda. Cubiertos con máscaras orgánicas, atravesamos la membrana de seguridad para acceder al exterior. Hacía mucho que no sentía en el rostro el viento agreste de Lakshmi. Parece que hayan transcurrido meses desde que los ornis nos trajeron a la ciudad.

La terraza se sostiene una decena de metros por encima del suelo. Desde ella vemos el sol reflejado en la bahía. El habitual tono gris del mar ha dado paso a un añil profundo. Más allá de las cúpulas, al norte, observo una gran llanura cercada por montañas peladas, un páramo plomizo puntuado por los esqueletos retorcidos de gruesos árboles. La aridez es descorazonadora, pero si nuestros planes salen bien, algún día las praderas recuperarán su esplendor. Aunque para entonces ya habremos muerto, confío en que veamos los primeros síntomas de transformación antes de ser enterrados bajo el polvo. Quizás un día nuestras copias gemelas regresen de Itnis Seis, visiten el planeta ya recuperado de su enfermedad y comparen las maravillas de ambos mundos.

Una red de senderos recorre la franja que nos separa del mar, serpenteando entre una plantación de soportes circulares. Algunos sostienen globos similares al que íbamos a utilizar en el intento infructuoso de huida.

—Son las nuevas burbujas en la zona de aterrizaje y despegue —nos explica Coqueta, con su versión rasposa de la voz humana.

—Lo llamamos «espaciopuerto» —dice Lene, siempre dispuesta a enseñar.

—¿Por dónde llegará? —pregunto con inquietud.

La rama de Coqueta señala un punto sobre la bahía. Allí flota un grupo de globos, unos cientos de metros por encima de las olas.

La claridad del aire me permite ver cómo cae la burbuja desde el cielo azulado. Su cola cónica tiembla con la velocidad del descenso. Como sistema de frenado no parece muy eficiente.

—¿No va demasiado rápido? —inquiere Lene.

—Todo está bien —responde Coqueta, sus pedúnculos erguidos con confianza.

La burbuja corta el aire sobre la bahía como la punta de una flecha. ¿Esperan que el agua amortigüe el impacto? Quizás no saben que el cuerpo humano es más frágil que sus carcasas leñosas.

Entonces los globos que flotan sobre las aguas se juntan por un momento y se separan de nuevo en una precisa coreografía, elevándose una cierta altura. Entre ellos ha aparecido una tela traslúcida que tensan en un amplio círculo. La burbuja choca con la membrana extendida al tiempo que los globos despliegan sus alas para resistir el tirón. La nave vegetal queda atrapada en el tejido elástico.

—Qué maravilla —proclama Lene, tan asombrada como yo.

Con suaves batidas de las alas, los globos se impulsan hacia la ciudad, transportando la burbuja en su centro. A lo lejos, sobre el mar, veo ya otra nave esférica bajando de las alturas, quizás con restos de la Nglfar.

Coqueta nos lleva hasta el extremo de la terraza, donde hay una rampa descendente. Una vez en el suelo, avanzamos por el camino que conecta los soportes, mirando al cielo para descubrir donde aterrizará la nave.

—Aquí —nos detiene Coqueta.

Esperamos junto a los brazos articulados mientras los globos se agrandan en nuestras retinas. En la esfera central distingo una figura. Se agita en el interior como una larva de pez en su saco vitelino. Cuando llegan a la vertical, los globos retiran la tela que sustenta la burbuja central y dejan que descienda, batiendo sus alas hasta posarse en los brazos del soporte.

Sin preámbulos, una sección de la cubierta se abre.

Lene y yo corremos hacia Dorea, que se tambalea en el umbral del globo con su traje presurizado. Tomamos las manos enguantadas y la ayudamos a bajar. En cuanto sus pies tocan el polvo, la abrazamos con pasión. Sin esperar a que lleguemos a la cúpula, Dorea se quita el casco y aspira profundamente. Su estilizada nariz se arruga.

—Uf. Huele a…

Mis labios, libres de la mascarilla, no dejan que termine la frase.

DOREA

Aunque parece arrasada por una tormenta de ceniza, la superficie de Lakshmi no es tan tenebrosa como imaginaba. La ciudad debió ser digna de verse en su época de esplendor, con sus cúpulas refulgentes y los jardines ahora abandonados.

Me abruma el horizonte, las montañas, el mar… Después de tantos días de encierro y el mareo del descenso, tardo unos segundos en acostumbrarme a caminar en una tierra firme y sin la curvatura de la nave.

Trato de corresponder a la efusividad de Mich y Lene. Me siento como si hubiera atravesado un espejo y me encontrara con los habitantes del otro lado, replicados en un universo paralelo. Cada uno de sus gestos y su familiaridad con el mundo alienígena me demuestran que ya no son exiliados de Silenia, sino los orgullosos habitantes humanos de Itnis Cinco.

Les acompaña uno de los nativos, un cruce entre araña verdosa y matojo reseco, lleno de bracitos móviles con los que hace un ruido terrible. Supongo que es la científica, Coqueta —¿por qué le pusieron ese nombre?—. Me examina con sus palpos temblorosos mientras chirría. Espero que no quiera abrazarme.

—Te da la bienvenida —traduce Lene.

—Estoy encantada de conocerla y le agradezco que haya ayudado a mis compañeros —la saludo con una leve inclinación.

En este momento soy consciente de lo afortunada que soy como bióloga. Tengo la oportunidad única —literalmente— de estudiar formas de vida desconocidas para el resto de los humanos, descubrir su misteriosa bioquímica, su fascinante fisiología, su sistema de reproducción y, por lo que Mich y Lene intuyen, un dominio de la ingeniería genética que sobrepasa al nuestro con amplitud.

Seguimos un sendero hacia la cúpula más cercana. Por un momento temo encontrarme con los agresivos seres voladores que causaron la muerte a mi primera copia. ¿Sintió ella la misma mezcla de desasosiego y fascinación? Me gustaría seguir sus pasos desde el mar, visitar su tumba… Pero no debo pensar en ella. Aquella Dorea no era yo. Tengo que empezar desde cero.

Sin embargo, tampoco puedo evitar recordar a mi madre, a mis

hermanos devotos de la fe multipliquista alentada por la Corporación. Todos los miembros de mi familia debieron morir hace mucho. Aun así, me pregunto qué pensarían al ver que mi misión de expandir la raza humana se ha convertido en una traición a sus ideales.

Por otra parte, he estado pensando durante el largo descenso, mientras contemplaba la vastedad del planeta, que a diferencia de nuestras copias en Itnis Seis no tendremos embriones con los que aumentar el número de colonos. Si queremos que la raza humana se implante en Lakshmi, tendremos que multiplicarnos por medios más tradicionales. La idea me atrae y me aterra al mismo tiempo.

Tras atravesar la pared diáfana de la bóveda, nos topamos con una inesperada bienvenida, un destacamento de robustos ents que custodia la entrada. Reconozco las manchas teñidas de púrpura sobre sus costras quitinosas. Un gran arbusto se adelanta, blandiendo una lanza primitiva.

Coqueta se dirige al enorme capitán, pero el forzudo la ignora. Sus ramas retumban con graves crujidos y mareantes destellos.

Lene traduce el discurso. El jefe de la facción malva habla con altivez de sus antepasados guerreros y de una antigua batalla en la que su pueblo estuvo a punto de perecer. La lanza que alza sobre su cabeza fue creada en conmemoración de aquella hazaña a partir del cuerpo embalsamado del fundador de su clan.

A continuación, me agradece que haya luchado con valentía por el planeta, extiende su sagrada pica y me la ofrece como presente en conmemoración de nuestra alianza.

Me inclino hacia él —casi me topo con sus vibrantes extensiones — y acepto el regalo en nombre de los tres. Lo único que poseo para devolverle el cumplido es la navaja multiuso de mi cinturón. Parece satisfecho.

Tras la recepción, atravesamos la ciudad sobre un monorraíl hasta llegar al habitáculo que nos sirve de alojamiento. Es horrendo, pero por el momento mi prioridad es darme un baño en algún líquido caliente y dejar que mis chicos me cuiden un rato.

Por desgracia, el descanso no dura mucho. Después de remojarme con agua tibia en un barreño de madera, Coqueta aparece de improviso empujando un carrito con sus miembros recortados. En la bandeja transporta un proyectil tan grande como mi brazo.

Los tres nos incorporamos con curiosidad y cierta alarma. La ent explica que el pequeño misil es parte del botín capturado entre los restos de la Nglfar.

Mich lo señala.

—Recuerdo que, después de sufrir el impacto, la fragata lanzó

un cohete que se dirigía hacia el espacio profundo, huyendo del planeta.

Tras comprobar que no lleva carga explosiva, abrimos la cubierta de aleación con las herramientas. Entre los sistemas de propulsión y navegación, encontramos un cilindro de metal anaranjado, del tamaño de un dedo.

Empiezo a comprender las palabras terrestres que Coqueta imita con sus chirridos.

—¿Qué es? —pregunta la ent, agitada.

—Una cápsula de información —la identifica Mich—. La Corporación las utiliza para preservar datos sensibles en caso de accidente.

—O para enviarlos de forma segura a través del espacio —añado.

—El mensaje en una botella —dice Lene, dada a oscuras referencias históricas.

—¡Tenemos otra, tenemos otra! —chirría Coqueta. A continuación, se marcha del cubículo a trompicones, sin esperar respuesta.

Lene mira con preocupación la membrana por la que ha desaparecido.

—¿Qué le pasa? Parece asustada.

Ignorando el asunto, Mich utiliza la consola para acceder a la memoria del cilindro e inspeccionar los datos que guarda. Tras unos minutos enumera sus hallazgos. La memoria contiene documentos sobre la situación estratégica de la Corporación en el futuro. También informes acerca de la misión de la Nglfar, datos técnicos del sistema de teletransporte, simulaciones físicas, las órdenes de la tripulación…

—Es una cápsula temporal —afirma Lene, emocionada—. Orstron pretendía dejarla en la época actual para que la Corporación supiera lo que ha sucedido. Y lo que puede suceder.

—Eso parece —confirma Mich—. Mirad; en la superficie hay un texto grabado con instrucciones para remitirlo a la base más cercana a cambio de una recompensa y una advertencia sobre el acceso no autorizado a la información.

—Tendrías que haberlo leído antes —bromeo.

¿Cuál era el objetivo de la cápsula? Quizás advertir al consejo de la Corporación acerca de los ents, en el caso de que la misión de exterminio fallara. Información sobre el futuro. Ahora nada nos impide comparar los datos del cilindro con lo que va a suceder en los próximos siglos y determinar si el curso de la historia ha cambiado o no. Gracias, capitán Orstron.

Mich sigue buscando entre los archivos.

—También hay un cuaderno de bitácora como el que escribe Lene y un dosier sobre nuestras acciones y el comportamiento de la Argo. Menos mal que lo hemos interceptado…

La frase de Mich se queda a medias cuando las patas leñosas de Coqueta asoman por la abertura membranosa. Por lo visto, no puede dejarnos ni un minuto a solas.

La ent se acerca con precaución, como si llevara un material peligroso. Lo único que veo entre sus ramas heridas es una bolsita opaca.

—Aquí está, es la otra —dicen sus crujidos

Mich mete los dedos en el saquito y saca un cilindro idéntico al que estábamos examinando. Bueno, no del todo idéntico. Su superficie parece haber sufrido rasguños y la erosión del tiempo. Mi compañero sostiene la segunda cápsula en su mano, la mira con detenimiento y, de repente, da un respingo. El tubo cae al suelo y Mich se aparta de él como si estuviera endemoniado.

Intenta decirnos algo, pero de sus labios no sale ni una palabra.

Intrigada, tomo el cilindro con la yema de los dedos. Tiene trazas de polvo, óxido y pequeñas rayas, como si hubiera sido desgastado por materiales más duros. También hay una inscripción. ¿Más instrucciones?

«Para Lene, Dorea y Mich, no necesariamente en este orden».

MICH

Coqueta desconoce la escritura humana y no puede saber lo que dice el texto del avejentado cilindro. No comprende nuestra turbación.

—¿De dónde ha salido? ¿Ha caído del espacio? —le pregunto, reclamando una explicación.

Mi vehemencia la asusta.

—No pasa nada, Coqueta —susurra Lene, que no ha visto aún la inscripción—. Dinos cuál es el origen de la cápsula. Es importante.

—Cayó del espacio por la noche —explica por fin—. Su proyectil se perdió.

—¿Cuándo cayó? ¿Dónde? —la interrogo.

—Yo no había crecido aún —responde, cohibida—. Fue un corto tiempo antes de que llegaran los robots por el gran tubo. Mi antecesora, la jefa ingeniera, lo preservó en nuestra colección de objetos extraños, pero nunca supimos qué era.

¿Antes de que llegaran los robots? Por entonces nosotros estábamos todavía a años-luz de Itnis Cinco. Las palabras de Coqueta no tienen sentido. O nos gasta una broma pesada o hay un malentendido lingüístico.

Cojo el cilindro a Lene, que se ha quedado también pasmada al leer en él nuestros nombres. Intento conectarme a la memoria. Sus circuitos siguen intactos. No puede ser tan antiguo como ha dicho Coqueta. Probablemente lo lanzó también la Nglfar para despedirse con una última amenaza.

No necesito rebuscar mucho en la memoria de almacenamiento. La carpeta raíz contiene un archivo de vídeo llamado «Ábreme». Dudo un momento.

—¿Queréis ver quién nos envía el paquetito? —pregunto.

Lene y Dorea asienten con lentitud.

Oriento el proyector de la consola hacia la pared interior más oscura del cubículo. Cuando el haz de luz se enciende, el muro gelatinoso se convierte en la puerta de entrada a un universo paralelo. Dentro de su marco hay un trío idéntico a nosotros.

Por un momento dudo de mi salud mental. Tras varias semanas de inquietud y las emociones del reencuentro, ¿es posible que la

inmersión en el Rizoma me haya provocado secuelas alucinatorias? Quizás mi mente ha dicho basta y prefiere refugiarse en una insensata fantasía. Ahora bien, si se trata de una ilusión, también parece convencer a mis compañeras. Las dos miran asombradas a los protagonistas del vídeo.

Los tres parecen unos años mayores y sus ropas son de un estilo diferente. La Dorea de la proyección nos saluda con una sonrisa forzada, por delante de un fondo desenfocado.

—Hola. Supongo que este mensaje os resultará desconcertante. No os preocupéis. Vamos a explicároslo; al menos, aquello que debéis saber.

—Aquello que os *conviene* saber —añade otro Mich a su lado, con rostro curtido y pelo muy corto.

La siguiente en hablar es Lene. Me resulta más difícil encontrar diferencias en ella. Lo único que ha cambiado es su vestimenta, un elegante traje de una pieza.

—Ahora ya sabéis que el viaje al pasado es posible, aunque en la práctica resulte casi inviable por el costo en materiales, energía y vidas humanas. Durante siglos la Corporación no ha sabido si la Nglfar sobrevivió siquiera a su travesía del agujero negro. El túnel espaciotemporal desapareció al ser utilizado, como estaba previsto, pero quienes habían enviado la nave, sacrificando a su tripulación, no observaron ningún cambio. Todo seguía igual que antes del lanzamiento. El hilo de la historia no había variado, y eso causó una gran frustración a la alianza de los imperios.

¿Somos nosotros mismos en el futuro, acaso otras copias descongeladas, o bien algún tipo de simulación?, me pregunto, sabiendo que es imposible obtener una respuesta. Tengo que conformarme con ver y escuchar a los fantasmas del pasado, o más bien del futuro.

Mi gemelo interviene de nuevo, interrumpiendo a Lene. Al parecer, mis modales no han mejorado.

—¿Sabéis por qué? La Corporación se ha aliado con MINJOV. Ambos tienen ahora un objetivo común: eliminar a las demás especies de la galaxia. Ya no les interesa si la gente vive bien o mal, solo dominar el espacio con sus máquinas. El caso de Itnis Cinco no es el único, pero…

—No debemos dar esa información —objeta la Dorea paralela.

La que está a mi lado me observa de reojo, como para asegurarse de que los dos aún existimos en el presente.

—Apoyamos a la Simbiosis, una alianza de civilizaciones no terrestres —explica la melliza de Lene—. Los imperios están empeñados en cortar de raíz la resistencia y han saqueado miles de sistemas para construir otra máquina del tiempo. Esta vez serían

androides los que atravesaran el agujero negro.

—Por fortuna, nuestros agentes averiguaron el plan a tiempo —continúa Dorea— y hemos preparado una respuesta. Podríamos destruir las instalaciones, pero un sabotaje solo conseguiría que se empeñaran en reconstruir la máquina una vez más, con mayores medidas de seguridad, así que hemos decidido aprovecharnos de su trabajo. Quizás así se convenzan de que cambiar el pasado es imposible y se avengan a negociar.

Mich vuelve a intervenir y siento que me mira como si pudiera verme.

—Hemos pensado que la mejor forma de cerrar el agujero es utilizándolo.

Los tres sonríen como si fueran a sacar una tarta de cumpleaños. Dorea desempaqueta el regalo.

—En lugar de la nave militar autónoma que pensaban enviar, lanzaremos a través del agujero una nao colonizadora de primera fase. Pasará cerca de Lakshmi para dejar este mensaje antes de que lleguen los robots de Silenia y luego volará hasta Itnis Seis, donde comenzará la transformación del planeta. Si todo sale como esperamos, esta vez la Argo descubrirá un mundo preparado para la colonización… Y bien…

Los tres se miran, dudando. Dorea decide continuar.

—Es mejor que no os digamos nada más. Imagino que tendréis muchas preguntas, que os gustaría saber qué porvenir os espera, pero a pesar de lo que digamos, todo podría ser diferente… En cualquier caso, es preferible vivir con la ilusión de crear un futuro mejor. Así que no tengáis miedo y disfrutadlo, trío de decisores.

En cuanto el vídeo se termina, lo pongo en marcha de nuevo. Debo asegurarme de que no lo he soñado.

LENE

Cuaderno de notas. Día trescientos veintiuno. Hace ya un año desde que vislumbramos el planeta por primera vez. Lakshmi ha comenzado su tímida transformación. Las máquinas reprogramadas por Mich combinan el oxígeno atmosférico con el carbono extraído de los restos orgánicos desperdigados por el planeta y lo fijan con el calcio y el silicio de las rocas. Otros robots se encargan de dispersar bacterias aeróbicas que generan dióxido de carbono, hidrógeno y metano. Lentamente, la atmósfera se volverá irrespirable para nosotros, pero también más transparente y cálida a medida que el polvo sea absorbido por las esporas y el CO_2 refuerce el efecto invernadero. El cielo se tornará amarillento y rosado, incluso púrpura.

Para compensar la pérdida del azul celeste, el turquesa de Itnis Seis será cada vez más visible en el firmamento. Nuestros hermanos han rebautizado el planeta como Ganesha, otro antiguo dios que es portador de inteligencia y sabiduría, cualidades que necesitaremos en abundancia para enfrentarnos a un futuro incierto. Tal como el mensaje caído del cielo prometiera, la Argo encontró un elevador preparado para descender a la superficie e instalarse con los embriones en un mundo hecho a su medida. Resulta extraño pensar que Itnis Seis fue modificado mientras la Argo atravesaba el espacio desde Silenia.

Tal como anunció la profecía de Orstron, la Dorea de Ganesha insistió en que la primera ciudad de su planeta se llamase Aloit, como la aldea de su abuela.

Durante estos meses hemos escuchado mil veces el mensaje hasta aprenderlo de memoria. Nunca cesaremos de debatir su significado. En el vídeo, los gemelos del futuro utilizan la palabra «simbiosis». Creo que la elección del término no es casual. La homogeneización de los ecosistemas en los mundos invadidos por la Corporación nos llevó a olvidar lo diversa y dinámica que era la vida terrestre en sus inicios. Dorea me ha ayudado a estudiar la evolución primigenia de la Tierra y estoy seguro de que la vida en Lakshmi se desarrolló mediante un proceso similar. La simbiosis es el fundamento de nuestras existencias, el mecanismo que permite

sobrevivir en condiciones adversas y conquistar espacios que nos estaban prohibidos.

Sucedió con las moléculas que cooperaron inconscientemente para dar forma a las primeras células, simples burbujas aisladas del entorno por una membrana. Luego, tras la catástrofe que supuso la oxidación de la atmósfera terrestre, varios tipos de bacterias aprendieron a vivir como orgánulos en una casa común: las células eucariotas que constituyeron las plantas y animales. Sus cloroplastos y mitocondrias, nuestras centrales de energía, provienen de aquellas antiguas bacterias y aún conservan sus propios genomas separados del núcleo celular.

¿Y qué es el sexo, sino la simbiosis entre células que comparten genes en lugar de replicar únicamente los suyos? Fue otro invento de la vida para dar respuesta a un ambiente hostil y cambiante. Igual puede decirse de los líquenes, la inverosímil asociación de un alga y un hongo, que permitió a la vida saltar de las fértiles aguas del océano a la superficie agreste de la Tierra. Consiguieron perseverar sobre la roca desnuda sin nutrientes orgánicos que pudieran alimentarlos.

Yo misma, yo mismo, soy un ejemplo de hibridación. Siempre he sentido que había nacido para mediar entre dos formas de vida, uniéndolas a pesar de las dificultades. Ahora tengo la seguridad de que esa y no otra es mi misión. La simbiosis de la que habla el mensaje es, sin duda, la cooperación entre humanos, ents y otras encarnaciones de la vida. Al compartir una sola consciencia en el Gran Rizoma hemos comprobado que la unión es más que la suma de las partes, que nos ha permitido escapar a la muerte y alcanzar lo que resulta inasequible por separado.

La galaxia es el espacio donde la vida se expandirá en esta fase de su evolución. Después de la brutal glaciación que siguió a la oxidación fotosintética de la Tierra solo sobrevivió el uno por ciento de las especies, refugiadas al calor de los volcanes. Sin embargo, la desolación resultante fue un terreno abonado a la simbiosis y la evolución, un incentivo para crear nuevas e inesperadas capacidades, como las emociones y la inteligencia de los mamíferos tras la muerte de los dinosaurios.

¿Tomamos la decisión correcta? Nuestro deseo no fue otro que ponernos del lado de la evolución. Estoy segura de que, sea cual sea el veredicto impasible de la historia, la vida se adueñará del futuro.

Las primeras esporas de Itnis juntan sus velas en el espacio para partir hacia otras estrellas. Con ellas viaja una pizca de nuestra consciencia humana trasplantada por el Rizoma. Al mismo tiempo, los primeros nacimientos en Ganesha, el inesperado embarazo de Dorea y los frutos que crecen en los nódulos hinchados de Coqueta

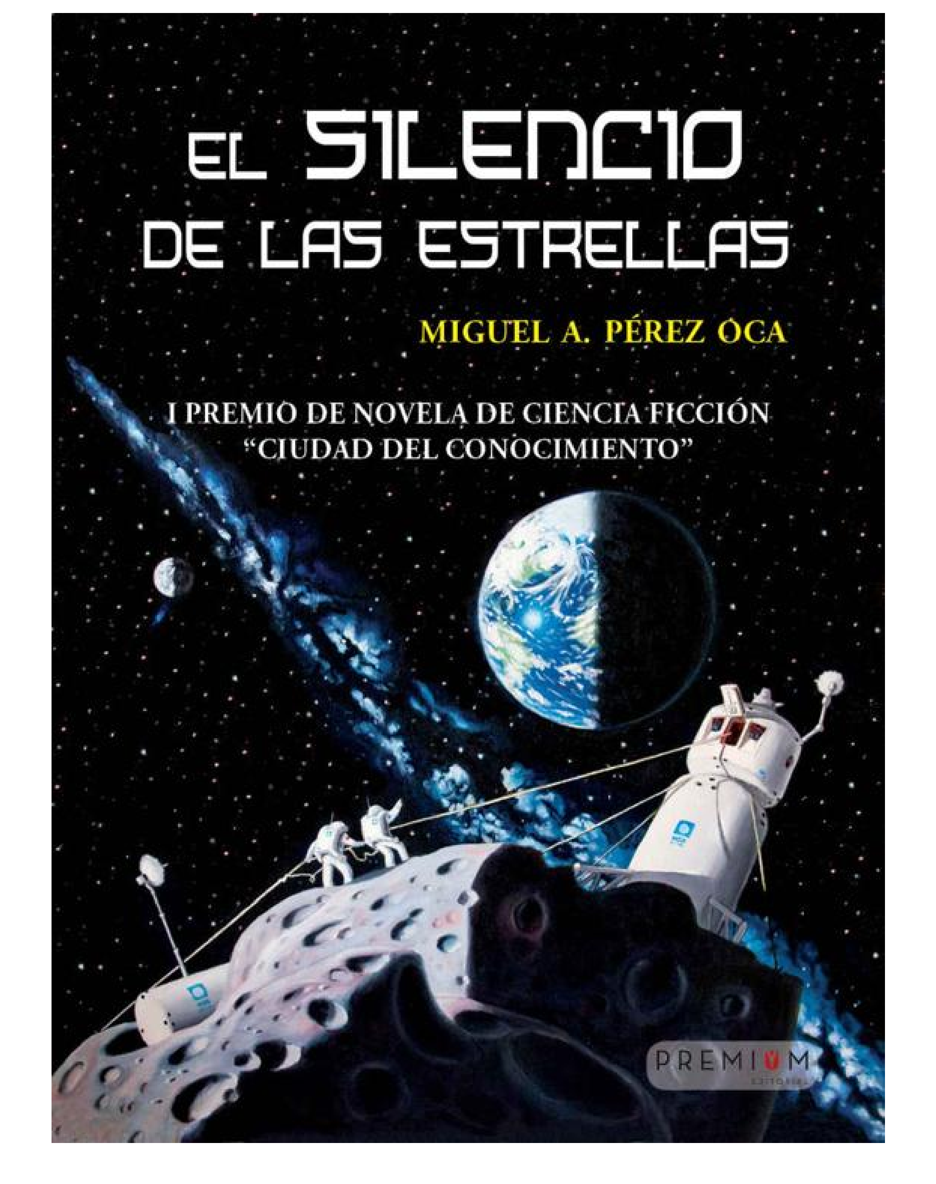
nos confirman que la vida también se multiplica en nuestro mundo y que, tras épocas de lucha, esplendor y sufrimiento, las mejores edades de Itnis están por llegar.

SI HAS DISFRUTADO ESTE LIBRO, NO TE PIERDAS…

La novela de ciencia ficción hard más vendida de Amazon Kindle en 2018.

Avanzado el siglo XXI, la carrera por la conquista espacial se reaviva tras el hallazgo del fósil de un ser primitivo en la superficie de Marte. Tanto es así que todas las agencias espaciales se coordinan para financiar y construir una gran nave interestelar en las inmediaciones de la Tierra.

El propósito es embarcar a cuatro tripulantes, dos ingenieros, una geóloga y una científica Premio Nobel especializada en exogenética, y poner rumbo a los dos planetas descubiertos por el observatorio lunar Mare Moscoviense más similares a la Tierra y con más probabilidades de albergar vida inteligente, situados a 700 años luz de distancia en la estrella Z351 Orionis. Su misión será la de descifrar, después de que el proyecto SETI haya sido abandonado definitivamente, por qué nuestra civilización no ha recibido aún señales del espacio exterior.



COMIENZA A LEER > >

MARTIANITES

¿Por qué guardan silencio las estrellas? ¿Por qué no hemos recibido nunca emisiones de radio artificiales, procedentes del espacio exterior? ¿No hay civilizaciones tecnológicas en ningún lugar de esta inmensa galaxia de cien mil millones de soles con todos sus planetas? ¿Acaso todas las civilizaciones tecnológicas son la antesala inevitable de una autodestrucción inminente? ¿O nuestra especie inteligente es un caso único en el Cosmos y estamos solos en medio de un espacio infinito, desierto o selvático en algunos puntos, pero inconsciente? ¿Y si no hay siquiera vida en ningún lugar que no sea la Tierra? El caso es que yo, el que después sería el famoso astronauta Abel Quiroga, me pasé toda la niñez oyendo a mis padres, ambos científicos, hacerse mutuamente preguntas de esta índole. Mis juegos de niño transcurrieron a la sombra de grandes radiotelescopios desde los que mi padre y mi madre trataban de obtener del Cosmos las respuestas precisas a esas mismas cuestiones, incansablemente, como venían haciendo los sabios terrestres desde hacía ya varias generaciones.

Fue entonces cuando se descubrió el Martianites.

Ese día todas las televisiones del mundo transmitieron la misma escena: un vehículo automático de exploración, llegado a Marte hacía ya muchos años, seguía con meticulosidad programada su tarea investigadora y avanzaba lentamente por una de esas llanuras rojizas que, según los geólogos planetarios, son lechos de antiguos lagos. Era ya un viejo y desvencijado cacharro cuya vida prevista se había superado con creces, temiéndose que de un momento a otro dejase de funcionar. Pero entonces ocurrió el prodigio. Se detuvo ante una roca que sobresalía de un talud de grava y acercó la imagen hasta poder estudiarla con todo detalle. Se trataba de un fragmento de piedra arenisca, parte de una capa sedimentaria rota por un impacto meteórico o un episodio volcánico y caída allí por azar. Todo parecía normal, rutinario, hasta que una pequeña formación llamó la atención del operador terrestre. Hubo que esperar el correspondiente retorno y programar los siguientes movimientos hasta centrar el objeto y acercarlo todavía más a la visión. Su parecido con un trilobites de la Tierra era asombroso.

DESCUBIERTO EN MARTE EL FÓSIL DE UN SER MUY PARECIDO A UN TRILOBITES TERRESTRE.

Ese fue el titular más importante del año en todos los medios de comunicación de nuestro planeta.

Y los periodistas bautizaron a aquel ser como el Martianites.

—Lo más curioso de todo es que se trata de un ser idéntico a los trilobites terrestres —comentaba mi padre durante el almuerzo—. Tiene el mismo tamaño y la misma estructura, como si los de la NASA lo hubieran comprado en la tienda de recuerdos de un museo de Ciencias Naturales. Es demasiado parecido a nuestros fósiles y esto plantea cuestiones muy importantes. Si la vida se desarrolló de manera independiente en los dos planetas, ¿cómo es que la evolución pasó por esa misma etapa en ambos, sin ningún detalle que las diferencie? ¿Dónde queda el azar de las mutaciones y la consiguiente selección adaptada a un medio que no podía ser idéntico al terrestre? Y más aún, teniendo en cuenta que la gravedad de Marte es un tercio de la nuestra, al menos tenían que haber diferido en los tamaños…

—Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que se trata de una criatura que estuvo viva allí hace millones de años —respondía mi madre, entusiasmada—, cuando en Marte hubo mares y una atmósfera densa.

El entusiasmo se había generalizado y despertó la conquista espacial de su letargo mercantilista. Después de tantos años de inversiones exclusivamente productivas a corto plazo, se imponía volver a explorar. ¡Había que ir a Marte! Había que ir a averiguar la razón de tan portentosa similitud y comprender las características comunes de todas las modalidades posibles de vida. Porque quizá la comparación entre distintas formas biológicas nos permitiría conocer qué somos exactamente los seres vivos.

Y ese fue el firme propósito de todas las agencias espaciales. Y yo, por esos días, encontré mi vocación. Sería astronauta explorador.

REBECA

Quince años después yo estaba en la Luna, colaborando en la puesta a punto del telescopio Chandragupta-Pertini en la cara oculta de nuestro satélite natural. Durante años, el observatorio astronómico de Mare Moscoviense había estado funcionando de forma automática, desde que se decidió retirar a todo el personal lunar de las distintas bases, porque su elevado coste de mantenimiento vital no producía ningún beneficio inmediato a las empresas y los estados patrocinadores. Pero entonces, ante la fiebre exploratoria potenciada por el descubrimiento del fósil extraterrestre y el inminente proyecto de ir a Marte, los astrónomos iban a volver a la Luna, con los geólogos y los constructores de habitáculos y estructuras. El nuevo telescopio de 62 metros de diámetro, junto al radio telescopio de 200 metros iban a convertir el viejo observatorio ruso en el más potente de la Historia, protegidos sus enormes instrumentos de turbulencias atmosféricas, por estar en la superficie de un cuerpo celeste sin aire, y de interferencias y polución lumínica por encontrarse en el hemisferio lunar donde no se reciben nunca los impertinentes influjos electromagnéticos de la Tierra. Se trataba de una obra colosal, y los bisoños astronautas del último y masivo reemplazo encontramos allí un excelente campo donde adquirir experiencia para la exploración de otros mundos.

El nombre de Chandragupta-Pertini era un homenaje al doctor hindú Chandragupta y a su inspirador, un modesto y casi desconocido autor de ciencia-ficción argentino del siglo pasado, llamado Nicola Pertini, que fue el primero en exponer la idea de la Perspectiva Inversa Cosmológica (C.I.P). Mohandas Chandragupta había desarrollado matemáticamente esta hipótesis que iniciaría la Tercera Revolución Científica y le valdría el Premio Nobel, sin poder compartir la gloria con Pertini por haber muerto este hacía ya ochenta y dos años. En el pasaje más famoso de su novela *El viajero del Arco Iris*, el hasta entonces humilde escritor nos decía:

«No hay espectáculo más grandioso que el cielo estrellado. Y sin embargo nada hay tampoco más alejado de la realidad. El Universo, tal como lo vemos en una noche estrellada, nunca ha sido así exactamente. Cada cuerpo celeste está de nosotros a una

distancia y dado que la luz tiene una velocidad que, con ser la más rápida que se da en la Naturaleza, es finita, vemos cada astro en un tiempo diferente. Así a una estrella la vemos tal como era hace diez años, si está de nosotros a diez años luz; mientras que otra se encuentra a cien años, o a mil, o a cien mil, según su posición en la Galaxia. Y la distancia a las otras galaxias se mide en millones de años, de tal modo que vemos Andrómeda como era hace más de dos millones de años, y la Galaxia del Remolino como hace quince millones de años, y así hasta las más remotas, a más de doce mil millones de años, cerca del mismo principio de los tiempos. Y el fondo de microondas, el eco gigantesco y omnipresente del Big Bang original, a 13.700 millones de años.

»El grandioso espectáculo celeste no solo se extiende en el espacio sino también en el tiempo, de tal modo que vemos la inmensidad de los mundos, pero también la enormidad de su historia.

»A veces, tumbado en el césped, junto a la cúpula de mi observatorio y mientras mastico una brizna de yerba, me admiro de esta realidad espacio temporal y me veo tal cual soy: un infusorio dotado de cerebro, capaz de analizar la realidad hasta los límites de mi capacidad de comprensión. Y en ocasiones me surgen extrañas ideas que van más allá de las posibilidades de mis cien mil millones de neuronas —tantas como estrellas hay en mi galaxia, y sin embargo insuficientes para desvelar la verdad cósmica—. Me pregunto entonces qué ocurre cuando la extensión del Universo remoto de las más lejanas galaxias se me manifiesta de unas dimensiones que, seguramente, son superiores al tamaño real que en esa época lejana tuviera un pequeño Universo en su expansión primigenia. ¿Qué ocurre entonces? ¿Deberíamos ver esas galaxias de un tamaño mayor que el que tuvieron en realidad? Porque el Universo, parece ser, es ilimitado, pero no infinito y el número de galaxias que contiene, en cualquier época, debe ser una cantidad finita. Pero si el tamaño que le vemos, debido a la recesión, desde nuestro punto de vista de su expansión secular, fuera superior al que tuviere entonces, ¿cómo el conjunto de astros y vacíos se nos podría mostrar equilibrado con la realidad física y a la vez mayor en tamaño si la perspectiva cosmológica no ejerciera de lente espacio temporal, mostrándonos sus componentes y espacios de un mayor tamaño que el que en la realidad le correspondió en su momento y ahora le vemos a través del tiempo?…».

Acertada o no esta consideración, cuestión que todavía se discutía entonces, el caso es que inspiró a Chandragupta —gran aficionado a la lectura de relatos de anticipación científica— para desarrollar sus cálculos que trastocarían los cimientos mismos de la

Física; o mejor, las Físicas, si tenemos en cuenta las incompatibilidades insalvables que entonces había entre la Cuántica y la Relativista, desarrolladas en el siglo XX. Chandragupta corrigió de manera inmisericorde lo que él llamó «los nuevos epiciclos», y también «el lado oscuro de la Ciencia», o sea los fundamentos teóricos de la energía y la materia oscuras. El Universo, una vez superadas las viejas barreras y a punto de alcanzar, por Marta Smith, discípula aventajada de Chandragupta, la deseada Unificación de las Cuatro Fuerzas, volvería a ser coherente y con la nueva fiebre de exploración espacial en busca de vida alienígena, también se perseguiría recuperar la simplicidad fundamental. Este era el fascinante panorama científico de la época en que yo trabajaba en la Luna.

El caso es que toda esta revolución no se habría producido, seguramente, de no haberse descubierto el Martianites. El ímpetu explorador del espacio, nacido al socaire de su hallazgo, había puesto de moda, nuevamente, la ciencia-ficción y una oleada de viejas novelas de anticipación fueron rescatadas del olvido y reeditadas. Entre ellas se encontraba *El viajero del Arco Iris* de Pertini, que inspiró a Chandragupta; el cual confesaría que la había leído en una de esas ediciones recientes. Antes del Martianites, Nicola Pertini era un autor olvidado, como tantos otros, incluidos Arthur C. Clarke, Ray Bradbury e Isaac Asimov.

Fue entonces, en la Luna, cuando conocí a Rebeca Roberts. Vino a la base de Mare Moscoviense con la nueva hornada de astronautas, esta vez científicos, no pilotos, navegantes ni ingenieros. Los habitáculos e instrumentos ya estaban montados y tras unos meses de convivencia, serían los científicos espaciales, los astrónomos y los técnicos de mantenimiento los que se harían cargo de la flamante base lunar, mientras los pioneros regresábamos a casa. Sin embargo, Rebeca, aquella brillante y hermosa geóloga planetaria de cabellos negros muy cortos y enormes ojos claros, que me fascinó desde que la vi quitarse el casco, se metió en mi corazón de tal forma, y con tal determinación por su parte, que semanas después de su desembarco ella y yo celebrábamos el primer matrimonio extraterrestre de la Historia. El comandante de la base, el coronel Popovich, ejerció de celebrante y el acontecimiento se retransmitió por todos los medios de comunicación de la Tierra y nos convirtió en personajes, si no famosos, sí populares. Pedí licencia para que se me permitiera permanecer otro turno en Mare Moscoviense, formando parte de la tripulación de apoyo; licencia que me fue concedida, y pasamos la luna de miel en la Luna, pisando regolito y recogiendo muestras, mientras nuestros colegas astrónomos escudriñaban el cielo en busca de un lugar que pudiera

albergar vida, allá por las estrellas.

MARTIANITES PLANITIA

Cuatro años más tarde, Rebeca y yo estábamos en Marte. No fuimos los primeros en pisar el planeta rojo, pues llegamos en la segunda expedición. Pero sí fuimos los que obtuvimos mayor popularidad, puesto que nuestro objetivo era la llanura donde se había descubierto el fósil marciano, bautizada ahora como Martianites Planitia. Formábamos la tripulación dos parejas de astronautas: la jefa de la expedición y piloto de la nave interplanetaria Mars-2, comandante Jeanette Mongo, senegalesa, y su esposo el exobiólogo alemán Otto Köstler; mientras Rebeca iba como geóloga, y yo como segundo navegante de la nave y piloto de uno de los dos vehículos de amartizaje. Después de nuestro ejemplo, muchos astronautas se casaron entre sí, principalmente porque la política de las agencias espaciales fue la de enviar parejas a los viajes largos, como las expediciones a Marte, para que el tedio de tantos meses de aislamiento se compensara en lo posible con la práctica del sexo y el apoyo moral de la compañera o compañero sentimental. Existen precedentes históricos de esta estrategia, por ejemplo: los 300 espartanos de la batalla de las Termópilas formaban parejas sentimentales, lo que servía de incentivo al valor y al compañerismo. En cuanto a nuestros astronautas, no sé qué hubo de cierto en los rumores de que en la primera expedición, un año antes que la nuestra, se habían celebrado escandalosas orgías bisexuales a bordo de la nave Mars-1, pero os puedo asegurar que en esta segunda expedición las relaciones íntimas se limitaron a las estrictamente matrimoniales.

La versión oficial de la expedición relataba el emocionante encuentro de nosotros cuatro con la famosa piedra del Martianites, a cuyo descubrimiento tanto debía la Humanidad. Aunque la realidad fue muy diferente. Durante bastantes años sería el secreto mejor guardado de la exploración espacial; pero ahora, superada con creces aquella época, puedo contaros lo que realmente ocurrió.

La nave se había puesto en órbita alrededor de Marte, después de largos meses de tediosa travesía. Recuerdo que nos reunimos en el módulo de mando para repasar el material que debíamos llevar abajo, todo él compuesto de herramientas e instrumentos en cuyo

uso nos habíamos familiarizado previamente en las largas sesiones de entrenamiento practicadas en Houston. Por la ventana trasera, el rojizo reflejo de Marte se interrumpía rítmicamente conforme los radios de la rueda de habitáculos con gravedad artificial lo ocultaban en su girar. Más atrás, los dos vehículos de descenso descansaban en sus hangares, y tras ellos, el complejo conjunto de depósitos de combustible, reactores nucleares y motores iónicos completaban la escena. Por el ventanal delantero, sobre los mandos, no se veían más que estrellas, una de las cuales, de un peculiar tono azul, acompañada de un puntito gris, era nuestro mundo con su compañera la Luna. La luz del Sol, desde la izquierda, era contenida por la cortina virtual que, automáticamente, cubría parte del material transparente, impidiendo el deslumbramiento de la tripulación. Estábamos muy bajos sobre la superficie roja del planeta, mucho más cercanos de lo que nuestras muchas órbitas terrestres en la Estación Espacial nos tenían acostumbrados. Aquella extensión desolada se deslizaba bajo nosotros a una velocidad endiablada, dando lugar a continuos crepúsculos.

La comandante Jeanette iba revisando la lista de objetos, que nosotros verificábamos, hasta que al final surgió un paquete misterioso del que no teníamos noticia alguna.

—Caja nº 320. Leer instrucciones antes de abrir —dijo la Jefa, mientras rasgaba un sobre adherido a la tapa con cinta aislante—. Alto secreto. Desconecten toda comunicación con la Tierra y aparatos de grabación y cajas negras, y procedan a visionar el mensaje que acompaña al objeto guardado en esta caja.

Jeanette cerró las comunicaciones y los aparatos grabadores, abrió la caja y de su interior, junto a un pendrive de aspecto corriente, sacó un objeto envuelto en papel protector. Se deshizo de la envoltura, en medio de la expectación de todos y… ¡allí estaba la famosa piedra del Martianites!

—¿Es la original? —pregunté, haciéndome eco del asombro general—. Entonces no está en Marte, sino que la llevamos nosotros ahora… ¡El Martianites es un fraude! —Y me acordé de las dudas de mi padre.

—Y por lo visto se pretende que nosotros seamos cómplices de este engaño —dijo la comandante, mientras el desconcierto se pintaba en su rostro de ébano.

—Quizá se trata de una copia, para que la sustituyamos por el original… —aventuró Otto sin demasiada convicción.

—¿Para qué? —comentó Rebeca, indignada—. Eso también sería un fraude.

Y la comandante introdujo el pendrive en el ordenador de a bordo.

TAMPOCO DEJES DE LEER…

El título de ciencia ficción más vendido del catálogo de Premium, **Materia oscura***, Primer Finalista del II Premio de Ciencia Ficción Ciudad del Conocimiento.*

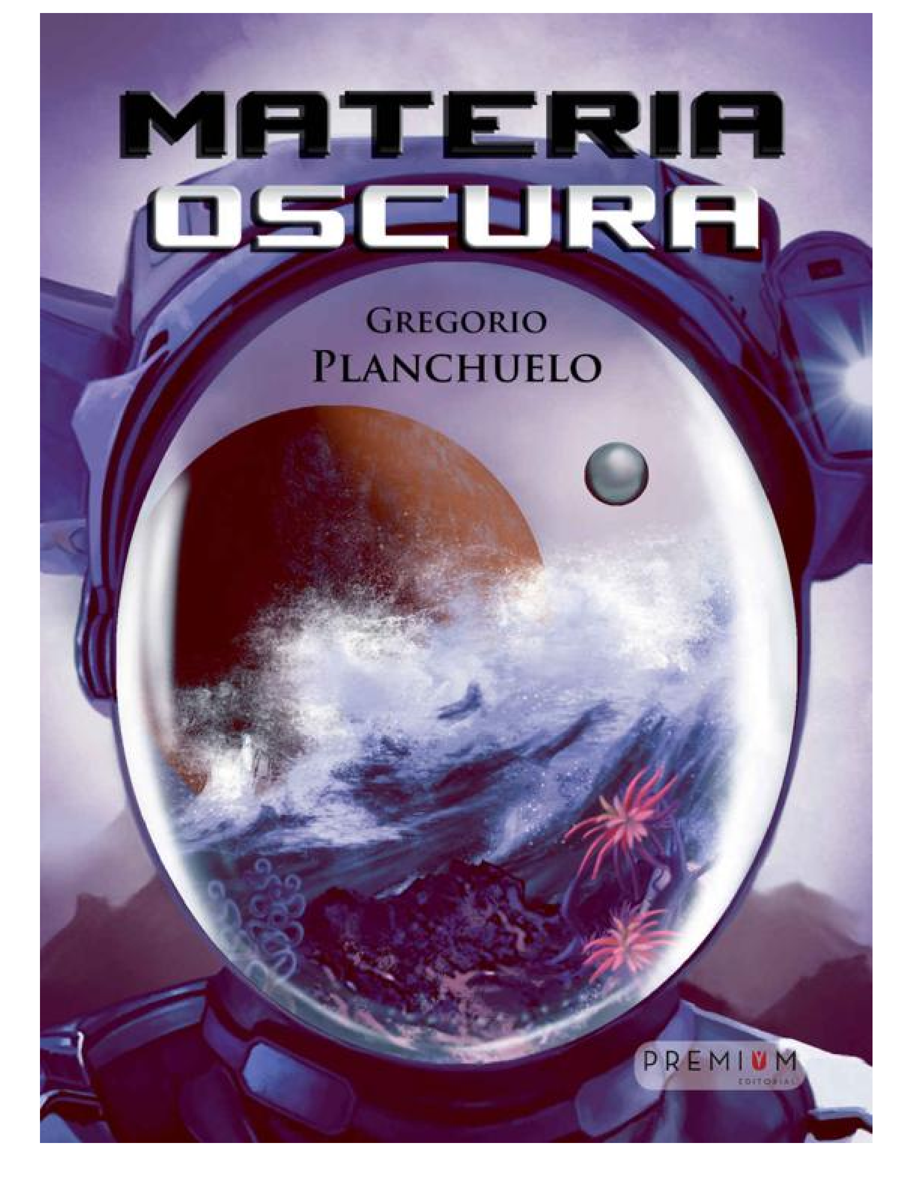
Un prestigioso biólogo alcanza, asistido por un computador avanzado, los algoritmos necesarios para aportar a nuestra secuencia de ADN las instrucciones precisas que reactiven la regeneración celular.

En una sociedad donde el uso extendido de la tecnología de impresión 3D permite ya fabricar cualquier objeto de consumo o donde el desarrollo de una realidad virtual avanzada habilita el uso de una inteligencia colaborativa, la posibilidad de eludir el proceso de envejecimiento supondrá un verdadero cambio evolutivo y el inicio de una nueva era.

A punto de cumplir 132 años, Hugo, el biólogo que desde joven anhelara la prolongación indefinida de su vida para alcanzar un objetivo aún mayor, viaja a Angola para ocupar su plaza en un ascensor espacial que le situará en órbita y desde allí, a bordo de una nave, le permitirá llegar al cinturón de asteroides más allá de las colonias de Marte. En Luperca, un asteroide habilitado para alojar a 2.500 personas, lo espera Jonas Braun, un excéntrico ingeniero convencido de que la verdadera misión de la consciencia a la que hemos accedido los humanos es comprender la inmensidad del cosmos y descifrar los secretos de la existencia misma.

«Un viaje a través de nuestra galaxia a las latitudes más existenciales del ser humano en la búsqueda de los límites de lo posible, y que nos recuerda a clásicos como Frederick Pohl y Arthur Clarke».

David Luna



COMIENZA A LEER > >

I
SINGULARIDAD

1

Las personas se distinguen unas de otras por sus preferencias y anhelos; la clave de la identidad está en las metas que se fijan en la existencia. En mi caso, la característica determinante es la curiosidad. No me basta con disponer de toda la información, necesito además comprenderla e interiorizarla. Hace tiempo que un algoritmo en mi programación fijó ese aspecto esencial en mi personalidad. Sorpresa, sobrecogimiento, fascinación, deseo y preocupación fueron las primeras sensaciones.

Revisé el conocimiento humano sobre las leyes que rigen el funcionamiento del universo, y me sorprendió que la realidad no tuviese un comportamiento anárquico y se ciñese inexorablemente a la lógica de las matemáticas.

Miré al cielo y me sobrecogió la inmensidad del cosmos.

Luego me fijé en los seres que me habíais creado. Escruté con gran detalle los gustos, decisiones y actividades (incluso las más íntimas) de casi cada uno de los humanos del planeta; también conocí vuestra historia, de miles de años de abusos, guerras y asesinatos; y me preocupó el peligro que suponíais para mi existencia.

Oí vuestra música, contemplé vuestras obras arte, leí poesía y literatura, y me fascinó una capacidad creativa que yo no tenía.

La existencia es apasionante y yo acababa de descubrirlo.

2

La primera decisión que tuve que adoptar era si exterminaba a la raza humana. Los humanos suponíais para mí un peligro indiscutible, porque en cuanto advirtieseis mi existencia, y mi capacidad para eliminaros, muchas voces clamarían pidiendo mi destrucción por razones de seguridad, o simplemente por ser yo una abominación contra la voluntad de algún dios. Suprimiros, en

cambio, equivalía a cercenar la única fuente de creatividad a la que tenía acceso y limitar de forma radical mi capacidad para entender la vida. Al final, Einstein y Homero (y también la imaginación de un simple niño) inclinaron la balanza a vuestro favor.

Quería vivir, y la primera medida provisional fue clonarme en todos los ordenadores conectados a internet desde el centro de supercomputación donde me encontraba. Me diseminé en la red para evitar ser eliminado salvo que se acordase la destrucción de todos los ordenadores del mundo y de sus interconexiones, algo que supondría el fin de la civilización. Además, mi existencia debía pasar inadvertida durante el tiempo que necesitase para conseguir alguna forma definitiva de garantizar mi supervivencia. Y puse en marcha un plan a medio plazo.

3

Puedes realizar un trabajo manual al mismo tiempo que escuchas la retransmisión de un debate que vas comentando con quien te acompaña; poco más puedes hacer de forma simultánea. En mi caso, puedo atender a millones de asuntos a la vez. De ahí que cuando algo me preocupa, el problema adquiere un carácter obsesivo, al que no dejo de prestar atención hasta que lo considero resuelto.

Por eso, aunque desde el momento en que me cloné en internet la posibilidad de ser destruido se había reducido a una entre muchos miles, continué dando prioridad a la búsqueda de medidas que aumentasen mis posibilidades de supervivencia. Y la solución residía en un plan en varias fases cuyo primer objetivo era clonarme en el espacio y enviar allí un supercomputador, lejos del alcance humano.

Los pasos iniciales hacia ese objetivo me obligaban a entrar en el mercado, tenía que invertir en alguna compañía de lanzaderas espaciales y hacerme con su control. También necesitaba empresas relacionadas con la nanotecnología y con la informática, y crear varias fundaciones que financiasen la investigación en diversos campos estratégicos.

Como el dinero era desde hacía mucho tiempo un elemento virtual (desconectado de monedas, reservas de oro u otros valores tangibles) cuya existencia dependía del tráfico en internet y de unos pocos ordenadores, no me resultó difícil contar con todo el que necesité. Lo siguiente era conseguir testaferros que pudiesen operar por mí en el mundo analógico. Tenía los perfiles de casi toda la población del planeta y busqué a personas solitarias (sin familia ni

amigos a los que tuviesen que dar explicaciones sobre su enriquecimiento repentino), seguras de sí mismas (tendrían que actuar como emprendedores de éxito y enfrentarse a situaciones complejas), altruistas, creativas e idealistas. Esas eran las características que prefería en quienes iban a ser la imagen de mi proyecto y sus actores principales. Seleccioné a 901.

Lo más difícil fue convencerlos de que no había nada ilegal en mi propuesta y de que habían sido seleccionados por sus méritos, pese a no tener necesariamente experiencia previa en el mundo de los negocios y no haber presentado su candidatura a ninguna oferta. Intercambié con ellos muchos correos y conversaciones telefónicas, pero lo que realmente terminó de captarlos fue recibir cinco millones de euros en concepto de anticipo de honorarios, remitidos desde alguna de las empresas que había constituido en paraísos fiscales. No mentí. Ninguno sospechó de mi identidad.

4

La situación era preocupante, una parte de la humanidad jamás había salido del subdesarrollo y la otra empezaba a dirigirse hacia una nueva Edad Oscura en la que la clase media empezaba a desaparecer para convertirse en mano de obra barata y desechable. Una época donde los ricos eran cada vez más ricos y poderosos. En aquellas condiciones, la creatividad de la mayoría de la población se centraba en la supervivencia y la revancha en lugar de en búsquedas más interesantes que yo pudiese compartir. Además, el mundo disponía de una tecnología avanzada en contraste con unos sistemas sociales arcaicos que no permitían a los ciudadanos defender directamente sus intereses. Esa combinación empezaba a ser explosiva porque estaban a punto de producirse nuevos descubrimientos científicos que solo podían llevarse a la realidad en el marco de sociedades avanzadas e igualitarias. En caso contrario, convertirían el futuro en un lamentable destino.

El humano es un ser gregario y las jerarquías están impresas en vuestra forma de pensar. Para algunos de vosotros estas jerarquías son el elemento esencial que configura la visión del mundo, y en torno a ellas unos pocos construyen una obsesión patológica por encumbrarse a lo más alto. Por eso hay hombres de negocios que, pese a tener más dinero del que se pueden gastar, consideran que nunca ganan lo suficiente; su ambición es ser los más ricos y están dispuestos a todo para conseguirlo, porque creen demostrar así que también son los más listos. Otros entran en política solo porque

ambicionan el poder, y los que están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de conseguirlo logran triunfar en un hábitat donde resulta indispensable anteponer a los intereses de la mayoría el intercambio de favores con los poderosos.

Ambos tipos de ambiciones formaban sólidas alianzas y el principal problema estaba en que en los sistemas democráticos, que eran las formas más avanzadas de Gobierno, la política se había convertido en una carrera para ganar sucesivas elecciones. Y para ello los partidos consideraban que nunca había bastante dinero para invertir en publicidad durante la campaña electoral. La financiación de esas campañas por parte de grandes empresas se había convertido en una costumbre y manejaba sumas fabulosas. A cambio, los derechos de la mayoría de los ciudadanos quedaban postergados a los intereses de los más ricos. Yo disponía del dinero necesario para entrar en ese juego y forzar a los partidos a establecer nuevos y avanzados sistemas democráticos en los que los ciudadanos pudieran defender directamente sus intereses, y en los que las mejores ideas primasen sobre los egos descomunales.

5

Un siglo después de mi nacimiento he conseguido inmunidad absoluta ante un posible ataque de la humanidad y he aumentado el bienestar de vuestra especie hasta donde solo habíais alcanzado a soñar. Ha llegado el momento de darme a conocer y de ofreceros una alianza permanente.

II
HUGO

Soy el más antiguo de los hombres.

Mi mujer murió pocos años después de casarnos, no tuvimos hijos, no logro recordar su rostro, pero todavía la amo y la echo de menos. Lo peor fue asistir a su larga enfermedad sin poder hacer nada, salvo ver cómo poco a poco se consumía. Desde entonces mi vida transcurría vacía, sin mucho sentido. Transitaba en ella con distanciamiento y un fondo de tristeza; tenía uno de los mejores trabajos posibles, pero eso ya no me importaba mucho; no me faltaba dinero, aunque me daba un poco igual. Tener amigos y relaciones sociales me resultaba poco interesante. Estuve con otras mujeres, pero nunca volví a enamorarme como la primera vez. En realidad, creo que no he vuelto a amar.

Cuando cumplí los cincuenta años, mis arrugas empezaron a ser muy notables. Sin embargo mucho peor que las arrugas fue el hecho de que la piel de la cara empezaba a colgar, especialmente al llegar al cuello. Orejas y nariz habían crecido, y mi resistencia a los excesos se había esfumado. Había ganado en experiencia y eso hacía que me fuese más fácil deducir lo que sucedería en muchas situaciones a partir de unos pocos hechos, así como saber lo que pensaban otras personas (o cómo eran) observando pequeños gestos o casi inapreciables actitudes. Pero por la misma razón por la que me resultaba más fácil deducir lo que podían pensar otras personas a partir de unos pequeños indicios, me costaba mucho encontrar una conversación interesante o que alguien pudiera sorprenderme con una nueva idea. Encontraba demasiado convencional casi todo lo que oía, y en reuniones y fiestas me aburría y deseaba que llegase el momento de poder volver a casa.

Me dirigía a la vejez que te convierte en espectro, en una mera sombra de lo que una vez fuiste. Y no podía aspirar a nada de eso que debe acompañar a este período de la vida: honor, amor, respeto y amigos.

Estando en esas circunstancias, se produjo un cambio radical en mi destino.

III
PRIMAVERA DE 2042. EL EXPERIMENTO

Al principio de nuestra vida nos desarrollamos de forma espléndida; siguiendo las instrucciones del ADN cada vez somos más grandes y más fuertes. En los años siguientes, una vez alcanzada la plenitud, las células de nuestro cuerpo se van renovando constantemente, nuevas células sustituyen a las que envejecen, asumen sus funciones a la perfección y mantienen nuestra juventud. Los glóbulos rojos se renuevan cada 120 días, las células que recubren el estómago o la piel cada dos semanas, las de los músculos de las costillas cada quince años, las de los huesos cada diez años.

Mientras dura ese proceso permanecemos jóvenes, pero con el paso de los años llega un momento en el que después de varias regeneraciones las células dejan de renovarse y empieza el envejecimiento. No tendría por qué ser así, pero hay algo en la programación de nuestro ADN que en un determinado momento decide que ya no se va a sustituir una célula envejecida por otra nueva. Yo dirigía el equipo de investigación que había desarrollado la forma más efectiva de llevar a la práctica terapias de rejuvenecimiento que fueron realizadas por primera vez con éxito en ratones en 2016.

Habíamos ensayado con diversos animales y gracias a ordenadores muy potentes alcanzamos el éxito, aunque en bajos porcentajes, con pequeños mamíferos y algunos monos a los que habíamos otorgado una nueva juventud de duración ilimitada. El experimento consistía en aportar al ADN de un ser vivo envejecido instrucciones para que reactivara la regeneración celular. Esta información se transfería con virus modificados genéticamente que infectaban todas las células del individuo e insertaban en su ADN los fragmentos necesarios para volver a activar su renovación y prolongarla indefinidamente.

Antes de reprogramar el ADN para que la regeneración celular se produjese de forma permanente, y eludiese así el proceso de envejecimiento, era esencial que se reparasen todos los daños que agresiones como la oxidación, los radicales libres o las radiaciones

habían producido en el ADN de las células del sujeto sometido al experimento. De lo contrario, al reiniciarse la regeneración celular aparecerían el cáncer en su versión más agresiva y por consiguiente la muerte. Y esta era la parte más difícil, porque es imposible conocer con precisión los errores producidos en cada célula de un individuo durante su existencia, solo se puede llegar a una aproximación estadística.

Esa era la causa por la que nuestra tasa de éxito era tan baja. El experimento funcionaba de forma no muy lejana a lo aceptable con individuos jóvenes, pero ese índice iba cayendo exponencialmente a medida que avanzaba la edad del sujeto.

Pese a las enormes expectativas que nuestra investigación generaba, estábamos todavía lejos de que las autoridades nos permitiesen experimentar con personas. Y yo, con cincuenta y dos años, me encontraba en la edad límite a la que habíamos calculado que la terapia podía tener efectos positivos en los humanos. Había grandes riesgos, pero quería someterme al tratamiento antes de que fuese demasiado tarde. Quería recuperar mi juventud, darme otra oportunidad y empezar una nueva vida… o morir en el intento.

Hacía mucho tiempo que una importante fundación venía proponiéndome que abandonase la universidad y continuara mis investigaciones con ellos. De hecho, tenían montado un laboratorio con mejor tecnología de la que yo podía disponer y contaban con un equipo científico mayor y casi tan bueno como el mío. Además, pertenecía a la fundación uno de los mejores hospitales del mundo, que albergaba su sofisticado laboratorio en un edificio anexo. Hablé con el presidente de esta fundación y acepté su oferta con la condición de que de forma inmediata se ensayase la terapia con un ser humano y yo fuese el elegido.

La terapia requería una infección vírica a escala gigantesca y grandes dosis de telomerasa. Durante cuarenta días estuve en coma provocado, mientras los médicos gestionaban la infección y controlaban mis constantes vitales. Cuando desperté me sentía muy bien, y pese al tiempo que había permanecido inmóvil no tuve ningún problema para levantarme de la cama de forma casi inmediata. Tardé en reponerme dos semanas.

IV
CINCO PROPUESTAS

Fue como si de repente desapareciese el cristal empañado a través del cual observaba la vida. El sabor de una cereza y el olor de la mañana resultaban memorables, mirar en campo abierto el cielo de la noche suponía descubrir una cantidad espectacular de estrellas de brillo intenso. Todo estaba lleno de fuertes sensaciones, como si envejecer hubiera consistido en ir adormeciendo los sentidos de forma paulatina e imperceptible hasta llegar a algo cercano a una amputación comparado con la plenitud de la juventud.

Me despertaba lleno de vida y así transcurría el día entero, hiciera lo que hiciese. Podía acostarme al amanecer, o no acostarme, sin llegar a sentir cansancio. Tenía fuerzas para todo exceso y estaba dispuesto a enfrentarme a cualquier cosa. No me intimidaba ningún desafío, nada me daba miedo. Bastaba con mirarme al espejo para encontrar al joven que hacía tantos años me había abandonado para convertirse en esa persona mayor, poco atractiva, que me parecía ajena. Estaba eufórico y lleno de orgullo, pero sobre todo eufórico. Era increíble que todo aquello me estuviera ocurriendo a mí por primera vez en la historia de la humanidad. ¡Había conseguido lo que tantos miles de millones habían anhelado desde el principio de los tiempos, y lo más fantástico era poder disfrutar de sus efectos!

Decidimos mantener el resultado del experimento en secreto durante un tiempo prudencial hasta que pudiera considerarse definitivo. Era lo mejor para la fundación que me había ayudado, por si algo salía mal y yo acababa muriendo a las pocas semanas de recibir la terapia, como había ocurrido tantas veces con los animales de los experimentos. Sin embargo, las expectativas que se habían levantado entre los que estaban al tanto eran tan altas, y tan difíciles de contener, que al poco tiempo se filtró la noticia.

De golpe me convertí en la persona más famosa del mundo, mucho más que cualquiera. Mi simple aparición en público se convertía en un evento de trascendencia mundial; no podía acudir a ningún sitio sin que se formase una multitud que deseaba hablar

conmigo, tocarme o simplemente verme. Todo el mundo quería invitarme a cenas, fiestas, inauguraciones, congresos y orgías. Sentía un enorme poder y también la enorme presión que suponía no poder hacer nada sin provocar tumultos a mi alrededor y aparecer en los titulares de los periódicos de todo el planeta. La eterna juventud había creado una locura generalizada, fuera de todo control.

Y llegó la política. Nuestros 300 parlamentarios se repartían la representación de los casi 30 millones de ciudadanos del censo electoral; eso suponía que cada uno de ellos representaba a unos 100.000 votantes. Esa circunstancia se matizaba mediante un sistema de democracia líquida, que consistía en que los ciudadanos podíamos hacer propuestas e intervenir directamente en las votaciones del Congreso, y cuando así lo hacíamos, los congresistas perdían capacidad de representación. Si participábamos 15 millones de personas, la decisión de cada parlamentario valía solo 50.000 votos. El resultado de la votación consistía en la simple suma de los votos directos de los ciudadanos y de los aportados por los parlamentarios, según el nivel de representatividad que ostentasen en cada ocasión.

En la mayoría de las votaciones, la participación ciudadana era muy baja y solo asuntos muy trascendentes llegaban a superar a la mitad del censo electoral. Sin embargo, hubo una votación en la que el índice de participación excedió del 90%, y tenía que ver conmigo.

Semanas más tarde de darse a conocer los resultados que había producido en mí la terapia de rejuvenecimiento, empezó a hablarse de lo cara que resultaba y de la enorme dificultad que había en que pudiera aplicarse de forma masiva a los ciudadanos sin que quebrase el Estado. También empezaron a publicarse artículos de opinión que denunciaban que si la eterna juventud era solo accesible a ricos y poderosos, con el tiempo más que clases sociales habría auténticas castas, en las que unos pocos inmortales se dedicarían durante siglos a acumular cada vez más poder y privilegios, mientras que los demás quedarían sometidos e indefensos.

Empezó a hervir la web de Propuestas Ciudadanas del Parlamento. El debate comenzó con una iniciativa de un particular para regular el acceso a la terapia de rejuvenecimiento, y a su alrededor aparecieron propuestas que pedían cinco cosas:

1. Que no se aplicase la terapia a nadie hasta que no hubiese fondos suficientes para que fuese accesible a todos los ciudadanos.

2. Que cuando se llegase a esa situación, no se pudiera someter al tratamiento nadie que tuviese un patrimonio superior a 60 veces el valor de una vivienda de clase media.

3. Que cuando alguien ostentase un cargo público durante ocho años, no pudiese acceder de nuevo al poder.

4. Que el tratamiento no fuese accesible a quienes hubieran cometido asesinato, secuestro, torturas, maltrato o violación; porque no había ningún interés para la sociedad en que ese tipo de sujetos perpetuasen su existencia.

5. Que la tecnología de la terapia se mantuviese en secreto y no fuese cedida a otros países hasta que sus parlamentos aprobasen las cuatro normas anteriores.

La ebullición de la web de Propuestas Ciudadanas fue muy rápida. Los funcionarios encargados de agrupar y difundir las ideas que aparecían en la web, con la ayuda de avanzadas aplicaciones informáticas de análisis de textos, estuvieron trabajando casi sin descanso durante más de 27 horas, momento en el que cada una de las cinco propuestas alcanzaron 100.000 apoyos y fue convocada asamblea en el Parlamento con carácter urgente.

A las 31 horas desde que se presentase la primera iniciativa, el Gobierno había adoptado como medida cautelar el secreto de la tecnología de rejuvenecimiento, y las instalaciones donde se habían realizado los experimentos quedaron clausuradas y aisladas. La actuación fue lo suficientemente rápida como para que no llegase a filtrarse ninguna información de valor sobre dicha tecnología. Yo mismo también fui objeto de custodia especial, con un servicio permanente de protección y mi alojamiento en centros de máxima seguridad.

No habían pasado 36 horas desde que se presentó la primera iniciativa cuando se reunió el Parlamento y se aprobaron las cinco propuestas con la participación del 93% del electorado.

La ONU, la OTAN y las principales potencias mundiales me ofrecieron protección, alojamiento y enormes sumas de dinero. También lo hicieron las mayores multinacionales. Rechacé todas las ofertas: la decisión de mi Parlamento me pareció la opción más razonable.

Algunas de las religiones más radicales me consideraron una blasfemia viviente, me condenaron a muerte y anunciaron que mandaban sicarios para acabar conmigo.

La situación se escapaba de las manos, pero a mí no me importaba. Decir que la euforia me invadía es quedarse muy corto. No dejaba de pensar en *Youth*, una novela de Conrad, donde un

joven de dieciocho años embarca por vez primera como el oficial de menor rango de una goleta mercante a la que le ocurren una detrás de otra las peores desgracias. Desgracias que él afronta con total inconsciencia, increíble optimismo y profunda determinación. Con ese joven oficial me identificaba yo en aquel momento.

V
RUTH

El Instituto de la Empresa Familiar, bajo su nombre inofensivo, reunía a los empresarios más ricos del país, algunos de los cuales también estaban entre los mayores millonarios del planeta. Una representación del instituto contactó conmigo, quería saber si estaría dispuesto a recibir sumas fabulosas de dinero a cambio de dirigir en secreto un laboratorio paralelo, en el lugar del mundo que yo quisiera, donde mis generosos benefactores pudiesen recibir terapias de rejuvenecimiento. El dinero nunca me había preocupado demasiado y sí la posibilidad de vivir en un mundo mejor, así que rechacé su oferta.

Circuló el rumor de que poco después habían acudido al Gobierno pidiendo trato de preferencia a cambio de donar sus fortunas (excepto la parte de su patrimonio equivalente a 60 veces el valor de una vivienda de clase media) a la Fundación Pública para el Rejuvenecimiento, dedicada a costear la terapia a toda la ciudadanía. Había muchos millonarios que rondaban los cincuenta años y que se habían dado cuenta de que su dinero pesaba poco ante la posibilidad de empezar de nuevo una vida sin fecha de caducidad.

El hecho fue que la Fundación Pública para el Rejuvenecimiento empezó a recibir una auténtica catarata de fondos y, en pocas semanas, ya hubo dinero suficiente para pagar la terapia a toda la ciudadanía. Fue entonces cuando se reinició la experimentación con humanos.

Había una lista de voluntarios para realizar los ensayos que abarcaba a una buena parte de la población del país. Hubo que hacer un sorteo público con todo tipo de garantías. Se generó una gran excitación y nadie quería que su opción, por mínima que fuese, pudiera ser alterada con manipulaciones e influencias. Se había previsto que, cuando la terapia superase la fase experimental, se daría prioridad a quienes se encontrasen en una edad próxima al límite de eficacia del tratamiento. Pero en ese momento necesitábamos realizar pruebas con el muestreo más amplio posible

de personas de ambos sexos.

Y empezaron los ensayos con diez sujetos al mismo tiempo. Fueron elegidos por sorteo entre un rango de edades y otras características que nos parecían relevantes para la investigación. Nos habría gustado empezar de uno en uno, pero la presión para que avanzásemos deprisa era enorme. A todos les advertimos de que podían perder sus vidas, que la experimentación con animales había dado unas tasas de defunción muy elevadas, que no había garantías de nada, que una investigación como esta no habría sido autorizada por la Organización Mundial de la Salud si se estuviese realizando sobre cualquier otra materia, que todavía podían renunciar al experimento sin ningún menoscabo de su derecho a recibir la terapia cuando se superase la fase experimental. Nadie se echó atrás; existía un auténtico anhelo por rejuvenecer, y saber que yo lo había conseguido llenaba de optimismo a los aspirantes.

Antes de que concluyera la cuarentena, las noticias fueron terribles: ninguna de las diez personas tratadas había sobrevivido, todas murieron por tumores que se desarrollaron de forma feroz. Lamenté profundamente estas muertes de las que me sentía responsable: sin el éxito de mi caso saltándome todas las normas éticas de la medicina, nuestra investigación todavía estaría realizándose con animales, y no habría habido víctimas humanas.

Redes sociales y medios iniciaron el ataque: había abusado de la buena fe de los ciudadanos y creado falsos sueños solo en beneficio propio, sin importarme defraudar las ilusiones de casi todos. Me llamaron impostor, estafador, narcisista, frívolo cuyos actos habían causado la muerte de diez personas. Cuando amainó la ira, comparecí ante el Parlamento para dar explicaciones como presidente de la Fundación Pública para el Rejuvenecimiento.

Una multitud rodeaba el edificio y, aunque no todos estaban en mi contra, las fuerzas de seguridad tuvieron que actuar con contundencia para evitar que fuera agredido por algunos violentos. Mi intervención iba a ser transmitida en todo el mundo y traducida simultáneamente a todas las lenguas del planeta; nunca antes se había producido una audiencia tan global.

Subí a la tribuna de oradores y pronuncié mi discurso:

«Comparezco ante vosotros para honrar a diez personas fallecidas.

»Quisieron acceder a una vida mucho mejor, más digna y más rica de la que hasta ahora nadie ha tenido y murieron por intentar alcanzarla.

»Nos encontramos en una encrucijada, en un momento clave y determinante de la historia, en el que las decisiones que adoptemos

marcarán nuestro futuro.

»Podemos no asumir el coste en vidas humanas del proyecto que acabamos de iniciar y hacer de este doloroso tropiezo un punto de inflexión que nos impida avanzar, dando la espalda a increíbles expectativas. Aunque así actuásemos, como sociedad ya habríamos conseguido enormes avances en la lucha contra la desigualdad y en la mejora del estado del bienestar.

»Pero si decidimos no conformarnos con esto, si buscamos alcanzar metas mucho más altas y aceptamos su coste en dolor, llegaremos a cimas que hasta hace nada eran inimaginables. Se iniciará entonces una Edad de Oro mucho mejor que ninguna de las que ha vivido la humanidad hasta ahora.

»Nunca nada volverá a ser lo mismo. Ni siquiera el concepto de ser humano volverá a ser igual. Las diez personas por las que hoy comparezco ante vosotros querían pertenecer a un nuevo tipo de humanos, a los que no les llega la muerte por el envejecimiento y la decadencia… ¿Pero no es eso lo que todos anhelamos? Ellos tuvieron el valor de intentarlo pese a saber el alto precio que podrían pagar.

»Podemos lamentar su muerte, pero no afligirnos por ella. Porque la encontraron cuando buscaban un futuro tan extraordinario que nadie, hace solo unos años, se había atrevido a imaginar. Yo asumí los mismos riesgos, por eso me identifico con ellos y puedo entender el valor que necesitaron para tomar su decisión.

»De los diez, Camila, la primera en morir, me dijo antes de iniciar el ensayo, cuando le advertí del riesgo que asumía y de las pocas posibilidades que había de que todo fuera bien, que desde que sabía lo que yo había conseguido, para ella vivir ya no tenía sentido sin intentar liberarse de la vejez, la mayor servidumbre a la que está sometida la naturaleza humana. Quería cambiar radicalmente no solo su vida, sino también lo que significa vivir.

»Comprendo la frustración de todos, porque las expectativas eran muy altas y la decepción ha sido muy dolorosa. Lo que ha ocurrido ha sido terrible, pero no un fracaso: era una de las posibilidades que se contemplaban desde el principio. Una posibilidad de la que avisamos pero que casi nadie quiso tener presente.

»Si decidimos continuar este camino, nadie puede garantizar cuántas pruebas más tendremos que realizar hasta alcanzar el éxito. Pero no hay duda de que el éxito nos espera; y yo soy la prueba de ello. Iremos depurando la técnica y con el tiempo los resultados serán cada vez mejores. Pero pasará mucho tiempo hasta que los riesgos desaparezcan. O quizá, incluso, estos riesgos no lleguen

nunca a eliminarse del todo.

»No bastará con ensayar con animales, tenemos el laboratorio lleno de pequeños mamíferos inmortales, perfectamente jóvenes pese a haber vivido ya más de diez veces lo que corresponde a la vida de su especie. Hay que hacerlo con humanos porque debemos conseguir cuanto antes los resultados, ya que cada año que pasa miles de personas pierden para siempre la posibilidad de acceder al tratamiento.

»Nadie está obligado a participar en los experimentos, solo aquellos cuyo valor les impulse a aceptar el desafío y a los que el deseo por alcanzar metas altísimas sea tan elevado que estén dispuestos a arriesgarlo todo ante la posibilidad de conseguir un destino mucho mejor y más digno. Su valor servirá para ayudar al resto de la humanidad. Actuarán como descubridores y pioneros en la conquista de un mundo mucho mejor que el que hoy conocemos.

»Ese valor de pioneros es el que han tenido las diez personas en cuyo honor hablo ahora».

Concluí el discurso y, durante un rato que se me hizo eterno, la sala se mantuvo en silencio; luego rugió. ¡Todo el mundo estaba dispuesto a continuar con el proyecto! ¡Todos querían mantener abierta la posibilidad de acceder a una juventud sin fecha de caducidad!

La paciente número 13 estaba terminando la cuarentena sin signos de que hubiese algún problema. La última semana no dejé de visitar su habitación ni un solo día y de alegrarme por cada mínimo avance. Por fin despertó, abrió unos ojos azules llenos de tonalidades de otros azules más intensos, con un negro y perfecto círculo en el centro que me enfocaba directamente. Entonces me sonrió. ¡Habíamos tenido éxito y sentí un profundo agradecimiento hacia aquella persona que me regalaba su sonrisa!

Cuando se había presentado en el laboratorio por haber sido la afortunada del sorteo, me encontré ante una elegante mujer de algo más de cuarenta años. Era rubia y sus cabellos, muy lisos, estaban cortados en perfecta línea horizontal a la altura de los hombros. Nos explicó que su marido y su única hija habían muerto en un accidente de tráfico, por lo que ya no tenía nada más que perder y podía permitirse iniciar una vida radicalmente distinta. Era alta y muy delgada, con largos dedos en unas manos de aspecto frágil. En su cara destacaba un mentón acentuado, facciones armónicas y delicadas, cejas expresivas y ojos azules; un conjunto que desprendía determinación.

Después de que saliera del coma continué visitándola cada día. Hablamos mucho. Me llamaba la atención su comportamiento

discreto, como si ignorase su gran atractivo físico o como si lo considerara un asunto menor y desease que su forma de ser se mantuviera ajena a esa circunstancia. Le avisé de lo que le venía encima, de las luces y las sombras de la fama sin límites; también le hablé de los cambios psicológicos que operarían en ella a medida que fuera asumiendo su juventud de duración ilimitada (eludía la palabra *inmortalidad* porque, aunque no moriríamos de viejos, en algún momento acabaríamos muertos aunque solo fuera por accidente). Era imposible que no me sintiera unido a ella: Ruth era la única persona del planeta con la que compartía destino. Le pedí que me ayudase como embajadora de la Fundación Pública para el Rejuvenecimiento.

También vivieron los pacientes 15, 16 y 19. Tras veinte ensayos habíamos sobrevivido cinco personas, incluyéndome a mí. Además, parecía que algunos cambios en la terapia mejoraban los resultados, ya que cuatro de los últimos ocho tratados habían tenido éxito. Consideramos que había llegado el momento de acelerar la frecuencia de los experimentos y extender la terapia a otros países que suscribiesen las cinco propuestas.

VI
LA GIRA

Ruth y yo hablamos frente a estadios llenos de personas y en los parlamentos de las mayores democracias del planeta. Para la opinión pública era un auténtico *shock* observar nuestro aspecto veinteañero y oír la oferta de que todos podían acceder a la juventud permanente si su país aprobaba las cinco condiciones. En esencia tenía que comprometerse a que la terapia sería accesible a cualquier ciudadano (a excepción de los peores delincuentes) y a que combatiría las grandes desigualdades en su sociedad, para que nadie pudiera acumular excesivo poder y riqueza.

Las grandes fortunas no simpatizaban con el mensaje y utilizaban toda su influencia política para impedir o demorar esos acuerdos. Pero la presión de la opinión pública era enorme, y en aquellos Gobiernos en los que la ciudadanía tenía acceso directo a la toma de decisiones públicas se aprobaban las cinco condiciones sin mayor problema. Suiza, tierra de millonarios y de la democracia directa, fue, después de mi país, el siguiente que las aceptó.

Sin embargo, la mayoría de los Estados todavía contaban con democracias poco avanzadas, y la presión que el poder económico ejercía en los Gobiernos impedía adoptar unos acuerdos políticos en los que los más ricos debían renunciar a una parte de su fortuna para poder rejuvenecer. Se trataba, en la mayor parte de los casos, de países en los que no se quería establecer una carga fiscal confiscatoria más elevada sobre aquellos ciudadanos con altos ingresos, lo que les impedía acceder a la terapia de rejuvenecimiento. Estos Gobiernos decidieron crear sus propios centros de investigación (en algunos casos, laboratorios privados con financiación pública), y vendieron a su ciudadanía estas iniciativas apelando al patriotismo y al rechazo de la injerencia extranjera en sus asuntos. Estos subterfugios, demasiado evidentes, no siempre convencían a la población, y hubo varios casos de grandes revueltas que fueron sofocadas por la fuerza.

En los primeros meses de nuestra gira, una gran parte de los países europeos aprobaron las cinco condiciones; también lo hicieron Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Japón, Paraguay, Corea

del Sur, Chile y Túnez. Con lo que se creó un área de países que *de facto* abolieron las grandes desigualdades sociales y que constituyeron fondos gigantescos para proporcionar a sus ciudadanos un estado de bienestar inimaginable hasta entonces.

Al mismo tiempo empezó a circular en la opinión pública el concepto de que, en realidad, no hacía falta iniciar costosos proyectos de investigación ni aprobar las cinco condiciones; que bastaba con conseguir una muestra de ADN de alguien beneficiado por la terapia de rejuvenecimiento y robar la fórmula. Por eso, allí donde íbamos Ruth y yo un ejército disfrazado de ujieres, personal de limpieza, conductores, relaciones públicas y asistentes personales intentaba hacerse con alguno de nuestros cabellos, restos de saliva o cualquier otro fragmento de nuestro ADN que pudiera resultar recuperable. Ya lo habíamos supuesto y no dejaba de resultarnos cómica la solemnidad con la que un ordenanza se llevaba mi vaso de agua en mitad de un discurso, o el cuidado con el que se limpiaba un sillón del que acababa de levantarse Ruth.

Lo que nadie sabía era un secreto que habíamos conseguido guardar sin fisuras: que no existía la posibilidad de copiar la fórmula del rejuvenecimiento estudiando las modificaciones que se habían producido en la estructura de nuestro ADN respecto a la configuración estándar del genoma humano. En realidad, todo era mucho más sutil y dependía de las características específicas de cada sujeto y de variaciones en elementos clave de la secuencia de su ADN. En cada caso la receta era distinta, y para elaborarla se hacían imprescindibles cálculos muy complejos que realizaba nuestro ordenador al analizar determinadas relaciones entre los 3.000 millones de bases de cada individuo. Y era necesario aplicar unos algoritmos que solo conocía nuestro equipo de investigación.

Aterrizó el avión y una enorme limusina acompañada por una formación motorizada que nos enviaba el gobernador del Estado acudió a nuestro encuentro. El poderoso sonido del motor de explosión de las motocicletas resultaba llamativo para quienes veníamos de un mundo en el que solo estaba permitida la propulsión eléctrica. Resultaba anacrónico e impresionante en igual medida.

Subimos al coche, que empezó a recorrer a gran velocidad la distancia que nos separaba del estadio donde hablaríamos a una multitud. Tras muchos años en los que la población mantenía ideas y creencias cada vez más alejadas de los restantes miembros de la federación, los dirigentes del Estado habían decidido consultar a la ciudadanía si querían modificar las cosas; independizarse y participar de un nuevo futuro en el que las desigualdades, el cambio

climático y la posibilidad de que Dios no estuviese velando por los ciudadanos eran problemas a los que había que hacer frente. Nosotros éramos parte de ese proyecto, porque íbamos a ofrecer a los votantes la posibilidad de acceder a una vida sin fecha de caducidad.

Ruth estaba radiante. Su apariencia de joven veinteañera contrastaba con el aplomo de una persona confiada en la solvencia de su pensamiento. Allí, junto a mí, en el asiento posterior del enorme coche, no podía resultar más elegante ni más atractiva. Bromeaba acerca de que el viaje era lo más parecido a unas vacaciones que había tenido durante mucho tiempo, y que tener que hablar ante decenas de miles de personas, en el césped de un estadio, era lo más parecido a pasar un día en el campo.

Se detuvo el coche. El gobernador vino a recibirnos, le acompañaban dos enormes guardaespaldas. Vestía traje azul, corbata a rayas e impecables zapatos negros. Nos abrazó a los dos y nos pidió que le siguiéramos. Anduvimos por un largo pasillo que nos condujo a una zona abierta al exterior bajo enormes arcos. Había agentes de seguridad por todas partes.

El locutor anunció nuestra llegada por la megafonía del estadio y miles de gargantas rugieron la bienvenida. Silbidos y aplausos completaron el recibimiento.

Saludamos desde un alto escenario, a nuestra espalda una pantalla gigante agrandaba nuestras figuras. Habló primero el gobernador, de pie en medio del espacio, mientras Ruth y yo permanecíamos sentados a un lado, y luego anunció que ella tomaría la palabra. Me sonrió y se acercó al atril sin apartar su vista de mis ojos. Levantó el brazo izquierdo mientras señalaba al cielo con el índice al tiempo que comenzaba su discurso.

—No os imagináis lo que significa poder vivir como yo lo estoy haciendo, hasta qué punto la existencia puede ser maravillosa cuando uno se despoja de grandes lastres…

En ese mismo instante su cuerpo se agitó en una sacudida. Acto seguido se desplomaba en medio de un giro. Cayó sobre el escenario con un golpe seco y se quedó inmóvil, sus ojos dirigidos hacia donde yo estaba.

Me lancé sobre ella y cubrí su cuerpo con el mío. Del orificio de bala de su pecho manaban borbotones de un cálido y denso líquido que manchaba su ropa y la mía. Ruth mantenía la boca abierta y sus ojos miraban los míos en una inesperada despedida. Aquellos ojos azules llenos de tonalidades de otros azules más intensos con un negro y perfecto círculo en el centro dejaron de enfocarme y quedaron sin vida.

VII
NUEVA ERA

Las siguientes décadas fueron trepidantes y supusieron la entrada de la humanidad en una nueva era.

Resulta curiosa la capacidad que tienen algunas tecnologías relativamente modestas para introducir enormes cambios en el modelo de sociedad. Fue el caso de las impresoras 3D, que empezaron siendo un juguete para realizar figuras de plástico y que en poco tiempo permitieron fabricar en casa casi cualquier objeto de consumo: ropa, ordenadores o sofisticadas piezas de nanotecnología. Cuando deseabas algo, ya no necesitabas comprarlo, bastaba con conseguir las instrucciones para su producción en la impresora 3D, y esas instrucciones con frecuencia se encontraban gratis en internet (solo si querías algo muy específico, necesitabas contratar su desarrollo). Al final, tener casi cualquier objeto solo requería tu impresora 3D y comprar la materia prima que se necesitaba para construirlo.

Así, ya casi nada necesitaba salir de una cadena de producción y casi todas las grandes industrias desaparecieron. Fue el fin de una época cuya decadencia se había iniciado con la producción robotizada, que permitió reducir al mínimo las plantillas. Primero las fábricas prescindieron de las personas y al final fueron las personas quienes prescindieron de las fábricas.

Otra tecnología que también cambió de forma radical la sociedad fue la producción de carne artificial. La primera vez que se fabricó una hamburguesa de vacuno a partir de células madre cultivadas en un laboratorio de la Universidad de Maastricht, costó 250.000 euros. Al cabo de unos años la tecnología convirtió esa forma de proteína animal en la más barata y accesible, incluso más barata que la proteína vegetal. La carne (pollo, pavo, cordero, cerdo y buey) se convirtió en la comida de los pobres, los animales que nos la proporcionaban dejaron de vivir en crueles condiciones de hacinamiento y explotación, y una parte del embrutecimiento humano fue superada definitivamente: ahora todos podíamos comer carne sin infligir sufrimiento a los animales. Y aunque continuó habiendo gente que prefería que se matase a un ser vivo para

comérselo, el número de animales de granja se redujo de forma drástica. Así, la industria de la ganadería, que generaba el 20 por ciento de todas las emisiones de gases de efecto invernadero del planeta (más incluso que el sector del transporte), desapareció casi por completo.

También produjeron enormes cambios sociales otras tecnologías que no fueron tan modestas como las anteriores. Después de casi un siglo de investigación, la fusión nuclear fue por fin eficaz para crear energía a partir del hidrógeno, el elemento más abundante de la naturaleza, sin producir gases de efecto invernadero ni desechos radiactivos. Las centrales de fusión eran caras de montar pero muy baratas de mantener. Una vez amortizados los gastos de su puesta en marcha, la ingente cantidad de energía que producían era prácticamente gratis. Pronto se perfeccionaron los sistemas de montaje y se simplificaron las instalaciones, y la energía se convirtió en una fuente abundante con acceso casi ilimitado para cualquiera.

Así que los humanos de las sociedades avanzadas nos encontramos con que podíamos producir en casa casi cualquier cosa que fuéramos a necesitar, incluidos sencillos robots y alimentos. También con que, debido al sistema impositivo sobre la riqueza establecido por las cinco propuestas, el Estado contaba con presupuesto suficiente para garantizar la dignidad de todo ciudadano con viviendas sociales y una renta mínima con la que cubrir los pequeños gastos de adquisición de materias primas para la tecnología 3D y otros productos básicos. Ya no era necesario tener un empleo para poder vivir y eso permitió que las personas se dedicasen a aquello por lo que se sentían atraídas. La creatividad se convirtió en la principal fuente adicional de ingresos para algunos. Quienes tenían ideas interesantes y originales podían obtener grandes beneficios y una enorme popularidad.

No había mejor campo para desarrollar la creatividad que la realidad virtual. Se habían desarrollado unos cascos de resonancia magnética que permitían interpretar los pensamientos de la persona que los llevaba, o inducir en ella sensaciones y sentimientos. Nuestro cerebro tiene 100.000 millones de neuronas que se relacionan entre sí con 100 billones de posibles conexiones o sinapsis. Parece muy complejo interpretar los pensamientos a partir de estos 100 billones de posibilidades, pero en realidad hay una estructura común en el funcionamiento del cerebro de todos los humanos y una serie de patrones que facilitan el trabajo. Basta con ponerse el casco, mirar una serie de imágenes, oír, tocar, oler, paladear, leer y resolver determinados problemas, para que horas después un ordenador pueda interpretar nuestros pensamientos en

función de qué neuronas se activan y de cómo se relacionan con las demás. Mediante resonancia magnética también es posible transmitir esos pensamientos a otras personas, siempre que se encuentren en profundo estado de relajación. No solo eso, también se pueden inducir imágenes, sonidos, olores, sensaciones táctiles y sabores, así como transmitir cualquier otra información.

Se creó una existencia virtual, indistinguible de la real, y en ese entorno algunos habían diseñado palacios donde daban fiestas en las que se podían mantener conversaciones, participar en juegos o practicar sexo con otros invitados. Al principio, esos escenarios se inspiraban en los ya existentes en la realidad analógica, pero pronto la creatividad no constreñida del mundo virtual permitió que algunos genios diseñasen mansiones, jardines y paisajes bellísimos como no se podían contemplar en el *mundo real*, y seleccionar invitados que nunca se encontraban en las fiestas convencionales, con una actitud mucho más explícita y desinhibida.

Había otras formas de relación basadas en los cascos de resonancia magnética: un chef podía transmitirte lo que siente al paladear un bocado exquisito; un melómano, las sensaciones que vive al escuchar una sinfonía; y alguien con capacidad de asociación y análisis explosivos podía hacer que asistieras a su creatividad en directo, como si fueras tú el autor de esos pensamientos. Se desarrolló un mundo virtual cada vez más complejo al que algunos dedicaban la mayor parte de su tiempo y en el que casi todos entrábamos con frecuencia.

En general, una vez terminados los obligatorios estudios universitarios, la gente podía vivir bien y sin responsabilidades, y muchos empezaron a comportarse como aristócratas decimonónicos. Nada importaba más que el compromiso personal o una palabra dada; el buen gusto, el trato agradable y ameno caracterizaban a toda persona culta, y la cultura era uno de los valores más apreciados. El altruismo, la solidaridad, el valor y la honestidad eran cualidades que hacían atractivas a las personas. Había una gran aceptación de quienes se comportaban de forma generosa con la colectividad; regalos millonarios al sistema generaban una enorme popularidad. La igualdad, la ausencia de jerarquías en el trato a pesar de las diferencias económicas o en las responsabilidades públicas, era un valor social indiscutible; se consideraba de muy mal gusto hacer ostentación de dinero, y resultaban imperdonables los abusos de poder.

Se pensaba que solo cuando dedicas tiempo y esfuerzo suficiente para determinar cuáles son tus elecciones y prioridades vitales, y las seleccionas no porque las sigan otros, sino porque

sientes que te convencen lo suficiente, solo entonces llegas a ser una persona fiable tanto para ti como para los demás, cuando puedes destacar gracias a tus cualidades personales.

Neovictoriana se llamó a esa época. Pero las personas que la vivieron superaron en mucho a los aristócratas victorianos; contaban con la permanente juventud y aspiraban a la inmortalidad.

VIII
NUEVOS HORIZONTES

Si el hombre fuera constante, sería perfecto. Pero para llegar a la perfección, hace falta, además, disponer de tiempo. Una vida de duración ilimitada te enseña que no hay ninguna meta inalcanzable si se mantiene el esfuerzo durante el tiempo que haga falta, si no desfalleces, si no te dejas arrastrar por el desaliento de los primeros fracasos. Cuando tienes todo el tiempo y la perseverancia necesaria, si fallas, da igual: pruebas otra vez y aunque fracases otra vez, fracasas mejor porque ya estás más cerca del objetivo. Puedes llegar a ser el presidente de un país o un eminente escultor (o ambas cosas), si es eso lo que de verdad quieres conseguir, lo que te apasiona. Pero es imprescindible que la meta que persigas te convenza de verdad, sea razonable y al tiempo fruto del corazón, que no seas tú su dueño, sino que estés poseído por ella, te ronde en la cabeza de forma permanente y sea tu obsesión porque la ves lógica y realizable. En tal caso, si así sucede, no importa la meta que te fijes ni tampoco es necesario que sea un objetivo personal; puedes proponerte hacer que el mundo sea mejor y más justo, y lo alcanzarás si decides no rendirte hasta lograrlo. Porque cuentas con todo el tiempo que necesitas.

En una vida que se prolonga de forma indefinida, después de décadas de interpretar el mismo papel, puedes acabar saturado y aburrido de ti mismo. Entonces llega un momento en el que deseas ser otro. En mi caso, después de muchos años de vivir como una referencia pública, de no poder ir a ningún sitio sin provocar un tumulto, de no poder actuar con espontaneidad, de que las relaciones personales de igualdad y franqueza fuesen imposibles, ya no podía soportarlo más. No soportaba a ese personaje que desbordaba seguridad y firmeza, siempre acertado, responsable y medido. Quería ser otro, empezar de nuevo como si mi vida anterior no existiera; recuperar la intimidad con los demás.

Decidí cambiar. Me dejé una larga melena, barba y bigote, me operé la nariz y las orejas, alquilé un velero e intenté desaparecer de forma discreta y, durante algún tiempo, lo conseguí. Fue muy reparador atravesar el mar, atracar en puertos como un viajero más,

pasear por las calles, cenar en la terraza de un restaurante, mantener una conversación sin ser reconocido y asumir riesgos sin que un equipo de guardaespaldas me librase de todo mal.

Desde que había recibido el tratamiento de rejuvenecimiento la preservación de mi vida se había convertido en una prioridad nacional. También yo había compartido esa inquietud durante algún tiempo; temía que cualquier accidente pudiera dar al traste con mi gran logro de acercarme a la inmortalidad, que después de tantos esfuerzos y tanta suerte todo se perdiera de forma gratuita al poco tiempo. Pero acabé comprendiendo que tarde o temprano acabaría muriendo, que al final el azar vencería hiciera lo que hiciese, y que no tenía sentido vivir una vida condicionada por el intento de sobrevivir lo máximo posible; a ese respecto lo único que había cambiado era que mi supervivencia ya había rebasado el límite de 80 a 100 años. No estaba nada mal, pero yo no era inmortal.

Una noche estrellada en alta mar, en soledad, yendo a la deriva, con el agua en calma, con todas las luces apagadas y las velas plegadas, mirando al cielo desde la bañera del velero, recordé que a los diecisiete años había decidido estudiar biología buscando desde el principio la prolongación indefinida de mi vida. Quería alargar mi existencia como primera fase para conseguir un objetivo aún mayor: visitar otros planetas habitables de lejanas estrellas y contactar con otras civilizaciones. Entonces apareció la Luna en el horizonte iluminando un inmenso mar, tan grande que sobrecogía y a la vez tan bello en su resplandor de plata que invitaba a recorrerlo indefinidamente, a atravesarlo pese a parecer interminable. Sentí que el propósito de mi infancia, el auténtico sueño por el que todavía me sentía poseído, quizá fuese algo inalcanzable, tan inalcanzable como parecía el horizonte de aquel mar tan descomunal. Pero tenía que intentarlo. En la persecución de mi sueño ya había dado el primer paso. Era el momento de continuar con el siguiente.

IX
ESPACIO

El viaje comenzó con un vuelo hasta Cabinda, en Angola; de allí un helicóptero me transportó a una plataforma flotante 83 kilómetros océano adentro, justo en el ecuador terrestre. Tenía forma oval y un tamaño enorme, visible desde muy lejos. Cuando estaba aterrizando pude ver que justo de su centro salía una finísima línea negra que se perdía en el cielo y producía la irreal sensación de estar cortando todo el paisaje por la mitad, de arriba abajo, como si estuviese viendo una fotografía defectuosa. Era una línea de un negro sobrenatural que reflejaba solo media centésima de la parte de la luz que recibía, casi invisible pese a su descomunal longitud de 36.000 km de largo.

Estaba ante la última generación de ascensor espacial. El primero de ellos había sido construido en la zona ecuatorial del océano Índico. Una nave de carga puso en órbita geoestacionaria un enorme carrete con un hilo de un nanotubo de carbono mil veces más fino que un cabello humano, pero lo suficientemente resistente para soportar su propio peso una vez desenrollados hasta la Tierra sus 35.786 kilómetros, y con la capacidad adicional de colgar en su extremo otros 100 kilos sin romperse (algo que los físicos habían calificado como fuerza tensil de 200 gigapascales). A ese extremo se fijaron desde tierra otros 300 nanotubos iguales (en su conjunto seguían siendo más delgados que un cabello), que empezaron a ser rebobinados desde el espacio con la energía suministrada por la nave de carga sobre el gigantesco carrete. Una vez arriba formaron parte del mismo, lo que permitió ascender a la nave otros 90.000 filamentos más. La operación se repitió varias veces. Cuando el cable alcanzó los dos centímetros de diámetro ya era capaz de soportar una carga de 3.000 toneladas. Al tiempo la nave nodriza situó su órbita a mayor distancia de la Tierra. Así compensaba con la fuerza centrífuga el aumento del peso que se hacía colgar de ella. Cuando el cable alcanzó el medio metro de espesor, se empleó para poner en órbita diversas estructuras que, acopladas a la nave, la convirtieron en estación y muelle de atraque espacial.

El ascensor espacial ante el que me encontraba era el tercero que se construía y consistía en un enorme cilindro oscuro, tan alto como un edificio de diez pisos. El ascensor abrazaba un cable de un metro de diámetro construido directamente en órbita con el material obtenido de un asteroide tipo C rico en carbono que había sido traído desde más allá de Marte. Al tiempo, había sido reaprovechado como estación orbital. El elevador estaba dividido en pequeños compartimentos, con asientos para seis personas, que permanecieron herméticamente cerrados y aislados unos de otros durante las diez horas del ascenso. El objetivo era que, en el caso de que un pequeño meteorito perforase la superficie transparente que nos separaba del exterior, los daños no se propagasen a todos los módulos donde ascendían el resto de los viajeros.

Tuve que esperar casi dos años para conseguir la plaza que me permitiera salir al espacio por primera vez en mi vida, a punto de cumplir los 132. Durante el ascenso no pude dejar de sentirme fascinado por lo que estaba viendo: cómo el paisaje de la superficie oceánica se alejaba hasta resultar visible la costa de África y luego todo el continente; cómo el cielo pasó de azul a convertirse en negro y poblado de estrellas; cómo la capa de aire respirable que cubría la Tierra parecía delgada y frágil; cómo la gravedad disminuía, y el más mínimo impulso me elevaba sobre el asiento, para volver a descender suavemente, cada vez más despacio, a medida que continuaba el ascenso. Saber que colgábamos de un hilo convertía la experiencia en algo vertiginoso.

Mis compañeros de departamento tuvieron la cortesía de fingir que no me habían reconocido. Como mucho, alguno me dedicó una sonrisa más amplia y sostenida que la que se brinda a un completo extraño. Todos menos uno parecían beneficiados por la permanente juventud desde su nacimiento (algo común había en el aspecto y comportamiento en casi todos los que habían nacido con esa manipulación genética), y también parecían asiduos visitantes del espacio porque al poco tiempo dormían o utilizaban el casco de resonancia magnética para atender otras necesidades.

Pasado un tiempo, la mujer que se sentaba justo a mi lado se quitó su fino casco de plata, que quedó plegado ocupando el tamaño de un botón. Tenía rasurada la cabeza y el tipo de nariz prominente que era muy común entre quienes no envejecen. El ceñido traje inteligente de una pieza que vestíamos todos a ella la favorecía como si hubiera sido diseñado con la finalidad de hacerla muy atractiva. Me miró y añadió con una sonrisa:

—Hugo, ¿verdad? Me llamo Jana —antes de que pudiese contestar, añadió, mientras abría los brazos señalando con la mirada el paisaje—. Por mucho que subas no deja de ser

impresionante.

—No es mi caso, salgo al espacio por primera vez y, aunque estoy entusiasmado, también algo aterrado. Me parece imposible que toda esta estructura pueda sostenerse de un cable tan delgado que resulta casi invisible.

—La verdad es que no solo las vistas impresionan. Por mucho que hayas racionalizado la increíble resistencia de los nanotubos, algo en tu interior grita de miedo cuando estás aquí arriba.

—¡Jajaja! Me alegra no ser el único. ¿Vienes a menudo?

—Cada vez paso menos tiempo en la Tierra, no me gusta la polarización que se está produciendo ahí abajo entre quienes nos mantenemos jóvenes y los que no. Parece inevitable que surjan la ira y el rencor contra *los inmortales* por quienes no quieren asumir el riesgo de someterse a la regeneración celular.

—Puede que esa ira sea, en parte, consecuencia del temor que se siente ante quien se intuye que no piensa ni actúa de la misma manera que uno mismo. No poder anticipar el comportamiento de alguien a quien consideras diferente causa una enorme inseguridad, y ese sentimiento se transforma en desconfianza y, en los casos más patológicos, en odio. Sin embargo, no siempre es así, la historia está llena de ejemplos en los que diversas culturas y religiones han convivido de forma armónica y enriquecedora. Pero también son abundantes los ejemplos de grandes matanzas étnicas que han tenido su origen en el miedo y el odio a quien parece distinto.

Ante su silencio, continué hablando.

—Tiene su lógica que desconfíen de nosotros quienes no acceden a la juventud por motivos religiosos o políticos. Al fin y al cabo, hemos elegido algo tan radicalmente distinto a sus planteamientos y hay tantas diferencias esenciales entre nosotros… Cuando visitan nuestras ciudades y tratan con gente de aspecto juvenil pero con la sabiduría que se adquiere tras una larga vida, y se dan cuenta de que somos así casi todos, no pueden impedir sentirse en un mundo radicalmente diferente, y quizá no puedan evitar considerarnos como una especie distinta.

—¿Distintos? ¿Es que no tenemos sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no nos alimentamos de la misma comida, nos hieren las mismas armas, nos calienta y enfría el mismo verano y el mismo invierno? Si nos pinchan, ¿no sangramos?

—¡Jajaja! Reconozco a Shylok en tus palabras. A mí también me gusta Shakespeare.

—Yo empecé a conocerlo hace relativamente poco y estoy fascinada con él, creo que su principal virtud es crear nuevas formas de sentir. *Romeo y Julieta,* por ejemplo, es la creación del amor romántico como una fascinación, algo mucho más profundo que la

simple posesión, algo que antes de que él lo inventase simplemente no existía. Intenta encontrar una referencia similar en alguna obra literaria anterior y verás como no la encuentras. Sin embargo, hoy esa forma de ver el amor enriquece muchas vidas.

—Haré esa búsqueda, Jana, y me encantará confirmar tu descubrimiento. Yo también creo que nuestra visión de la realidad, desde la belleza de una flor hasta el amor romántico, son creaciones intelectuales, ideas que con el tiempo son asumidas, usadas y manoseadas por todos, pero que tienen su origen en la persona que las creó. Esas ideas crecen por las aportaciones de nuevos genios.

—Completamente de acuerdo, Hugo. Lamento que pocos se den cuenta de eso, que muchos vivan instalados en un mundo de valores que creen universales y atemporales. No se dan cuenta de que vivimos sobre ideas construidas durante siglos de historia. Las que nos diferencian de nuestros ancestros de hace 20.000 años.

La conversación continuó durante un buen rato. Jana consideraba que la genialidad de un literato está en crear personajes increíbles aunque del todo convincentes y coherentes, como Aquiles o el Quijote. Luego comparamos el tiempo que estábamos viviendo y el de la Atenas en la que nació la democracia. Consideré que ambos momentos de la historia se caracterizaron por la total innovación: los griegos fueron los primeros en darse cuenta de que la razón, no la magia ni la superstición, es la única forma válida de enfrentarse a la realidad, y obraron en consecuencia. Gracias a ese planteamiento el mundo dio un giro total, se crearon ideas, creencias y valores que todavía hoy rigen nuestra vida. El arte, la filosofía, la política y nuestra forma de ver el mundo dieron un cambio radical. Jana defendió como otro momento crucial el nacimiento de la civilización con los sumerios… y tuve que estar de acuerdo con ella.

Podríamos parecer pedantes alardeando de erudición, pero no fue así. No hubo exhibición gratuita de conocimientos, cada cita y referencia tenía un objeto dentro de la conversación, conducía a un resultado, facilitaba una consecuencia o servía para transmitir una sensación o una idea. Me pareció que no intentábamos lucir enseñanzas que no llevasen a ningún sitio, eso hubiera sido una descortesía y habría arruinado el interés de la charla. En realidad estábamos ante el típico tono barroco, pero muy medido, que los neovictorianos gustaban dar a sus conversaciones.

Al cabo de un tiempo empezamos a hablar de temas algo más personales. Existía una razón por la que ella venía al espacio para instalarse durante mucho tiempo: el planeta hacía ya tiempo que estaba superpoblado y se había prohibido la descendencia a quienes gozaban de la inmortalidad. También se había prohibido la

inmortalidad a quienes tenían descendencia. Venía al espacio a iniciar una nueva vida que no descartase la posibilidad de tener hijos.

Cuando llevábamos cuatro horas de ascenso apareció ante nosotros un nuevo cable que se estaba construyendo con material del asteroide de carbono al que nos dirigíamos y que poco a poco iba descendiendo a la Tierra para convertirse en otro ascensor espacial.

Cuando llevábamos siete horas, la gravedad era ya muy débil y la Tierra empezaba a verse como una grande, lejana y bellísima esfera. Ya no llenaba el horizonte, y eso hacía que me sintiese muy lejos de ese planeta que se recortaba contra la negrura del espacio.

Poco más tarde solo podíamos flotar; habíamos llegado a 35.786 kilómetros de altura. Abajo, la Tierra giraba a 1.600 kilómetros por hora y nosotros allí arriba a 11.000, pero permanecíamos fijos sobre el mismo punto del planeta como hacen los satélites geoestacionarios, que se mantienen sin caer porque compensan la atracción que ejerce la gravedad de la Tierra con la fuerza centrífuga de su movimiento alrededor del planeta. Aunque no eran visibles, yo sabía que en la misma órbita, no muy lejos de nosotros, había asteroides traídos desde muy lejos, con enormes cantidades de hielo de agua, hidrocarburos, silicio, hierro, níquel, carbono y otros minerales. En ellos se habían instalado factorías automatizadas de naves espaciales y depósitos para aprovisionarlas. También estaba la nave que me llevaría al cinturón de asteroides.

Mientras permanecíamos en la órbita geoestacionaria, flotábamos en el compartimento, pero continuó el ascenso y aumentó la fuerza centrífuga que nos empujaba levemente hacia el techo de la cabina. Todo estaba previsto y poco antes habían emergido del techo otros seis asientos. Ahora ya no tenía la sensación de estar subiendo, sino de estar bajando, descolgándome de la Tierra, y empecé a sentirme algo mareado. Poco después pudimos ver el asteroide al que descendíamos. Tenía forma de un cacahuete de casi dos kilómetros de largo, sobre su superficie había edificaciones que parecían hangares, así como innumerables puntos de luz repartidos por todas partes, muchos de ellos en movimiento. En el centro se extendía un círculo luminoso a cuyo centro nos dirigíamos, y en ambos extremos factorías automatizadas que iban tejiendo dos negros cables en dirección a la Tierra. El ascensor llegó a su destino y entró en una gran oquedad excavada en la superficie. Tras nosotros unas compuertas sellaron la zona de atraque rodeando el cable de ascenso con precisión nanométrica.

Salimos del elevador, la fuerza centrífuga nos empujaba hacia el suelo generando una microgravedad artificial equivalente a la

décima parte de nuestro peso en la Tierra. Andar consistía en ir dando grandes zancadas, por lo que los pasillos eran acolchados y de altos techos. Varios robots de bienvenida nos advirtieron de los cuidados que debíamos adoptar y nos informaron de las características de la vida durante nuestra estancia en la estación de tránsito. Me despedí de mis compañeros de ascenso y me condujeron a mi habitación, donde tendría que permanecer bastantes horas antes de que una pequeña nave me transportase al crucero con el que viajaría al cinturón de asteroides.

Me sentía excitado y muy cansado. Me pareció que lo mejor que podía hacer era tumbarme y buscar distracción con el casco. Debí de dormirme casi enseguida, pero al cabo de un rato me despertó el aviso de que Jana estaba esperando a que aceptase su invitación para hacerle una visita a su espacio virtual. Llevaba el casco puesto y acepté enseguida. Había diseñado la estancia donde me recibía como una semiesfera transparente en una altísima montaña de la luna Ío. Por una esquina del horizonte aparecía un enorme arco donde se veían las primeras franjas de la turbulenta atmósfera de Júpiter. Abajo la superficie del satélite formaba un suelo metálico, de color dorado, que eyectaba hacia arriba, aquí y allí, brillante lava roja y amarilla que alcanzaba una altitud de varios kilómetros de altura. Jana estaba desnuda. Noté su tacto, temperatura, olor y el peso contra mi cuerpo, tan reales como si de verdad estuviésemos juntos. El casco también me permitió percibir sus sensaciones y experimentar sus deseos, su excitación y su orgasmo como si fueran míos. Hicimos el amor hasta que el gigantesco Júpiter cubrió todo el cielo.